En el Nombre de Dios,
el Compasivo, el Misericordioso

La Paz Sea Con Ibrahim

(Anecdotario de la Vida del Mártir Ibrahim Hadí)

Grupo Cultural Mártir Ibrahim Hadí

La Paz Sea Con Ibrahim
(Anecdotario de la Vida del Mártir Ibrahim Hadí)
Grupo Cultural Mártir Ibrahim Hadí
Una traducción del Huyyatulislam Mohsen Rabbani
Edición preparada por el Prof. Mustafa Al-Salvadori
Publicado por: Editorial Elhame Shargh
P. O. Box: 37185/4138, Qom
Tel/Fax: + 98 (253) 2903644
República Islámica de Irán
www.islamoriente.com
Fundación Cultural Oriente
ISBN: 978-600-7498-53-8
Primera edición: 2020
1000 ejemplares
©Todos los derechos reservados.
Se permite la reproducción citando la fuente
…….....
Publicado bajo los auspicios de Muŷtaba Hel.lí
y otros benefactores (que Dios los recompense)

Índice

Él es el amor 9
¿Por qué Ibrahim Hadí? 12
Biografía 16
Amor de padre 18
Sustento halal 20
El deporte antiguo 23
El campeón 28
Voleibol individual 33
Las apuestas 35
La lucha 40
Ganador 44
Pourya-ye Valí 46
Derrotando el ego 50
Yadol-lah 54
El seminario teológico del clérigo hach Muytahidí 56
Lazos con Dios 59
Los días de la Revolución 62
17 de shahrivar 66
Salto espiritual 70
El efecto de las palabras 73
Atendiendo las necesidades de la gente 78
Kurdistán 82
Maestro ejemplar 88
Profesor de educación física 91
Hacer la oración justo después de escuchar el *adhan* 93
Encuentro con un ladrón 97
El inicio de la guerra 98
Segunda participación en la guerra 105
Las alabanzas 108
Colonia al-Mahdi 111
El solucionador de problemas 114

El Grupo Mártir Andarzgu 116
El martirio de Asghar Vesalí 122
Su apariencia simple 124
Cham Imam Hasan (P) 126
Prisionero 130
El 15 de sha'bán 132
Recompensa 135
Abu Ya'far 138
Amigo 145
Anonimato 148
Solo por Dios 151
En presencia de grandes hombres 154
Ziyarah 157
La granada 160
Matla' al-Fayr 162
El milagro de la llamada a la oración 167
Chafiye 174
Sentido del humor 176
Dos hermanos 179
La pistola 181
Fath al-Mobín 187
Herido 194
Entonando himnos sobre Ahl ul-Bayt (P) 198
Reuniones para hazrat az-Zahra (P) 202
Verano del '61 205
Su manera de enseñar 207
La actitud correcta 210
La historia de la serpiente 215
Para la complacencia de Dios 217
Sinceridad 221
Las necesidades de la gente y las bendiciones de Dios 224
El jums 231
Nosotros te amamos 233
Operación Zain al-'Abidín (P) 235
Los últimos días 241

Fakkeh, el último encuentro 245
Valfayr Moqaddamatí 250
Canal de Kumayl 257
Ocaso sangriento 261
La cumbre de la inocencia 265
Prisionero 270
Separación 272
Búsqueda 274
Presencia 278
La paz sea con Ibrahim 283
Los mártires están vivos 286
¿Adónde vais? 288
Tumba conmemorativa 290
Últimas palabras 294
Glosario 297

Él es el amor

El escrito que tiene en sus manos, no es solamente la recordación de un mártir heroico, sino que también es la narración de los eventos vividos por un hombre que aunque era ya un campeón deportista y poseía espíritu de lucha, valentía y generosidad sin igual, se perfeccionó con la medalla del martirio.

En una época en que los adolescentes y jóvenes sufren la influencia de modelos inapropiados en el campo del deporte y las artes, en los caminos desconocidos de la vida (como le aconteciese al Profeta José ante cuyos pies había un pozo y varios lobos vestidos de corderos); leer la vida de hombres como Ibrahim puede convertirse en una luz que alumbre nuestras noches tenebrosas, tal como lo dijo nuestro imam Jomeini: *«Con estas estrellas se puede encontrar el rumbo».*

Ibrahim fue un estudiante de la escuela de la *wilāyah*, que se convirtió en un maestro que daba clases de sinceridad, amor y altruismo; fue una persona que bebió de la fuente de Kauzar y de cuyas aguas daba de beber a los sedientos. Él aprendió de su maestro Alí (P) cómo triunfar sobre su ego, y retrató con hermosura la faz del altruismo, la entereza y la obediencia a Dios.

En los relatos históricos preislámicos, el joven iraní es presentado siempre como una persona virtuosa, valiente, heroica, amante y defensora de su patria... Pero después de la llegada del Islam, al estudiar las lecciones —de altruismo, pureza, dignidad, veracidad, religiosidad, y martirio— de la escuela de Ahl ul-Bayt (P), el joven iraní logró brillar en el firmamento de todas las virtudes; haciendo que los

arrogantes de otras naciones lo confesasen e incluso llegasen a nombrar respetuosamente a estos jóvenes. Durante los periodos de la Revolución Islámica y la Defensa Sagrada, fuimos testigos de ello.

¡Leer sobre la vida de los adolescentes y jóvenes iraníes de esa época, que además estaban bajo el liderazgo del espíritu luminoso del imam Jomeini, es como ver la mar!

Algunos se deleitan al ver su grandeza y belleza, hay quienes van más allá y se lanzan a la mar consiguiendo aún más gozo; otros no se conforman con ello y se sumergen en sus profundidades y entre las rocas submarinas buscan ostras donde luego encuentran perlas. En verdad, cuán abundantes son las perlas extraídas de la mar de la Defensa Sagrada, que —para orgullo de Irán y del Islam— son tesoros únicos, dignos de conocer. ¡Las joyas son tantas que hasta hoy muchas de ellas todavía reposan en lo profundo de la mar sin haber sido alcanzadas por las manos de los buzos!

¡Esto es parte de la gracia de Dios, que a cada momento nos muestra una joya, para que entendamos que no sabemos nada de este infinito!

¿Qué hemos hecho y qué haremos nosotros? ¿Acaso hemos tomado como modelo a estos seres de la tierra cuyo grado espiritual es deseado por algunos seres del cielo? ¿O somos simples personas que no tenemos a alguien como don Ibrahim que sea nuestro ejemplo a seguir?

Los árboles que han surgido de la tierra de la *wilāyah* y que desde su infancia se han nutrido en Irán de las fuentes cristalinas cuyas aguas son las lágrimas derramadas en las ceremonias de luto del Imam Husein (P), tienen en sus corazones el sello de hazrat Abbás (P) y siguen a Fátima (P), la madre de todos los descendientes del Profeta (PB). Por la

gracia de Dios, tenemos muchos mártires como Ibrahim, que han defendido al Islam y a la Revolución Islámica.

Querido lector: Dios nos permitió realizar muchas entrevistas a los familiares y amigos de Ibrahim, para que se convirtiesen en páginas del libro dorado de un místico silencioso, un enamorado y un maestro compasivo, un joven musulmán, un campeón y héroe, un servidor del Imam Mahdi (que Dios apresure su aparición), preparando así esta obra para su lectura, estudio y reflexión.

Finalmente, agradecemos a todas las personas que han contribuido de una u otra forma a la compilación y publicación de este libro, y esperamos que con su opinión y sus propuestas nos ayude usted a presentar a los hombres benevolentes de esta nación.

Sin duda, con ello estaremos pagando una deuda a aquellos que entregaron sus vidas para que la religión de Dios fulgiese en el mundo.

«La caravana se fue mientras estabas durmiendo y el desierto estaba frente a ti.
¿Cuándo te irás tú? ¿A quién le pedirás que encuentre el camino?
¿Qué vas a hacer mientras estés vivo?»

¿Por qué Ibrahim Hadí?

Era el verano de 1386,[1] me encontraba haciendo la oración del ocaso y la noche en la Mezquita Amin al-Doleh, en Teherán. ¡Todo me parecía fascinante! El resto de personas orantes eran sabios musulmanes y creyentes distinguidos; yo estaba en el extremo derecho de la segunda fila.

Después de la oración del ocaso, cuando miré en derredor noté con mucha sorpresa que el lugar donde orábamos estaba rodeado de agua.

---

[1] Nota del editor: Todas las fechas corresponden al **calendario de la hégira solar,** excepto el de las conmemoraciones religiosas para el cual se ha utilizado el **calendario islámico**, apareciendo en el glosario los meses citados.

Parecía una mezquita dentro de una isla en alta mar, el guía de la oración era un anciano con turbante blanco cuyo rostro brillaba; este se dirigió hacia la multitud y empezó a hablar.

Le pregunté a otro anciano que estaba a la par mía:

— ¿Conoce a este religioso?

— ¡Sí! — respondió; añadiendo: — Es el sheij Muhammad Husein Zahed, el profesor del clérigo hach Haqshenás y del clérigo hach Muytahidí.

Yo que había oído hablar mucho sobre la grandeza espiritual y nobleza del sheij Husein Zahed, escuchaba atentamente su sermón.

Reinaba un silencio asombroso, todos miraban y escuchaban al sheij, quien entre otros temas se refirió al misticismo y la moral, diciendo: «¡Amigos! ¡Compañeros! La gente dice que nosotros [los religiosos] somos grandes místicos y maestros de moral, pero quiero deciros que los grandes representantes del misticismo y la moral práctica son estos jóvenes.

Después mostró una fotografía grande; me levanté un poco para verla bien. Se trataba de la foto de un hombre de barba larga que vestía una camisa color marrón.

Me fijé bien en el hombre de la fotografía, lo conocía perfectamente porque había visto varias veces su rostro, ¡no dudaba que era Ibrahim Hadí!

Las palabras del sheij Husein Zahed me parecían increíbles, ¿por qué hablaba así? Él, que era un profesor de mística y moral —y muchos sabios habían sido sus alumnos— estaba diciendo que el mártir Ibrahim era un verdadero maestro de moral práctica.

En el mismo momento me dije: «¡Pero el sheij Husein Zahed murió hace unos años…!»

Y desperté abruptamente.

Eran las tres de la madrugada del 20 de *mordād* de 1386, que coincidía con el 27 de *rayab* del calendario islámico; es decir, el día en que Muhammad (PB) fue designado por Dios como Su Profeta.

Este sueño fue tan real que me hizo trepidar. Tomé un papel y escribí rápidamente todo lo que había visto y escuchado.

No pude dormir más, así que repasé en mi mente todo lo que había escuchado acerca de Ibrahim.

***

No olvido la última noche del mes de ramadán del año 1373, estaba en la Mezquita de los Mártires; acompañaba a algunos veteranos de guerra. Fuimos juntos a la casa del mártir Ibrahim Hadí.

Había una ceremonia por el fallecimiento de la madre del mártir. Su casa estaba ubicada justo atrás de la mezquita, en la calle Shahid Movafeq.

El hach Husein Allahkaram comenzó a hablar sobre el mártir Hadí.

Los relatos eran fascinadores, hasta ese momento no había escuchado a nadie hablar sobre él de esa manera, por lo tanto esa noche fui bendecido por Dios, pues no viví la guerra y cuando Ibrahim fue martirizado yo tenía apenas siete años, pero Dios quiso que estuviese presente en aquella reunión para conocer a uno de Sus siervos sinceros.

Estas palabras sonaron en mi mente durante muchos años. ¡No creía que un combatiente hubiese sido protagonista de tantos hechos y proezas memorables y al mismo tiempo fuese desconocido!

Sí, lo más extraño de este mártir era que él mismo le había pedido a Dios ser un soldado desconocido, y que después de tantos años su cuerpo no había sido encontrado; y que el común de la gente tampoco supiese mucho de él.

¡Pero ahora en todas las escuelas, yo les cuento a los chicos sobre él!

***

Todavía falta mucho para la llamada a la oración del alba, hay tiempo suficiente y no tengo sueño; me gustaría saber por qué el sheij Muhammad Husein Zahed presentó a Ibrahim como un «modelo de moral práctica».

Aquel día por la mañana fuimos a visitar la tumba del sheij Husein Zahed en el cementerio de Ray, en Teherán. Al ver su retrato me percaté de que era la misma persona que había visto en mi sueño.

No tenía dudas de que los místicos no debían buscarse en las montañas ni vivían como ermitaños en lugares remotos, pues ellos están entre nosotros y son parte de nuestra gente.

Ese mismo día fui a visitar a uno de los amigos del mártir Hadí y le pedí la dirección y los números telefónicos de otros amigos de este mártir.

Había decidido que debía conocer completamente a Ibrahim y le pedí a Dios que me otorgase el éxito en esta empresa.

Quizás esta es una misión que Dios Todopoderoso ha puesto sobre nuestros hombros para dar a conocer a Sus siervos sinceros.

Biografía

Ibrahim nació el 1 de *ordibehesht* de 1336, en el barrio Shahid Ayatolá Sa'idí de Teherán, en las inmediaciones de la plaza Jorasán.

Era el cuarto hijo de la familia, por eso su padre, Mashhadí Muhammad Husein, le tenía un cariño especial.

Él —por su parte— también conocía muy bien el estatus de su padre y lo respetaba como era debido. Un padre que siendo tendero, lo había educado de la mejor manera posible.

Siendo todavía un adolescente, Ibrahim tuvo que probar el amargo sabor de la orfandad, y desde entonces le tocó vivir como los grandes hombres.

Estudió la primaria en la Escuela Taleqaní, y la secundaria en las escuelas Abu Rayhán y Karim Jan Zand.

En el año 1355 obtuvo su diploma de bachiller en letras y desde los últimos años del bachillerato empezó a dedicarse a la lectura de libros no incluidos en su programa de estudios.

Su participación en la Hey'at de Jóvenes de la Unidad Islámica, cuyos miembros realizaban estudios islámicos bajo la tutela del gran maestro Muhammad Taqí Ya'farí, fue muy influyente en el desarrollo de su personalidad.

En la época de la victoria de la Revolución Islámica de Irán dio muestras de gran valentía.

Estudiaba y trabajaba al mismo tiempo, primero en el bazar de Teherán, después de la victoria de la Revolución en la

Organización de Educación Física, y posteriormente fue trasladado al área de educación.

En aquel tiempo, Ibrahim empezó a desempeñarse como un maestro devoto de los hijos de estas tierras.

¡Era todo un deportista! Comenzó practicando deporte antiguo… ¡En el voleibol y la lucha, era único! Nunca se dio por vencido: Se mantuvo valerosamente de pie en todas las áreas.

Su inmenso coraje se pudo apreciar desde las cumbres de Bazi Deraz y Guilan-e Gharb hasta los abrasadores valles del sur de Irán.

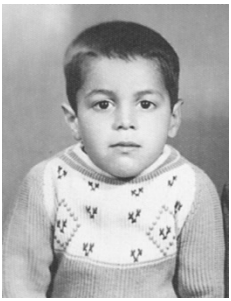
Sus épicas proezas en estas zonas aún viven en las mentes de sus viejos compañeros de guerra.

En la Operación Valfayr Moqaddamatí resistió cinco días en los canales de Fakkeh junto con los chicos de los batallones Kumayl y Hanzaleh, y no se rindió.

Finalmente, el 22 de *bahmán* de 1361, después de haber mandado hacia atrás a los chicos sobrevivientes, se quedó solo con Dios. Y nunca nadie lo volvió a ver.

Siempre le pedía a Dios ser un desconocido, porque el anonimato es una de las características de los devotos amados por Dios.

Dios —por Su parte— respondió su ruego. Hace años que Ibrahim se quedó en Fakkeh, en el anonimato y siendo un soldado desconocido para convertirse en un sol que alumbra a los buscadores de luz.



Amor de padre

Narrado por Reza Hadí

Vivíamos en una casa pequeña alquilada, ubicada en las inmediaciones de la plaza Jorasán, en Teherán.

Eran los primeros días de *ordibehesht* del año 1336. Papá estaba muy contento desde hace varios días.

El uno de ese mes, Dios le había otorgado un hijo, por lo que no se cansaba de agradecerle.

Aunque en la casa ahora éramos cuatro hijos (tres chicos y una chica), papá estaba muy entusiasmado con el recién nacido.

Por supuesto que estaba en su derecho, porque el bebé era un encanto. También, había escogido ya un nombre para él: Ibrahim.

Nuestro padre le puso el nombre de un Profeta que es símbolo de la paciencia y paladín de la confianza en Dios y el monoteísmo; y ese nombre le quedaba realmente bien.

Cada vez que nuestros parientes y amigos lo veían, le decían sorprendidos:

— Husein, tú tienes tres hijos más, ¿por qué este niño te ha causado tanta alegría?

Papá respondía serenamente:

— ¡Este niño tiene algo especial! Estoy seguro que mi Ibrahim será un buen siervo de Dios, y también hará que se recuerde mi nombre.

Tenía razón. El amor de nuestro padre hacia Ibrahim, era asombroso.

Aunque después de él, Dios le otorgó a mi familia un niño y una niña, más; no disminuyó en nada el amor de nuestro padre hacia Ibrahim.

***

Ibrahim estudió la primaria en la Escuela Taleqaní, ubicada en la calle Ziba. Tenía un carácter especial. En esa época, a pesar de su corta edad realizaba siempre la oración.

Una vez, en esos mismos años de la primaria, le dijo a uno de sus amiguitos: «Mi papá es un hombre muy bueno, incluso ha visto —varias veces— en sueños al Imam Mahdi (que Dios apresure su aparición)».

También, una vez que tenía muchas ganas de peregrinar a Kerbala, soñó que hazrat Abbás (P) había venido a visitarlo y a hablar con él.

Cuando Ibrahim cursaba el último año de primaria, le dijo a sus compañeros:

— Mi papá dice que el señor Jomeini es un hombre muy bueno, ese mismo que desde hace varios años el sah mantiene en el exilio. Incluso me ha dicho que todos debemos actuar de acuerdo a sus instrucciones, porque equivalen a las órdenes del Imam de la Época (que Dios apresure su aparición).

Los amigos le dijeron:

— ¡Ibrahim, no vuelvas a decir eso, pues si llega a oídos del coordinador de la escuela, te expulsará!

Quizás a los compañeros de Ibrahim, les resultaban extrañas esas palabras. Pero él tenía mucha fe en lo que su padre decía.

Sustento halal

Narrado por la hermana del mártir

Dijo el Profeta Muhammad (PB):

«Ayudad a vuestros hijos a ser buenas personas, porque cualquiera que lo desee puede extirpar la desobediencia de su hijo».[2]

Basándose en esto, mi padre nunca fue negligente respecto a la educación correcta de Ibrahim y la de sus otros hijos. Por supuesto que, mi padre era un hombre muy piadoso, asiduo de las mezquitas y las *hey'at*, y daba mucha importancia al sustento halal. Conocía bien el dicho del Profeta del Islam (PB):

«La adoración tiene diez partes, y nueve de ellas tienen que ver con obtener el sustento lícito».[3]

Por eso, cuando un grupo de bribones del barrio Amiriyeh (Shapur), lo fastidió y no lo dejaban que tuviese su pequeño negocio halal que había heredado de mi padre, vendió la tienda y comenzó a trabajar en una fábrica de terrones de azúcar.

---

[2] *Nahŷ al-Fasaḥah*, hadiz 370.

[3] *Biḥar al-Anwār*, t. 103, pág. 7.

Era obrero de la fábrica. Desde la mañana hasta la noche tenía que estar de pie frente a un horno. Después de un tiempo, pudo comprar una pequeña casa.

Ibrahim había dicho muchas veces: «Si mi padre educó buenos hijos, fue gracias a las dificultades que tuvo que aguantar para ganarse el sustento halal».

Siempre que se acordaba de su niñez, decía: «Mi padre me ayudaba a memorizar el Corán. Siempre me llevaba a la mezquita; la mayor parte de las veces íbamos a la mezquita del ayatolá Nurí en la intersección Sarcheshmeh.

Ahí se reunía la Hey'at Hazrat Alí Asghar (P), de la cual mi padre tenía la honra de ser miembro.

Recuerdo que en los últimos años de primaria, Ibrahim hizo algo que enfadó a mi padre, quien le ordenó: «¡Ibrahim sal de aquí y no vuelvas hasta la noche!».

Pero, llegó la noche e Ibrahim no aparecía. Toda la familia estaba preocupada pensando en si habría almorzado o no, pero nadie cuestionaba a mi padre.

Un par de horas después, Ibrahim regresó. Entró saludando respetuosamente a todos. Le pregunté de inmediato: «¿Almorzaste algo hermano?».

Aunque mi padre parecía todavía estar molesto, hizo silencio aguardando la respuesta de Ibrahim, que dijo en voz baja: «Caminaba por el callejón cuando vi que una anciana había comprado muchas cosas y no sabía qué hacer, ni cómo llevárselas a casa. Me acerqué y le ayudé. Le llevé las compras hasta su casa. La anciana me agradeció muchísimo y me regaló una moneda de 5 riales. No quería aceptarla, pero insistió tanto. Yo también tuve la certeza de que era dinero halal, porque me lo había ganado trabajando. Al

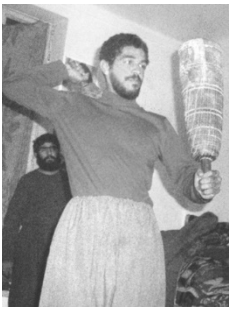
mediodía, con esa misma moneda compré un poco de pan, y comí».

Cuando mi padre escuchó la historia, se le dibujó una sonrisa en los labios por la satisfacción y alegría de que Ibrahim había aprendido muy bien de él la lección de lo importante que es el sustento halal.

La amistad de mi padre con Ibrahim iba mucho más allá de una relación de padre e hijo. Había un amor singular entre ambos cuyo fruto se hizo evidente en el desarrollo de la personalidad de mi hermano. Sin embargo, esta amistad pura no duró mucho tiempo.

Ibrahim era un adolescente cuando perdió el dulce sabor del apoyo del padre.

Pudo sentir un crepúsculo entristecedor cubriéndolo con la pesada sombra de la orfandad. Desde ese momento continuó su vida como los grandes hombres. En esos años, la mayoría de sus amigos y conocidos le recomendaban que se dedicase al deporte. Algo, que él hizo.



El deporte antiguo

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Fue en el primer año de secundaria que Ibrahim conoció el deporte antiguo. Por las noches iba al *zurjaneh* del hach Hasan.

El hach Hasan Tavakkol, conocido como «hach Hasan Nayyar», era un místico piadoso que tenía un *zurjaneh* cerca de la Escuela Secundaria Abu Rayhán. Ibrahim era también uno de los atletas que frecuentaban ese ambiente espiritual.

El hach Hasan siempre comenzaba las sesiones deportivas recitando algunas aleyas del Corán, posteriormente narraba un hadiz [en árabe] y lo traducía. La mayoría de las noches mandaba a Ibrahim al centro de la arena deportiva, a veces recitaba una sura del Corán, otras, la súplica Tawassul o entonaba himnos sobre Ahl ul-Bayt (P), y de esta manera ayudaba al director del *zurjaneh*.

Cuando sonaba la llamada a la oración del ocaso, los chicos interrumpían su entrenamiento deportivo, rezaban en forma colectiva, guiados por el hach Hasan; y esta era una de las actividades importantes de este establecimiento deportivo.

De esta forma, el hach Hasan instruía a los jóvenes en la fe, la moral, la educación y el deporte, en esos tiempos previos a la Revolución.

No olvido la vez en que los deportistas ya habiendo terminado su entrenamiento, se estaban vistiendo y se disponían a despedirse, cuando de repente entró un hombre afligido con un bebé en sus brazos.

Con rostro pálido y voz temblorosa, dijo: «¡Oh hach Hasan, ayúdeme! Mi hijo está enfermo y los médicos me han dicho que no pueden hacer nada por él, que no tiene cura. Estoy a punto de perderlo pero sé que usted puede ayudarme. ¡Por el amor de Dios: rece por él!»

Luego aquel hombre rompió en llanto.

En ese mismo momento, Ibrahim que era solo un jovenzuelo, dijo: «Chicos poneos de nuevo la ropa deportiva y volvamos a la arena».

Una vez se hubieron acomodado en la arena, empezaron su rutina deportiva, e Ibrahim les animó: «¡Acompañadme! Hagamos juntos la súplica Tawassul».

Ibrahim empezó a recitarla, y los demás la repetían al unísono.

Aquel padre yacía sentado en un rincón con su hijo en brazos, contemplaba la escena y lloraba inconteniblemente.

Dos semanas habían transcurrido ya, cuando el hach Hasan después de un entrenamiento, dijo:

— ¡Chicos! El próximo viernes estáis invitados a almorzar.

Pregunté de inmediato:

— ¿Dónde?

— Aquel siervo de Dios que vino con su hijo enfermo nos ha invitado a todos. Gracias a Dios el bebé está bien y el médico ha dicho que se encuentra completamente sano. En agradecimiento a Dios nos ha invitado a comer.

Después de esa explicación del hach Hasan, me le quedé viendo a Ibrahim que se preparaba para marcharse. Parecía como si no había escuchado nada, sin embargo, yo tenía certeza que la súplica Tawassul que recitó con total entrega a Dios, había hecho efecto.

***

Muchas veces veía cómo Ibrahim trababa amistad con jóvenes que aparentemente no eran muy practicantes de la religión, ni tampoco estaban interesados en los temas religiosos. A estos los atraía por medio del deporte y con el paso del tiempo los llevaba a la mezquita y a los grupos religiosos.

Uno de estos chicos era muy malo, el peor de todos, pues siempre hablaba de bebidas alcohólicas y malas obras. No sabía nada de religión, no rezaba ni ayunaba. No le importaba nada, incluso contaba que nunca había participado en ninguna reunión religiosa. Le pregunté a Ibrahim:

— ¿Quiénes son estos chicos a los que siempre acompañas?

Sorprendido, me dijo:

— ¿Qué pasó? ¿A qué viene la pregunta?

Le conté:

— Anoche «ese chico» entró a la reunión para buscarte y se sentó a mi lado. Cuando el sheij estaba hablando sobre la opresión que sufrió el Imam Husein (P) y del mal que hacía Yazid, el chico miraba y escuchaba atentamente. En el momento en que las luces fueron apagadas comenzó a llorar mientras profería insultos contra Yazid.

Ibrahim que me escuchaba sorprendido, empezó a reír. Y me dijo:

— ¡No hay ningún problema! Este chico hasta ahora no había participado en ninguna reunión religiosa ni mucho menos llorado [por el Imam Husein (P)]. Te aseguro que cuando se acerque al Imam, él lo hará cambiar. Si nosotros les enseñamos a estos jóvenes la religión y contribuimos a su cambio, habremos hecho algo muy bueno.

La amistad de Ibrahim con este chico llegó a tal punto que abandonó todas sus malas obras y se convirtió en un buen deportista. Algunos meses después, en una de las festividades islámicas lo volví a ver. Después de haber terminado sus prácticas deportivas compró una caja de pastelillos de dulce, que luego repartió entre varias personas, diciéndoles: «Amigos, yo estoy en deuda con todos vosotros; yo estoy en deuda con Ibrahim. Si no os hubiese conocido, solo Dios sabe dónde estaría hoy».

Lo miramos sorprendidos; salimos del *zurjaneh*; en el camino reflexioné en lo que hacía Ibrahim.

¡Qué lindo el hecho de que atrajese a estos chicos —uno por uno— hacia el deporte, después los llevase a la mezquita y a los grupos religiosos; y como él mismo decía: «los arrojaba al regazo de Imam Husein (P)».

Recordé las palabras del Profeta Muhammad (PB) al Imam Alí (P):

«¡Oh Alí! La guía de una persona a través de ti, es mejor que la luz del sol que la alumbra».[4]

***

Otra de las cosas que promovía el establecimiento deportivo era la visita en grupo a otros *zurjaneh* para practicar el deporte antiguo. Una noche fuimos a un *zurjaneh* en Karaj.

Aún lo recuerdo bien: Aquella noche Ibrahim estaba recitando súplicas, entonando himnos, haciendo deporte. Ya había pasado un buen tiempo, entraban unos chicos a la arena, salían otros, pero Ibrahim continuaba inmutable, sin reparar en los demás.

---

[4] *Bihar al-Anwār*, t. 5, pág. 28.

Un hombre muy mayor estaba sentado en la parte de arriba observando a los deportistas, vino hacia mí y un tanto irritado apuntó su dedo hacia Ibrahim y me dijo:

— ¿Quién es ese joven?

Con una sonrisa en los labios, le pregunté:

— ¿Qué sucede?

— Este chico ha estado haciendo flexiones de codo, las he contado casi todas con mi *tasbih* y ya lleva más de setecientas. Dile que salga de la arena y que suba, porque si sigue se terminará desmayando.

Cuando Ibrahim se detuvo, no sentía nada de cansancio, ¡no parecía que hubiese estado haciendo flexiones de codo durante cuatro horas!

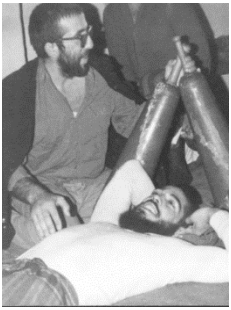
Eso es lo que Ibrahim hacía para fortalecerse, y siempre nos decía: «Debemos tener un cuerpo fuerte para servir a Dios».

Ibrahim siempre hacía súplicas, pidiendo: «¡Oh Dios mío hazme fuerte para servirte!»

En esos días, Ibrahim consiguió un par de porras de madera y un escudo de metal muy pesado para practicar deporte antiguo y lo hacía contento ante todos, pero después de un tiempo dejó de hacerlo, pues decía que ello podía ensoberbecerlo, y reiteraba: «Muchas personas compiten para sentirse más fuertes que las demás. Si hago deportes pesados frente a mis compañeros, eso los podría hacer sentir mal. Yo mismo me he promovido de esa forma. ¡Es una conducta muy errónea!»

Después de algún tiempo, cuando el establecimiento estaba a su cargo y veía que alguien estaba cansado y no podía continuar, rápidamente cambiaba la dinámica deportiva.

Pero una vez, el cuerpo de Ibrahim dejó en evidencia su poderío; fue en la época en que Husein Tahamí, uno de los devotos del hach Hasan, era campeón mundial de lucha.



El campeón

Narrado por Husein Allahkaram

El Seyyed Husein Tahamí, campeón mundial de lucha, llegó a nuestro *zurjaneh* y estuvo entrenándose con los chicos.

Aunque hacía un tiempo que el seyyed no competía aún estaba en forma y su fuerza y habilidad eran extraordinarias. Cuando terminó su entrenamiento le preguntó al hach Hasan:

— ¿Hay alguien que quiera luchar conmigo?

El hach Hasan se les quedó viendo a los chicos y dijo:

— Ibrahim.

Después hizo una señal indicándole a Ibrahim que entrase en la arena.

Normalmente en este deporte, el ganador es quien derriba a su contrincante; es decir que el que cae: pierde. Comenzó la pelea, todos mirábamos atentamente. Los dos luchadores hacían esfuerzos por derribar a su contendiente, pero ninguno lo lograba. La contienda se prolongó. Había mucha presión sobre los dos luchadores, pero ninguno pudo vencer al otro: Fue una pelea que no tuvo ganador.

Cuando se dio por finalizado el combate, el Seyyed Husein repetía en voz alta: «*¡Barak Al.lah! ¡Barak Al.lah!* ¡Qué chico más valiente! ¡*Mashā Al.lah* campeón!»

***

La jornada deportiva había finalizado y el hach Hasan contemplaba el rostro de Ibrahim con mucha admiración. Creo que Ibrahim lo percibió, pues le preguntó:

— ¿Pasa algo, señor?

Después de un breve silencio, el hach Hasan habló:

— Hace mucho tiempo, había dos campeones aquí en Teherán. Uno era el Seyyed Hasan Razzaz, y el otro, el hach Sadiq Bolurforush. Ambos eran muy amigos. En las competencias, no tenían rivales. ¡Todos eran derrotados! Lo más importante, es que eran verdaderos siervos de Dios. Antes de cualquier contienda o entrenamiento, siempre recitaban algunas aleyas del Corán y un breve himno para los mártires de Kerbala. Así, con los ojos impregnados de lágrimas comenzaban sus actividades deportivas. Con esta devoción, ellos incluso —gracias al favor de Dios— tenían el don de sanar a los enfermos.

Después le dijo a Ibrahim:

— Yo te considero un campeón como ellos.

— ¡No señor! — replicó Ibrahim sonriendo, y agregó: — No se puede comparar.

Algunos de los chicos se molestaron por la forma en que el hach Hasan había descrito a Ibrahim.

A la mañana siguiente, nos visitaron cinco campeones de otro *zurjaneh* de Teherán. Se había convenido que después de nuestra rutina, estos se enfrentarían a los chicos. Todos

concordaron en que el hach Hasan fuese el árbitro. La lucha comenzó.

Se realizaron cuatro contiendas; dos las ganaron nuestros chicos y las otras dos los visitantes. Durante la última pelea hubo un poco de desorden.

Los visitantes gritaban cosas en contra del hach Hasan, a quien ya se le veía muy molesto.

Reparé que según lo acordado, la siguiente pelea era entre Ibrahim y uno de los visitantes. Ellos conocían bien a Ibrahim, y sabían que le ganaría fácilmente a su representante. Entonces, entendí que ese era el motivo por el cual estaban provocando semejante desorden: para poder después culpar al árbitro por la derrota.

Todos estaban nerviosos, un momento después Ibrahim entró con su sonrisa habitual y les dio la mano a todos los visitantes. Así, la tranquilidad volvió al lugar.

Después anunció:

— ¡No voy a luchar!

— ¿Por qué? — Preguntamos, estupefactos.

Ibrahim guardó un breve silencio, después del cual dijo serenamente:

— Nuestra amistad y compañerismo son más valiosos que todo lo que se diga o se haga.

Luego besó la mano del hach Hasan, y diciendo un *salawat* informó el final de las competencias. Quizás ese día no tuvimos ganador ni perdedor en la lucha. Pero, en realidad el verdadero ganador había sido Ibrahim.

Cuando quisimos vestirnos para marcharnos. El hach Hasan nos llamó, y nos cuestionó: «¿Ahora entendéis por qué dije que Ibrahim es un campeón?»

Nosotros guardamos silencio, y el hach Hasan continuó: «Hoy habéis visto lo que en realidad significa ser campeón. Ibrahim luchó contra su ego y salió vencedor... Por amor a Dios, Ibrahim no luchó con estos chicos, y con ello venció el rencor y la discordia. Eso es lo que suele hacer un verdadero campeón».

***

La historia sobre el heroísmo de Ibrahim continuó hasta que llegó la victoria de la Revolución Islámica.

En ese tiempo la mayoría de los chicos estaban involucrados en los asuntos de la Revolución y su participación en el deporte antiguo había disminuido considerablemente hasta que Ibrahim propuso hacer juntos la oración del alba y al acabar, hacer un poco de deporte en el lugar de siempre.

Todos aceptamos su propuesta.

A partir de ese día, nos reuníamos cada mañana en el *zurjaneh*, rezábamos en forma colectiva, realizábamos nuestras prácticas deportivas, comíamos algo y luego nos marchábamos para ocuparnos de nuestros asuntos.

Por su parte, Ibrahim estaba muy contento porque de esta manera los chicos rezaban juntos y podían continuar con sus prácticas deportivas.

Asimismo, siempre hablaba del noble hadiz del Profeta Muhammad (PB) que dice:

«Para mí es más importante hacer la oración del alba en forma colectiva, que quedarme despierto toda la noche orando».

Con el comienzo de la Guerra Impuesta las actividades del *zurjaneh* disminuyeron mucho porque la mayoría de los chicos estaban presentes en el frente.

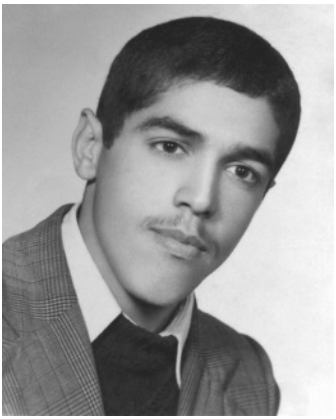
Ibrahim venía muy poco a Teherán, una de esas veces se llevó sus instrumentos deportivos a la zona de guerra y ahí mismo practicaba deporte antiguo.

El *zurjaneh* del hach Hasan Tavakkol tenía la reputación de educar a verdaderos campeones, porque muchos de los jóvenes que asistían —como Ibrahim— habían demostrado su heroísmo ante Dios.

Protegieron con su propia sangre su fe y no hay duda de que son verdaderos campeones.

La bella época espiritual del *zurjaneh* del hach Hasan terminó en los primeros años de la Defensa Sagrada con el martirio de su entrenador principal, Hasan Shahabí, y de Asghar Ranŷbaran (comandante de la Brigada Ammar); el Seyyed Salehí, Muhammad Shahrudí, Alí Jorramdel, Hasan Zahedí, el Seyyed Muhammad Sobhaní, el Seyyed Yavad Maŷdpur, Reza Pand, Hamdallah Moradí, Reza Huryar, Mayid Faridvand, Qasem Kazemí, Ibrahim Hadí, y otros queridos chicos. Además, el hach Alí Nasrallah, Mustafa Harandí y Alí Moqaddam quedaron lisiados durante la guerra; y falleció el hach Hasan Tavakkol.

Un tiempo después, en el lugar donde funcionaba el *zurjaneh* se construyó un edificio residencial, y de este modo la época del deporte antiguo pasó a ser solo un bello recuerdo.



Voleibol individual

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Los brazos fuertes de Ibrahim demostraron que era un campeón en varios deportes desde que empezó a estudiar la secundaria. Cuando hacíamos deporte en la escuela siempre jugaba voleibol, ninguno de los chicos quería enfrentarse a él.

¡Una vez jugó él solo contra seis personas!, y por supuesto como en todo partido solamente le era posible dar como mucho tres toques antes de mandar el balón al equipo contrario.

Todos nosotros — incluyendo nuestro profesor de educación física — fuimos testigos de su triunfo. Desde aquel día Ibrahim jugaba voleibol de forma individual.

La mayoría de los días libres jugábamos atrás de la estación de bomberos del bulevar 17 de Shahrivar y muchos de los que pretendían ser todos unos deportistas, no eran rivales para Ibrahim.

Pero la mejor anécdota sobre los juegos de voleibol de Ibrahim pertenece a la época de la guerra y la ciudad de Guilan-e Gharb. Ahí había una cancha de voleibol donde los combatientes solían jugar.

Un día vinieron algunos supervisores a la zona de guerra de Guilan-e Gharb. El responsable de ellos era el Sr. Davudí, director del Instituto de Educación Física. El Sr. Davudí

había sido maestro de educación física de Ibrahim en la secundaria, y lo conocía perfectamente.

El Sr. Davudí le entregó algunos implementos deportivos a Ibrahim y le dijo: «Puedes utilizarlos como quieras». Y agregó: «Estos amigos son deportistas de varias ramas deportivas y han venido en calidad de supervisores».

Ibrahim dirigió unas palabras a los deportistas y posteriormente les mostró las diferentes zonas de la ciudad, hasta que llegamos a la cancha de voleibol.

El Sr. Davudí le preguntó: «¿Qué te parece si jugamos un partido pues nos acompañan algunos miembros del Club de Voleibol de Teherán?»

A las 3 p.m. comenzó el partido: Un equipo de cinco jugadores — tres de ellos profesionales de este deporte — contra Ibrahim. Mucha gente se acercó a ver el juego.

Ibrahim como de costumbre jugaba descalzo, de camiseta y pantalones enrollados hasta las rodillas. Jugaba muy bien, y era increíble que se estuviese enfrentando solo contra un equipo de cinco personas.

El partido terminó en poco tiempo con una diferencia de 10 puntos a favor de Ibrahim. Después, el grupo completo de deportistas se sacó una foto con Ibrahim.

Nadie podía creía que un combatiente sencillo jugase como el más profesional de los voleibolistas.

Una vez en la Guarnición Militar Dokuheh, les conté a los combatientes la forma en que Ibrahim jugaba voleibol. Uno de los chicos consiguió un balón, después hicieron dos equipos e invitaron a Ibrahim.

Ibrahim al principio no quería jugar pero después de nuestra insistencia, accedió. Dijo: «Entonces haced un equipo y yo me enfrentaré solo contra él».

Cuando terminó el partido algunos de los comandantes decían: «Nunca nos habíamos reído tanto, porque cuando Ibrahim les mandaba el balón, varios jugadores en su intento de rematarlo chocaban entre sí y caían al suelo».

Ibrahim ganó el juego, logrando muchos puntos de diferencia.

Las apuestas

Narrado por Mahdi Faridvand y Sa'id Saleh Tash

Era casi el año 1354. Un viernes por la mañana estábamos jugando cuando de repente tres jóvenes desconocidos se nos acercaron, y nos dijeron: «Somos de la zona oeste de Teherán. ¿Quién de ustedes es Ibrahim?»

Una vez vieron a Ibrahim, le dijeron: «Bueno, vamos a jugar y a hacer una apuesta de 200 tomanes».

Unos minutos después comenzó el juego. Ibrahim jugaba solo contra los tres, y les ganó.

El mismo día viajamos a uno de los barrios del sur de la ciudad para jugar. Apostamos 700 tomanes. Fue un buen juego y ganamos fácilmente. Unos minutos después, Ibrahim notó que los jugadores del equipo perdedor estaban tratando de pedir prestado esa cantidad a otras personas para poder pagarnos.

Consciente de la situación, Ibrahim les dijo: «Que venga uno de vosotros a jugar conmigo de forma individual, si me gana se dan por saldados los 700 tomanes».

Uno de ellos se aproximó y empezó el partido. Ibrahim jugaba muy mal, tan mal jugó que perdió.

Por su parte, los contrincantes estaban alegres y así se marcharon. Yo en cambio, estaba muy nervioso y le pregunté:

— ¿Por qué jugaste mal?

Me miró un tanto sorprendido, y me explicó:

— Esos chicos aún juntando todo su dinero no llegaban ni a los 100 tomanes, y no quise que pasasen vergüenza.

A la semana siguiente, los jóvenes del oeste de Teherán volvieron. Esta vez acompañados de otros dos de sus amigos. Los cinco jugarían contra Ibrahim por 500 tomanes.

Ibrahim se quitó los zapatos, se enrolló el pantalón y empezó a jugar. ¡Él golpeaba el balón de tal manera que nadie podía rematarlo!

Ese día Ibrahim les ganó con una abultada diferencia de puntos.

Al anochecer, fuimos a la mezquita para hacer la oración colectiva. Después de rezar, el guía de la oración habló sobre las normas islámicas y uno de los temas que abordó fue: Las apuestas y el dinero ilícito.

El religioso manifestó: «Dijo el Profeta Muhammad (PB): *"Todo aquel que obtenga dinero de manera ilícita, lo perderá absurda y duramente"*.[5] Y también dijo: *"A aquel*

[5] *Muwaiz al-'Adadiyah*, pág. 25.

que se trague un bocado ilícito, Dios no le aceptará su oración por 40 noches ni sus súplicas por 40 días"».[6]

Ibrahim escuchaba atónitamente. Al concluir, nos acercamos al guía de la oración. Ibrahim le dijo:

— Hoy jugué voleibol con una apuesta de 500 tomanes y gané. Después le regalé ese dinero a una familia pobre…

El religioso le respondió:

— De ahora en adelante, ten cuidado: Juega pero no apuestes.

Una semana después volvieron los mismos jóvenes, acompañados de otros que parecían ser más fuertes y habilidosos. Uno de ellos dijo:

— ¡Esta vez queremos jugar apostando mil tomanes!

Ibrahim respondió:

— Puedo jugar pero sin apostar.

Ellos empezaron a burlarse de él y a molestarlo. Decían cosas como:

— Tiene miedo, sabe que va a perder.

— ¡No! Lo que sucede es que no tiene dinero...

Ibrahim les dijo:

— Hacer apuestas es ilícito, si yo lo hubiese sabido no lo habría hecho. Ahora bien, el dinero que les gané se los di a los pobres. Si queréis podemos jugar pero sin apuestas.

Al final, después de tantas palabras y burlas el juego no se llevó a cabo.

***

[6] *Al-Ḥokm az-Ẓāhirah*, t. 1, pág. 317.

Un amigo suyo decía: Ibrahim nos aconsejó que cuando jugásemos no apostásemos, pese a ello, una vez jugamos con los chicos del Barrio Nazi Abad y habíamos apostado: ¡Perdimos una gran cantidad de dinero!

El juego ya estaba por finalizar cuando Ibrahim llegó y al enterarse de que habíamos hecho una apuesta, se enojó mucho.

Por otra parte, nosotros no teníamos dinero suficiente para pagar la apuesta. Cuando terminó el partido, Ibrahim se acercó y tomó el balón, diciendo: «¿Alguien quiere jugar conmigo? Uno contra uno, nadie más».

Uno de los jóvenes del Barrio Nazi Abad, que era el capitán del equipo Barq y miembro de la Selección Nacional de Voleibol, se aproximó arrogantemente y le preguntó:

— ¿Y cuál es la apuesta?

Ibrahim, le respondió:

— Si pierdes, no le cobrarás el dinero de la apuesta a estos chicos.

Algo, que el joven aceptó.

Ibrahim jugó tan bien que todos nos quedamos sorprendidos. Derrotó a su rival fácilmente, pero después la agarró contra nosotros, por apostar y peor aún: ¡Sin tener dinero!

***

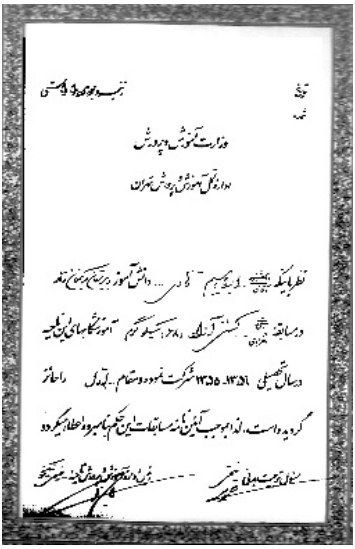
Además del voleibol, Ibrahim practicaba con habilidad otras ramas del deporte. Era un experto alpinista. Casi tres años antes del triunfo de la Revolución, comenzó a ir todos los días viernes por la mañana al barrio de Tajrish con otros jóvenes deportistas. Hacían la oración del alba en el santuario del Imam Zadeh Saleh y después escalaban la montaña,

corrían gran parte del trayecto, al llegar desayunaban y después de unas horas regresaban.

No olvido una vez que Ibrahim estaba entrenándose en la lucha, quería fortalecer sus piernas; para ello cargó a uno de los chicos sobre sus hombros desde la plaza Darband hasta la cascada Doqolu, en lo alto de la montaña.

El montañismo en las áreas de Darband y Kolakchal continuó hasta los primeros días de la victoria de la Revolución.

Ibrahim era también muy buen futbolista y jugador de tenis de mesa, en este último deporte era extremadamente habilidoso, jugaba con dos raquetas —una en cada mano— y nunca perdía.



La lucha

Narrado por los hermanos del mártir

No había pasado mucho tiempo de las hazañas de Ibrahim en el deporte antiguo cuando por consejo de unos amigos y el hach Hasan, comenzó a practicar la lucha.

Se inscribió en el Gimnasio Abu Moslem, en los alrededores de la plaza Jorasán. Comenzó este deporte pesando 53 kilos.

Los señores Gudarzí y Muhammadí eran los entrenadores de Ibrahim, y ambos lo querían mucho por su decencia y comportamiento en general. El Sr. Gudarzí trató de enseñarle muy bien todas las técnicas de ese deporte.

Él solía decir: «Este chico es muy tranquilo, pero cuando está luchando ataca como un tigre, porque tiene muy buena estatura y sus manos son anchas y fuertes. Mientras el árbitro no le otorga un punto, no deja tranquilo a su contrincante».

Por eso mismo le había puesto a Ibrahim, el sobrenombre de «tigre durmiente». Y muchas veces decía: «Un día veréis a este chico en las competencias mundiales. ¡Os lo aseguro!»

En los primeros años de la década de los 50, Ibrahim participó en el Campeonato Juvenil de Lucha de Teherán. Durante el certamen derrotó contundentemente a sus rivales, por lo que fue elegido para participar en las competiciones a nivel nacional, siendo que aún no cumplía los 15 años.

Las competencias se realizaron en los primeros días de *abān*, pero Ibrahim no participó.

Por ese motivo, los entrenadores se molestaron mucho con él. Un tiempo después entendimos que Ibrahim no quiso participar debido a que el certamen contaría con la presencia del príncipe heredero, y los premios también serían entregados por él.

Al año siguiente, Ibrahim participó en el campeonato escolar, y quedó en primer lugar. Ese mismo año compitió en el Campeonato de Lucha de Clubes de Teherán, en la categoría de 68 kilos.

Un año más tarde se hizo nuevamente presente en el campeonato escolar. Cuando supo que uno de sus mejores amigos competiría en su misma categoría, es decir, los 68 kilos, hizo el esfuerzo de subir de peso y lo consiguió. Así pudo participar en la categoría de los 74 kilos.

En aquel año Ibrahim brilló de forma abrumadora; era ya un joven de 18 años y campeón del Certamen Escolar de Lucha en la categoría de 74 kilos.

La capacidad especial de Ibrahim en el arte de derribar al contrincante y su habilidad para usar sus fuertes y anchas manos, lo habían convertido en un gran luchador.

***

Temprano por la mañana, Ibrahim salió de casa con sus implementos de lucha, mi hermano y yo nos preparamos para ir tras de él. Dondequiera que iba, lo seguíamos.

Continuó su camino, hasta que llegó a un gimnasio en las inmediaciones de la plaza Haft-e Tir. Entró; nosotros también entramos —sin que nos viese— y nos sentamos entre los espectadores. El lugar estaba lleno, una hora después comenzaron las competencias de lucha.

Ese día Ibrahim participó en varias contiendas, y las ganó todas. Pero, de repente notó que lo apoyábamos desde el público; se detuvo y se dirigió visiblemente enojado hasta donde nosotros estábamos. Nos dijo:

— ¿Qué estáis haciendo aquí?

— ¡Nada! — Le dijimos confundidos, y agregamos: — Te hemos seguido para ver en qué andas.

— ¿Qué? — Preguntó asombrado, y luego nos dijo: — No tenéis nada que hacer aquí. Este no es lugar para vosotros. ¡Daos prisa! Nos vamos a casa.

— ¿Por qué? — Quisimos saber, pero no nos respondió, y volvió a decirnos:

— ¡Vámonos a casa! ¡Levantaos!

Mientras tanto, se anunció por los altavoces:

— Ahora la semifinal de la categoría de 74 kilos. La lucha entre el Sr. Hadí y el Sr. Teheraní.

Ibrahim volvió su mirada hacia la arena y luego hacia nosotros. Guardó silencio y después de unos segundos se dirigió a la arena.

Nosotros gritábamos alentándolo.

Su entrenador también le gritaba, diciéndole: — ¡Ibrahim! ¡Haz algo!

Pero Ibrahim solo se defendía, y de vez en cuando nos veía de reojo. Su entrenador parecía estar ya muy enfadado, le gritaba:

— ¿Por qué no luchas? ¡Ataca!

Ibrahim con una técnica magistral levantó a su rival, logró que cayese al suelo, y lo sometió completamente con una

llave. Todavía el árbitro no levantaba su brazo para declararlo ganador, cuando se levantó y salió de la arena.

Aquel día Ibrahim estaba muy enojado con nosotros. Creímos que era por haberlo seguido a escondidas. En el camino, conversábamos con él. Nos dijo:

— Uno debe hacer deporte para fortalecer su cuerpo y no para ser «un campeón». — Luego agregó: —Yo participo en estas competencias porque quiero aprender las diversas técnicas de este deporte y no tengo otro objetivo.

— ¿Acaso es malo ser campeón y que todo el mundo te conozca? — Le pregunté, a lo que me respondió:

— No toda persona tiene la capacidad de ser famosa, y mejor que ser famoso y más importante aún es: Ser una buena persona.

Aquel día Ibrahim llegó a la final, pero no quiso participar en ese último combate. Volvió con nosotros a casa. Nos demostró que los títulos, grados y posiciones no le importaban. Ibrahim siempre nos recordaba las hermosas palabras del imam Jomeini: «El deporte no debe convertirse en la razón de nuestras vidas».

Ganador

Narrado por Husein Allahkaram

Se desarrollaban las competencias de la categoría de 74 kilos del Campeonato de Lucha de Clubes. Ibrahim derrotó a todos los adversarios y llegó a las semifinales. Ese año había entrenado mucho, así que derrotó a la mayoría de los adversarios con gran habilidad.

Si ganaba la siguiente lucha no cabía la menor duda que también ganaría la final. Pero Ibrahim luchó muy mal en la semifinal, y terminó perdiendo.

Ese año obtuvo el tercer lugar. Unos años después, aquel joven que derrotó a Ibrahim en la semifinal vino a visitarlo.

Nos contaba sus anécdotas con Ibrahim, y todos lo escuchábamos atentamente. Luego llegó a la historia de cómo lo conoció: « Yo conocí a Ibrahim en el mismo Campeonato de Lucha de Clubes, fue mi contrincante en la pelea semifinal de la categoría de 74 kilos en el club…»

Cuando quiso empezar a contar lo sucedido en la pelea, Ibrahim cambió el tema de la conversación y al final no pudo hacerlo. Al día siguiente volví a verlo y le dije:

— ¡Cuénteme por favor, sobre su lucha con Ibrahim en las semifinales!

Se me quedó viendo unos segundos, respiró profundamente y comenzó a narrar:

— Esa vez, me tocaba luchar contra Ibrahim en la semifinal, uno de mis pies estaba severamente lesionado. Hasta ese momento yo no conocía bien a Ibrahim, sin embargo le dije: «¡Compañero, tengo este pie muy lesionado, por favor tenga cuidado!» Ibrahim me respondió: «Está bien hermano, no se preocupe».

El joven siguió narrando:

— Yo había visto un par de luchas suyas, era muy bueno. Aunque Ibrahim era habilidoso y conocía las técnicas para golpear los pies del rival, en ningún momento se acercó a mis pies, pero yo, traicioneramente, lo derribé y clasifiqué a la final. ¡Yo estaba muy feliz! La verdad es que Ibrahim pudo derrotarme fácilmente y quedar campeón, pero no quiso.

Después continuó relatando:

— Yo pienso que lo hizo intencionalmente para que yo ganase. Y no estaba molesto por haber perdido. Y es que parece que para él, «el ser campeón» tiene otro significado. Yo, por mi parte, estaba muy contento y parte de mi alegría era que mi adversario en la final iba a ser uno de mis amigos del barrio donde vivo... ¡Creí que todos sabían esta historia! Bueno, en la final volví a hacer lo mismo, le dije a mi amigo que mi pie estaba lesionado y que —por favor— tuviese cuidado. Pese a ello, al comienzo de la pelea, lo primero que hizo fue tomarme del pie, y empecé a gritar del dolor… Luego, me derribó. Terminé mucho más lesionado y derrotado. Quedé en segundo lugar, Ibrahim en tercero; pero no tenía dudas que era Ibrahim quien merecía ganar. Desde ese día hasta hoy, somos amigos, todo este tiempo he podido ver muchas cosas asombrosas de él, tanto así que estoy muy agradecido con Dios, por haberlo conocido.

Cuando terminó, nos despedimos y se marchó. Empecé a andar y no podía dejar de pensar en sus palabras.

Recordé que en el cuartel de los Guardianes de la Revolución de Guilan-e Gharb, habían escrito en una pared una frase para cada combatiente. La de Ibrahim, decía: «Ibrahim Hadí es un combatiente que posee las virtudes de Pourya-ye Valí».

Pourya-ye Valí

Narrado por Iraŷ Gueraiy

Se estaba realizando el Campeonato de Lucha de Clubes del año 1355, el primer lugar recibiría un premio en efectivo y participaría en el Torneo de Selección Nacional. Ibrahim estaba plenamente preparado.

Cualquier persona que lo veía entrenar o luchar, se daba cuenta de ello. Incluso, los entrenadores decían: «Este año no hay nadie que pueda ser un verdadero rival para Ibrahim en la categoría de los 74 kilos».

Comenzó el campeonato e Ibrahim derrotaba uno tras otro a sus contrincantes. Después de cuatro peleas, ya estaba en la semifinal. Las luchas las ganaba con una puntuación alta.

Le dije a mis compañeros: «Podéis estar seguros de que este año habrá un luchador de nuestro club en la Selección Nacional».

En el encuentro de la semifinal, aunque su rival era muy conocido y muchos decían que iba a ganar, no fue así. Ibrahim lo derrotó y llegó a la final.

En la final se enfrentaría al Sr. Mahmud K., quien ese mismo año había ganado el Campeonato Mundial de Lucha de Militares.

Antes de comenzar la final fui a los vestidores para ver a Ibrahim. Le dije: «He visto las peleas de tu rival, es muy

débil. ¡Por Dios, querido amigo, solo tienes que concentrarte y luchar muy bien! Estoy seguro que este año te convocarán a la selección nacional».

Mientras Ibrahim se ataba los cordones de las zapatillas, su entrenador le dio las últimas indicaciones. Después partieron juntos hacia la arena.

Yo me apresuré a sentarme entre los espectadores. Ibrahim ya estaba en la arena cuando su rival hizo su ingreso. El árbitro todavía no llegaba. Ibrahim se acercó sonriente a su contrincante y le dio la mano.

Vi que su rival le decía algo, Ibrahim movió su cabeza como en señal de aceptación. Después su rival señaló a alguien del público, yo me volví y vi que era una anciana que estaba sentada en lo alto del graderío; pude notar que tenía un *tasbih* en sus manos.

La pelea comenzó, Ibrahim empezó muy mal la lucha. Se defendía, pero no atacaba. Su pobre entrenador le gritaba tanto dándole indicaciones que ya se había quedado afónico. Parecía que Ibrahim no escuchaba ni los gritos de su entrenador, ni los míos. ¡Solo estaba dejando pasar el tiempo!

Aunque el rival de Ibrahim en un comienzo se había mantenido al margen, comenzó a atacar insistentemente. Ibrahim continuaba solo defendiéndose.

El árbitro le dio la primera amonestación a Ibrahim, después hubo una segunda y una tercera, y así fue descalificado: ¡Perdió!

¡El rival de Ibrahim fue coronado campeón de la categoría de 74 kilos!

Cuando el árbitro levantó la mano de su contrincante, Ibrahim estaba muy contento como si él mismo hubiese sido el ganador. Después, los dos luchadores se dieron un abrazo.

El rival de Ibrahim mientras lloraba de alegría se inclinó para besar la mano de Ibrahim. Ambos salían del salón. Bajé rápidamente del graderío y lo alcancé. Yo estaba muy enojado.

Le reclamé en voz alta:

— ¡Hombre! ¿Qué forma de luchar ha sido esa? — Tan enojado estaba que le di un puñetazo en el hombro, le dije: —Si no querías luchar, no tenías que hacernos esperar tanto.

Pero Ibrahim muy tranquilo y con su sonrisa de siempre, me dijo:

— No tienes por qué lamentarte.

Luego, entró rápidamente a los vestidores, se cambió de ropa, y salió. Miraba hacia el piso. Por mi parte, estaba tan furioso que golpeaba las paredes, las puertas, después me senté en un rincón. Había pasado media hora, estaba ya un poco tranquilo. Empecé a caminar, quería salir.

Afuera había aún mucha gente, el campeón estaba ahí con sus familiares y amigos. Todos se veían muy contentos. De repente él mismo me llamó, me acerqué a él, y molesto, le pregunté:

— ¿En qué puedo servirle?

Sin mediar palabra alguna, me dijo:

— ¡Qué clase de amigo tiene usted! Antes de empezar la lucha le dije a Ibrahim: «No dudo que me vas a ganar, pero por favor no me hagas ver tan débil. Mi madre y mis hermanos están sentados ahí, viéndome. ¡Su amigo es un

verdadero caballero! Usted no sabe lo feliz que ha hecho a mi madre.

Después, el campeón empezó a llorar, y continuó:

— Por otra parte, me acabo de casar y necesitaba mucho el dinero del premio. ¡Realmente estoy muy feliz!

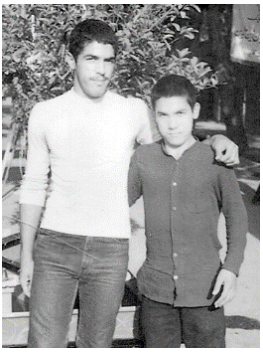
No sabía qué decirle, guardé silencio mirando su rostro. Recién entendía lo sucedido entre ellos. Después le dije:

— Querido compañero si yo hubiese sido Ibrahim, con todo lo que había entrenado y las dificultades que había pasado para llegar a la final, jamás habría hecho lo que él hizo. Sin embargo, tanto usted como yo sabemos que esta clase de cosas solo lo hacen los grandes hombres como Ibrahim.

Me despedí del campeón, de reojo vi a la anciana que estaba feliz y empecé a caminar. Durante el trayecto pensaba en lo que Ibrahim había hecho, y me decía: «¡No me parece lógico olvidarse de uno mismo para hacer feliz a otra persona!».

Me acordé de Pourya-ye Valí, uno de los grandes luchadores iraníes de todos los tiempos que cuando se dio cuenta que su rival necesitaba ser campeón, y que el gobernador de su ciudad incluso lo había amedrentado, decidió dejarse ganar.

Recordé el duro entrenamiento que Ibrahim tuvo para poder ganar el campeonato, y no lo hizo. Recordé las sonrisas de la anciana y alegría del joven campeón. ¡Todo era maravilloso! Entonces empecé a llorar, diciéndome: ¡Qué extraordinario hombre es Ibrahim!



Derrotando el ego

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Había llovido copiosamente en Teherán y el bulevar 17 de Shahrivar estaba inundado. Algunos ancianos querían atravesar la calle pero no sabían cómo.

En ese momento llegó Ibrahim. Se enrolló los pantalones y pasó al otro lado de la calle a los ancianos, uno por uno los cargó sobre su espalda.

Ibrahim hacía muchas cosas como esta y no tenía otro objetivo que vencer a su ego, especialmente cuando su nombre andaba de boca en boca entre los chicos.

***

Era una tarde de verano, estábamos con Ibrahim, llegamos a un callejón y vimos que un grupo de muchachos jugaba fútbol.

Íbamos pasando cuando uno de los chicos pateó fuertemente el balón, estrellándolo en el rostro de Ibrahim que cayó sentando en el suelo. La parte de su cara donde había impactado el balón estaba roja. Yo me enojé mucho, miré que los muchachos se escapaban para que no les hiciésemos nada.

Ibrahim que aún no se ponía de pie, sacó de su maletín deportivo una bolsa de nueces, y les gritó a los chicos que continuaban corriendo:

— ¿Adónde vais? ¡Volved! ¡Venid a comer nueces!

Después dejó la bolsa de nueces a un lado de la portería improvisada donde los chicos jugaban, y nos marchamos.

En el camino, un poco sorprendido le pregunté:

— ¿Por qué hiciste eso?

— Esos jóvenes se asustaron… En ningún momento tuvieron la intención de golpearme con el balón. — Me respondió.

Después cambió el tema y seguimos conversando sobre otras cosas. ¡Pero yo sabía que los grandes hombres actuaban de esa manera!

***

Estábamos en el club de lucha preparándonos para entrenar, cuando Ibrahim entró. Algunos minutos después llegó otro de nuestros amigos que sin mediar palabra le dijo:

— ¡Ibrahim tu estilo y músculos te hacen ver interesante! Cuando venía, dos chicas estaban caminando detrás de ti y pude escuchar cómo hablaban de ti…. Con esa camisa y pantalones elegantes, y el maletín deportivo, es evidente que eres un atleta.

Me le quedé viendo a Ibrahim y pensé: «Seguro que se ha molestado». Y es que parecía que no quería continuar escuchando esas palabras.

En la siguiente sesión en el club, cuando vi llegar a Ibrahim empecé a reír. Vestía una camisa muy larga y un pantalón muy flojo, y en vez de maletín traía una bolsa de plástico donde se veía una amalgama de ropa. ¡Y así continuó viniendo al club!

Los chicos lo cuestionaban:

— ¿Cómo puedes venir en esas fachas?

Otros, le decían:

— Nosotros venimos al club para tener una figura escultural y nos vestimos bien, y tú a pesar de tu musculatura… ¿Cómo eres capaz de vestirte así?

Ibrahim no les prestaba atención, y les aconsejaba:

— Si hacemos deporte por Dios, ello es un acto de adoración, de lo contrario solo nos perjudicamos a nosotros mismos.

Un tiempo después, me interesé por el fútbol. Un día estaba jugando en una cancha cuando de repente vi a Ibrahim en el graderío, rápidamente fui hasta donde estaba y con entusiasmo le dije:

— ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

Tenía una revista en la mano, balanceándola me dijo:

— Tu foto sale en esta revista.

Me emocioné y la noticia me entusiasmó, quise arrebatarle la revista, pero no se dejó. Me dijo:

— Te puedo dar la revista con una condición…

— ¡Cualquiera que sea, la acepto!

— ¿Estás seguro?

— ¡Claro que sí! ¡Acepto cualquier condición!

Me dio la revista. Habían impreso mi fotografía: ¡Era el póster central! Habían escrito un pequeño artículo titulado «El nuevo fenómeno del fútbol juvenil», donde me elogiaban bastante. Me senté. Leí nuevamente el artículo, y hojeé el resto de la revista. Luego, le dije:

— Muchas gracias, querido Ibrahim, me has alegrado el día. Dime, por favor ¿cuál es tu condición?

— ¡Calma! Me has dicho que aceptarías cualquier condición.

— ¡Por supuesto! Entonces, dime cuál es tu condición.

Ibrahim guardó silencio y después me dijo:

— ¡Ya no juegues fútbol!

Me quedé mudo y con los ojos agrandados por lo que acababa de oír. Reaccioné:

— ¡Qué abandone el fútbol! ¿Qué quieres decir? ¡Apenas comienzo a ser conocido!

—No quiero decir que nunca juegues, sino que me refiero al fútbol profesional.

— ¿Por qué?

Ibrahim se aproximó, tomó la revista de mis manos, me mostró mi fotografía, y me explicó:

— Esta es una foto a todo color, mírala bien. Aquí luces unos pantaloncillos. No somos los únicos que estamos viendo la revista. Está en manos de toda la gente. Muchas chicas posiblemente la han visto o la van a ver… Si te digo todo esto es porque eres uno de los chicos de la mezquita. Si no, no te hubiese dicho nada. Te aconsejo que primero fortalezcas tu fe, solo después de ello puedes dedicarte profesionalmente al deporte. Así, no tendrás problemas.

Luego me dijo que tenía bastante trabajo que hacer, se despidió y se fue.

Me quedé boquiabierto. Me senté y pensé mucho en las palabras de Ibrahim. Oír todo eso de alguien que siempre bromeaba, que hablaba como una persona común, pues sinceramente nunca me lo hubiese imaginado.

Después de un tiempo entendí sus palabras, cuando vi a algunos chicos —que iban a la mezquita y rezaban pero que su fe era débil— dedicarse al deporte profesional, poco a poco el ambiente que frecuentaban terminaba alejándolos de la religión.

Yadol.lah[7]

Narrado por el Seyyed Abulfazl Kazemí

Don Ibrahim estaba trabajando en una tienda del bazar. Un día lo vi de una manera que me sorprendió mucho.

Tenía dos cajas de cartón grandes llenas de mercadería sobre sus hombros. Las colocó en el suelo, en la entrada de una tienda.

Cuando terminó de hablar con el encargado del negocio, me acerqué a él y lo saludé. Después le dije:

— Don Ibrahim este trabajo es muy feo para usted. Es para cargadores. ¡No es adecuado para usted!

Se me quedó viendo a los ojos y me contestó:

— Trabajar no es defecto, el defecto es no trabajar. Además, este trabajo es muy bueno para mí, porque me hace recordar que no soy más que otros. Así lucho contra mi ego, contra la vanidad.

— No es bueno que la gente lo vea haciendo esto. Usted es un deportista y mucha gente lo conoce. — Insistí. Pero Ibrahim solo sonrió, y agregó:

— ¡Eh! Siempre hay que tratar de hacer lo que a Dios le agrada, aunque a la gente no le guste.

***

[7] *Yadol.lah* [en persa: یدالله], nombre propio de origen árabe cuyo significado literal es «la mano de Dios».

Estábamos sentados con algunos amigos. Hablábamos sobre don Ibrahim. Saqué su fotografía para mostrarla, uno de mis amigos —que no lo conocía— me la arrebató de las manos, la miró detenidamente y nos preguntó:

— ¿Estáis seguros de que este es el mismo Ibrahim del que habláis?

— ¡Claro que estamos seguros!

— Hace un tiempo tenía una tienda en el bazar Soltaní. Este chico de la foto, venía dos días a la semana, se quedaba parado a la entrada del bazar con una mochila, y los comerciantes lo contrataban como cargador. Un día le pregunté: «¿Cómo te llamas?». Me dijo: «Llámeme Yadol.lah». Pasó un tiempo, y una vez uno de mis colegas vino al bazar, cuando vio a Ibrahim, me dijo sorprendido: «¿Sabes quién es ese?». Le respondí que no, y quise saber por qué lo preguntaba. Mi colega me dijo: «Ese hombre es campeón de voleibol y de lucha. Además, ¡es un hombre muy piadoso! Este trabajo que está haciendo es para luchar contra su ego. ¡Y te digo que es una persona muy importante!». Después de eso no lo volví a ver.

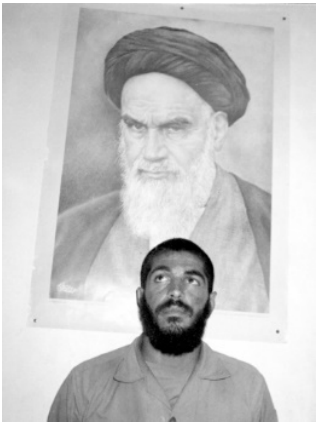
Las palabras de mi amigo me hicieron pensar mucho porque para mí esto era algo muy extraño. Luchar contra el ego de esa manera, para mí no tenía ningún sentido.

***

Un tiempo después, vi a uno de mis viejos amigos. Nos pusimos a hablar sobre don Ibrahim y las cosas que hacía. Luego me contó:

— Una vez, antes de la Revolución Islámica, Ibrahim vino a buscarnos a mí, a mi hermano y a dos personas más. Nos llevó a un restaurante, y pidió el mejor platillo para nosotros. ¡Hasta ese día no había comido algo tan sabroso! Cuando

terminamos, me preguntó qué me había parecido la comida. Le dije que había estado exquisita, y le agradecí. Entonces, me dijo: «Hoy en la mañana trabajé cargando bultos en el bazar y el buen sabor de esta comida se debe a la dificultad que pasé para obtener el dinero para pagarla».



El seminario teológico del clérigo hach Muytahidí

Narrado por Iraŷ Gueraiy

En los últimos años antes de la Revolución Islámica, Ibrahim además de trabajar en el bazar hacía otras cosas sobre las cuales casi nadie sabía.

Él mismo no hablaba con nadie al respecto, pero era evidente que había cambiado completamente su comportamiento. ¡Ibrahim estaba mucho más espiritual!

Por las mañanas se le veía con una bolsa plástica negra en sus manos en la que llevaba no sé qué cosa, e iba al bazar.

Un día pasaba en mi motocicleta cuando vi a Ibrahim en la calle. Le pregunté:

— ¿Adónde vas hermano?

— Al bazar.

Le dije que se subiese, y lo llevé. En el camino le dije:

— Hace un tiempo que te veo con esa bolsa, ¿qué es lo que llevas en ella?

— Libros, nada en especial.

Cuando atravesábamos el callejón Naeb Alsaltaneh, me pidió que me detuviese. Se bajó de la motocicleta, me agradeció, se despidió y se marchó. Me quedé sorprendido, porque este no era el lugar donde trabajaba Ibrahim. Entonces, ¿adónde iba?

Decidí seguirlo sin que se diese cuenta. Estacioné la moto y me fui tras de él. Lo vi entrar a una mezquita, y pude ver cómo se sentaba en un salón con un grupo de jóvenes que estaban estudiando. Sacó un libro de la bolsa y lo abrió.

En ese momento entendí. Ibrahim estaba estudiando en el seminario teológico. Salí de la mezquita y le pregunté a un anciano que pasaba:

— ¡Discúlpeme! ¿Cómo se llama esta mezquita?

— Este es el seminario teológico del clérigo hach Muytahidí. — Me respondió.

Sorprendido, di un vistazo a los alrededores. Nunca me hubiese imaginado que Ibrahim se había vuelto un seminarista.

En una de las paredes había un dicho del Profeta Muhammad (PB):

«Los cielos, la tierra y los ángeles piden día y noche el perdón para tres grupos de personas: los sabios, los que buscan el conocimiento, y los hombres generosos».[8]

En la noche cuando salíamos del *zurjaneh*, le dije:

— Hermano Ibrahim, no nos habías contado que estudias en el seminario teológico.

[8] *Muwaiz al-'Adadiyah*, pág. 111.

Sorprendido, se volvió hacia mí y se me quedó viendo. Entendió que yo lo había seguido, y lentamente me dijo:

— Es una lástima que el ser humano pase su vida solo comiendo, bebiendo y durmiendo. Oficialmente, no soy un seminarista, pero aprovecho las mañanas yendo a estudiar y por las tardes voy al bazar. Pero por ahora, no le cuentes a nadie.

La rutina de Ibrahim era esa hasta la victoria de la Revolución Islámica. Después, tenía muchas cosas que hacer que no le permitieron continuar ni en el seminario ni en el bazar.

Lazos con Dios

Narrado por Reza Hadí

Era de tarde, Ibrahim volvía a casa después de su jornada laboral. Cuando entró al callejón, se le quedó viendo al hijo del vecino que estaba hablando con una chica. Cuando el muchacho notó la presencia de Ibrahim, se despidió apresuradamente y tanto él como la chica se marcharon por rumbos diferentes. Había evitado el encuentro con Ibrahim.

Unos días después, se repitió la escena. Esta vez, cuando el muchacho quiso despedirse de la chica, percibió que Ibrahim se estaba aproximando. La joven emprendió la marcha y en un santiamén ya estaba al otro lado del callejón, e Ibrahim se encontró cara a cara con su vecino.

Ibrahim lo saludó con un apretón de manos y su sonrisa habitual. Antes de soltarle la mano empezó a hablarle calmadamente:

— ¡Oye! En este vecindario la gente es tranquila, creyente y no está acostumbrada a ver a dos chicos —que no son parientes entre sí— hablando… como tú lo haces. Es más, nunca había sucedido. Te conozco bien a ti y a tu familia; si realmente quieres a esa chica yo puedo hablar con tu padre...

— ¡No, por Dios! ¡No le digas nada a mi padre! — Interrumpió el joven, asustado, y continuó: — ¡He cometido un error, discúlpame! No debí hablar con ella.

— ¡No, no has entendido mi objetivo! — Le dijo Ibrahim, y luego le explicó: — ¡Oye!, tu padre tiene una casa grande, y tú estás trabajando en su negocio. Yo puedo hablar esta noche con tu padre en la mezquita, sobre la posibilidad de que te cases con esta chica, que después de todo es lo que quieres. ¿Cierto?

El joven miraba hacia abajo, estaba muy avergonzado. Finalmente dijo:

— Si mi padre se da cuenta, se va a enojar mucho.

— No te preocupes, yo sé cómo hablarle a tu padre. Lo conozco y sé que es una buena persona, y muy razonable.

— No sé qué decir. ¡Bueno, don Ibrahim! Haga lo que crea conveniente.

Ambos se despidieron.

Esa noche después de la oración, Ibrahim habló con el padre de este joven en la mezquita. Comenzó abordando de manera general el tema del matrimonio, sus virtudes, y después enfatizó: «Si alguien tiene las condiciones necesarias para casarse, debe hacerlo cuando encuentra a la persona adecuada. Y si no lo hace e incurre en algún acto ilícito, pues deberá responder ante Dios. Ahora, en este sentido, les corresponde a los mayores ayudar a los jóvenes».

El padre asentía las palabras de Ibrahim, pero cuando le habló de su hijo, frunció el ceño. Ibrahim le dijo:

— ¡Querido! Si tu propio hijo quiere cuidarse a sí mismo y no incurrir en pecado. ¿Acaso es eso malo?

— ¡No! —Terminó aceptando el viejo.

Al día siguiente, la madre de Ibrahim habló con la madre del joven, y después con la madre de la chica…

Había pasado un mes, Ibrahim volvía del bazar, era de noche y pudo ver que el final del callejón estaba adornado con luces de muchos colores. Ibrahim sonrió...

Estaba satisfecho porque había transformado una amistad negativa en una unión divina.

Esta pareja continúa casada hasta nuestros días, y confiesa que Ibrahim jugó un rol trascendental en la concreción de su boda.

Los días de la Revolución

Narrado por Amir Rabi'y

Desde pequeño, Ibrahim sentía una devoción especial hacia el imam Jomeini. Este amor aumentaba a medida que crecía hasta que llegó a su auge en los años previos a la Revolución.

Era la mañana de un viernes del año 1356, aún no se oía hablar de enfrentamientos ni de la Revolución. Volvíamos de una reunión religiosa que se había celebrado en la plaza Jhaleh (hoy plaza Shohadá). Nos dirigíamos a nuestra casa.

Aún no estábamos lejos de la plaza, cuando algunos amigos nos alcanzaron. Ibrahim comenzó a hablarnos sobre el imam Jomeini.

Después empezó a gritar:

— ¡Bendito sea Jomeini! ¡Bendito sea Jomeini!

Nosotros lo seguimos y algunas personas se nos unieron y gritábamos también otras consignas; llegamos cerca de la intersección Shams, continuamos caminando. Algunos minutos después, varias patrullas de la Policía se estacionaron frente a nosotros. Ibrahim, rápidamente dispersó a los chicos. Corrimos hacia distintos callejones.

Pasaron dos semanas, salíamos de la misma reunión que teníamos los viernes por la mañana. Ibrahim se paró en una esquina de la plaza frente al cine y empezó a gritar consignas y nosotros lo secundamos. La gente que nos miraba también empezó a repetir las consignas. ¡Fue una escena muy hermosa!

Minutos después, Ibrahim dispersó a la gente antes de que llegase la Policía; y nos subimos enseguida a un taxi rumbo a la plaza Jorasán.

Poco habíamos avanzado, cuando me di cuenta que había un retén policial revisando a los conductores y los pasajeros de los autos. Algunos vehículos de la SAVAK y unos diez agentes estaban parados al lado de la calle. El rostro del agente que inspeccionaba los autos me era conocido: ¡Había estado en la plaza entre la gente!

Le hice una señal a Ibrahim, y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Ibrahim abrió la puerta y corrió antes de que el agente llegase a nuestro taxi. El agente, que en ese momento inspeccionaba otro auto, levantó la cabeza, vio a Ibrahim y gritó:

— ¡Ese es! ¡Capturadle!

Los agentes perseguían a Ibrahim que corría velozmente. Lo vi entrar a un callejón mientras pagaba y salía del taxi. Aproveché el momento para atravesar la calle y continuar mi camino.

Al mediodía volví a casa, pero nadie tenía noticias de Ibrahim. Llegó la noche y seguíamos sin saber de él. Llamé a algunos compañeros, pero nada….

El reloj marcaba las 11 p.m., estaba muy preocupado. Aguardaba sentado en el patio. De repente, escuché una voz en la calle. Corrí hacia la puerta, abrí: ¡Era Ibrahim!

Sonreía como de costumbre. Estaba parado frente a la puerta. Lo abracé y me puse muy contento. ¡No sabía cómo expresarle mi alegría! Le pregunté:

— ¿Cómo estás Ibrahim?

Respiró profundamente, y respondió:

— ¡Bien, gracias a Dios! Ya ves, estoy sano y salvo.

— ¿Ya cenaste?

— No, pero no importa.

Entré a la casa rápidamente, traje un poco de comida. Después de comer un poco me contó que cuando los agentes lo perseguían pudo llegar hasta la plaza Ghiasí (en la actualidad, plaza Shahid Sa'idí). Y continuó:

— Es en esos momentos que sirve tener un cuerpo fuerte. ¡Dios nos ayudó! Aunque eran varios agentes, pude escapar de ellos.

Aquella noche hablamos mucho sobre la Revolución, el imam Jomeini y otros asuntos. Además, nos pusimos de acuerdo para ir todas las noches a la Mezquita Lorzadeh para escuchar al clérigo hach Chavoshí.

Una noche fui con Ibrahim y otros tres compañeros a dicha mezquita. El clérigo hach Chavoshí[9] era un hombre muy valiente. Desde el mimbar decía muchas cosas que otras personas no tenían coraje de decir.

Leyó un hadiz del Imam Musa al-Kazim (P) que dice:

«Un hombre de la ciudad de Qom invita a la gente a la verdad. Un grupo fuerte, cuyos miembros son como trozos de hierro, se reúne a su alrededor».[10]

Todos nos habíamos quedado asombrados con su discurso revolucionario. El clérigo hach Chavoshí continuó hablando, pero de repente las personas empezaron a moverse y a hacer

[9] El clérigo hach Chavoshí fue uno de los tantos eruditos revolucionarios asesinados por el grupo terrorista conocido como «Los *monafiqiin*».
[10] *Bi<u>h</u>ar al-Anwār*, t. 60, pág. 216.

barullo, me volví y vi a los agentes de la SAVAK golpeando a la gente que trataba de salir de la mezquita.

A cualquier persona que atravesaba la puerta la golpeaban brutalmente con porras, sin importar su sexo ni edad: Incluso los niños fueron atacados.

Ibrahim estaba muy enfadado, corrió hacia la puerta y empezó a pelear con los agentes. ¡Era Ibrahim contra todos! Los agentes lo golpeaban. El ajetreo permitió que muchas mujeres y niños pudiesen salir de la mezquita.

Ibrahim continuaba peleando heroicamente con los malvados agentes, logró darles su merecido a algunos de ellos y finalmente escapó. Nosotros también salimos. Nos fuimos tras de él. Más tarde escuchamos la noticia sobre la captura del clérigo hach Chavoshí. Hubo muchos heridos y varios mártires.

Los golpes que esa noche aguantó Ibrahim, le provocaron un desgarrador dolor de espalda que lo acompañó hasta el final de la vida y que le impidió continuar practicando con normalidad la lucha, un deporte que tanto le gustaba.

Con el comienzo de los acontecimientos del año 57, todo el pensamiento de Ibrahim estaba concentrado en el imam Jomeini y la Revolución.

Distribuía casetes, declaraciones, etc. Él hacía estas cosas muy valientemente. A mediados del mes de *shahrivar*, llevó a muchos de los niños a las colinas Qaytariah y participó en la oración colectiva de la Fiesta del Fin del Ayuno de ramadán que fue dirigida por el mártir Mofatteh. Después de la oración, se anunció que el viernes se realizaría una marcha hacia la plaza Jhaleh.

17 de shahrivar

Narrado por Amir Monyer

Era el 17 de *shahrivar*, en la mañana fui en motocicleta a buscar a Ibrahim. Luego, nos marchamos juntos a la reunión religiosa de la plaza Jhaleh (hoy, plaza Shohadá).

Cuando el evento terminó, escuchamos mucho ruido a lo lejos. A partir de la medianoche del día anterior había sido anunciado el toque de queda, pero muchas personas no lo sabían. Había muchos soldados y agentes del gobierno apostados en los alrededores de la plaza.

La multitud se dirigía hacia la plaza y se podían escuchar por los altavoces a los agentes exhortando a la gente a dispersarse. Ibrahim me dijo: «Amir, ¡vamos a ver qué pasa!»

Dimos unos cuantos pasos, y miramos a las personas viniendo de todas las direcciones hacia la plaza, y gritando consignas. Al comienzo decían «¡Salve Jomeini!», pero después cambiaron a «¡Muerte al sah!».

La multitud no se detuvo ante las advertencias de los agentes. La gente decía: ¡La SAVAK ha rodeado la plaza!

Unos minutos después sucedió lo inesperado: Se escuchaban los disparos viniendo de todas partes, hasta del helicóptero que sobrevolaba el lugar.

En un cerrar y abrir de ojos corrí hasta donde había dejado estacionada la motocicleta y volví por Ibrahim. Nos escabullimos por una calle que estaba despejada. Ibrahim

trajo a uno de los heridos, lo llevamos al Hospital Sevom-e Sha'bán.

Volvimos rápido al lugar… Cuando llegó el mediodía ya habíamos llevado al hospital a unos ocho heridos, regresando una y otra vez al escenario de los hechos.

Casi todo el cuerpo de Ibrahim estaba lleno de sangre.

Uno de los heridos había caído cerca de una gasolinera. Los agentes lo miraban de lejos, nadie tenía valor de levantarlo.

Ibrahim quería ir a auxiliarlo, no se lo permití.

— ¡Es una trampa! —Le dije, y continué: — Si te acercas a él, te van a disparar.

Ibrahim me miró y me dijo:

— Si fuese tu hermano, ¿me dirías lo mismo?

No sabía qué decirle, apenas balbucí: «Ten cuidado».

La intensidad del tiroteo había disminuido, los agentes habían retrocedido, todavía se veía a la gente corriendo de un lado a otro. Ibrahim caminó un poco, se tiró al piso y avanzó arrastrándose hasta llegar a él. Estuvo un par de minutos a su lado, sin moverse. Luego tomó su mano, y sin levantarse del piso se lo echó a la espalda. Regresó de la misma manera en que se había ido: ¡Arrastrándose!, pero esta vez cargando al joven herido. ¡Fue un acto muy valiente!

Después otra persona y yo lo llevamos en la motocicleta al hospital. Al regreso, vi que los agentes habían cerrado la calle. El estado de sitio se hacía sentir aún más. No sabía qué había sido de Ibrahim, traté de volver a casa. Lo conseguí.

Por la tarde fui a casa de Ibrahim, su madre estaba muy preocupada, nadie sabía nada de él. Yo mismo, me puse nervioso. Al final de la noche nos avisaron que Ibrahim había vuelto. Me puse muy contento.

Su condición física le permitió escapar de las garras de los agentes. Al día siguiente fuimos al cementerio de Behesht-e Zahra (P) y ayudamos a enterrar a los mártires. Después del 17 de *shahrivar*, comenzamos a reunirnos con los jóvenes para coordinar varias actividades.

Durante un tiempo estas reuniones las realizamos en la terraza de la casa de Ibrahim. Un tiempo después, en la casa de Mahdi y luego en otros lugares. En estas reuniones discutíamos sobre varios asuntos, especialmente sobre religión y el acontecer político del país, hasta que un día escuchamos que el imam Jomeini iba a volver muy pronto a Irán.

Era el comienzo del mes de *bahmán*. Se estaba organizando el recibimiento del imam Jomeini y coordinando los detalles. Nosotros éramos parte de uno de los equipos armados responsables de garantizar la seguridad del imam. El 12 de *bahmán* estuvimos apostados justo al final de la avenida Azadí que conduce al Aeropuerto Internacional de Mehrabad, en Teherán.

No me olvido de aquella escena: Cuando vi aparecer el automóvil que conducía al imam Jomeini. Ibrahim parecía una polilla revoloteando alrededor de una vela. Cuando hubo pasado el auto, nos reunimos con Ibrahim y los demás, y nos fuimos hacia el cementerio de Behesht-e Zahra (P).[11]

La seguridad de la puerta principal del camposanto que da hacia la carretera a Qom nos correspondía a nosotros. Ibrahim se paró a un lado de la puerta, pero todo su ser estaba allá donde el imam estaba pronunciando su discurso. Ibrahim

[11] Tras su regreso a Irán de su exilio en París, lo primero que el imam Jomeini hizo fue dirigirse a este cementerio para dar su primer discurso al pueblo iraní.

decía: «Ha venido el líder de esta revolución y nosotros le obedecemos. Haremos todo lo que nos diga».

Desde ese día, a Ibrahim no le importaba ni dormir, ni comer; y durante la Década del Alba no se supo nada de él. Fue hasta el 22 de *bahmán* que lo volví a ver. Le dije:

— ¿Dónde has estado? Tu madre está muy preocupada.

No respondió de inmediato, sino hasta pasados algunos segundos:

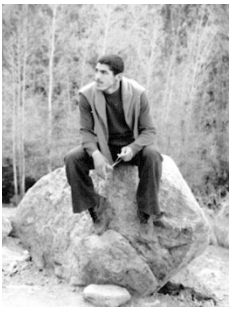
— En estos días he andado con uno de mis compañeros, tratando de ayudar a identificar a varios mártires desconocidos; pues en la oficina del forense no había quien lo hiciese.

Era La noche del 22 de *bahmán*. Ibrahim, algunos jóvenes revolucionarios y yo decidimos tomarnos la comisaría del barrio. Después de haberlo logrado, empezamos a patrullar la zona.

Al día siguiente, la noticia de la victoria de la Revolución se escuchó en todas las radios del país.

Algunos días Ibrahim iba con Amir a la Escuela Refah, donde el imam estaba hospedado. Durante un tiempo fue parte del equipo de seguridad del imam. Después estuvo destacado en la prisión de Qasr, donde fungió como vigilante. En ese periodo colaboró mucho con los chicos del Comité,[12] sin ser un miembro oficial del mismo.

[12] El Comité fue responsable de mantener la seguridad de la sociedad después de la Revolución.



Salto espiritual

Narrado por Yabbar Sotudeh y Husein Allahkaram

Muchas veces se ha visto cómo algunas de las grandes personalidades han abandonado —o evitado cometer— un pecado, lo cual ha sido motivo de su rápida evolución espiritual. Este control del ego ocurre más frecuentemente en las cuestiones sexuales. Incluso, en la historia del Profeta José (P), Dios dice:

«En verdad, si uno es temeroso y paciente, Dios no permite que se pierda la recompensa de quienes hacen el bien».[13]

Esta aleya habla de un tema general para todos los seres humanos y no solamente para el Profeta José (P).

Había pasado un mes desde la victoria de la Revolución Islámica de Irán y la cara y la apariencia de Ibrahim habían cambiado. Ibrahim usaba traje en su nuevo empleo, en el norte de Teherán. Un día lo vi muy tenso y molesto, estaba callado, ensimismado. Fui a hablar con él:

— ¡Ibrahim! ¿Qué te ocurre?

— No es nada importante.

Pese a su respuesta, era evidente que tenía un problema. Le dije:

— Si algo te pasa, no dudes en decírmelo, tal vez pueda ayudarte.

---

[13] Corán 12:90.

Guardó silencio, pero luego me dijo en voz baja:

— Desde hace algunos días, suelo encontrarme en esta zona a una chica que no usa hiyab y me coquetea.

Al oírlo, hice como que reflexionaba, pero luego no soporté y empecé a reírme.

— ¡Eh! ¿De qué te ríes?

— Ibrahim, ¡yo estaba asustado, pensé que te había pasado algo! — Le respondí. Después me le quedé viendo. Ibrahim era musculoso, tenía notable estatura y buena presencia. Entonces, le dije: — ¡Mírate! Eres alto, fornido y vistes bien. ¿Piensas que es extraño lo que te ha sucedido?

— ¿Qué quieres decir? ¿Crees que es por mi apariencia que esta chica…?

— ¡No lo dudes!

El día siguiente vi a Ibrahim y me dio tanta risa. Había venido al trabajo con el pelo muy recortado y sin saco. Otro día, vino con una camisa larga —casi andrajosa— y con un pantalón muy flojo, en vez de zapatos estaba usando sandalias. Así continuó por un buen tiempo, finalmente la tentación dejó de perseguirlo.

***

Percibir los pequeños detalles y la minuciosidad en diversas cuestiones eran algunas de las características de Ibrahim, algo que lo diferenciaba de sus amigos.

Era *farvardīn* de 1358, fuimos con Ibrahim a realizar una operación del Comité. Habíamos sido informados que una persona que antes de la Revolución se dedicaba a las actividades militares y que era buscado por las nuevas autoridades, había sido visto en uno de los vecindarios de

Teherán. Teníamos su dirección, llegamos en dos autos al edificio.

Ingresamos al apartamento donde se escondía y lo capturamos. Él no opuso resistencia. Cuando quisimos salir del edificio, había mucha gente curiosa queriendo ver quién era la persona que habíamos arrestado. La mayoría de ellas eran habitantes del lugar. Al ver la situación, Ibrahim volvió al apartamento y nos ordenó:

— ¡Esperad!

— ¿Qué sucede?

— Nada en especial.

Cuando regresó traía un pañuelo largo con el que cubrió el rostro del detenido. Le pregunté:

— ¿Para qué haces eso?

Mientras cubría el rostro del preso, explicó:

— Nosotros hemos detenido a este señor porque recibimos una llamada denunciándolo, pero imagínense que si lo que nos han dicho de él no es correcto, su honor se verá empañado, y ya no podría vivir tranquilo en este lugar, porque toda la gente lo señalaría como «culpable». Al cubrirlo, nadie sabrá quién es y si mañana es liberado, pues, no tendrá problemas en el vecindario.

Cuando salimos del edificio nadie pudo saber la identidad del detenido. Reflexioné sobre la meticulosidad de Ibrahim. ¡Lo sucedido era una muestra de cuán importante era para Ibrahim el respeto a los demás!

El efecto de las palabras

Narrado por Mahdi Faridvand

Ya habían transcurrido algunos meses desde la victoria de la Revolución Islámica. Uno de mis amigos me dijo:

— Mañana ve con Ibrahim a la Organización de Educación Física, su director, el Sr. Davudí, quiere proponeros un trabajo.

Al día siguiente, con dirección en mano fuimos a dicha institución. El Sr. Davudí nos trató con mucha amabilidad. Él había sido maestro en la época en que Ibrahim era estudiante de secundaria.

Después, junto a otras personas que también habían sido invitadas, entramos a un salón de deportes. El director se dirigió a todos nosotros, diciéndonos: «Todos vosotros sois deportistas y revolucionarios. Os invito a formar parte de esta institución y asumir una responsabilidad». Un momento después, nos dijo a Ibrahim y a mí: «A vosotros quiero delegaros la inspectoría».

Tras unos minutos de conversación, nosotros aceptamos. Al día siguiente, comenzamos a trabajar ahí. Cualquier consulta que teníamos se la hacíamos directamente al Sr. Davudí.

No olvido una mañana en que Ibrahim entró a la oficina de recursos humanos y me preguntó:

— ¿Qué haces?

— Estoy escribiendo un reporte y una orden de destitución.

— ¿A quién van a despedir?

— Se nos ha informado que el jefe de una de las federaciones se presenta a su lugar de trabajo con un aspecto inadecuado. — Ibrahim me escuchaba atentamente, y continué: — Además, trata de forma impropia a sus subordinados, especialmente a las mujeres. Incluso me han dicho que tiene posturas antirrevolucionarias, y por si fuese poco su esposa no usa hiyab. — Seguí escribiendo, y agregué: — ¡Pienso enviar una copia al Consejo Revolucionario!

Ibrahim me preguntó:

— ¿Puedo ver tu reporte?

— ¡Helo aquí! … y esta es la orden de destitución.

Leyó el reporte minuciosamente, y me preguntó:

— ¿Has hablado con él?

— No es necesario, todos saben que este hombre es así.

— ¡Eso no es correcto! ¿No has escuchado el refrán que dice que «solo el mentiroso se cree lo que escucha sin haberlo corroborado»?

— He sido informado por la misma gente que trabaja con él en la federación.

— ¿Tienes la dirección de su casa?

— ¡Por supuesto!

— Hoy en la tarde iremos a su casa. Veremos cómo es en realidad.

— ¡De acuerdo! — Le dije luego de un breve silencio.

La tarde del día siguiente, después de la jornada de trabajo, fuimos —según lo convenido— en motocicleta.

Vivía en Teherán, cerca del puente Seyyed Jandán. Llegamos a la calle indicada en la dirección. En ese mismo

momento, estaba llegando él, lo reconocí por la fotografía de su expediente.

Detuvo su Mercedes-Benz frente a su casa, bajó del auto una mujer casi sin hiyab que abrió el portón para que entrase el coche. Le dije a Ibrahim:

— ¿Has visto? ¡Este hombre está en problemas!

— Primero conversemos con él y después ya hablaremos nosotros.

Estacioné la motocicleta frente a la casa. Ibrahim tocó el timbre, y el mismo hombre nos abrió la puerta.

Era robusto, no usaba ni bigote ni barba, al vernos hizo un gesto de sorpresa, y nos dijo:

— ¿En qué puedo servirles?

Yo pensé: «Si yo fuese Ibrahim no lo trataba con tanta consideración, muy al contrario le echaría en cara muchas cosas». Sin embargo, Ibrahim no era como yo. Estaba tranquilo, sonriente, y le respondió:

— *¡As-salamu 'alaykum!* Me llamo Ibrahim Hadí y me gustaría hacerle un par de preguntas, si no es mucha molestia.

— Sí, por supuesto… su nombre me es muy conocido. He escuchado hablar de usted en la organización. Si no me equivoco, usted es inspector, ¿correcto?

Ibrahim le respondió afirmativamente. El hombre parecía estar muy nervioso, e insistentemente nos invitaba a pasar. A lo que Ibrahim respondió:

— ¡Muchas gracias! ¡No es necesario! Solo tenemos un par de minutos, y después nos marcharemos.

Ibrahim comenzó a hablarle. Casi una hora habló, y en ningún momento percibimos que había pasado tanto tiempo.

Ibrahim fue sincero con él, no le ocultó nada. Hablaba de las quejas en su contra. ¡De todo! Por ejemplo, le explicó: «Escuche querido amigo, su esposa es para usted… no para exhibirla ante otras personas. ¿Se ha dado cuenta que los jóvenes al notar que no porta hiyab cometen el pecado de quedársele viendo?»

Además, le dijo: «Usted es responsable del personal que trabaja bajo sus órdenes. No debe decir palabras soeces ni contar chistes indecentes. Peor, habiendo mujeres en su institución, es una gran falta de respeto».

Y también: «Usted fue un gran deportista, todo un ganador, pero debe saber que un verdadero campeón es aquel que acepta sus errores».

Luego, Ibrahim le habló de la Revolución Islámica, sobre la sangre de los mártires, el imam Jomeini y los enemigos de Irán. El hombre asentía con la cabeza.

Finalmente le dijo: «Vea querido amigo, esta es la orden de su destitución».

El director se quedó pálido, lo vi como tragó saliva y se nos quedó viendo con los ojos agrandados.

Ibrahim sonrió y rompió la orden de destitución. Le dijo: «¡Querido amigo, piense en mis palabras!»

Después nos despedimos de él, nos subimos a la motocicleta, y nos marchamos.

Cuando nos habíamos alejado un poco me volví, y pude observar que el hombre todavía estaba en la calle, viendo cómo nos alejábamos.

Le dije a Ibrahim:

— Hablaste muy bien, tus palabras me han calado.

Con una sonrisa en los labios, me dijo:

— ¡No hombre! ¿Quién soy yo? Ha sido Dios quien ha puesto esas palabras en mi boca. Ojalá tengan su efecto. — Hizo una pausa, y continuó: — Puedes estar seguro que no hay nada más efectivo que una buena charla… ¿Es que no has leído la aleya del Sagrado Corán donde Dios le dice a Su Mensajero:

«...si hubieses sido seco y duro de corazón, rápidamente se hubieran apartado de ti».[14]

Entonces, debemos aprender a tratar a la gente como lo hacía el Profeta (P).

***

Pasados unos dos meses, llegó un nuevo informe de la misma federación. El director había cambiado muchísimo. Sus maneras, su moral, su trato hacia los demás. Hasta su esposa estaba usando la vestimenta islámica.

Vi a Ibrahim y le mostré el informe. Quería ver su reacción. Lo leyó, y lo único que me dijo fue: «Gracias a Dios». Luego cambió el tema de conversación.

Pero yo no tenía ninguna duda que las palabras sinceras de Ibrahim habían tenido un profundo efecto en el director de la federación.

[14] Corán 3:159.

Atendiendo las necesidades de la gente

Narrado por un grupo de amigos del mártir

«Los siervos [de Dios] son mi familia, entonces las personas más amadas para mí son aquellas que las tratan bien, y luchan por atender sus necesidades».[15]

¡Era extraño!, se habían reunido varias personas al comienzo de la avenida Shahid Sa'idí. Fuimos con Ibrahim para ver qué pasaba.

Alguien nos contó que «había un chico con retraso mental que todos los días llenaba una cubeta con el agua sucia de la canaleta y luego se la echaba a los transeúntes, principalmente a los que veía bien vestidos».

La gente poco a poco se dispersó. Un hombre de traje trataba de limpiarse y secarse: Había sido víctima del chico. El hombre decía: «¡No sé qué hacer con este, pues es un retardado!».

Finalmente, desistió y se marchó. Nosotros nos quedamos con el muchacho revoltoso. Ibrahim le preguntó:

— ¿Por qué mojas a la gente?

El chico sonrió y respondió:

— ¡Me gusta!

— ¿Hay alguien que te dice que lo hagas?

[15] Este es una hadiz de Dios relatado por el Imam Sadiq (P).

El muchacho señaló a tres jóvenes con aspecto de vagos que estaban al otro lado de la calle, diciendo:

— Ellos me pagan 5 riales y me dicen a quién debo mojar.

Ibrahim vio cómo los jóvenes se reían. Tuvo el impulso de ir adonde estaban y decirles algo, pero se contuvo. Después le preguntó al chico:

— ¿Dónde vives? — El muchacho le respondió. Ibrahim pensó un poco y le propuso: — Si prometes no molestar más a la gente yo te pagaré 10 riales todos los días. ¿Aceptas?

— ¡Claro que sí!

Después nos condujo a su casa. Ibrahim habló con la madre del chico, y de esta forma solucionó algo que se había convertido en un problema para la gente.

***

Estuvimos trabajando en la inspectoría. Era día de pago. Al final de la jornada, Ibrahim me preguntó:

— ¿Trajiste tu moto?

— ¡Sí! ¿Por qué?

— Si no tienes qué hacer algo urgente, acompáñame al supermercado. Tengo que comprar un par de cosas.

Ibrahim casi se gastó todo su sueldo. Compró arroz, carne, jabón, etc. ¡Compró muchas cosas! Parecía que alguien le había dado una lista. Después fuimos a Mayidieh. Entramos en un callejón, Ibrahim me dijo que me detuviese, se bajó y tocó la puerta de una casa.

Abrió una anciana que llevaba mal puesto el hiyab. Ibrahim le entregó toda la compra. La mujer llevaba un crucifijo en el cuello. ¡Me quedé muy sorprendido! ¡Me irrité! En el camino de regreso, le dije:

— ¡Ibrahim esa señora es cristiana!

— ¡Sí! ¿Cuál es el problema?

Al oírlo, me hice a un lado de la calle, paré, y le dije:

— ¡Hay tantos musulmanes pobres y tú ayudándole a los cristianos!

Ni él ni yo nos habíamos bajado de la motocicleta. Luego de unos segundos, me respondió:

— Los musulmanes tienen quien les ayude. Además han fundado el Comité Emdad[16] y tienen al imam. Pero estos siervos de Dios —los cristianos— no tienen a nadie. Con esta contribución, sus problemas disminuirán. Además, su corazón se volcará con el imam y la Revolución.

***

26 años habían pasado desde el martirio de Ibrahim, logré recopilar muchas anécdotas que ordené para su impresión. Estaba en la mezquita, uno de los orantes me llamó y me dijo:

— Puede contar conmigo para todo lo que tenga que ver con la ceremonia en recuerdo de Ibrahim. ¡Estoy a sus órdenes!

— ¿Y usted conoció al mártir Ibrahim? — Le pregunté, sorprendido.

— ¡No! Apenas lo conocí el año pasado justo en la misma ceremonia. Hasta ese día no sabía nada de Ibrahim. Sin embargo, estoy en deuda con él.

Tenía, prisa, pero no podía irme sin preguntarle:

— ¿De qué deuda habla?

— El año pasado durante la ceremonia en recuerdo suyo, repartieron llaveros con la fotografía de Ibrahim. Yo tomé

[16] Comité de Ayuda.

uno y lo usé para las llaves de mi coche. Hace unos días volvía de un viaje junto con mi familia, nos detuvimos en un restaurante.

Al regreso, cuando quisimos subirnos, vi que había dejado las llaves en el auto y no había forma de entrar en él. Le pregunté a mi esposa

— ¿Traes contigo la copia de la llave?

— ¡Está en mi bolso, dentro del auto!

Me puse muy nervioso. Hice varios intentos, pero no pude abrir ninguna de las puertas. Hacía mucho frío. Estaba pensando en romper una de las ventanillas, pero me puse a pensar que el camino que nos esperaba era largo y el clima no nos favorecía.

De repente mi mirada se posó en la foto de Ibrahim que estaba en el llavero. Parecía que era él quien me miraba. Me le quedé viendo fijamente y le dije:

— Don Ibrahim, he escuchado que a usted le encantaba resolver los problemas de la gente. De acuerdo al Corán, los mártires están vivos... — Después le rogué a Dios: «¡Oh Señor por la posición que le has otorgado al mártir Ibrahim Hadí resuelve mi problema!»

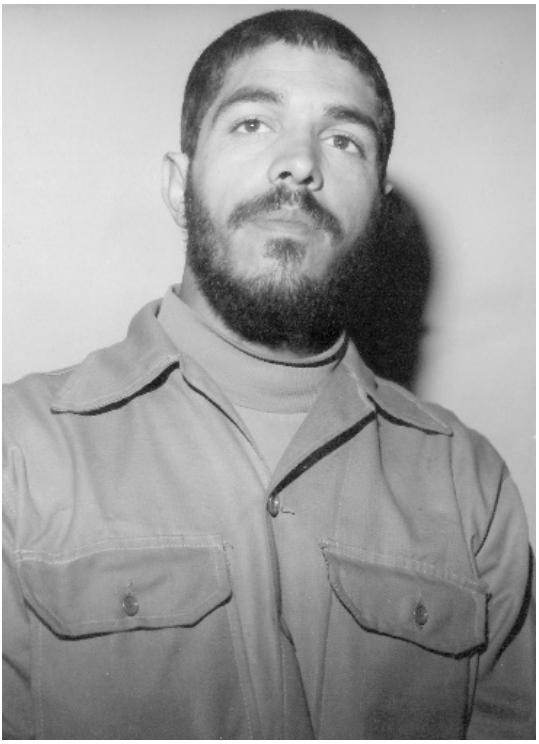
En ese estado de súplica, sin pensarlo metí la mano en el bolsillo de mi saco y saqué un manojo de llaves de la casa, metí una en la cerradura del coche y tras un movimiento suave la puerta se abrió.

Con mucha alegría entré y le di gracias a Dios. Después, me le quedé viendo a la fotografía de don Ibrahim. También le agradecí y le dije: «¡Que Dios te lo pague!». Todavía no habíamos emprendido la marcha cuando mi señora me preguntó:

— ¿Qué llave usaste para abrir?

— ¡Déjame ver cuál de estas llaves era! — Le dije, desconcertado.

Baje del auto y empecé a probar las llaves una por una pero ninguna entró en la cerradura. Me detuve, aspiré profundamente y dije: «¡Muchas gracias don Ibrahim! Después de su martirio continúa resolviendo los problemas de la gente».



Kurdistán

Narrado por Mahdi Faridvand

Era el verano de 1358, después de la oración del mediodía y la tarde nos quedamos conversando frente a la Mezquita Salmán cuando uno de nuestros amigos vino y nos dijo:

— ¿Habéis escuchado el mensaje del imam Jomeini?

— ¡No! ¿Qué mensaje?

— El imam ha ordenado que viajemos al Kurdistán y ayudemos a terminar con el bloqueo en que se encuentran los jóvenes y combatientes de esa región.

Después vino Muhammad Shahrudí, otro de nuestros amigos y nos dijo:

— Estoy yendo al Kurdistán con Qasem Tashakkorí y Naser Kermaní.

Ibrahim entusiasmado, señaló:

— ¡Nosotros también estamos dispuestos a ir!

Nos fuimos a preparar para la partida.

El reloj marcaba las 16 horas, éramos once hombres camino al Kurdistán en un auto Blazer. Llevábamos una escopeta ZH-3, cuatro pistolas y unas cuantas granadas de mano. ¡Nada más!

Muchas de las zonas y calles estaban cerradas, por lo que nos incorporamos a un camino de tierra, y con la ayuda de Dios, llegamos a Sanandaj en la mañana. No habíamos escuchado noticias; por tanto, desconocíamos cómo estaba a esa hora la situación. Entramos a la ciudad, nos detuvimos frente a un quiosco de diarios.

Ibrahim bajó del auto para preguntar la dirección del cuartel de los Guardianes de la Revolución. De repente lo oímos gritar: «¿Qué es lo que estás vendiendo incrédulo?»

Traté de saber qué pasaba y me sorprendí al ver fuera del quiosco varias botellas de licor a la venta. Ibrahim no perdió el tiempo, sacó su arma y empezó a dispararles. Las que sobrevivieron, las cogió y las estrelló contra el piso. Ibrahim estaba realmente enojado. Después se fue a buscar al dueño

del negocio que asustado se había escondido en un rincón del quiosco.

Ibrahim entró al quiosco y encaró nuevamente al propietario, era un joven. Ya calmado, le dijo:

— ¡Dime! ¿Acaso no eres musulmán? ¿Por qué estás vendiendo estas porquerías, estas impurezas? ¿No sabes que Dios ha dicho en el Corán: *«Estas son cosas abominables hechas por Satanás. Por tanto, absteneos de ellas»*?[17]

El joven decía «¡sí!» a todo lo que Ibrahim le decía, y pedía perdón. Ibrahim no habló mucho con él. Ambos salieron del quiosco.

El joven nos indicó el camino hacia el cuartel, y nosotros emprendimos la marcha. El silencio de la ciudad se había interrumpido por el sonido de las balas de escopeta. La gente se nos quedaba viendo a medida que avanzábamos por aquellas calles. Finalmente llegamos al cuartel de los Guardianes de la Revolución, en Sanandaj.

La entrada estaba protegida por espaldones de sacos de tierra, colocados por capas y ordenados alternativamente formando troneras. Era una verdadera fortaleza, que incluso impedía ver el cuartel.

Llamamos insistentemente a la puerta pero fue inútil: Nadie abrió. Desde adentro alguien nos dijo que la ciudad había sido tomada por los antirrevolucionarios, y luego agregó:

— No os quedéis aquí. ¡Marchaos hacia el aeropuerto!

— Hemos venido para ayudaros... por lo menos díganos dónde está el aeropuerto.

[17] Corán 5:90.

De pronto, uno de los soldados se asomó por la parte de arriba de la pared, y nos dijo:

— ¡Aquí no es seguro! ¡Tened mucho cuidado que pueden atacaros! ¡Salid de la ciudad lo más rápido posible! ¡Unos kilómetros hacia adelante está el aeropuerto, ahí encontraréis a las fuerzas revolucionarias. ¡Marchaos!

Subimos al auto y nos dirigimos hacia el aeropuerto. Finalmente pudimos comprender lo que sucedía en Sanandaj: Todo —excepto el cuartel de los Guardianes de la Revolución y el aeropuerto— estaba en manos de los antirrevolucionarios.

Había tres batallones del Ejército y uno de las fuerzas de los Guardianes de la Revolución en el aeropuerto. Los proyectiles de los morteros, disparados desde la ciudad caían en las pistas de aterrizaje.

En ese momento vimos por primera vez al Sr. Muhammad Boruyerdí. Tenía buena presencia; era castaño, barbado, sonriente.

A pesar de lo delicado de la situación, el hermano Boruyerdí dirigía muy bien las operaciones. Después supimos que era el comandante de los de los Guardianes de la Revolución en el sur del país.

Al día siguiente nos reunimos con él, los comandantes del Ejército también participaron. El hermano Boruyerdí nos dijo: «Gracias al mensaje del imam Jomeini —acerca de romper el bloqueo de Kurdistán— han venido muchos combatientes y muchos otros están en camino. Los contrarrevolucionarios están asustados. Ellos están concentrados en dos lugares importantes al interior de la ciudad. Debemos hacer un plan para atacar esos dos lugares».

El hermano Boruyerdí también se refirió a otros temas importantes. Por su parte, Ibrahim dijo: «Según he podido ver en la ciudad, la gente —aparentemente— no los apoya. Sería mejor que atacásemos primero uno de esos bastiones y luego, si tenemos éxito atacamos el otro».

Todos concordaron con Ibrahim, y se delineó el plan de ataque en el que participarían todas las fuerzas. Pero al mismo tiempo, los Guardianes de la Revolución fueron enviados a Paveh, por lo que solo se contaba con las fuerzas del Ejército para ejecutar el plan.

Ibrahim y otros compañeros visitaron cada una de las trincheras. Hablaban con los combatientes, les infundían ánimo. Después consiguieron una camioneta llena de sandías que distribuyeron entre los soldados. Así lograron un mayor acercamiento con ellos, y a través de diversas maniobras aumentó su compañerismo, valentía y preparación.

Una mañana, el Sr. Jaljalí se unió a las fuerzas. También otro grupo de chicos combatientes provenientes de diferentes ciudades, llegó al aeropuerto de Sanandaj. Después de la preparación necesaria, se distribuyeron las armas entre los combatientes y antes del mediodía ya habíamos atacado uno de los bastiones de los antirrevolucionarios. Fueron derrotados más rápido de lo que pensamos, y los capturamos.

Se encontró una gran cantidad de armas, dólares, pasaportes y otros documentos de identidad falsos. Ibrahim echó el dinero y los documentos falsos en un saco y se los entregó al comandante.

El segundo bastión de los antirrevolucionarios se rindió sin combatir. La ciudad volvió a ser controlada por las fuerzas revolucionarias. El comandante muy alegre decía: «Incluso si nos hubiésemos esperado un par de años preparándonos mis soldados no habrían tenido valor de realizar esta

operación. Esta victoria se la debemos al hermano Ibrahim Hadí y sus amigos combatientes. Han sido ellos quienes con su compañerismo, elevaron el espíritu de los soldados y obtuvieron este triunfo».

En esa época, Ibrahim y sus compañeros aprendieron técnicas de combate llegando a convertirse en verdaderos expertos, algo que se volvió evidente en el periodo de la Defensa Sagrada.

La aventura de Sanandaj no se prolongó por mucho tiempo, aunque en otras ciudades de Kurdistán continuaban los combates esporádicos contra los rebeldes antirrevolucionarios.

En el mes de *shahrivar* de 1358 volvimos a Teherán, pero el Sr. Qasem y algunos de nuestros hermanos se quedaron en Kurdistán y se unieron a las fuerzas del mártir Chamrán.

Después de su regreso, Ibrahim renunció a su cargo como inspector en la Organización de Educación Física y comenzó a trabajar en el Ministerio de Educación.

Al principio la institución no quería aceptar su renuncia, pero ante su insistencia tuvo que hacerlo. Ibrahim ingresó a un grupo donde se necesitaban personas como él.

Maestro ejemplar

Narrado por Abbás Hadí

Ibrahim solía decir: «Si queremos que esta revolución se mantenga firme y las generaciones venideras sean revolucionarias, debemos trabajar en las escuelas, porque el futuro del país estará en manos de personas que no han vivido la época del sah dictador».

Cuando se topaba con algunos maestros que tenían posturas antirrevolucionarias, se molestaba. Decía: «Los mejores y más destacados elementos revolucionarios deberían ser los maestros de las escuelas, especialmente los de secundaria».

Fue por ello que Ibrahim dejó su puesto como inspector —donde estaba muy bien— y buscó un empleo lleno de dificultades, en el que ganaba un sueldo más bajo.

Sin embargo, a él no le interesaban las cosas materiales y siempre decía: «El sustento lo proporciona Dios. El dinero es importante, pero cualquier trabajo que uno haga por Dios siempre obtiene Su recompensa».

Ibrahim empezó a trabajar como docente en dos escuelas. Era maestro de educación física en la Escuela Secundaria Abu Rayhán, en el distrito 14 de Teherán, y de árabe en un instituto de enseñanza secundaria del distrito 15, una zona pobre de esa ciudad.

Su empleo como profesor de árabe fue breve, en mitad del año lectivo dejó de trabajar ahí. Ni siquiera nos contó el motivo.

Un día me encontré en la calle al director del instituto donde Ibrahim había enseñado árabe. Cuando me vio se detuvo, y me dijo:

— Tú que eres hermano del Sr. Hadí, ¡por Dios hazme el favor de hablar con él para que regrese al instituto!

Le pregunté qué había pasado, y me contó:

— La verdad es que el Sr. Ibrahim de su propio bolsillo le daba dinero todos los días a uno de los alumnos, para que a primera hora comprase pan y queso. De acuerdo a él, los chicos por ser de un barrio pobre no comían lo suficiente y pues, un chico con hambre no pone atención ni entiende las clases… Yo discutí con el Sr. Hadí y le dije que había infringido el reglamento del instituto. Sin embargo, lo que él hacía no representaba un problema. Aun así, un día le llamé fuertemente la atención y le dije que no podía continuar haciendo eso… Y bueno, su reacción no me la esperaba: ¡Se marchó del instituto! Su puesto fue suplido por otro maestro, pero hoy todos los alumnos y sus padres me están pidiendo que haga algo para que regrese. ¡Elogian su forma de ser y calidad como maestro! En un breve tiempo se había informado de la situación de varios estudiantes y buscaba la forma de ayudarles cuando a mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

Escuché atentamente al director, le dije que haría lo posible por convencer a mi hermano. Nos despedimos.

Hablé con Ibrahim y le conté lo sucedido, pero no sirvió de nada porque ya se había comprometido a dar clases en otra escuela.

Por otra parte, Ibrahim en la Escuela Secundaria Abu Rayhán no era solo el maestro de educación física sino también de moral y conducta.

Los estudiantes que habían escuchado que era «campeón de campeones» estaban fascinados con él.

En aquel tiempo, los jóvenes revolucionarios no le daban mucha importancia a su apariencia, sin embargo Ibrahim llegaba al trabajo de traje y muy pulcro.

Su rostro radiante, retórica y conducta intachable lo habían convertido en un «maestro perfecto».

Era muy hábil dando clases, sabía cuándo reír y cuándo ser serio. En los recreos se le veía en el patio de la escuela.

La mayoría de estudiantes querían hacerle compañía. Era la primera persona en llegar a la escuela y la última en marcharse.

En una época en que las corrientes políticas estaban activas, Ibrahim había elegido el mejor lugar para servirle a la Revolución.

Una noche, Ibrahim invitó a la mezquita a unos jóvenes que habían sido influenciados por diversas agrupaciones políticas.

Estaban presentes también algunos amigos revolucionarios que dominaban los temas políticos. Organizó un conversatorio con preguntas y respuestas. Fue una reunión amena donde se trataron distintos asuntos. Todas las preguntas de los chicos fueron respondidas y sus argumentos rebatidos. Fue muy interesante, terminamos casi a las 2 a.m.

Ibrahim fue elegido como «el maestro ejemplar» del año lectivo 58 –59, aunque era el primer año en que daba clases, y también el último…

El 1 de *mehr* de 1359, fue contratado oficialmente como maestro del Distrito Educativo Nº 12 de Teherán, pero no logró asumir su puesto debido a la guerra.

En ese año, Ibrahim tuvo muchas ocupaciones: Dar clases en las escuelas, participar en actividades deportivas y religiosas, y en los grupos revolucionarios. Fue como si se hubiese multiplicado porque para hacer todo eso se necesitaban —en verdad— varias personas.

Profesor de educación física

Narrado por el mártir Reza Huryar

Estábamos en *ordibehesht* de 1359, yo era el profesor de educación física del Instituto de Enseñanza Secundaria Shohadá. Al lado estaba la Escuela Secundaria Abu Rayhán donde Ibrahim tenía el mismo cargo que yo. Fui a verlo, conversamos sobre diversos tópicos. Me fascinaba su conducta y su moral.

Ya estábamos por salir cuando me propuso que jugásemos voleibol. Me puse a reír porque yo había sido miembro de la Selección Nacional de Voleibol y participado en

competencias internacionales. Además yo tenía un estilo propio de juego, por el que era conocido. ¡Ahora Ibrahim prácticamente me estaba retando a jugar un partido! Le dije: «No hay problema, vamos a jugar… pero que sea en mi instituto».

Luego pensé: «Jugaré moderadamente para no hacerlo ver demasiado mal ante los demás. ¡Pobrecito!»

Comenzamos el partido. ¡Su primer servicio tuvo tanta potencia que no pude interceptarlo! El segundo y el tercero fueron iguales. Me puse pálido por la gran presión que sentí, pues estaba siendo derrotado ante mis alumnos.

Ibrahim golpeaba el balón de manera magistral, interceptar o rematar sus servicios era muy difícil. Mis alumnos seguían emocionados el partido.

Ibrahim se me quedó viendo e inmediatamente hizo un saque suave, el cual rematé pudiendo anotar mi primer punto. Luego otro punto, y otro y otro...

Él quería que yo no pasase vergüenza frente a los estudiantes, por lo que —a propósito— estaba jugando mal.

Conseguí empatarle, de esta forma había protegido mi reputación… Le di el balón para que reanudase el juego.

Lo tomó, lo levantó para hacer el saque pero en ese momento empezó a sonar la llamada a la oración del mediodía.

Colocó el balón en el suelo, se paró frente a la alquibla y en voz alta empezó a hacer el *adhan*. Su voz se escuchaba por todo el instituto.

La mayoría de estudiantes se fue a hacer la ablución, el resto a casa.

Ibrahim era una persona práctica, empezó a hacer la oración en el mismo lugar donde hace unos minutos habíamos estado

jugando voleibol. Los chicos y yo nos colocamos detrás de él para realizar la oración de forma colectiva.

Cuando terminamos se me acercó, me estrechó la mano y me dijo: «Don Reza, una competencia cuando se lleva a cabo con amistad es realmente hermosa».[18]

Hacer la oración justo después de escuchar el *adhan*

Narrado por algunos amigos del mártir

El núcleo de todas las actividades de Ibrahim era la oración. No le importaba en qué condiciones se encontrase, él simplemente hacía su oración justo después de escuchar el *adhan*. Casi siempre la hacía de forma colectiva y en la mezquita, y exhortaba a los demás a hacer lo mismo.

Sin duda practicaba este hadiz del Imam Alí (P):

«Quienquiera que frecuenta la Mezquita se beneficiará de lo siguiente: un hermano que será amigo de él en el camino de Dios, nuevos conocimientos, una bendición que estaba esperando, consejos que lo salvarán de la aniquilación, palabras que lo guiarán y lo harán evitar el pecado».[19]

Ibrahim desde antes de la Revolución Islámica hacía sus oraciones de esa manera.

---

[18] Aunque no tenía ninguna discapacidad, el comandante y deportista Reza Huryar participó —antes de la Revolución— como refuerzo de la Selección Nacional de Voleibol para Sordos en una competencia mundial en la que dicho equipo se coronó campeón. Reza se unió a sus amigos mártires en la Operación Kerbala 5.

[19] *Muwaiz al-'Adadiyah*, pág. 281.

Su conducta nos recuerda la famosa frase del expresidente de Irán mártir Rayaí: *«No le digáis a la oración "estoy ocupado", sino a vuestra ocupación "tengo que hacer la oración"».*

El mejor ejemplo de ello es que si estando en plena práctica del deporte antiguo —en el centro del *zurjaneh*— escuchaba el *adhan*, interrumpía su entrenamiento y hacía la oración en forma colectiva.

Muchas veces yendo de viaje e incluso en el frente de guerra, cuando llegaba la hora de rezar hacía que el conductor se detuviese, él mismo recitaba el *adhan* e invitaba a los demás a acompañarlo en la oración.

A todos les agradaba su bella y potente voz, así como la forma en que hacía la llamada a la oración.

Sin duda, Ibrahim le ponía mucha atención a este hadiz del Profeta Muhammad (PB):

«Dios ha prometido que en el día de la Resurrección, se llevará al Paraíso al muecín, a quien hace la ablución adecuadamente y a quien realiza la oración colectiva en la mezquita».[20]

Ibrahim mismo en su juventud se había hecho amigo de todos los chicos que asistían a la mezquita de su barrio.

Además, en esa época se había comprado una capa de religioso, y casi siempre se la ponía para rezar.

***

Era el año 1359, las actividades de los *basīŷ* se prolongaron hasta la madrugada. Los chicos habían terminado su trabajo

[20] *Mustadrak al-Wasā'il,* t. 6, pág. 448.

y solo faltaban dos horas para la llamada a la oración del alba.

Ibrahim los reunió a todos y empezó a narrar las anécdotas vividas en Kurdistán, las cuales eran muy interesantes y graciosas. Así fue como logró mantenerlos despiertos hasta la llegada del *adhan*.

Después de realizar la oración colectiva los muchachos se marcharon a sus casas.

Entonces, Ibrahim le dijo al jefe de los *basīŷ*. Si estos chicos se hubiesen ido cuando terminamos las actividades, quien sabe si luego de dormirse en sus casas hubiesen podido levantarse para hacer la oración. Hay que tratar de terminar más temprano para evitar que los chicos se vayan a perder la oración del alba.

***

En el día Ibrahim era una persona muy graciosa y hablaba de forma sencilla, pero normalmente en las noches se quedaba despierto hasta tarde. Despertaba en la madrugada para hacer la oración de la medianoche y luego esperaba la oración del alba. Trataba de que nadie se diese cuenta de ello. Parece que sabía que la tradición profética describe a los musulmanes chiitas como personas que despiertan al alba y hacen la oración de la medianoche.

Además de hacer las súplicas diarias, se dedicaba con ahínco a leer especialmente las de *Kumayl*, *Nudbah* y *Tawassul*, y diversas *ziyarah*, en especial la de *Ashura*, la cual recitaba todos los días.

Él siempre leía y repetía en voz baja la aleya:

«Y hemos puesto por delante de ellos una barrera y por detrás de ellos una barrera, de manera que les hemos cubierto totalmente y no pueden ver».[21]

Una vez le dije:

— ¡Ibrahim, esta aleya es para protegerse del enemigo, pero aquí no hay ningún enemigo!

Ibrahim se me quedó viendo y me preguntó:

— ¿Acaso hay un enemigo mayor que el demonio?

***

Una vez estábamos hablando sobre los jóvenes y la importancia de la oración. Ibrahim me dijo:

— Cuando mi padre murió estaba muy triste. La primera noche después de su fallecimiento, al marcharse la gente que nos acompañó en nuestro dolor, me fui a acostar sin haber hecho la oración. ¿Sabes?, estaba molesto. Al poco tiempo me quedé dormido y soñé con mi padre. Vi como entraba en la casa, estaba enojado. Se dirigió directamente a mi habitación, se paró frente a mí mirándome a los ojos. En ese momento desperté. ¡Cuando mi padre me miraba de esa manera tenía mucho que decirme! Vi el reloj, aún era tiempo de rezar. Me levanté enseguida, hice la ablución y cumplí con el deber de la oración.

***

Ibrahim también le daba mucha importancia a la oración colectiva del viernes. Aunque en esa época estaba en el Kurdistán o en el frente de guerra y le era imposible asistir. Pero, cuando estaba en Teherán siempre participaba en la

[21] Corán 36:9.

oración colectiva del viernes, y nos decía: «No sabéis cuánta recompensa y bendiciones tiene la oración del viernes».

Al respecto, el Imam Sadiq (P) dijo:

«Dios prohíbe la entrada al fuego al pie que camina hacia la oración colectiva del viernes».[22]

Encuentro con un ladrón

Narrado por Abbás Hadí

Estábamos sentados dentro de la habitación, teníamos huéspedes. Escuchamos una voz que venía de fuera. Ibrahim rápidamente miró por la ventana. Un hombre se estaba escapando con la motocicleta de nuestro cuñado.

Escuchamos que gritaban «¡ladrón, ladrón! ¡detenedle!». Entonces Ibrahim corrió hacia la puerta, y uno de los chicos que se encontraba en el callejón hizo que el ladrón cayese al suelo en el momento que huía en la motocicleta.

Un pedazo de hierro le hizo un corte en la mano al ladrón, empezó a sangrar mucho. El ladrón estaba asustadísimo y se quejaba del dolor. Ibrahim levantó la motocicleta, la encendió. Y le dijo: «¡Sube, apresúrate!»

Se lo llevó al hospital donde lo vendaron, y después a la mezquita. Al terminar la oración, Ibrahim se sentó al lado del ladrón y le preguntó:

— ¿Por qué roba? ¿No sabe que el dinero ilícito no sirve de nada?

El ladrón empezó a llorar, y respondió:

---

[22] *Namaz Dar Ayin Hadiz*, pág. 101, hadiz 215.

— ¡Lo sé, lo sé pero no tengo trabajo! Tengo hijos y esposa que alimentar. He venido del interior, no sé qué hacer, no tuve otro remedio que….

Ibrahim reflexionó un poco. Luego se fue a hablar con una de las personas que rezaban en la mezquita. A los pocos minutos retornó con una gran sonrisa dibujada en sus labios. Dijo:

— Gracias a Dios, le acabo de conseguir un trabajo adecuado. Empieza mañana mismo. Tome este dinero y pídale a Dios que lo ayude. Siempre busque lo que es lícito. El dinero ilícito conduce a la perdición, pero el dinero lícito, aunque sea poco tiene bendición.

El inicio de la guerra

Narrado por Taqí Mesgarha

Era la mañana del día lunes 31 de *shahrivar* de 1359. Vi a Ibrahim y a su hermano ocupados, cargando unos muebles: Estaban mudándose de casa.

Los saludé y les dije:

— Hoy en la tarde Qasem parte para Kurdistán con un camión de provisiones; unos chicos y yo lo acompañaremos. Sorprendido, me preguntó:

— ¿Pasa algo?

— Es posible que comience nuevamente un conflicto armado.

— Si puedo yo también los acompañaré. Yo te aviso.

Al mediodía, con el ataque realizado por la aviación iraquí dio comienzo la guerra. Toda la gente miraba hacia el cielo.

Eran las 4 p.m., estábamos en la calle cuando llegó Qasem Tashakkorí en un jeep con pertrechos. Lo acompañaba Alí Jorramdel; me subí al vehículo.

Cuando estábamos por arrancar llegó Ibrahim y también se subió. Le pregunté:

— ¿Qué no estabas mudándote de casa?

— Sí, pero apenas dejé los muebles en la nueva casa, me vine.

Era el segundo día de guerra. Antes del mediodía llegamos a Sarpol-e Zahab, después de atravesar con mucha dificultad varios caminos de tierra.

Nadie podía creer lo que veíamos, una gran multitud de personas estaba marchándose de la ciudad, huyendo del peligro.

Se escuchaba muy cerca el fuerte estruendo de los cañonazos y los proyectiles despedidos de los tubos de los morteros. ¡No sabíamos que hacer!

Al entrar en la ciudad tuvimos que pasar por un puerto de montaña. Después, vi a lo lejos a los jóvenes de los Guardianes de la Revolución que nos hacían señales con las manos. Les dije:

— ¡Rápido! ¡Rápido! Los Guardianes nos están indicando que nos apresuremos.

De repente, Ibrahim señalando en dirección contraria a donde estaban los guardianes, dijo:

— ¡Mirad hacia allá!

Entonces, pudimos ver muy bien cómo detrás de las colinas estaban los tanques iraquíes que disparaban sin detenerse. Algunos proyectiles y balas caían cerca de nuestro vehículo, pero gracias a Dios no nos causaron daño.

Cuando hubimos avanzado un poco más, uno de los Guardianes de la Revolución se acercó y nos preguntó:

— ¿Quiénes sois vosotros? He estado indicándoos que no avancéis más y en vez de ello habéis acelerado.

Qasem preguntó:

— ¿Cómo está todo? ¿Quién es el comandante aquí?

— El Sr. Boruyerdí, pero en estos momentos está en el interior de la ciudad con los jóvenes combatientes porque en la mañana los iraquíes se habían tomado la ciudad.

Nos marchamos, estacionamos el jeep en un lugar seguro dentro de la ciudad, ahí esperamos. Qasem hizo dos ciclos de oración en ese mismo lugar.

Cuando terminó, Ibrahim le preguntó:

— ¿Y esta oración?

— Cuando estuve combatiendo en el Kurdistán, siempre le pedía a Dios que no permitiese que los enemigos de la Revolución me hiciesen prisionero ni que quedase lisiado. Pero esta vez, le he pedido que me otorgue el martirio. ¡No soporto más! — Le contestó serenamente.

Ibrahim lo escuchó minuciosamente, pero no le dijo nada. Posteriormente, fuimos los tres a ver a Muhammad

Boruyerdí, el comandante del lugar, quien al ver a Qasem se puso muy contento, pues ellos ya se conocían.

Tuvimos una conversación muy amena, luego nos mostró el lugar y dijo: «En las afueras de la ciudad hay dos grupos de soldados, no tienen comandante y bueno Qasem… me gustaría que los trajeses hasta aquí».

Acompañamos a Qasem en la misión, eran muchos soldados, estaban armados pero se habían asustado porque no estaban preparados para la clase de ataque que el ejército de Irak había emprendido.

Qasem e Ibrahim se adelantaron y empezaron a hablar con los soldados, de tal forma que muchos de ellos se sintieron muy motivados.

Aquella charla terminó con esta exhortación: «Aquel que sea valiente y que no quiera que su familia caiga en las manos de los *baazistas*, ¡que venga con nosotros!»

Casi todos nos siguieron. Qasem reunió las tropas, pasó revista y después de ello entramos a la ciudad.

Al llegar, nuestra primera labor fue hacer trincheras. Algunos soldados dijeron que tenían municiones para cañón sin retroceso M40.

Qasem les mostró una buena zona y les ordenó trasladar la artillería ahí. Cuando se hubo hecho, disparó contra los tanques iraquíes.

Ante ello, los tanques retrocedieron considerablemente, algo que envalentonó a nuestros combatientes.

Antes del ocaso, Qasem eligió una de las casas que estaba cerca de las trincheras como sede de operaciones. Después me dijo: «Ve a decirle a Ibrahim que venga a leer la súplica Tawassul».

Era la noche del miércoles, empecé a caminar. Qasem comenzó a hacer la oración del ocaso. Habían pasado un par de minutos y aún estaba cerca cuando un proyectil de mortero impactó en la casa: nuestra sede. Yo pensé: «Gracias a Dios, que Qasem estaba dentro de la habitación rezando».

Me regresé, Ibrahim —que también había escuchado la explosión— llegó corriendo.

Entramos a la habitación, y era increíble: Una esquirla no más grande que una lenteja había impactado en el pecho de Qasem mientras este hacía la oración. ¡Qasem había recibido lo que pidió!

Cuando Muhammad Boruyerdí oyó la noticia, lo vimos notablemente triste. En la noche leímos la súplica Tawassul al lado del cadáver de Qasem.

En la mañana enviamos el cuerpo de Qasem a Teherán.

Al día siguiente fuimos a la sede de la comandancia, querían que algunos de nosotros nos hiciésemos responsables del almacén de armas. Aceptamos: ¡Nos entregaron una escuela llena de armas!

Un día, debido a la falta de seguridad sacamos el armamento de la ciudad. En el camino Ibrahim bromeó un poco. Cuando el almacén quedó completamente vacío nos fuimos al frente de guerra. Había muchas trincheras en el oeste de Sarpol-e Zahab.

Algunos comandantes experimentados como Asghar Vesalí y Alí Qorbaní fueron elegidos como responsables de las fuerzas combatientes.

Ellos tenían en la zona de Paveh una agrupación guerrillera llamada *Dastmalha-ye Sorj*[23] Ahora esas mismas fuerzas habían llegado a Sarpol-e Zahab.

Exploramos un poco la ciudad, incluso encontramos a algunos compañeros; entre ellos, Muhammad Shahrudí, Mayid Faridvand y otros. Después nos fuimos hacia el lugar donde se estaban trabando los combates contra las fuerzas iraquíes.

En una de las trincheras en las colinas, el comandante nos dijo: «En aquella colina es donde están apostados los iraquíes, por supuesto no es la única que está en su poder».

Algunos minutos después se asomó un soldado iraquí, y todos los combatientes empezaron a dispararle.

Ibrahim gritó:

— ¿Qué estáis haciendo? ¿Queréis terminaros todas las municiones?

Los chicos se quedaron en silencio. Ibrahim que hace un tiempo había estado en el Kurdistán había aprendido bien las técnicas militares. Les dijo: «Debéis esperar que el enemigo se acerque lo suficiente a vosotros, para atacar».

En ese momento, los iraquíes empezaron a dispararnos desde la colina con lanzacohetes y morteros.

Después empezaron a avanzar en dirección nuestra. Los combatientes que por primera vez estaban pisando el frente de guerra retrocedieron hacia las trincheras.

¡Nos habíamos asustado mucho!

El comandante gritaba: «¡Esperad no tengáis miedo!»

[23] Pañuelos Rojos.

Unos momentos después los iraquíes bajaron la intensidad de su ataque. Estábamos en la trinchera, miré hacia fuera. ¡Los iraquíes se habían acercado aún más!

De repente Ibrahim y otros compañeros empezaron a atacarlos. Mientras salían de la trinchera y corrían, gritaban: *¡Al·lahu Akbar!*

Algunos soldados iraquíes murieron en el ataque y otros cayeron heridos. Ibrahim y sus amigos hicieron prisioneros a once miembros de las fuerzas enemigas, el resto escapó.

Ibrahim los llevó de inmediato a la ciudad. Lo sucedido motivó mucho a nuestros combatientes. Algunos se sacaban fotos con los prisioneros, otros con Ibrahim.

Una hora después entramos a la ciudad de Sarpol, ahí nos enteramos de que debido a que el camino estaba bloqueado, el cuerpo del mártir Qasem todavía estaba en el cuartel. El quinto día de la guerra, pudimos llevar su cadáver a Teherán. Lo transportamos en su propio vehículo.

El funeral se realizó ahí, en la capital. ¡Fue espléndido! Qasem se había convertido en el primer mártir de la Defensa Sagrada.

Miles de personas participaron en el funeral, habían venido para darle el último adiós, entre ellos su gran amigo Alí Jorramdel, que gritaba: «¡Oh comandante mártir, tu camino continuará!».

Segunda participación en la guerra

Narrado por Amir Monyer

El 8 de *mehr* partimos hacia la zona de guerra con los chicos de la Secretaría de Operaciones de los Guardianes de la Revolución. En el camino hicimos una breve estación en el cuartel de los Guardianes de la Revolución de Hamadán.

Era hora de la oración del mediodía. Ahí mismo nos encontramos con el hermano Boruyerdí, cuya misión era guiar a las fuerzas de los Guardianes de la Revolución hacia la zona de guerra.

Ibrahim comenzó a hacer el *adhan* y todos nos preparamos para hacer la oración. Se podía percibir el ambiente espiritual que Ibrahim había podido crear en pocos días de convivencia con los combatientes. Muhammad Boruyerdí me preguntó:

— Don Amir, ¿de dónde es este Ibrahim?

— Es uno de los chicos de nuestro barrio en Teherán. — Le respondí, y luego le especifiqué: — Vivimos cerca del bulevar 17 de Shahrivar y de la plaza Jorasán.

— ¡Qué buena voz tiene! Lo he visto dos veces en la zona. Es un joven muy activo y valiente. — Luego, con un tono más serio, me dijo: — Si le es posible, tráigalo a Kermanshah para que nos acompañe.

Hicimos la oración colectiva y después nos marchamos. Era la segunda vez que estábamos en Sarpol-e Zahab.

Al llegar, Asghar Vesalí había reunido las tropas, pasó revista. Parecían estar muy bien preparadas.

Asghar era un comandante muy experimentado y bravo. Ibrahim lo apreciaba mucho y cuando hablaba de él, solía decir: «Realmente, no he visto un combatiente tan valiente, dedicado y ordenado como Asghar».

Asghar incluso había traído al frente de guerra a su esposa, y se desplazaba hacia todas las zonas de combate en su propio automóvil, el cual ahora parecía un verdadero almacén de armas.

Asghar también admiraba a Ibrahim. Una vez quería saber la situación del enemigo y le pidió a Ibrahim que lo acompañase a hacer un reconocimiento de la zona.

Cuando regresaron, contó:

— Antes de la Revolución, combatí en Líbano. También estuve en el año 58 en Kurdistán y ahí participé en casi todas las operaciones. Pero este joven Ibrahim aunque no es militar de carrera, sabe mucho y entiende muy bien las cuestiones militares. Por eso para planificar las operaciones siempre le pido su opinión.

En uno de los ataques, en el cual no tuvieron ninguna baja, destruyeron ocho tanques del enemigo e hicieron prisioneros a muchos soldados iraquíes.

Asghar Vesalí era además un buen administrador, preparó parte de las instalaciones de la Guarnición Militar Abu Dharr para las fuerzas combatientes y los *basīŷ*. Registró los nombres y características de todos sus efectivos y los clasificó en base a estas. ¡Mantenía en orden la ciudad!

Cuando la situación se tranquilizó un poco. Ibrahim con otros combatientes establecieron un lugar para practicar el deporte antiguo.

Todas las mañanas Ibrahim hacía sonar una cacerola como sustituto del instrumento de percusión usado en el *zurjaneh* y con su linda voz interpretaba los himnos.

Asghar también participaba, utilizaba el G3 como sustituto de la porra de madera, el instrumento deportivo por excelencia del deporte antiguo.

Muchas personas que se habían quedado en la ciudad, el personal del hospital y —por supuesto— los combatientes, venían a ver las prácticas del deporte antiguo.

Ibrahim entonaba los cantos en aquel salón de deportes improvisado y Asghar dirigía las prácticas. Así mantenían viva la esperanza de los combatientes. ¡Ibrahim era una persona asombrosa!

***

Dijo el Imam Sadiq (P):

«Para todas las buenas acciones que un siervo hace se ha determinado una recompensa en el Corán, a excepción de la oración de la medianoche. Esto se debe a que esta es tan importante que Dios no ha especificado su recompensa, y ha dicho: Sus costados abandonan los lechos para invocar a su Señor con temor y esperanza».[24]

Durante nuestra breve estancia en Sarpol-e Zahab, Ibrahim normalmente se levantaba unas dos horas antes del *adhan* e iba a ver cómo estaban sus compañeros, luego salía del dormitorio.

Yo estaba seguro de que levantarse en la madrugada para hacer la oración de la medianoche, lo regocijaba.

Una vez vi cómo una hora antes del *adhan* de la oración del alba, Ibrahim con mucha dificultad consiguió un recipiente

[24] *Mizan al-Hikmah,* hadiz 3665.

con agua para hacer el baño ritual y posteriormente realizó la oración de la medianoche.

Las alabanzas

Narrado por Amir Sepehrneyad

Era el día 12 de *mehr* de 1359. ¡Ibrahim llevaba dos días perdido! Fui al cuartel general para preguntar si tenían alguna noticia de él, pero no sabían nada.

Me mantuve despierto hasta la medianoche y preocupado por el más sincero de mis amigos.

Después de la oración del alba salí al patio, reinaba un silencio profundo dentro de la Guarnición Militar Abu Dharr.

Me senté ahí, en el suelo. Veía pasar por mi mente cada recuerdo que tenía de Ibrahim.

Aún no había amanecido cuando escuché un gran ruido. Vi como «se abría» la puerta de la guarnición y entraban algunas personas. Me les quedé viendo pero no las reconocí.

¡Me puse rápidamente de pie, cuando vi que uno de ellos era Ibrahim! Corrí hacia él y lo recibí con un fuerte abrazo.

Sentí un alivio y alegría indescriptibles. Una hora después, nos reunimos todos, e Ibrahim comenzó a contar lo sucedido durante estos tres días:

«Fuimos hasta el frente de guerra en un vehículo blindado, pues queríamos ver hasta donde habían llegando las tropas iraquíes.

Unos cien iraquíes nos acorralaron al pie de una colina, nos disparaban desde lo alto. Nosotros éramos solo cinco, y nos atrincheramos en un pozo desde donde disparábamos. Pudimos resistir hasta el ocaso.

Cuando oscureció, los iraquíes retrocedieron. Los dos compañeros que conocían bien el camino fueron martirizados. Salimos de la trinchera, no había nadie alrededor. Fuimos a la parte trasera de la colina y nos ocultamos entre los árboles. Ahí, escondimos los cuerpos de los mártires.

Estábamos hambrientos y exhaustos. Me guié por la puesta del sol para ubicar la alquibla. Hicimos la oración. Después, le dije a los demás: "Para acabar de una vez por todas con este problema digan con total entrega a Dios las alabanzas del *tasbih* de Fátima (P). Recordad que fue el propio Profeta (PB) quien le enseñó a su hija (P) estas alabanzas, en un momento en que ella estaba atravesando muchas dificultades".

Al terminar de decir las alabanzas, volvimos a la trinchera. Ya casi no nos quedaban municiones, sin embargo, no había ninguna señal de los iraquíes.

Repentinamente, vi a un lado de la colina algunos cadáveres de los iraquíes. Decidimos acercarnos, recogimos sus armas y municiones. Las trajimos con nosotros.

También encontramos alimentos. Así fue como pudimos tomar fuerzas para regresar. El problema era que no conocíamos el camino. ¡Estábamos prácticamente perdidos!

Estaba muy oscuro; llegamos a un valle. Traía un *tasbih* con el que venía haciendo alabanzas a Dios por todo el camino. A pesar del enemigo, el cansancio y la obscuridad, me había inundado una gran serenidad.

A medianoche encontramos un camino de tierra. Nos vinimos por ahí. Después de unas horas llegamos a una zona militar equipada con radares. Había varios guardias alrededor de estos. También se podían ver las trincheras.

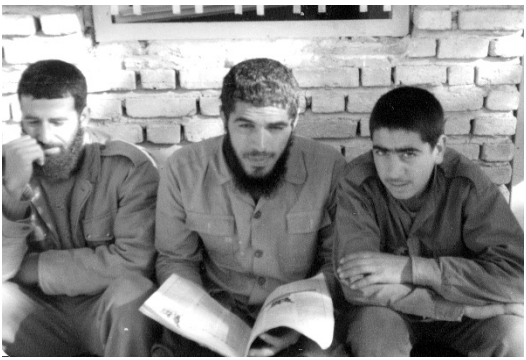
Nosotros no sabíamos dónde estábamos y pensamos que había llegado nuestro fin, pues era obvio que se trataba de una base iraquí. ¡Nos encontrábamos en extraña situación! Tuve que hacer una *istijara.* Le pedí a Dios que me ayudase a tomar una decisión. Hice el *dhikr* con el *tasbih*, y la respuesta fue buena. Así que empezamos el ataque disparando y lanzando granadas. Alteramos por completo el orden de esta base militar.

Cuando ya habíamos dañado los radares, nos alejamos del lugar. Una hora después emprendimos la marcha. Cerca de la mañana encontramos un lugar seguro y descansamos ahí todo el día. Disfrutamos de una tranquilidad sin igual.

Cuando hubo oscurecido, continuamos nuestro camino y con la ayuda de Dios finalmente encontramos un campamento de nuestros propios combatientes.

Todo esto que les cuento no es más que una muestra de la ayuda de Dios. ¡Las alabanzas de Fátima az-Zahra (P) desataron el nudo de nuestras dificultades!

El enemigo no tiene fe y por eso nos teme. Nosotros debemos aumentar el número de nuestras unidades para poder luchar contra el enemigo y resistir sus embates».



Colonia al-Mahdi

Narrado por Alí Moqaddam y Husein Yahanbajsh

La guerra tenía un mes de haber comenzado. Ibrahim acompañó a don Husein y a un grupo de amigos a la Colonia al-Mahdi, en los alrededores de Sarpol-e Zahab. En ese lugar hicieron trincheras defensivas.

Acabábamos de terminar la oración del alba, cuando vi que algunos combatientes estaban buscando a Ibrahim. Les pregunté, qué sucedía.

Dijeron que desde la medianoche no habían visto a Ibrahim. Enterarme de eso, me inquietó. Así que me les uní en la búsqueda. Fuimos a las torres de vigilancia y a las trincheras pero tampoco ahí sabían de él.

Una hora después, uno de los vigilantes nos avisó que había visto que algunas personas venían desplazándose desde el soto de enfrente.

Fuimos a una torre de vigilancia para ver si las divisábamos.

¡Eran trece iraquíes caminando en fila, con las manos atadas. Atrás de ellos, venía Ibrahim y otro de los combatientes. Traían una buena cantidad de armas.

¡Era increíble que Ibrahim y el otro joven combatiente hubiesen sido protagonistas de semejante acto heroico!

Sobre todo cuando en la Colonia al-Mahdi había pocos pertrechos, incluso algunos combatientes no tenían armas.

Al ver a los prisioneros, uno de nuestros jóvenes combatientes se entusiasmó demasiado y se acercó. Abofeteó al que venía adelante, diciéndole: «¡Iraquí mercenario!»

Guardamos silencio, pero Ibrahim que estaba atrás de los prisioneros, corrió al frente y encaró al joven, puso en el suelo las armas que cargaba sobre su hombro, y le gritó:

— ¿Por qué le pegas?

El joven se aturdió un poco, y dijo justificándose:

— ¿Qué tiene de malo? ¡Es un enemigo!

— Antes era un «enemigo», ahora es un «prisionero» Además, esta gente no sabe por qué está luchando contra nosotros. —Respondió Ibrahim, de forma contundente; y luego agregó: — ¡Entonces no tienes por qué tratarlo de esa forma!

— ¡Perdón! ¡Apenas me emocioné un poco!

Tras decir esto, el joven besó la frente del prisionero iraquí y le pidió perdón.

El prisionero iraquí parecía estar más desconcertado que nosotros, observaba cada uno de nuestros movimientos, y miraba a Ibrahim de tal forma que le hablaba con su mirada.

***

Dos meses después de haber empezado la guerra, Ibrahim solicitó licencia.

Mis amigos y yo fuimos a verlo, Ibrahim nos contó muchas cosas sobre la guerra, pero no nos decía nada sobre él mismo hasta que habló de la oración. De repente empezó a reír, y dijo:

«En la zona de al-Mahdi se nos unieron cinco jóvenes que querían ser combatientes, todos provenientes de un mismo pueblo.

Pasaron algunos días... Yo había reparado en que ninguno de ellos hacía la oración.

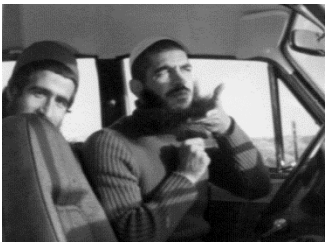
Un día conversé con ellos; eran personas muy sencillas. Nunca fueron a la escuela y tampoco sabían cómo hacer la oración. Se habían unido a las fuerzas combatientes solo por amor al imam Jomeini, y en verdad querían aprender a hacer la oración.

Les enseñé cómo se hace la ablución, llamé a uno de los soldados y les dije: "Este señor va a ser el guía de la oración. Vosotros colocaos detrás de él, y haced todo lo que él haga. Yo también estaré en la fila con vosotros, repitiendo en vos alta lo que se dice en el rezo para que aprendáis bien".

Cuando Ibrahim llegó a esta parte de su anécdota, empezó a reír. Cuando se logró calmar, continuó:

En el primer ciclo de la oración, a la mitad de la sura *Al-Fatiha*, el guía de la oración se rascó brevemente la cabeza, y de repente vi que los cinco jóvenes también se rascaron la cabeza. Tenía muchas ganas de reírme, pero me controlé.

En el momento de la prosternación, cuando el guía de la oración se levantó, la *turbah* quedó pegada en su frente y después de unos segundos cayó al piso. Entonces, se inclinó hacia la izquierda para alcanzarla, y los cinco 5 jóvenes también se inclinaron y extendieron su mano… y ya no pude soportar la risa».



El solucionador de problemas

Narrado por un amigo del mártir

Le preguntaron al Profeta Muhammad (PB) cuál de los creyentes tiene más fe, y respondió:

«La persona que lucha en el camino de Dios con su cuerpo, alma y bienes».[25]

Muhammad Kozarí, excomandante de la División Militar Hazrat-e Rasul (PB) estaba contando algunas anécdotas sobre Ibrahim.

«En los primeros días de la guerra, en la región de Sarpol-e Zahab, le dije a Ibrahim:

— Hermano Hadí, puede pasar a cobrar su salario cuando quiera.

Me preguntó casi entre susurros:

— ¿Cuándo irá usted a Teherán?

[25] *Al-Ḥokm aẓ-Ẓāhirah*, t. 2, pág. 280.

— El fin de semana.

— Entonces, le voy a dar la dirección de tres familias, y por favor al llegar a Teherán entrégueles mi salario.

Al llegar a Teherán lo primero que hice fue cumplir con la encomienda de Ibrahim. Entonces, comprendí que en las tres casas vivían familias pobres, pero con mucha dignidad».

***

Venía del frente de guerra, iba para mi casa en Teherán. Cuando llegué a la Plaza de Jorasán, vi que no tenía nada de dinero en mis bolsillos. Estaba muy preocupado porque qué le iba a decir a mi mujer, a mis hijos, que seguramente querían que les comprase algo. Además tenía que pagar el alquiler de la casa.

¿A quién podría pedirle ayuda? ¿Con quién podría hablar? Quería ir a la casa de mi hermano pero sabía que él tampoco estaba atravesando por una buena situación económica.

Estaba parado frente a la intersección Aref. Entonces me dije: «Solo Dios me puede ayudar». ¡En verdad, no sabía qué hacer!

En aquel momento de incertidumbre fue que de repente vi a Ibrahim en su motocicleta, venía en mi dirección. ¡Me puse muy contento!

Se detuvo cuando me vio y bajó de la motocicleta. Me dio un fuerte abrazo. Charlamos algunos minutos. Cuando me quise despedir, para continuar mi camino, me preguntó:

— ¿Recibiste tu salario?

— No. Todavía no, pero no hay problema. — Le respondí, haciéndome el indiferente.

Entonces, metió su mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Me lo ofreció. Le dije:

— No por favor. Tú mismo necesitas este dinero, de ningún modo podría aceptarlo.

— Tómalo en calidad de préstamo. Un préstamo para algo bueno... y cuando recibas tu sueldo me los devuelves.

Metió el dinero en el bolsillo de mi camisa, subió a la motocicleta y se marchó.

Ese dinero tenía mucha bendición, resolvía muchos de mis problemas y aún me sobraba para que —durante un tiempo— mi familia no pasase dificultades.

Rogué a Dios mucho para que recompensase a Ibrahim. Yo sabía que Dios mismo hizo que me cruzase en el camino con Ibrahim, quien siempre resolvía los problemas de los demás.

El Grupo Mártir Andarzgu

Narrado por Mustafa Saffar Harandí

No había transcurrido mucho tiempo desde el comienzo de la guerra, la comandancia de los Guardianes de la Revolución organizó una reunión en el occidente del país, en la cual se decidió que los *basīŷ* y los Guardianes de la Revolución debían dispersarse en diferentes zonas, para tener un mayor alcance en el conflicto.

Por eso, un grupo de combatientes de Sarpol-e Zahab viajó a Sumar y otros a Mehrán, Saleh Abad y Bostán.

En la reunión también se eligió a Husein Allahkaram, como comandante de los Guardianes de la Revolución en las zonas de operación de Guilan-e Gharb y Naft-e Shahr.

Husein Allahkaram se marchó hacia Guilan-e Gharb con el VIII y IX Batallón de los Guardianes de la Revolución.

Ibrahim que desde la época en que practicaba deporte antiguo era amigo de hach Husein, lo acompañó y ya estando en Guilan-e Gharb, fue elegido secretario de operaciones de los Guardianes de la Revolución.

***

Guilan-e Gharb es una región rodeada por diversas montañas, se encuentra a 50 kilómetros de Naft-e Shahr y de la línea fronteriza, y a setenta kilómetros al sur de Sarpol-e Zahab. Las tropas iraquíes se habían tomado las áreas cercanas a esta ciudad y la mayor parte de las alturas circundantes.

En los primeros días de la guerra, las fuerzas de la 4ª División del ejército iraquí habían entrado a Guilan-e Gharb pero con la resistencia heroica de los aguerridos hombres y mujeres, no les quedó otra que salir de la ciudad.

Incluso durante el ataque iraquí a la ciudad, una mujer había logrado acabar con dos iraquíes sin tener armas de fuego.

Posteriormente, varias personas se fueron del lugar, sin embargo la mayoría se había quedado. Estas pasaban el día en la ciudad y por la noche se iban a dormir a las carpas que se les había dado en un campamento improvisado en la ruta a Eslamabad-e Gharb.

La Brigada Zulfiqar del ejército iraní también se había instalado en la región de Ban Sirán, en los alrededores de la ciudad de Guilan-e Gharb.

Los Guardianes de la Revolución de Guilan-e Gharb continuaron sus actividades que consistía en patrullar, brindar seguridad y estar preparados para enfrentar un eventual ataque del enemigo. En esa época no realizaban ninguna actividad especial.

Las fuerzas sugirieron que se estableciera un grupo guerrillero en Guilan-e Gharb, semejante a la milicia del Dr. Chamrán en el sur y la guerrilla de Asghar Vesalí en Sarpol-e Zahab.

Se llevó a cabo la tarea de conformar el grupo y se le dejó a Ibrahim y al Sr. Yavad Afrasiabí, la responsabilidad de dirigir sus operaciones. Asimismo, los combatientes propusieron que este grupo fuese dominado «Dr. Beheshtí». Pero en una visita que el mismo doctor hiciese a la zona, al darse cuenta, se opuso diciendo: «Debido a que se trata de una guerrilla, es mejor elegir un nombre adecuado, como "Mártir Andarzgu" ya que él fue fundador de movimientos islámicos y guerrilleros».

Ibrahim colgó una gran fotografía del imam Jomeini, el Dr. Beheshtí y el ayatolá Jamenei en la base de la agrupación que de esta forma comenzó oficialmente sus actividades.

Esta agrupación pasó a ser parte de las distintas fuerzas irregulares —que estaban combatiendo contra el enemigo invasor— e irregular eran también su composición, pues tenía miembros de todo tipo: Desde adolescentes hasta ancianos; personas analfabetas y otras que incluso habían terminado sus estudios de doctorado; jóvenes muy religiosos que realizaban además de las oraciones obligatorias, las supererogatorias, y algunos que ahí mismo habían aprendido

a rezar; estudiantes de seminarios teológicos; comunistas arrepentidos que habían regresado al Islam, etc.

De este modo se logró tener un mosaico de casi 40 combatientes que juntos supieron construir un ambiente cordial y fraternal, y que conformaban una agrupación armada heroica y espiritual.

Ibrahim que en la práctica era el responsable del grupo, dirigiéndolo con la amabilidad que le caracterizaba, siempre les decía a los miembros: «Nosotros no tenemos comandante».

El sistema administrativo era muy efectivo, casi todos tenían muy claro cuál era su función y la llevaban a cabo sin necesidad de que alguien se los ordenase.

La mayoría de actividades se realizaban tomando en cuenta la opinión de los demás, especialmente las de Yavad Afrasiabí y Reza Gudiní.

***

Una de las actividades de esta agrupación era ayudar a la gente de Guilan-e Gharb y resolver sus problemas, algo que motivó a muchos de sus habitantes a unírsele.

Asimismo, se encargaba de la conformación de equipos de reconocimiento que posteriormente atravesaban las alturas con el propósito de ubicar las posiciones del enemigo y registrar la información en minuciosos mapas.

La manera en que Ibrahim realizaba el reconocimiento era muy particular, pues pasaba la mitad de la noche con los combatientes en las alturas y después avanzaba hasta llegar a posicionarse atrás de las fuerzas enemigas sin que estas ni siquiera lo sospechasen. La información que recopilaba era amplia y detallada.

Ibrahim solía decir: «Si no realizamos este reconocimiento, no podemos asegurar el éxito de nuestras operaciones, por lo tanto, hay que hacerlo de forma correcta y exacta».

Ibrahim compartía de esta forma su conocimiento, y enfatizaba: «Es preciso que los combatientes que se encargan de las operaciones de reconocimiento sean en extremo valientes, pues quien tiene miedo no puede tener éxito».

Además aseveraba que los combatientes debían tener acuidad y precisión.

Así fue como en este grupo fueron educados combatientes que sobresalieron por su conocimiento e información, e incluso de su seno surgieron varios comandantes y héroes de la Defensa Sagrada.

Como decía el comandante de la 113ª Brigada Horr que era responsable de la inteligencia y operaciones del cuartel de Nayaf: «Ibrahim con sus propios e innovadores métodos fue el fundador de esta brigada, aunque antes de fundarla fue martirizado».

La guerrilla Mártir Andarzgu, durante su año de actividades realizó 52 operaciones de diversa envergadura con esos mismos miembros «irregulares», pero únicos.

Ellos hicieron fracasar —en el occidente del país— a la 4ª División del ejército iraquí, ocasionándole cuantiosas pérdidas.

Sin duda alguna, la Defensa Sagrada les debe mucho a los héroes surgidos de esta pequeña agrupación. Ellos con su perspicacia supieron aprovechar las enseñanzas de Ibrahim, a quien acompañaban con entusiasmo en sus proezas.

Ellos estaban orgullosos de Ibrahim e Ibrahim estaba orgulloso de ellos:

Mártir Reza Cheraghí, el valiente comandante y héroe de la 27ª División Militar Hazrat-e Rasul (PB); mártir Reza Dastvareh, subcomandante de dicha división; mártir Hasan Zamaní el eje responsable de la división militar; mártir Seyyed Abulfazl Kazemí, comandante del Batallón Meysam; mártir Reza Gudiní, comandante del Batallón Hunain; mártir Muhammad Reza Alí Awsat, subjefe de la Brigada Muslim ibn Aqil; mártir Daryush Rizehvandi, comandante del Batallón Malek; mártires Ibrahim Hesamí y Hashem Kalhor, asistentes del comandante del Batallón Miqdad; mártires Yavad Afrasiabí y Alí Jorramdel, responsables de inteligencia de la división; y otros tantos comandantes de la Defensa Sagrada, que son motivo de orgullo para el Sistema Islámico.

El martirio de Asghar Vesalí

Narrado por Alí Moqaddam

Era el mes de muharram de 1359, había sucedido algo muy importante. Asghar Vesalí y Alí Qorbaní vinieron a Guilan-e Gharb con las fuerzas de Sarpol-e Zahab.

Se había acordado que después del reconocimiento de las posiciones del enemigo se daría comienzo a la operación desde el norte de la ciudad.

Eran los primeros días de actividad del Grupo Mártir Andarzgu, y de hecho, ya había realizado parte del reconocimiento preciso.

La noche de *ashura* todos los combatientes se reunieron en el cuartel de los Guardianes de la Revolución.

Fue una reunión de luto esplendorosa, quienes asistieron todavía recuerdan que esa noche, Ibrahim entonó himnos sobre Ahl ul-Bayt (P) de manera entusiasta y fascinante, y Asghar Vesalí dio movimiento, calor y vida a los participantes.

En la mañana siguiente, Asghar junto a un grupo de combatientes fueron a reconocer una zona llamada Barr Aftab.

A eso del mediodía llegó la noticia de que ellos habían emboscado a las fuerzas iraquíes, que rápidamente habían emprendido la retirada.

Pero no había esperanzas de que Alí Qorbaní sobreviviese pues estaba gravemente herido, y al final —en efecto— alcanzó el martirio.

Por otra parte, Asghar Vesalí había sufrido muchas heridas, lo trasladamos pero él también pasó a engrosar las filas de los grandiosos mártires.

Ibrahim lloraba a gritos el martirio de Asghar, y decía: «¡Nadie se da cuenta de que hemos perdido a un gran comandante! ¡Nuestra revolución necesita mucho a personas como Asghar!»

Asghar alcanzó el martirio el mediodía de *ashura*, cuando su hermano aún no cumplía 40 días de haber sido también martirizado.

Ibrahim viajó a Teherán para participar en el cortejo fúnebre y sepelio de Asghar. Su auto había quedado en Guilan-e Gharb, Ibrahim lo trajo consigo. Su carrocería estaba totalmente estropeada debido a los ataques en los que el mártir se había visto envuelto.

Después del funeral, volvimos rápido a la zona de guerra. Ibrahim nos decía: «Unas noches antes de morir, Asghar vio en sueños a su hermano que hace menos de un mes había sido martirizado. Este le dijo: "¡Hermano tú también alcanzarás el martirio, justo en el día de *ashura*… en Guilan-e Gharb!»

Al día siguiente, los chicos del grupo realizaron una ceremonia de luto en memoria del mártir Asghar, y ahí, los jóvenes combatientes prometieron que darían hasta la última gota de su sangre para vengar a Asghar.

El Sr. Yavad Afrasiabí y algunos combatientes incluso dijeron que no se cortarían la barba —en señal de luto — hasta que no castigasen por todos sus perversos actos a Sadam, el dictador iraquí.

Su apariencia simple

Narrado por algunos amigos del mártir

Al inicio de la guerra, Ibrahim era considerado por muchos de los jóvenes combatientes como su modelo a seguir. Se sentían orgullosos de ser sus amigos, pero él siempre trataba de no llamar la atención.

Por ejemplo muy pocas veces vestía el uniforme militar, pues solía usar camisa larga y pantalón kurdo, porque así podía acercarse más a los oriundos de esa región, y al mismo tiempo era una forma de luchar contra su ego. Era una persona sencilla, sincera, sin excesos, tanto así que la primera vez que lo vimos pensamos que era parte del personal de servicio, pero con el paso del tiempo fuimos descubriendo su extraordinaria personalidad.

Ibrahim rompía los esquemas, pensaba más en lo intrínseco que en lo extrínseco. Los jóvenes combatientes trataban de imitarlo. Solía decir: «Es más importante enseñar a los combatientes moral y espiritualidad a que solo se preocupen por su apariencia y lucir sus uniformes militares. Hay que ser verdaderos amigos de ellos».

El resultado de esta forma de pensar se podía palpar perfectamente en las operaciones del grupo, aunque una u otra persona no concordase en esto con Ibrahim.

***

Había comprado una tela camuflada; se la entregó a un sastre, diciéndole: «Hágame una ropa estilo kurdo».

Se la entregaron al día siguiente; se la puso. Le sentaba bien. Salió del cuartel. Regresó una hora después, pero con uniforme de soldado.

Le pregunté:

— ¿Dónde está tu ropa?

— A uno de los chicos kurdos le gustó mucho mi ropa y se la regalé.

Ibrahim también le había regalado su reloj a otra persona, porque esta le había preguntado la hora y él en vez de responder le dio su reloj. Esta clase de cosas hizo que muchos kurdos se sintiesen atraídos por la moral de Ibrahim, y luego se unían al Grupo Mártir Andarzgu. Ibrahim aparentemente era una persona muy simple, pero en realidad era muy consciente de la situación, y dominaba los temas políticos.

Después de un tiempo de haber colocado las fotografías del imam Jomeini y el mártir Dr. Beheshtí en el cuartel de la agrupación, el despacho de la comandancia general en el occidente del país —que estaba bajo la administración de Banisadr — emitió la orden de desmovilización del Grupo Mártir Andarzgu y el cierre de su almacén de provisiones. Pero el comandante del Ejército informó que la presencia de este grupo era necesaria en la zona, diciendo: «Todas nuestras operaciones se planifican y ejecutan en base a los reconocimientos del Grupo Mártir Andarzgu».

Un tiempo después, el comandante logró detener los intentos de desmovilización del grupo.

Una mañana avisaron que Banisadr quería visitar Kermanshah. Ibrahim, Yavad, hach Husein y otros combatientes viajaron al lugar.

El día que Banisadr llegaría se organizó una gran recepción, los comandantes estaban muy emperifollados y se

comportaban con solemnidad, pero era muy interesante ver a los chicos del Grupo Mártir Andarzgu: Fueron a recibir a Banisadr vestidos como lo hacían siempre, con su pantalón kurdo. Pretendían entrevistarse con él, para conocer cuál era su visión de la guerra y preguntarle cómo pensaba manejarla.

Ese día estuvimos aguardando pero nunca llegó. Al final nos avisaron: «El presidente no vendrá a Kermanshah porque su helicóptero tiene problemas».

Un tiempo después, el ayatolá Jamenei vino a Kermanshah, en ese tiempo era el guía de la oración colectiva de Teherán. Ibrahim fue con todos los chicos a verlo. Ellos estaban con la misma apariencia sencilla de siempre. El ayatolá Jamenei abrazó a cada uno de ellos, mientras lo hacía les decía unas cuantas palabras.

Cham Imam Hasan (P)

Narrado por Husein Allahkaram

Por primera vez estábamos preparados para realizar una incursión en las posiciones del enemigo, para ello se escogió a Ibrahim, Yavad Afrasiabí, Reza Dastvareh, Reza Cheraghí, otras cuatro personas y yo. Se nos agregaron otros hermanos kurdos, aldeanos de la zona que conocían muy bien los caminos. Llevamos provisiones casi para una semana, especialmente pan y dátil. Asimismo, teníamos armas, municiones, artefactos explosivos, minas antivehículos. Metimos todo en nuestras mochilas y emprendimos la marcha.

Atravesamos las alturas y después llegamos al río Imam Hasan (P), lo cruzamos. Entramos a una zona conocida como

Cham Imam Hasan (P),[26] que estaba ocupada por una brigada del ejército iraquí. Nos escondimos en lo alto de una montaña.

El enemigo jamás se hubiese imaginado que las fuerzas iraníes pudiesen atravesar las montañas sin ser percibidos. Por tanto, desarrollamos cada paso de nuestra operación con mucha tranquilidad. Empezamos a dibujar y detallar el plano del campamento iraquí.

Nos quedamos tres días en esa zona; aunque los tensos combates nos detuvieron un poco, con el esfuerzo conjunto del equipo pudimos terminar el plano.

Posteriormente, fuimos a buscar la ruta de acceso; la encontramos e instalamos algunas minas antivehículos. Luego nos marchamos rápidamente.

Todavía no habíamos avanzado mucho cuando escuchamos las primeras explosiones: Eran los vehículos del enemigo envueltos en llamas.

Nos alejamos de la zona de peligro, después de algunos minutos nos dimos cuenta que la infantería y los tanques iraquíes nos estaban persiguiendo. Llegamos al río Imam Hasan (P) cruzando desde el interior de las trincheras y entre las montañas. Después de pasar el río, los tanques no pudieron perseguirnos. ¡Estábamos a salvo!

Cuando llegamos a un lugar más seguro, nos pusimos a descansar pero al poco tiempo escuchamos que venía un helicóptero. Se nos había olvidado este recurso de los iraquíes.

[26] *Cham*: El río y sus alrededores en la lengua local.

Ibrahim puso los planos dentro de una mochila que luego entregó a Reza, y nos dijo: «Yavad y yo nos quedaremos aquí pero vosotros marchaos cuanto antes».

No podíamos hacer nada, la mayoría de las municiones que habían sobrado nos las entregaron, incluyendo un par de granadas. ¡Con mucha tristeza nos separamos!

Básicamente, toda esta operación era para dibujar estos planos, pues eso era clave para obtener la victoria en futuras operaciones.

A lo lejos veíamos cómo Ibrahim y Yavad cambiaban regularmente sus posiciones, y le disparaban al helicóptero con sus G3, que volaba en círculos disparando ráfagas contra ellos.

Después de dos horas llegamos a las alturas. Ya no conseguíamos escuchar el combate. Uno de los jóvenes que quería mucho a Ibrahim, venía llorando en el camino porque no sabíamos si él y Yavad continuaban vivos.

Recordé que el día anterior mientras nos escondíamos en las trincheras y no teníamos nada que hacer, Ibrahim serenamente sugirió que hiciésemos una competencia y empezamos a jugar.

Después se puso a enseñar algunas palabras de persa a los kurdos que nos acompañaban. La estábamos pasando tan bien que olvidé que nos encontrábamos casi en el campamento enemigo.

Cuando llegó la hora de la oración, Ibrahim quería recitar la llamada a la oración en voz alta, pero insistimos en que lo hiciese en voz baja.

Entonces accedió tranquilamente; lo hizo en voz baja y empezó a realizar la oración con mucha devoción. Ibrahim demostraba tanta valentía que hacía que los demás perdiesen

el miedo. Llegó la noche, habían pasado muchas horas desde la última vez que habíamos visto a Ibrahim.

Llegamos al lugar donde habíamos convenido reunirnos antes del amanecer con Ibrahim y Yavad.

Descansamos algunas horas ahí, pero no había ninguna noticia de ellos. Poco a poco se acercaba la alborada y debíamos salir de ese lugar. Mis acompañantes hacían las alabanzas del *tasbih* de Fátima (P) y las súplicas a Dios. Nos preparábamos para marcharnos cuando escuchamos un ruido. Así que preparamos nuestras armas y nos quedamos a la expectativa.

Algunos momentos después vimos a Ibrahim y Yavad, era evidente la alegría de todos, fuimos a ayudarles y luego salimos rápidamente de esta zona.

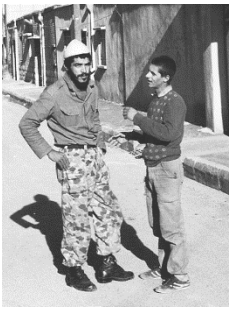
Los planos, producto de este tipo de operaciones eran indispensables para la ofensiva futura contra el enemigo. Algo que solo se logró con las hazañas de jóvenes valientes como Ibrahim y Yavad. Al mediodía del día siguiente, ellos estaban preparados como siempre. Conversaban con los chicos, Reza y yo nos acercamos y le preguntamos a Ibrahim:

— Hermano, ¿cómo lograsteis escaparos del helicóptero?

Con su característica tranquilidad, dijo:

— ¡Dios nos ayudó! Yavad y yo nos separamos y nos movíamos continuamente de un lugar a otro... le disparábamos al helicóptero que volaba en círculos y que también nos disparaba.

Cuando se acabaron sus municiones, se vio obligado a irse. Nosotros nos marchamos hacia las alturas, antes de que fuesen a llegar las fuerzas de infantería del ejército enemigo. ¡Claro que algunos fragmentos de municiones nos alcanzaron, dejándonos en el cuerpo su recuerdo!



Prisionero

Narrado por Mahdi Faridvand y Morteza Parsayán

Una de las características de Ibrahim era respetar a todo el mundo, incluso a los prisioneros de guerra. Él siempre nos decía que la mayoría de nuestros enemigos eran gente sin formación y desinformada, que ya veríamos cómo se pondrían en contra del régimen de Sadam cuando comprendiesen que nosotros somos seguidores del Islam verdadero. Por eso, en la mayoría de operaciones antes de disparar pensaba mejor en hacer prisioneros a los enemigos. Ibrahim los trataba gentilmente.

Una vez trajeron a tres prisioneros iraquíes a la ciudad, pero todavía no había un lugar adecuado donde mantenerlos. Le dieron a Ibrahim la responsabilidad de encargarse de ellos. Cualquier cosa que nos traían o comíamos, Ibrahim lo distribuía en partes iguales entre todos, es decir, ¡entre nosotros y los prisioneros! Es por ello que tanto nosotros como ellos, nos quedábamos fascinados por su comportamiento. Él sabía un poco de árabe y cuando podía, se sentaba a conversar con ellos.

Dos días estuvo Ibrahim con los prisioneros, hasta que llegó el vehículo que se los llevaría a una prisión formal. Ellos le preguntaron a Ibrahim si los acompañaría. Ibrahim respondió que no. Se pusieron tristes y empezaron a rogar llorando que los dejasen con Ibrahim. Decían: «Cualquier cosa que se nos ordene la haremos, incluso estamos dispuestos a combatir contra las tropas de Sadam».

***

Comenzaron las operaciones en las alturas de Bazi Deraz, nosotros dos nos apartamos de nuestro grupo y escalamos un poco más. Llegamos a una trinchera en la que había algunos iraquíes. Les apunté con mi arma y les ordené que saliesen.

¡No pensé que fuesen tantos! Nosotros éramos solo 2 y ellos 15, les dije: «¡Moveos!» Pero ellos no me hicieron caso.

Sabía que existía la posibilidad de que en cualquier momento empezasen a dispararnos. ¡Quizás tampoco se imaginasen que éramos solo dos personas!

Les grité, de nuevo: «¡Moveos! ¡Salid de ahí!», pero esta vez tampoco me hicieron caso y se volvían hacia un oficial que estaba atrás de ellos, como esperando su consentimiento.

El oficial les hacía señales con sus cejas, ordenándoles que no se moviesen. Me asusté mucho, pues nunca había estado en tal situación. El miedo me provocó un sabor amargo en la boca. De repente me dije a mí mismo: «¿Por qué no los matas a todos?». Pero claro, no hubiese sido correcto.

La situación podría tener un desenlace nefasto en cualquier momento. En verdad, sentía mucho miedo. Apreté mi arma fuertemente y le pedí ayuda a Dios. De repente vi que Ibrahim se acercaba, y me sentí mejor. Cuando llegó sentí una tranquilidad sorprendente, mientras miraba a los prisioneros, le dije:

— Ibrahim, ayúdame con estos.

— ¿Qué sucede?

— El problema es ese oficial iraquí que no quiere que los demás salgan de la trinchera.

El uniforme y las insignias del oficial eran diferentes, era obvio que no era un simple soldado.

Ibrahim puso su arma sobre sus hombros, y se acercó a los iraquíes. Con una mano agarró el cuello de la camisa del oficial y con otra su cinturón, y lo levantó, avanzó con él un par de metros y lo puso al borde de un precipicio.

Todos los soldados iraquíes se asustaron mucho se pusieron de hinojos y levantaron las manos en señal de rendición. Por su parte, el oficial iraquí decía sin parar: *«Al-Dajil! Al-Dajil!»* (¡Busco refugio! ¡Busco refugio!). Y también: «¡Irham! ¡Irham!» (¡Tened piedad! ¡Tened piedad!)

Por mi parte, ya no sentía absolutamente nada de miedo, Ibrahim llevó al oficial junto a los otros soldados iraquíes. Aquel día Dios mandó a Ibrahim para que me ayudase.

Después, bajamos las montañas con estos prisioneros.

El 15 de sha'bán

(Aniversario del natalicio del Imam Mahdi, que Dios apresure su aparición)

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Era la tarde del 15 de *sha'bán*, hacía ya horas que no sabíamos nada de Ibrahim. Cuando regresó, traía consigo un prisionero iraquí.

Le pregunté:

— ¿Dónde se había metido Ibrahim?... ¿Y quién es este?

Me respondió:

— A media noche fui hacia la zona del enemigo, me escondí a un lado del camino y observé detenidamente el ir y venir de los vehículos iraquíes. El camino se despejó, pero de repente vi que un jeep se acercaba, solo venía el conductor. Cuando pasó a mi lado salté, subí al vehículo, inmovilicé al conductor, lo hice prisionero y emprendí el regreso. En el camino me dije: «este es un presente para el Imam Mahdi (que Dios apresure su aparición)». Pero después me arrepentí de mis palabras y dije: «¿Quién soy yo para darle un presente al Imam Mahdi (P)».

Ese día todos los combatientes del grupo nos reunimos y hablamos sobre diversos temas. Uno de los chicos le preguntó a Ibrahim:

— ¿De nuestros comandantes, quiénes son los son mejores en el frente de batalla? ¿Y por qué?

Ibrahim pensó un poco, y luego respondió:

— Entre los Guardianes de la Revolución no conozco a nadie como Muhammad Boruyerdí, pues él hizo algo que nadie hubiese esperado en la región del Kurdistán, aún con todos los problemas que había, organizó a los combatientes y fundó el «Grupo de Musulmanes Kurdos Pishmarg» devolviendo con ello la tranquilidad y la seguridad al Kurdistán... Y entre los comandantes del Ejército no hay nadie mejor que el mayor Alí Sayad Shirazí. Él es aún más sencillo que los miembros de las fuerzas voluntarias; antes de ser militar, era un joven *hezbol.lahí* y creyente. Respecto a la Fuerza Aérea, no encontraremos a nadie que sea mejor piloto que el capitán Shirudí. Él mismo con su helicóptero le hizo frente en la ciudad de Sarpol-e Zahab a algunos contraataques iraquíes. Aunque era el comandante de la base aérea vivía de forma tan sencilla que no había nadie que no se quedase impresionado. Cuando llegó un cargamento de zapatos deportivos, enviados por la Organización de Educación

Física, le entregué un par al capitán Shirudí, pues a pesar de ser el comandante no tenía zapatos adecuados.

La conversación se prolongó, después alguien propuso que cada quién expusiese un deseo, y la mayoría dijo que su deseo era el martirio.

Algunos como Abulfazl Kazemí —que un tiempo después fue martirizado— bromeaban, diciendo:

— Dios se lleva a los siervos salvos y puros. No a nosotros por eso es que cometemos pecados: ¡Para que los ángeles no nos vengan a traer! ¡Todavía queremos vivir!

Al escucharlo, todos estallaron en risa. Llegó el turno de Ibrahim, todos hicieron rápidamente silencio. Tenían curiosidad por saber cuál era su deseo. Ibrahim hizo una pausa antes de hablar, y finalmente manifestó:

— Mi deseo es ser mártir; pero no ahora. Yo quiero ser mártir en la guerra contra Israel.

***

Era temprano por la mañana. Volví de nuestras trincheras hacia Guilan-e Gharb. Entré al cuartel de los Guardianes de la Revolución. Siempre había alguien ahí, pero encontré el lugar desierto.

Di un par de vueltas por el lugar para ver si encontraba a alguien, pero fue en vano. Me asusté mucho, y pensé que los iraquíes se habían tomado la ciudad.

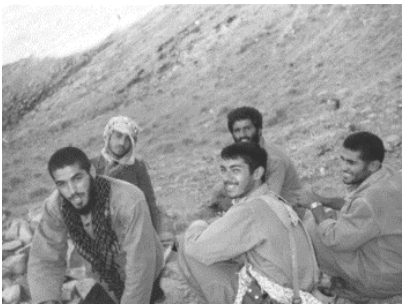
Estando en el patio, grité: «¿Hay alguien aquí?

De repente, se abrió la puerta de una de las habitaciones y se asomó uno de los combatientes, que me llamó.

Fui hasta la habitación, entré. Todos estaban ahí sentados en dirección a la alquibla en silencio escuchando los himnos

sobre el Imam Mahdi (P) que Ibrahim entonaba con una voz impregnada de tristeza.

Era tan triste su voz que todos los chicos lloraban.



Recompensa

Narrado por Qasem Shabán

Había terminado una de nuestras operaciones de penetración en la zona de occidente. Hicimos que los combatientes regresasen.

Una vez concluido el trabajo fuimos a inspeccionar las trincheras para evitar que nadie se fuese a quedar en el lugar. Fuimos cinco los últimos en abandonar la zona.

Era la 1:30 a.m., nosotros cinco habíamos caminado por un buen tiempo, así que le dije a Ibrahim: «Estamos fatigados, sería bueno que descansásemos un poco».

Él aceptó, buscamos un lugar adecuado y reposamos ahí.

Intenté dormir, aún no había cerrado bien los ojos cuando percibí un ruido, pensé que era el enemigo que se estaba acercando.

Me puse de pie rápidamente, me oculté y empecé a vigilar. ¡No me había equivocado! Bajo la luz de la luna vi a un soldado iraquí que cargaba sobre sus hombros a otro —aparentemente— herido, acercándose en dirección nuestra.

Llamé a Ibrahim en voz muy baja, mientras seguía observando la escena. ¡Parecía que venían solos!

Cuando estuvieron cerca, salimos de nuestro escondite y los encañonamos.

El soldado iraquí se asustó mucho. No dio ni un paso más, se tiró al piso.

Entonces, pudimos verlo muy bien y comprendimos que era un soldado iraquí que había venido cargando sobre sus hombros a un combatiente iraní de los *basīŷ* que se había quedado rezagado y estaba herido.

¡Eso sí me dejó sorprendido! Puse mi arma sobre mi hombro y con ayuda de los chicos levantamos al herido. Reza le preguntó:

— ¿Quién eres tú? Qué haces aquí?

El soldado iraquí dijo:

— Cuando os marchasteis, yo fui a inspeccionar vuestras trincheras, y ahí encontré a este combatiente retorciéndose del dolor y llamaba a Alí (P) —el Príncipe de los Creyentes— y al Imam Mahdi (que Dios apresure su aparición). Después me dije: «Mientras aún esté oscuro y nuestras tropas no vengan, voy a llevar a este joven cerca del campamento iraní, y después regreso».

Luego continuó:

— Nosotros estamos obligados a combatir contra vosotros, pero debéis hacer una diferencia entre los oficiales *baazistas* y nosotros los simples soldados. Nosotros somos musulmanes chiitas.

Nosotros escuchábamos admirados. Entonces, Ibrahim le dijo:

— Si quieres puedes quedarte con nosotros y no regreses más con tus tropas. Tú eres nuestro hermano chiita.

El soldado iraquí sacó una foto del bolsillo de su camisa y mostrándola, dijo:

— Esta es mi familia. Si yo me uno a vuestras fuerzas, Sadam mata a mi familia.

Después se le quedó viendo detenidamente a Ibrahim, y le preguntó en idioma árabe:

— *¿Anta Ibrahim Hadí?* (¿Eres tú, Ibrahim *Hadí*?)

Nos quedamos en silencio, e Ibrahim y yo intercambiamos miradas. Para el soldado eso debió haber sido una respuesta que no necesitaba ser verbalizada.

En los ojos de Ibrahim, se notaba la sorpresa. Le preguntó sonriendo:

— ¿Cómo sabes mi nombre?

Yo me adelanté al soldado iraquí y le dije en tono de broma:

— Hermano Ibrahim, no sabía que tenías amigos entre los soldados iraquíes.

El soldado iraquí respondió:

— Hace un mes todas nuestras bases militares recibieron una copia de las fotografías de los comandantes iraníes, y pues ahí vi la tuya. También se nos dijo que cualquiera que trajese la cabeza de uno de estos comandantes iraníes, recibiría un gran premio de parte de Sadam.

En esos días llegó la noticia de que la comandancia de los Guardianes de la Revolución en el occidente había elegido un comandante para el Grupo Mártir Andarzgu y que pronto llegaría el comunicado de las nuevas disposiciones a Guilan-e Gharb. Nos quedamos esperando, pero no llegaron noticias.

Al final, se supo que Yamal Tayik que llevaba trabajando un tiempo como *basīŷ* en la agrupación, era el comandante.

Ibrahim y yo fuimos a verlo; también nos acompañaban otros hermanos. Le preguntamos:

— ¿Por qué no nos habías contado que tú eras el comandante del grupo?

Yamal se nos quedó viendo y nos dijo:

— Mi responsabilidad es garantizar que el trabajo sea realizado y aquí gracias a Dios se realiza de la mejor manera posible. Para mí es un gusto estar aquí con vosotros. Le doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de conoceros… No le digáis a nadie que yo soy el responsable de la agrupación para que los combatientes no cambien su forma de tratarme.

Yamal Tayik fue martirizado un tiempo después en la Operación Matla' al-Fayr, donde era comandante de una división de vanguardia.

Abu Ya'far

Narrado por Husein Allahkaram y Farayallah Moradián

A finales de 1359, llegó la noticia de que los combatientes habían realizado otra operación en las alturas de Bazi Deraz. Asimismo, se acordó que los chicos del Grupo Mártir Andarzgu hiciesen una operación de penetración en las posiciones del enemigo.

Para llevar a cabo esta operación, Ibrahim, Wahhab Qanbarí, [27] Reza Gudiní, y yo fuimos escogidos. También nos acompañaría Shahroj Nurayí y Heshmat Kuhpaykar, porque eran de los kurdos de la zona y conocían muy bien el camino.

Nos preparamos con todo lo necesario —alimentos, armas, algunas minas antivehículos— y cuando empezó a oscurecer emprendimos la marcha hacia las alturas. Al cruzar las altitudes, llegamos a la región de Dasht-e Guilán. Al amanecer, buscamos un lugar adecuado para acampar, y ahí nos quedamos a descansar.

Además, aprovechamos el día para realizar un reconocimiento de las posiciones del enemigo y las rutas que conducían al valle. Hicimos un mapa de las zonas controladas por el enemigo.

El valle —frente a nosotros— tenía dos vías de acceso, una asfaltada y otra de tierra que era utilizada específicamente para actividades bélicas.

Entre ambas había una distancia de cinco kilómetros. Una compañía del ejército iraquí se había desplegado por las colinas, por tanto tenía el control de estas vías y sus alrededores.

Al oscurecer y después de hacer la oración nos marchamos.

Reza Gudiní y yo fuimos hacia la vía asfaltada y los otros chicos en dirección del camino de tierra. Nos refugiamos en los alrededores, pero cuando el tránsito se había calmado, nos apresuramos e instalamos dos minas en unos baches, que

[27] Fue uno de los fundadores del ejército de Kermanshah. Era de los kurdos de la zona. Wahhab tenía educación universitaria y conocía bien el Corán y el *Nahŷ ul-Balaghah*. Muchos consideran que debido a su gestión y valor, Kermanshah no fue perturbada como Kurdistán. Wahhab recibió la recompensa por sus esfuerzos y se unió a sus amigos mártires.

luego cubrimos con un poco de tierra. Nos retiramos del lugar.

El ir y venir de las fuerzas enemigas significaba que todavía estaban combatiendo en Bazi Deraz. La mayoría de vehículos iraquíes iban hacia esa montaña. No nos habíamos alejado mucho cuando a nuestras espaldas escuchamos una terrible explosión. Nos detuvimos y miramos hacia atrás.

Vimos que era un tanque iraquí —que había pasado sobre la mina— en llamas. Después de un momento, los proyectiles y demás municiones que transportaba empezaron a explotar uno tras otro. Todo el valle se había iluminado por el incendio y las explosiones, parecía de día. El pavor se había apoderado de los corazones de los iraquíes que disparaban a lo loco.

Cuando regresamos, Ibrahim y los otros chicos ya habían hecho lo suyo. Entonces, partimos hacia las alturas. Ibrahim dijo: «Falta mucho para que amanezca y tenemos suficientes armas y provisiones, así que atrincherémonos e infundamos más miedo al enemigo».

Todavía no había terminado de hablar cuando escuchamos otra gran explosión: Había estallado al paso de un vehículo iraquí una de las minas instaladas en el camino de tierra. Estábamos contentos de que nuestra operación fuese un éxito. Los iraquíes intensificaron sus disparos, pues habían comprendido que habíamos penetrado en sus posiciones. Comenzaron a lanzar bengalas al aire.

Corrimos hacia la montaña, pero un jeep iraquí nos alcanzó. Estaba atrás de nosotros, tan cerca que no nos dio oportunidad de decidir.

Los chicos se pusieron a salvo y empezaron a dispararle al jeep. Después de unos momentos nos acercamos. Un oficial de alto rango y el conductor habían muerto. Un operador de

radio estaba herido, se quejaba: Una bala había penetrado su pierna.

Uno de los chicos puso el dedo en el gatillo y lo encañonó. El operador de radio pedía en voz alta por su vida, diciendo: *«¡Al-Aman! ¡Al-Aman!»* (¡Dadme seguridad! ¡Dadme seguridad!).

Ibrahim le gritó a nuestro compañero:

— ¿Qué estás haciendo?

— ¡Nada, solo quiero que descanse en paz!

— ¡Detente! —Y mientras se acercaba, enfatizó: — En el momento en que este nos disparaba era un «enemigo», ahora es apenas nuestro «prisionero».

Entonces levantó al radio operador y lo cargó sobre sus hombros y empezó a caminar. Todos miraban sorprendidos a Ibrahim, uno de nosotros le dijo:

— ¿Qué está haciendo don Ibrahim? Desde aquí hasta nuestro campamento hay trece quilómetros. Además, tenemos que atravesar senderos estrechos para poder llegar.

Ibrahim también le respondió:

— ¡Dios ha preparado este cuerpo fuerte para estos días!

Tomamos todo lo que estaba en el jeep, incluyendo el transceptor de radio portátil. Nos marchamos. Caminamos largo tiempo. Bajamos, finalmente estábamos al pie de la montaña. Descansamos un poco y cerramos la herida del iraquí. Posteriormente, continuamos nuestro camino.

Después de siete horas de escalar la montaña, llegamos a la primera línea de fuego. En el camino, Ibrahim hablaba con el prisionero que le agradecía continuamente. Cuando se dio la hora de la oración del alba nos detuvimos en un sitio seguro y rezamos en forma colectiva. El soldado iraquí hizo

la oración con nosotros. Entonces, entendí que él también era un musulmán chiita.

Después, cominos un poco. Todo lo que teníamos lo repartimos en partes iguales entre nosotros y el prisionero iraquí que no se esperaba tan buen trato.

De repente, empezó a presentarse: «Me llamo Abu Ya'far y soy un musulmán chiita. Vivo en Kerbala. No sabía que fueseis así...»

Dijo varias cosas, unas las entendimos otras no. Todavía no había amanecido cuando nos desplazamos hacia la cueva de Ban Sirán. Descansamos en las proximidades. Reza Gudiní se fue en busca de apoyo.

Una hora después volvió junto a un par de jóvenes combatientes, le pregunté:

— ¿Qué hay de nuevo?

— Cuando me aproximaba a la cueva, vi que en la entrada estaba un hombre sentado, tenía un arma en las manos. — Me respondió, y luego continuó: — Al principio pensé que era uno de vosotros, pero cuando estuve lo suficientemente cerca vi que era Abu Ya'far, ¡el mismo prisionero iraquí! Me quedé helado del susto, sobre todo al ver el arma en sus manos. Sin embargo, él tranquilamente me entregó el arma, y me dijo en árabe: «Hace unos minutos mientras vosotros dormíais vi una patrulla iraquí en los alrededores. Entonces, tuve cuidado pues si se acercaban les disparaba».

Nos fuimos a la base, ahí tuvimos a Abu Ya'far por unos días. Ibrahim quedó hospitalizado por el fuerte dolor de cuerpo que tenía, debido a haber cargado sobre sus hombros y espalda tanto tiempo al prisionero.

Regresó unos días después, todos nos alegramos al verlo. Le conté que los chicos de los Guardianes de la Revolución habían venido para agradecerle.

— ¿Agradecer, por qué?

Le dije:

— ¡Acompáñame para que puedas entender!

Él y yo fuimos a la sede de los Guardianes de la Revolución. El responsable empezó a explicar:

— Abu Ya'far, el iraquí que habéis capturado, pertenece a la 4ª División del ejército iraquí. Los informes que nos ha entregado son realmente muy valiosos porque nos ha dado detalles sobre las fuerzas existentes, los campamentos y caminos por donde podemos penetrar sus posiciones. — Después continuó: — Este prisionero ha estado durante tres días proporcionándonos informaciones y todo lo que nos ha dicho ha sido correcto. Ha estado aquí en la zona desde el comienzo de la guerra. Nos ha mostrado todos los caminos utilizados por los iraquíes y nos ha revelado todas sus claves de radio. ¡Es por eso que te queríamos agradecer!

Ibrahim sonrió, y dijo:

— ¡No hombre! ¿Quién soy yo para eso? Esto ha sido obra de Dios.

Aquella mañana enviaron a Abu Ya'far a los campos de prisioneros. Ibrahim hizo muchos esfuerzos para conseguir que lo dejasen con nosotros, porque él mismo lo había pedido expresando también su deseo de combatir contra el ejército iraquí…. Los esfuerzos de Ibrahim fueron en vano.

***

Un tiempo después, escuché que un grupo de prisioneros iraquíes que se llamaba «Los Arrepentidos» se hicieron

presentes en el campo de batalla junto con los combatientes de la Brigada Badr, para enfrentarse al ejército enemigo.

Era de tarde, uno de los chicos combatientes me vino a visitar y con mucha alegría me dijo:

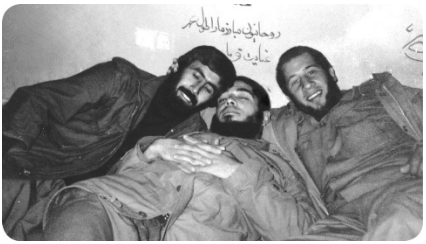
— ¡Te tengo una buena noticia! He oído que Abu Ya'far está en el cuartel de la Brigada Badr participando en las operaciones.

Dicha base estaba cerca por lo que fuimos con unos amigos, y dijimos que sea como sea íbamos a hacer que Abu Ya'far se uniese a nuestro grupo.

Antes de entrar al edificio de brigada nos encontramos con una escena increíble: Las fotografías de los mártires de la brigada habían sido pegadas en la pared externa. Entre ellas pudimos ver la de Abu Ya'far.

Nos quedamos estupefactos, no sabíamos qué hacer. Vi fijamente la foto de Abu Ya'far y no quisimos entrar al edificio.

Salimos del cuartel. Por la noche, mi mente estaba inquieta, los recuerdos venían uno tras otro: El ataque al enemigo, el sacrificio de Ibrahim, el operador de radio iraquí, el campo de prisioneros en la Brigada Badr y el martirio. ¡Qué gran éxito para Abu Ya'far!



Amigo

Narrado por Mustafa Harandí

Ibrahim estaba muy intranquilo; se le notaba la tristeza en su cara. Le pregunté:

— ¿Qué te pasa?

Desconsolado, me dijo:

— Anoche fuimos con los chicos a hacer un reconocimiento. Al regreso, el hermano Mashallah Azizí[28] se paró sobre una mina y alcanzó el martirio. Los iraquíes empezaron a dispararnos. ¡No tuvimos más remedio que retroceder!

Pude entender la razón por la cual Ibrahim estaba tan triste. Al oscurecer, Ibrahim se marchó.

A medianoche volvió. ¡Estaba alegre!

Gritaba sin parar: «¡Socorrista! ¡Socorrista! ¡Dese prisa! ¡Gracias a Dios está vivo!»

Los chicos estaban contentos. Nos subimos a una ambulancia. Ibrahim iba sentado en un rincón, pensativo.

Me senté a su lado y le pregunté:

— ¿En qué piensas Ibrahim?

Guardó silencio…. Después me dijo:

---

[28] El honorable y veterano lisiado de guerra Mashallah Azizí (la persona de la izquierda en la fotografía) fue uno de los maestros sinceros y virtuosos en Guilan-e Gharb. Una descripción detallada de la historia de cómo quedó discapacitado se publicó en el libro *«Vesal»* del Grupo Cultural Mártir Ibrahim Hadí.

¡Gracias a Dios el hermano Azizí cayó en medio de las minas, cerca de las trincheras iraquíes, pero cuando fui a buscarlo no estaba ahí. Lo encontré en otro lugar, lejos de la vista del enemigo… sentado en un lugar seguro, y me estaba esperando.

***

«Perdí una gran cantidad de sangre, me desmayé. Los iraquíes estaban seguros que había muerto.

Tenía una sensación que no puedo describir. Repetía sin parar: "¡Oh Dueño del tiempo ayúdame!"

El cielo estaba oscuro, un hombre con rostro luminoso se me acercó. Me abrió los ojos con dificultad, me levantó tranquilamente, me sacó del campo minado y me dejó sobre el suelo en un rincón seguro, apacible y placentero.

¡No sentía ningún dolor! El hombre me habló durante mucho tiempo… Posteriormente, me dijo: "Un amigo nuestro te vendrá a rescatar".

Unos momentos después llegó Ibrahim. Con la fortaleza que lo caracteriza me puso sobre sus hombros y empezó a caminar.

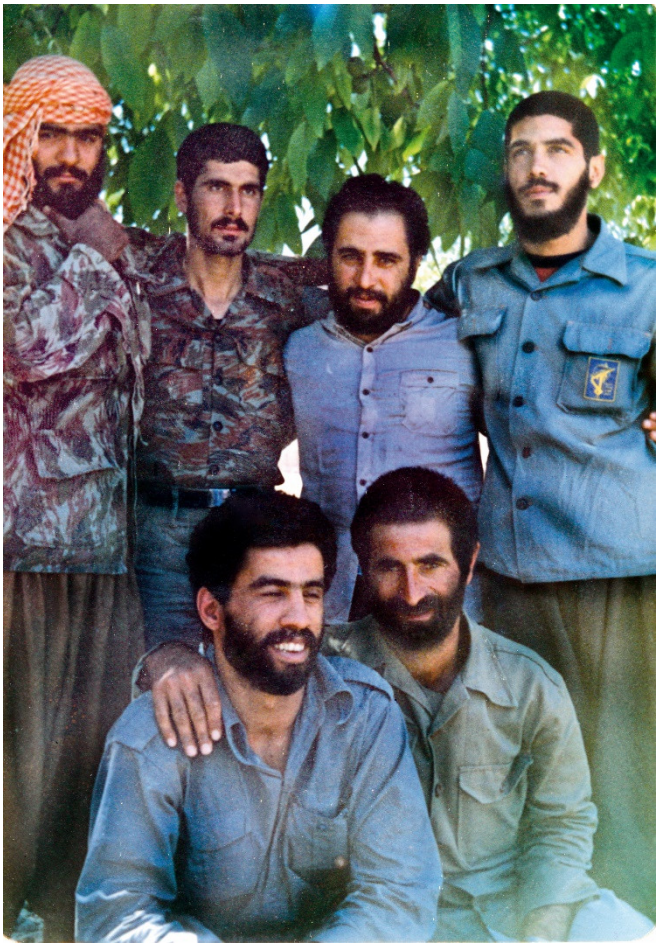
El hombre de rostro luminoso me había presentado a Ibrahim como su amigo. ¡Qué dichoso es Ibrahim!»

¡Esto lo había escrito en su cuaderno de memorias del Frente de Guilan-e Gharb!

***

Él vivió la guerra de principio a fin. Estuvo todos esos años en el frente de batalla. Era un maestro sincero y piadoso que participó en todas las operaciones realizadas en Guilan-e Gharb.

Cuando terminó la guerra sufrió un accidente que lo hizo unirse a sus compañeros mártires.



Anonimato

Narrado por Mustafa Harandí

Antes de la llamada a la oración del alba volvió. Traía el cuerpo de un mártir sobre sus hombros. El cansancio se dibujaba en su rostro.

A la mañana le dieron licencia, después partimos con el cuerpo del mártir. Ibrahim estaba cansado, pero también contento.

Decía: «Hace un mes tuvimos una operación en las alturas de Bazi Deraz y el cuerpo de este mártir era el único que no habíamos podido recuperar. Ahora que la zona está más tranquila, Dios ha querido que podamos recuperar su cuerpo».

La noticia sobre este mártir había llegado a Teherán y la gente estaba esperándolo. Al día siguiente miles de personas vinieron a despedirse de él.

Queríamos quedarnos unos días en la ciudad, pero nos avisaron que pronto se realizarían nuevas operaciones.

Acordamos reunirnos la noche siguiente en la mezquita, desde donde partiríamos rumbo al frente de batalla.

***

Estábamos parados frente a la mezquita con Ibrahim y otros compañeros; acabábamos de terminar la oración. Conversábamos y nos reíamos.

Un anciano se nos acercó. Sabía quién era: el padre del mártir que Ibrahim había traído desde las montañas. Lo saludamos; respondió.

Todos estaban callados; era un poco extraño, como si él quisiese decir algo aunque —realmente— nunca habíamos hablado con él.

Después de unos momentos rompió su silencio; dijo:

— ¡Muchas gracias don Ibrahim! ¡Usted hizo tantos esfuerzos por mi hijo! —Luego hizo una pausa, y en seguida continuó: — Don Ibrahim, mi hijo está molesto con usted.

En ese momento se esfumó la sonrisa de Ibrahim y sus ojos denotaban una sorpresa absoluta, preguntó:

— ¿Por qué?

El nerviosismo se había apoderado del anciano, tenía los ojos llenos de lágrimas y con voz temblorosa y cansada, manifestó:

— Anoche vi en sueños a mi hijo, me dijo: «Cuando quedé tirado sobre la tierra en la zona de guerra como un desconocido, sin ninguna señal, cada noche me visitaba Fátima az-Zahra (P), la madre de los descendientes del Profeta Muhammad (PB), pero ahora ya no lo hace. Los mártires desconocidos son huéspedes especiales de Fátima az-Zahra (P)».

El anciano calló, nosotros tampoco dijimos nada. Me volví hacia Ibrahim y vi cómo sus lágrimas rodaban por sus mejillas. Podía leer su pensamiento. Había encontrado lo que buscaba: ¡Ser un mártir desconocido!

***

Después de ese suceso, la perspectiva de Ibrahim sobre la guerra y los mártires cambió mucho. Siempre nos decía: «No

tengo ninguna duda de que los mártires en la guerra no son menos que los discípulos y compañeros del Mensajero de Dios y el Imam Alí (La paz sea con ambos)»

La posición de los mártires ante Dios es muy elevada. Muchas veces escuché que decía: «Si alguien ha deseado alguna vez haber estado en compañía del Imam Husein en Kerbala, este es el momento de que lo pruebe».

Ibrahim estaba seguro de que la Defensa Sagrada era el medio para llegar a la dicha y perfección humana. Es por ello que a cualquier lugar que iba hablaba de los mártires, describía las virtudes de los combatientes. Su moral y espiritualidad aumentaban cada día más.

En la misma base del Grupo Mártir Andarzgu normalmente dormía las primeras dos o tres horas de la noche y después se levantaba y salía.

Volvía hasta la hora de la oración del alba y llamaba a los combatientes para rezar. Me preguntaba: «¿Qué le sucede a Ibrahim que no pasa las noches aquí?»

Una noche seguí a Ibrahim: Se dirigió a la cocina del cuartel de los Guardianes de la Revolución.

Por la mañana le pregunté a un anciano que trabaja ahí, qué es lo que Ibrahim hacía en ese lugar. Pude entender que todos aquellos que trabajan en la cocina, realizaban la oración de la medianoche.

Eso explicaba todo: No quería que nosotros nos diésemos cuenta de que él hacía la oración de la medianoche.

Esta conducta de Ibrahim me hizo recordar lo que le dijo el Imam Alí (P) a Nawf al-Bikali:

«Mis seguidores son aquellos que en la noche son [dóciles] personas orantes y en el día son como [indómitos] leones».

Solo por Dios

Narrado por uno de los amigos del mártir

Fui a ver a uno de mis amigos que había sido herido en una operación en la zona occidental del país. Su pie había sido seriamente lesionado. A penas me vio se puso muy contento y me dio las gracias en reiteradas ocasiones, pero yo no entendía el motivo de su agradecimiento.

Me dijo:

— Querido seyyed hiciste tantos esfuerzos por mí. Si me hubieses dejado tirado en el campo de batalla, seguro me habrían llevado como prisionero.

— ¿Qué dices? ¡No sé de qué estás hablando! — Luego le expliqué: — Yo fui de los primeros que se marchó. Me fui en el vehículo cargado con pertrechos y luego me otorgaron licencia…

— Pero, ¿cómo se te ocurre? — Me interrumpió, sorprendido; y reiteró: ¡Fuiste tú mismo que me vendaste la herida y me cargaste!

Yo lo seguía negando, pero él insistía. Volví a decirle que no había sido yo, pero no pude convencerlo.

Pasó un buen tiempo, yo aún no olvidaba las palabras de mi amigo. De repente algo se me vino a la mente…

Aprovechando que Ibrahim estaba de licencia fui a verlo. Él también había participado en dicha operación.

Fuimos juntos a la casa de mi amigo. Al llegar le dije: «A quien debes agradecer es a don Ibrahim, no a mí, porque yo

no tengo la capacidad de cargar y llevar ocho kilómetros a una persona sobre mis hombros. Especialmente sobre un terreno montañoso. ¡No he sido yo quien te ha rescatado!»

Hice una pausa, y continué explicándole: «… es por eso que entendí que quien te cargó ese día fue alguien que habla poco, tiene la misma estatura que yo y una fuerza física superior a la mía. ¡Entendí que solo pudo haber sido Ibrahim!»

Me le quedé viendo a Ibrahim que no decía ni una palabra. Lo insté: «¡Te juro por mi ancestro [el Profeta] que si no dices nada me enfadaré contigo!»

Pero Ibrahim seguía callado, parecía nervioso. Finalmente me preguntó:

— ¿Qué quieres que diga? — Hizo una pausa, y relató: — Ese día yo ya me retiraba del campo de batalla cuando vi que él estaba tirado. Ya no había nadie más, era tal vez la última persona… Estaba muy obscuro, le vendé el pie que sangraba mucho. En el camino me llamaba continuamente «seyyed», por lo que entendí que era uno de tus amigos, y no le dije nada… Lo dejé con el personal de enfermería.

Después de aquel día noté que Ibrahim estaba molesto conmigo, yo sabía la razón: Él siempre decía que todo lo que hacemos es por Dios, que no necesitamos andarlo contando por ahí.

***

Estábamos trabajando en una operación de reconocimiento de las posiciones del enemigo. De repente, vimos un rebaño de corderos.

El pastor se acercó y saludó. Nos preguntó:

— ¿Sois soldados del imam Jomeini?

Ibrahim se aproximó, y le respondió:

— ¡Somos siervos de Dios! — Después le preguntó al anciano: — Querido pastor, ¿qué hace aquí en este lugar tan aislado y peligroso?

— ¡Aquí vivo!

— ¿No tiene problemas?

El anciano sonrió y respondió en tono de broma:

— Si no tuviese problemas ya me hubiese ido de aquí.

Ibrahim se marchó y regresó —después de unos minutos— con una caja de dátiles, pan y otros comestibles que eran para nosotros, los soldados. Se las entregó al pastor, diciéndole:

— ¡Esto es un regalo del imam Jomeini para usted!

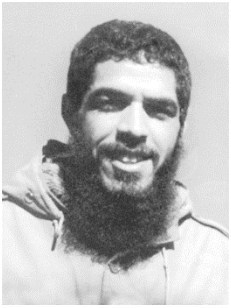
El hombre se puso muy contento, empezó a agradecer a Dios. Nosotros nos alejamos.

Algunos combatientes protestaron, diciéndole a Ibrahim:

— ¡Nosotros debemos quedarnos por lo menos una semana en este lugar y tú le has dado la mayoría de nuestras provisiones a ese viejo!

— En primer lugar, no sabemos cuántos días nos vamos a quedar aquí; y, en segundo lugar, daos cuenta que este anciano va a ser nuestro amigo. No lo dudéis. — Después, Ibrahim continuó explicando: — Cuando se hacen las cosas solo por Dios, Él responde a nuestras súplicas.

Pudimos terminar la operación de reconocimiento más rápido de lo que habíamos pensado, y aunque no contábamos con muchas provisiones, al final nos sobraron.



En presencia de grandes hombres

Narrado por Amir Monyer

Era el primer año de guerra, yo estaba de licencia. Conducía mi motocicleta, me dirigía hacia la plaza Jorasán. Me acompañaba Ibrahim.

De repente, él me dijo:

— ¡Detente, Amir!

— ¿Qué pasa? — Le pregunté mientras me hacía a un lado de la calle. Me respondió:

— ¡No pasa nada! Pero si tienes tiempo podemos visitar a alguien.

— No hay problema.

Me había pedido detenerme frente a una casa. Entramos. Algunas personas estaban sentadas en el piso y un anciano de capa negra en un lugar más elevado. Este conversaba con un joven. Saludamos y nos sentamos en un rincón de la habitación.

Cuando el anciano terminó de hablar con el joven, se volvió hacia nosotros y dijo sonriendo:

— Don Ibrahim, ¿qué le trae por aquí?

Ibrahim con un poco de vergüenza, le respondió:

— ¡Discúlpeme! No he podido venir a visitarlo.

Por sus palabras pude entender que ambos se conocían muy bien.

Después el anciano empezó a hablar con otras personas.

Un tiempo después algunas personas se marcharon, y el anciano con un tono de humildad dijo:

— Don Ibrahim aconséjenos un poco.

Ibrahim se había sonrojado por completo, levantó su cabeza y respondió:

— ¡Señor, por Dios no me diga eso! — Hizo una pausa, y continuó: — Somos nosotros quienes hemos venido a escucharlo a usted, y si Dios quiere vendremos a verlo también el día de la reunión semanal.

Después nos levantamos, nos despedimos, y salimos.

En el camino le pregunté:

— ¿Por qué no quisiste aconsejar al hombre y te pusiste tan nervioso? Además…

— ¿Qué estás diciendo Amir? — Me interrumpió molesto, luego me dijo: — ¡Tú ni siquiera sabes quién es él!

— ¡No! ¡La verdad no lo conozco!

— ¡Es un siervo de Dios muy piadoso, pero mucha gente no lo conoce! Es el hach Mirza Ismail Dulabí.

Pasaron muchos años para que la gente llegase a conocer al sheij Dulabí. Cuando leí el libro *«Tūbaye Mo<u>h</u>abbat»*,[29] pude comprender que lo que le dijo a Ibrahim había sido algo muy significativo: «¡Aconséjenos!».

***

[29] El libro *«Tūbaye Mo<u>h</u>abbat»* es la biografía del sheij Dulabí.

Acabábamos de terminar una operación importante en el oeste del país. La mayoría de los combatientes viajaron a Teherán para participar en una reunión con el imam Jomeini.

Aunque Ibrahim participó en la operación, no viajó a Teherán. Quise saber la razón, y me respondió:

— ¡No es bueno que todos se marchen y se quede el frente de guerra solo, algunos debemos quedarnos para garantizar la seguridad.

— ¿En verdad ese es el motivo por el que no has viajado? — Le pregunté asombrado; después de una pausa me respondió:

— Nosotros no queremos al líder de la Revolución solo para verlo, nosotros lo queremos para obedecerlo… Si no puedo ver al líder no es importante: lo importante es que lo obedezca y él esté satisfecho con mi trabajo.

Ibrahim era muy sensible respecto al tema de la *Wilāyat ul-Faqīh*, y admiraba mucho al imam Jomeini.

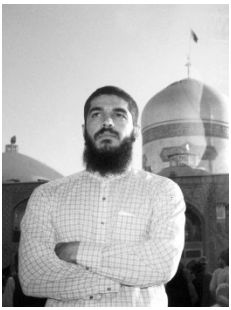
Solía decir que entre las grandes personalidades y sabios del pasado no había habido nadie con el corazón y el coraje del imam Jomeini.

Cada vez que era transmitido un mensaje del imam, lo escuchaba atentamente, y decía: «Si queremos la prosperidad de este y el otro mundo, debemos seguir las palabras del imam».

Ibrahim desde muy joven había tenido comunicación con la mayoría de religiosos de la zona donde vivía en Teherán.

Cuando al.lamah Ya'farí vivía en nuestro barrio, Ibrahim aprovechó su presencia y aprendió mucho de él.

Ibrahim también consideraba que los mártires como ayatolá Beheshtí y Morteza Motahharí eran modelos perfectos para las nuevas generaciones.



Ziyarah

Narrado por Yabbar Sotudeh y Mahdi Faridvand

Era el primer año de la guerra, con los chicos del Grupo Mártir Andarzgu fuimos a las alturas del norte de Guilan-e Gharb desde donde podíamos ver la frontera. Era muy temprano.

El puesto fronterizo iraní estaba en manos de los iraquíes, cuyos autos transitaban sin problema de un lado de la frontera al otro.

Ibrahim abrió un librito de súplicas, los chicos y yo lo acompañamos en la recitación de la *ziyarah Ashura*, llegamos a experimentar una consternación intensa. Después fijos ahí, no quitábamos los ojos de las zonas controladas por el enemigo.

Le dije a Ibrahim: «¡Querido Ibrahim! Mira, esa es la carretera fronteriza… Los iraquíes van y vienen, sin ninguna dificultad».

Después me dije a mí mismo: «Llegará un día en que nuestra gente también la atraviese tranquilamente y viaje a sus ciudades».

Ibrahim parecía que no escuchaba mis palabras y todos sus sentidos se habían volcado hacia el horizonte. De repente sonrió y me dijo: «Más que eso… llegará un día en que multitudes de nuestra gente también la atraviese tranquilamente y viaje a Kerbala».

En el camino de regreso les pregunté a los compañeros por el nombre de la zona fronteriza. Uno de ellos me dijo que se llamaba «Josraví».

Veinte años después, viajamos a Kerbala y pude ver nuevamente esas alturas, y el mismo lugar donde Ibrahim había leído la *ziyarah Ashura*.

Fue como si lo viese nuevamente, como si él nos acompañase, ya que estas alturas estaban frente a la zona fronteriza Josraví. Ese día los autobuses iban y venían tranquilamente de un lado al otro de la frontera. ¡Multitudes de nuestra gente yendo en peregrinación a Kerbala por ese mismo camino!

Cuando estábamos en Teherán lo que Ibrahim hacía en las noches de viernes era visitar el santuario de hazrat Abdul Azim en Ray. Solía decir: «La noche del viernes es la noche de la misericordia de Dios. Es una noche para visitar al Imam Husein (P). Todos los amigos de Dios y los ángeles peregrinan a Kerbala. Nosotros también vamos a un lugar acerca del cual Ahl ul-Bayt (P) ha dicho que su visita equivale a la peregrinación a Kerbala».

Ahí, Ibrahim leía la súplica de *Kumayl* y regresaba una hora después de la medianoche. Cuando los *basīŷ* activaron su programación, después de realizar la visita al santuario venía directamente a la mezquita para reunirse con los jóvenes *basīŷ*. Una noche fuimos juntos al santuario, yo tenía prisa y desde ahí me vine hacia la mezquita en la motocicleta de uno de mis amigos, pero Ibrahim llegó unas tres horas después. Le pregunté:

— ¿Por qué vienes tan tarde?

— Empecé a caminar por el santuario y de repente tuve la intención de visitar la tumba del sheij Saduq, porque en el pasado la gente de Teherán decía que el Imam de la Época

(que Dios apresure su aparición) lo viene a visitar las noches de viernes, y así seguí caminando hasta llegar aquí.

— ¿Pero qué necesidad tenías de venir caminando?

No me dio una respuesta correcta. Le recordé:

— También me habías dicho que tenías que venir rápido a la mezquita; seguro has tenido un buen motivo para venirte caminando.

Después de tanto preguntarle, me dijo:

— Cuando salí del santuario un hombre muy necesitado se me acercó. En mi bolsillo tenía un rollo de billetes y se lo di al pobre hombre. Cuando quise abordar un taxi, me di cuenta que no me había quedado nada de dinero por lo que me vi obligado a caminar.

***

Los fines de semana íbamos a la medianoche a visitar las tumbas de los mártires en el cementerio de Behesht-e Zahra (P), ahí hacíamos una lectura religiosa.

Algunas noches se metía en una de las sepulturas en preparación, y recitaba fervorosamente la súplica de *Kumayl*, y lloraba.

La granada

Narrado por Alí Moqaddam

Antes de la Operación Matla' al-Fayr se realizó una reunión en la base del Grupo Mártir Andarzgu con el objetivo de tener una mayor coordinación entre los comandantes de los Guardianes de la Revolución y el Ejército.

Ibrahim, yo y otras tres personas —comandantes— de los Guardianes de la Revolución, estábamos en dicha reunión. Algunos jóvenes combatientes realizaban prácticas militares afuera en el patio.

Hacia la mitad de la reunión, mientras estábamos en lo mejor de discutir, una granada entró por la ventana.

Cayó exactamente en el centro de la pequeña habitación, me quedé pálido y en cuestión de segundos sin levantarme de donde estaba sentado puse mi cabeza contra mi pecho y la cubrí con mis manos, me viré hacia la pared, cerré los ojos y

contuve la respiración esperando el estallido. Los demás habían hecho lo mismo.

Fue un momento difícil, pero —gracias a Dios— la granada no explotó. Deslicé mis manos hacia mi rostro y abrí muy despacio los ojos, entre los dedos miré hacia el centro de la habitación.

¡Lo que veía era realmente increíble!

Bajé las manos y con los ojos engrandecidos por la intensa sorpresa grité: ¡Ibrahim!

Al oírme, los demás poco a poco abrieron sus ojos y también miraron anonadados hacia el centro de la habitación.

Era una escena sorprendente porque mientras todos nos habíamos virado hacia la pared, Ibrahim se había arrojado sobre la granada.

Aún no pronunciábamos palabra cuando el responsable de las prácticas militares entró a la habitación y dijo:

— ¡Estoy muy avergonzado, disculpadme, la granada cayó por error en la habitación pero es solo una granada para prácticas, no hay peligro!

Al oír eso, Ibrahim se levantó. Era el primer año de la guerra y la primera vez que sucedía algo como esto.

Parece que este acontecimiento vino a probar que tan valientes éramos. Por un buen tiempo este asunto de la granada siempre salía a relucir en las conversaciones de los combatientes.

Matla' al-Fayr

Narrado por Husein Allahkaram

Había pasado un tiempo desde la destitución de Banisadr de la comandancia general de las Fuerzas Armadas. Se planeó una serie de operaciones en los frentes norte y sur, para impactar fuertemente al ejército enemigo.

El día 8 de *āzar*, se llevó a cabo la primera gran operación —la cual fue llamada Tariq al-Qods— para la liberación de la ciudad de Bostán. Esta fue la primera gran derrota de las fuerzas *baazistas*.

De acuerdo a lo planificado por los comandantes, la segunda operación se realizaría en la región de Guilan-e Gharb y llegaría hasta Sarpol-e Zahab que era el frente más cercano a la ciudad de Bagdad. Es por ello, que desde hace un buen tiempo se había iniciado el reconocimiento de la zona y campamentos enemigos.

La responsabilidad de la operación estaba a cargo de la comandancia de los Guardianes de la Revolución de Guilan-e Gharb. Todos los combatientes del Grupo Mártir Andarzgu estaban colaborando. Ibrahim era el responsable del reconocimiento de la zona controlada por el enemigo. Este trabajo se realizó completamente en poco tiempo. Ibrahim fue detrás de las fuerzas enemigas con uno de los hermanos kurdos para recopilar información. Viajaron a la ciudad de Naft-e Shahr en una semana.

La información recolectada por Ibrahim fue valiosa, además trajo consigo a cuatro iraquíes que había capturado durante el reconocimiento.

Después de interrogar a los prisioneros, Ibrahim completó los planos y los mostró en una reunión que sostuvo con los comandantes.

El coronel Alí Yarí y el mayor Salamí de la Brigada Zulfiqar del Ejército también se unieron a las operaciones en coordinación con los Guardianes de la Revolución. Nuestras fuerzas cuyos miembros eran en gran parte gente de Sarpol-e Zahab y Guilan-e Gharb fueron divididas en batallones. La mayoría de comandantes pertenecían al Grupo Mártir Andarzgu.

Varios batallones de los Guardianes de la Revolución y los *basīŷ* iban en la vanguardia, tenían como misión romper las líneas del enemigo.

Durante la última reunión, los comandantes eligieron a Ibrahim, al hermano Safar Josh Ravan y al hermano Daryush Rizehvandi como comandantes del frente central, izquierdo y derecho, respectivamente. El objetivo de esta operación era «limpiar» las alturas al oriente de Guilan-e Gharb, y tomar control de las alturas a lo largo de la frontera, los pasos de Hayian y Gurak, así como el puesto fronterizo.

La zona de operaciones tenía una longitud de setenta kilómetros. Del regimiento llegó la noticia que seguido a esta operación se realizaría un tercer ataque en la región de Mariván. Así se había coordinado.

Algunos días antes de comenzar, la comandancia del Ejército informó que Irak había preparado a sus fuerzas para realizar un contraataque para tomarse la ciudad de Bostán, por lo que nosotros debíamos comenzar cuanto antes la operación y así

lograr que los iraquíes renunciasen a sus intenciones. Se eligió el 20 de *āzar* de 1360 para dar inicio a la operación.

Había llegado el momento, estábamos muy emocionados, pues era la primera operación militar a gran escala en el occidente del país y también la primera en las alturas. No se podía predecir nada. Esa noche, la despedida de los jóvenes combatientes fue algo espectacular.

En el día tan esperado, nuestra ofensiva a gran escala en los diferentes puntos logró liberar muchas zonas importantes y estratégicas, entre ellas los pasos de Hayian y Gurak, la región de Barr Aftab, las alturas de Sartatán, Charmián, Dizehkush, y Fereydun Hushyar, así como una parte de las alturas de Shiakuh y todas las aldeas de Dasht-e Guilán.

En el frente central, con la ocupación de algunas colinas y ríos, nuestras fuerzas se desplazaron hacia las colinas de Anar; el enemigo abría fuego como loco.

Algunos batallones llegaron a las alturas de Shiakuh, habían incluso alcanzado la cima de estas colinas. El enemigo sabía que perder Shiakuh significaba perder la ciudad de Khaneqin en Irak. Por eso envió muchas fuerzas a las alturas y a las zonas de combate.

A medianoche, el operador de radio avisó que los señores Hasan Balash y Yamal Tayik habían llegado hasta el frente de Shiakuh y estaban pidiendo refuerzos. Un poco después Ibrahim se comunicó y dijo que todas las alturas de Anar estaban liberadas, y que solo en una de las colinas los iraquíes estaban resistiendo, pero que lamentablemente nuestras fuerzas no tenían los miembros ni las municiones necesarias para doblegarlos.

Yo le respondí a Ibrahim que antes de la mañana estaríamos con nuestras tropas uniéndonos a él y sus compañeros, y que

por el momento continuasen —como pudiesen— tratando de liberar dicha colina.

Acompañé a un batallón de refuerzo hacia el frente central. En el camino, algunos comandantes nos dijeron que el ejército enemigo había desistido de contraatacar Bostán, pero que muchas de las tropas se estaban preparando para enfrentarnos. Y me insistieron en que debía resistir porque si Dios quería, las fuerzas de Mariván pronto darían inicio a una nueva operación comandada por el hach Ahmad Motevasselian. Asimismo, me agradecieron por la buena coordinación entre los combatientes del Ejército y los Guardianes de la Revolución, y me dijeron que según los últimos informes, las pérdidas que le habíamos infligido al ejército iraquí durante esta operación eran cuantiosas, y que la comandancia del enemigo había solicitado refuerzos.

El cielo se estaba aclarando, hicimos la oración del alba. Aún no habíamos llegado a la región de Anar cuando escuchamos la noticia sobre el martirio de Gholamalí Pichak en el frente Guilan-e Gharb, algo que nos puso muy tristes.

Uno de los jóvenes combatientes se acercó a mí, y con acento de Mashhad me dijo:

— Hach Husein, ¿ya se ha enterado usted de que atacaron a Ibrahim?

Al escuchar aquello, tragué saliva, mi cuerpo empezó a temblar levemente, le pregunté:

— ¿Qué ha sucedido?

— ¡Una bala rozó el cuello de Ibrahim!

Su respuesta me puso pálido, mis pensamientos se agitaron y sin pensarlo me dirigí a la trinchera donde estaba el puesto de socorro.

Mientras caminaba recordaba cada uno de los momentos que había compartido con Ibrahim. Seguí avanzando hasta que llegué a donde estaba.

En efecto, una bala había impactado el cuello de Ibrahim, sangraba mucho. Ahí también encontré al hermano Yavad, le pregunté:

— ¿Qué le pasa a Ibrahim?

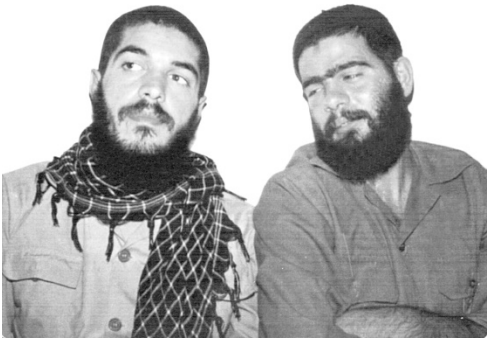
Tras un silencio, me respondió:

— La verdad es que no sé qué decir.

— ¿A qué te refieres?

Y después de una pausa, me explicó:

— Hablábamos con los comandantes sobre cómo poder atacar las posiciones enemigas en la colina. Los iraquíes oponían fuerte resistencia, tenían muchas tropas ahí y en los alrededores. Hicimos varias propuestas pero ninguna fue aceptada. Los disparos se escuchaban por todas partes. Se acercaba el tiempo de la oración del alba y debíamos tomar una decisión pero no sabíamos qué hacer. ¡De repente Ibrahim salió de la trinchera y fue hacia la colina donde estaban los iraquíes y subió a una roca que estaba en dirección a la alquibla y en voz muy alta empezó a hacer la llamada a la oración! Todos nosotros le gritamos: «¡Ibrahim ven!», «¡regresa!». Pero fue en vano. Estaba terminando la llamada a la oración cuando sorpresivamente todo se sumió en el silencio, los tiroteos de los iraquíes ya no se escuchaban…. Entonces, de súbito, uno de ellos le disparó a Ibrahim, hiriéndolo en el cuello. ¡Corrimos hacia él y lo trajimos!



El milagro de la llamada a la oración

Narrado por Husein Allahkaram

Estábamos en las alturas de Anar, el cielo se había despejado por completo. El enfermero vendó la herida de Ibrahim, y empezamos a dividir las tropas mientras hablábamos por el transceptor de radio.

De repente, uno de los chicos vino corriendo y me dijo:

— ¡Señor! ¡Señor! Un grupo de iraquíes con las manos entrelazadas detrás de la cabeza en señal de rendición se dirige hacia acá.

— ¿Dónde? — Le pregunté sorprendido y después nos fuimos hacia una trinchera que estaba frente a la colina.

Eran casi veinte personas en la colina de enfrente, mostraban un pañuelo blanco. Les dije a los combatientes que se preparasen, que podía ser una trampa.

Momentos después, dieciocho iraquíes —entre ellos un oficial y un comandante— se rendían ante nosotros. Me alegré mucho porque además del triunfo de nuestra operación, llevaríamos prisioneros.

Pensé que lo certero del ataque de nuestros combatientes había provocado su rendición. Traje a la trinchera al oficial iraquí y llamé a uno de nuestros combatientes que sabía árabe.

Como si fuese un interrogador cualificado y adecuadamente entrenado, le ordené:

— Dígame su nombre, grado y cargo.

Se presentó, y agregó:

— Soy mayor y soy el comandante de las fuerzas que están en la montaña y sus alrededores. Pertenecemos a las Fuerzas de Prevención de Basora destacadas en esta región.

— ¿Cuántas personas están en la colina?

— Ya no hay nadie.

— ¿Nadie? — Le pregunté entre incrédulo y sorprendido. Me respondió:

— Nosotros mismos nos estamos entregando, y al resto de efectivos les ordené que se retirasen. Ahora la montaña está completamente vacía.

De nuevo lo miré sorprendido, y le pregunté:

— ¿Por qué les dijiste que se retirasen?

— Porque no quisieron rendirse.

— ¿Cómo? — Le pregunté, aún más sorprendido.

El comandante iraquí en vez de responderme, me preguntó:

— ¿Dónde está el muecín?

No necesité que me tradujesen; entendí muy bien. Quise saber:

— ¿El muecín? ¿Quieres ver a la persona que estaba recitando la llamada a la oración?

Su voz se quebrantó hasta las lágrimas, cuando empezó a narrar:

— Nos habían dicho que vosotros erais zoroastras y que adorabais el fuego. Nos habían dicho que estábamos atacando a Irán para salvar el Islam, que era esa la razón por la cual luchábamos contra los iraníes. ¡Creedme! Todos nosotros somos musulmanes chiitas, es por eso que cuando veíamos a nuestros comandantes ingerir bebidas alcohólicas y que no hacían la oración, nos quedábamos muy confundidos. — Hizo una pausa. El intérprete traducía simultáneamente cada una de sus frases. Luego el oficial continuó: — Hoy por la mañana cuando escuché a vuestro compañero hacer con una voz potente y bella la llamada a la oración, todo mi cuerpo empezó a temblar justo en el momento en que mencionó el nombre del Imam Alí (P). Entonces me dije: «Tú estás luchando en contra de tus propios hermanos, tal como sucedió en Kerbala».

En ese momento se le hizo un nudo en la garganta, pero después continuó:

— Por eso decidí que debíamos rendirnos y no cargar con este pecado. Entonces, ordené el alto al fuego. Reuní a mis fuerzas y les comuniqué que me quería rendir ante los iraníes. Y que cualquiera que quisiese podía venir conmigo. Las personas que me acompañan son mis amigos y son también musulmanes chiitas. Otros elementos de mi tropa se fueron por otro rumbo. Sin embargo, el soldado que le disparó al muecín ha venido con nosotros. Si vosotros ordenáis que lo ejecute, lo hago…. — Y finalmente, preguntó: — ¿El muecín está vivo o ha muerto?

Todos escuchábamos atentamente, estábamos realmente aturdidos. Después de un tiempo rompí el silencio:

— ¡Sí! ¡El muecín está vivo!

Salimos juntos de la trinchera y nos dirigimos hacia otra donde estaba Ibrahim.

Todos los 18 prisioneros iraquíes vinieron y besaron la mano de Ibrahim, la última persona se arrojó sobre los pies de Ibrahim y lloraba. Decía continuamente: «¡Perdóname, yo soy el que te ha disparado!».

A mí también se me había quebrantado la voz, era extraño, no pensaba más en la operación ni en los combatientes. Quería mandar a los prisioneros hacia atrás cuando el comandante iraquí me llamó y me dijo: «¡Vea hacia allá! Un batallón de comandos y algunos tanques se aproximan. Debéis apresuraros y tomaros la colina».

Envié algunos combatientes del Grupo Mártir Andarzgu hacia la colina, nos la tomamos, con ello nuestro control sobre la región de Anar se vio completado.

El batallón iraquí realizó su ofensiva pero nosotros estábamos preparados por lo que no tuvieron éxito y la mayoría de sus efectivos murieron en el ataque. Al día siguiente con la Operación Muhammad Rasulul.lah (PB) en Mariván —destacado en otro sector de la zona— disminuyó la presión de Irak sobre Guilan-e Gharb. Así, la Operación Matla' al-Fayr alcanzó muchos de sus objetivos.

Fueron liberadas bastantes zonas de nuestro querido país, a pesar de que grandes hombres como Gholamalí Pichak, Yamal Tayik y Hasan Balash fueron martirizados durante las operaciones.

Algunos días después, cuando Ibrahim se sintió mejor se anexó al grupo. Ese mismo día se nos avisó que se había realizado la Operación Matla' al-Fayr con el código sagrado *«Ya Mahdi Adrikni»* (¡Oh Mahdi ayúdanos!), dejando un saldo de 14 batallones de las fuerzas especiales del ejército de Irak aniquilados, cerca de 2000 efectivos iraquíes muertos, cientos de heridos y 200 prisioneros. Además, nuestra artillería antiaérea derribó dos aviones enemigos.

***

Era el invierno de 1365, cinco años habían transcurridos desde la Operación Matla' al-Fayr, estábamos ocupados por la Operación Kerbala 5 en Shalamcheh.

Una parte de la coordinación de las divisiones del Ejército y la inteligencia estaba bajo nuestra responsabilidad. Fuimos a la base de las fuerzas Badr para ayudar en la organización y planificación.

Se acordó que uno de los batallones de esta brigada cuyos miembros hablaban árabe iraquí llevase a cabo una operación contra el ejército de Sadam.

Después de conversar con los comandantes del Ejército y los comandantes de los distintos batallones, se hicieron los preparativos necesarios para emprender la marcha.

Percibí que desde lejos uno de los comandantes de las fuerzas Badr me miraba fijamente y se aproximaba. Yo ya casi me iba cuando se acercó un poco más y me saludó.

La verdad es que me tomó un poco por sorpresa, respondí su saludo —tenía acento árabe— y sin mediar más palabra me dijo:

— ¿Usted estuvo en Guilan-e Gharb?

— ¡Sí! — Le dije realmente sorprendido. Pensé que era uno de los combatientes de la zona occidental. Después me dijo:

— ¿Recuerda la operación Matla' al-Fayr? ¿Las alturas de Anar, específicamente la última colina?

Hice memoria, pensé un poco, y le dije:

— ¡Claro que sí!

— ¿Se acuerda de los 18 iraquíes prisioneros?

— ¿Quién es usted? — Le pregunté desconcertado, y con alegría me dijo:

— ¡Yo soy uno de esos prisioneros!

— ¿Y qué hace aquí? — Le pregunté aún más sorprendido, me respondió:

— Los 18 iraquíes estamos en este batallón. Gracias a las gestiones del ayatolá Hakim fuimos liberados, él nos conocía bien a todos nosotros. Entonces acordamos que nos uniríamos a la lucha en contra de los *baazistas*.

Todo aquello era para mí verdaderamente asombroso, le pregunté:

— ¿Dónde está vuestro comandante?

— ¡Aquí! ¡También estamos bajo su responsabilidad en este batallón! Es más, ahora estamos marchando hacia el frente de guerra.

— Escriba el nombre de vuestro batallón y el nombre de todos vosotros en este papel; en este momento estoy apurado, después de la operación regreso y podremos hablar más tranquilamente. — Le dije, y mientras escribía, me preguntó:

— ¿Cómo es que se llamaba aquel muecín?

— ¡Ibrahim! Ibrahim Hadí.

— Todo este tiempo hemos querido saber de él, incluso le pedimos a unos comandantes que nos hiciesen el favor de localizarlo. Nos gustaría ver de nuevo a este hombre de Dios.

Guardé silencio y me puse muy nervioso. Levantó la vista y se me quedó viendo. Le dije:

— ¡Ojalá lo vean en el Paraíso!

Lo noté triste, me dio el papel donde había escrito los nombres. Yo me despedí rápidamente de él y me marché. Este encuentro inesperado había sido muy interesante.

La operación llegó a su fin en el mes de *esfand* de 1365, y a muchos combatientes les dieron licencia. Un día encontré —entre mis cosas— el papel donde el exprisionero iraquí de las fuerzas Badr me había escrito sus nombres. Entonces decidí ir a visitarlos. Al llegar a su base le pregunté a uno de los responsables por el batallón cuyo nombre estaba escrito en el papel. Me dijo:

— Este batallón ha sido disuelto

— Pero, ¿cómo puedo hacer para ver a sus miembros?

— Ese batallón sufrió un gran contraataque iraquí en Shalamcheh. Logró eliminar a muchos elementos enemigos. Sus combatientes resistieron sin dar un paso atrás, pero al final ni uno de ellos quedó vivo.

— Estas 18 personas eran exprisioneros iraquíes — Mientras le mostraba el papel, le dije: — Sus nombres están aquí. Yo vengo a visitarlos.

Tomó el papel y se lo dio a otra persona que salió. Unos minutos después volvió, y dijo:

— ¡Todas estas personas están entre los mártires!

No sabía qué decir. Pensé: «Ibrahim con una vez que hizo la llamada a la oración logró liberar una montaña, que una operación terminase en victoria y que 18 personas saliesen de las profundidades del Infierno y alcanzasen el Paraíso, tal como le sucedió a Horr[30] en Kerbala».

[30] Horr es uno de los personajes célebres de la tragedia de Kerbala, porque estando en el bando opresor se arrepintió y se unió al Imam Husein (P).

Después recordé lo que le dije a aquel combatiente iraquí cuando me preguntó por Ibrahim: «¡Ojalá lo vean en el Paraíso!».

Las lágrimas recorrían mis mejillas sin que yo lo pudiese evitar. Salí.

Tenía certeza absoluta de que Ibrahim sabía dónde debía hacer la llamada a la oración para estremecer los corazones del enemigo y guiar a aquellos que aún no habían perdido la fe.

Chafiye

Narrado por Abbás Hadí

A finales de 1360 Ibrahim pidió licencia. Llegó a la casa una noche, conversamos un poco. Noté que tenía un rollo de billetes en el bolsillo. Le dije en tono de broma:

— La verdad hermano, me gustaría saber de dónde sacas tanto dinero. He visto que ayudas a la gente y gastas en cosas para la *hey'at*. Ahora veo que tienes mucho dinero en tu bolsillo. ¿Acaso has encontrado algún tesoro?

Ibrahim se echó a reír y me dijo:

— ¡No hombre! Todo este dinero me lo dan mis amigos y ellos mismos me dicen en qué utilizarlo.

En la mañana, fuimos con Ibrahim al bazar, pasamos por muchos negocios hasta que nos detuvimos en uno muy surtido.

Su dueño era un anciano; tenía varios empleados, entre ellos su hijo. Cuando vieron a Ibrahim, lo saludaron y abrazaron cordialmente. Pude entender que lo conocían muy bien.

Después de intercambiar un par de palabras, Ibrahim le dijo al dueño:

— Hach, mañana —si Dios quiere— parto para Guilan-e Gharb.

— ¿En qué te puedo servir? ¿Necesitas algo para los combatientes? — Le preguntó el anciano.

Ibrahim sacó un fajo de billetes y se lo dio, mientras le decía:

— Además de estas cosas, necesito una cámara de vídeo, porque todas estas hazañas y acontecimientos deben registrarse para que las generaciones venideras puedan ver cómo los combatientes lucharon para proteger esta religión y este país. —Hizo una pausa, y agregó: — ¡Ah! También necesitamos una gran cantidad de *chafiye*.

El hijo del dueño intervino, diciendo:

— Entiendo lo de la cámara de vídeo, pero ¿para qué tanta *chafiye*? ¿Acaso quieren andar como los vagabundos con un pañuelo en el cuello?

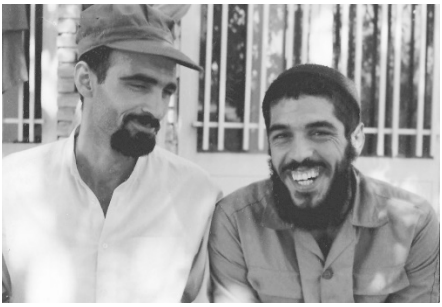
— ¡No hermano! La *chafiye* no es un pañuelo que solo se use en el cuello, los combatientes la utilizan como toalla después de hacer la ablución, como alfombrita para hacer la oración, como venda para sus heridas, como….

— ¡De acuerdo don Ibrahim. Vamos a conseguir todo lo que usted necesita! —Dijo el dueño, interrumpiendo a Ibrahim.

Antes del mediodía del día siguiente, estaba yo en la acera de nuestra casa cuando vi al anciano estacionar un *pickup* lleno de las cosas que Ibrahim le había encargado. Entré rápidamente, y llamé a Ibrahim.

El anciano le entregó la cámara de vídeo, otro par de cosas y el enorme cargamento de *chafiyes*. Después Ibrahim contó la forma en que los soldados iraníes habían utilizado las *chafiyes* durante la operación Operación Fath al-Mobín.

Poco a poco, el uso de la *chafiye* se volvió parte de los implementos de los combatientes.



Sentido del humor

Narrado por Alí Sadeqí y Akbar Noyavan

Ibrahim era muy serio cuando había que ser serio, pero cuando no, era un hombre muy agradable y jocoso; esto último era —sin dudas— una de las causas de su popularidad.

A la hora de comer, Ibrahim también era especial. Cuando había suficiente comida, pues comía bastante sin llegar a la glotonería, sino que decía: «Nuestro cuerpo necesita alimentarse muy bien debido al deporte y actividades que realizamos».

Una vez, Ibrahim y uno de los chicos de Guilan-e Gharb fueron a Kermanshah. En un pequeño restaurante de esa localidad, se comieron entre los dos tres cabezas de cordero.

Otra vez, un compañero invitó a Ibrahim a almorzar, en total eran tres personas y había preparado 6 pollos y una gran cantidad arroz, y no sobró nada.

***

Cuando Ibrahim estuvo herido, fui a visitarlo, después salimos en motocicleta y nos dirigimos a una reunión donde romperíamos el ayuno. Estábamos en el bendito mes de ramadán.

Llegamos. El dueño de la casa era uno de los amigos de Ibrahim, era muy cortés, les ofrecía a los invitados una y otra cosa, pero Ibrahim no necesitaba esta clase de cortesía. ¡En la habitación donde estábamos no sobró casi nada!

El Sr. Ya'far Yangraví, uno de nuestros amigos también estaba en la reunión, después de la comida se levantaba continuamente y entraba a la habitación contigua, en la que estaban varios de sus amigos que uno por uno venían a ver a Ibrahim, y Ya'far decía: «Este amigo quiere saludarte…».

Tal como se acostumbre en Irán, cada vez que venía una de estas personas a hablar con Ibrahim, él se tenía que levantar por respeto, estrechar su mano y besarlo en la mejilla. Sin embargo, esto le resultaba difícil debido al dolor que le causaba la herida que tenía en el pie, además de haber comido mucho. Ya'far que lo hacía a propósito se reía en voz baja a sus espaldas.

A penas Ibrahim se sentaba, Ya'far se levantaba y traía a otro de sus amigos para que conociesen a Ibrahim. Algo que hizo muchas veces.

Ibrahim que desde hace bastante había entendido la broma ya estaba molesto, pero le dijo con una gran tranquilidad: «Querido Ya'far, ya llegará mi turno»

Era casi medianoche, queríamos regresar a casa. Ibrahim subió a mi motocicleta y me dijo: «¡Vámonos rápido!»

Ya'far subió a la suya y venía atrás de nosotros, pero nos separaba una buena distancia. En el camino había un puesto de control.

Me detuve, Ibrahim le dijo en voz alta a uno de los militares: «¡Hermano venga por favor!»

Cuando se acercó, Ibrahim le dijo: «Querido amigo, yo soy un lisiado de guerra y esta persona que me acompaña es miembro de los Guardianes de la Revolución. ¡Quiero informarle que un individuo sospechoso en motocicleta nos está persiguiendo!» Después hizo una pausa y continuó: «Yo solo quiero que tengáis cuidado, puede estar armado».

Luego, se despidió y nos marchamos, avanzamos un poco y me dijo que me detuviese. Los dos nos reímos. Vimos a Ya'far pasar por el puesto de control. Cuatro militares debidamente armados lo rodearon; se bajó de su motocicleta.

Cuando lo revisaron le encontraron un arma, y con eso empeoró su situación: Los militares no le daban importancia a sus alegatos.

Pasó casi media hora, vino el responsable del grupo quien conocía a Ya'far, le pidió muchas disculpas, y le dijo a los jóvenes militares: «Él es Ya'far Yangraví, uno de los comandantes de la División Militar Seyyed al-Shohadá (P)».

Ellos se sintieron muy avergonzados y le pedían disculpas reiteradamente. Ya'far se veía muy molesto, y sin decir ni una sola palabra tomó su arma, subió a la motocicleta y se marchó.

Avanzó un poco y cuando vio que nos habíamos detenido y que Ibrahim se reía sin control, entendió lo que había sucedido.

Ibrahim se acercó a él, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Ya'far se relajó y también empezó a reír.

¡Gracias a Dios todo terminó en risas!

Dos hermanos

Narrado por Alí Sadeqí

Nos preparamos para asistir al funeral del mártir Shahbazí, iba a realizarse en una ciudad fronteriza. Según la tradición y las costumbres de sus pobladores, la ceremonia fúnebre comienza en la mañana y se prolonga hasta el mediodía cuando traen un recipiente con agua para que los huéspedes se laven las manos, concluyendo luego con un almuerzo.

Al llegar, cuando entré, vi al hermano Yavad sentando en un lugar destacado, e Ibrahim estaba a su lado. Me acerqué y me senté a la par de Ibrahim.

Ibrahim y Yavad eran muy amigos, eran como verdaderos hermanos. Las bromas que se hacían eran también muy interesantes.

Al final de la reunión, dos de los anfitriones trajeron el recipiente con agua y Yavad fue la primera persona a la que se acercaron para que se lavase las manos.

Ibrahim le dijo algo al oído sobre la manera en que se realizaba esta clase de ceremonias en esa ciudad, y Yavad sorprendido y en voz alta le preguntó: «¿De veras? ¿Así lo hacen?»

Ibrahim le pidió que bajase la voz; luego se volvió hacia mí y vi como no paraba de reírse en voz baja. Le dije: «¿Qué te pasa Ibrahim? ¡Es feo no te rías, la gente está de luto!».

Se me quedó viendo, y me contó: «Le dije a Yavad que cuando traigan el recipiente de nuevo, además de las manos tiene que lavarse la cabeza».

Algunos minutos después sucedió: Cuando trajeron el recipiente, Yavad después de lavarse las manos, empezó a lavarse la cabeza y mientras lo hacía miraba a su alrededor.

Le dije: «Yavad, ¿qué haces? ¡No estás en el baño! Luego, le entregué mi *chafiye* para que se secase.

***

Un tiempo después recibimos la noticia de que Ibrahim, Yavad y Reza Gudiní estaban volviendo después de algunos días de andar en una misión en la zona fronteriza, nos alegramos mucho al saber que estaban sanos y a salvo.

Nos reunimos todos frente a la base del Grupo Mártir Andarzgu, unos minutos después llegó el vehículo que los transportaba. Ibrahim y Reza se bajaron, los combatientes los recibieron con abrazos, y los rodearon conversando con ellos.

Uno de los combatientes le preguntó:

— Don Ibrahim, ¿dónde está don Yavad?.

Todos se quedaron en silencio, atentos, esperando oír la respuesta.

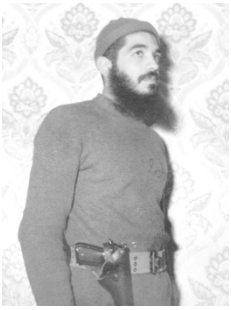
Ibrahim, triste y con un nudo en la garganta dijo: «¡Yavad!»

Después lentamente dirigió su mirada hacia el asiento trasero del vehículo. Había una persona con los pies extendidos y cubierto por una sábana. El silencio reinaba en el ambiente. Ibrahim repetía continuamente: «¡Yavad! ¡Yavad!».

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, al verlo otros combatientes empezaron a llorar y se lamentaban diciendo: «¡Yavad! ¡Yavad!».

Todos se dirigieron hacia el asiento trasero del vehículo. De repente, mientras se lamentaban y lloraban, Yavad se levantó del asiento y se sentó, mirando a su alrededor preguntó asustado: «¿Qué ha pasado? Qué pasa?».

Los combatientes con los ojos llorosos y enojados miraban hacia todas las direcciones buscando a Ibrahim, pero él ya se había ido de ahí y entrado al edificio.



La pistola

Narrado por Amir Monyer

Estábamos en los últimos días del año 1360, preparamos todos los pertrechos y provisiones necesarias para marcharnos hacia el sur. La comandancia general de la guerra planeaba una gran operación en Juzestán, por lo que la mayoría de las tropas de los Guardianes de la Revolución y los *basīŷ*, se habían trasladado a esa región.

El Grupo Mártir Andarzgu acompañando a los Guardianes de la Revolución de Guilan-e Gharb también se preparó para partir. En esos días los Guardianes de la Revolución de Kermanshah avisaron que Ibrahim Hadí había tomado una pistola Colt, y no la había entregado.

Ibrahim alegó que no tenía ninguna pistola, pero fue inútil. Yo le dije que tal vez había tomado la pistola y olvidado entregarla. Pensó un poco y me dijo: «¡Claro que la tomé pero se la di a Muhammad y le pedí que la entregase por mí!»

Fue cuando entendió que el arma aún debía estar en manos de Muhammad.

Vinimos a Teherán, con dirección en mano buscamos la casa de Muhammad, dimos con el lugar pero una persona nos dijo que ya no vivía ahí y que había regresado a Kuhpayeh, su ciudad natal, que está en el camino de Isfahán a Yazd. Ibrahim necesitaba realmente encontrarlo, pues debía resolver el asunto del arma, por lo que me pidió que lo acompañase a Kuhpayeh.

A la noche partimos hacia Isfahán, y desde ahí salimos hacia Kuhpayeh, llegamos muy de mañana, hacía frío, le dije a Ibrahim:

— ¿Y ahora? ¿A dónde vamos?

— ¡Dios mismo nos mostrará el camino! — Me respondió.

Nos adentramos, fuimos a varios lugares. Una anciana que estaba por entrar a su casa se nos quedó viendo y notó que éramos foráneos. Ibrahim la saludó.

La anciana le respondió amablemente, y preguntó:

— ¿Buscan a alguien?

— Madre, ¿conoce usted a un tal Muhammad Kuhpayí?

— ¿Muhammad qué?

— Un joven que recién ha vuelto del frente de guerra, tiene casi 20 años.

— ¡Venid aquí! — Dijo sonriendo, y después entró a su casa. Ibrahim me pidió que estacionase el automóvil.

Nos invitó a pasar y nos preparó un desayuno completo. Nos preguntó:

— ¿Vosotros sois soldados del Islam? — Y asumiendo que nuestra respuesta era afirmativa, nos dijo: — Debéis

manteneros muy fuertes, entonces comed sin ninguna pena. — Después agregó: — El «Muhammad» que buscáis es mi nieto y vive en esta casa conmigo, pero no está… ha ido a la ciudad y volverá hasta la noche.

Ibrahim le dijo:

— Madre, perdone pero su nieto ha hecho algo que nos ha obligado a venir a buscarlo desde el frente de guerra hasta aquí.

— ¿Qué ha hecho?

— Le di una pistola que me había sido asignada para que la entregase por mí, y en vez de ello se la quedó. Ahora me la están pidiendo y bueno, debo lógicamente entregarla.

La anciana lamentó mucho la actitud de su nieto, e Ibrahim la calmó. Entonces, ella se levantó y nos dijo:

— ¡Venid conmigo! — La seguimos, entramos a una habitación, y nos explicó: — Todas las cosas de Muhammad están en este armario. Ahora, no se preocupen abran el candado como sea.

— Madre, no podemos ver sus cosas sin permiso. ¡Eso no está bien! — Dijo Ibrahim, a lo que la anciana replicó:

— Si pudiese, yo misma lo abriría.

Salió de la habitación y luego de unos minutos regresó con un destornillador, con el cual yo pude abrir el armario.

¡La pistola estaba ahí envuelta en una camisa blanca! La sacamos y salimos de la habitación.

Cuando nos estábamos despidiendo, Ibrahim le preguntó:

— ¿Cómo ha sido posible que haya confiado tan fácilmente en nuestras palabras?

— Los soldados del Islam no mienten. — Respondió y agregó: — Con ese rostro luminoso que tenéis no podíais estarme mintiendo.

Nos marchamos y nos incorporamos a la carretera que conduce a Isfahán, en el trayecto vi un cuartel de artillería del Ejército, y le dije a Ibrahim:

— Recuerdas en Sarpol-e Zahab a un señor que nos ayudaba mucho en las operaciones y era comandante de artillería.

— ¿Te refieres al Sr. Maddah?

— ¡Sí, ese mismo! Oí que ahora es comandante de artillería de Isfahán, es posible que esté en este cuartel.

— ¡Bueno, vamos a averiguarlo! — Me dijo Ibrahim entusiasmado, nos estacionamos frente al cuartel. Ibrahim bajó del auto y se acercó a un guardia de seguridad; le dijo:

— *¡As-salamu 'alaykum!*! Disculpe, ¿se encuentra el Sr. Maddah?

El guardia de seguridad miró de pies a cabeza a Ibrahim que vestía una camisa de talla muy grande y —por supuesto— pantalones kurdos. Me imagino que se habrá preguntado cómo un hombre tan simple quería hablar con el comandante del cuartel.

Fue cuando me acerqué y le dije:

— Hermano, nosotros somos amigos del Sr. Maddah, venimos del frente de guerra y queremos hablar con él, si fuese posible

El guardia se comunicó, y proporcionó nuestros datos. Unos minutos más tarde vinieron dos jeeps, en uno de ellos venía el coronel Maddah, apenas nos vio nos abrazó e insistió en que pasásemos a su despacho.

Después nos llevó a la sala de reuniones, ahí lo esperaban 20 comandantes.

El Sr. Maddah iba a dirigir la reunión, trajeron dos sillas para que nos sentásemos y participásemos. El comandante comenzó a hablar:

«Amigos todos vosotros me conocéis, ya sea desde antes de la Revolución en la "Guerra de los 9 días", o ya sea desde el primer año de la "guerra impuesta", me han dado medallas de héroe y ascendido de grado.

Mi grupo de artilleros ha llevado a cabo de forma perfecta las más difíciles misiones, en todas las operaciones se tuvo éxito. He aprobado los cursos militares más difíciles y más importantes dentro y fuera del país.

Pero han habido personas de las que he aprendido mucho y que me han hecho cuestionarme muchas cosas, por ejemplo: Según los cánones bélicos si se quiere atacar al enemigo que tiene cien soldados, vosotros debéis tener 300, vuestras municiones tienen que ser más que las de ellos, y así sucesivamente».

El comandante hizo una pausa y luego continuó:

«Este Sr. Hadí y sus amigos hacían cosas realmente asombrosas. En una operación con menos de cien elementos realizaron una ofensiva contra el enemigo que contaba con muchos más efectivos, los cuales o morían o eran hechos prisioneros. Yo después los reforzaba.

Recuerdo que una vez querían atacar la región de Bazi Deraz, cuando vi y analicé el potencial tanto de nuestras fuerzas como las del enemigo, le dije a un compañero que de esa forma seguramente les esperaba la derrota.

Pero para mi sorpresa, en la operación además de tomar posesión de las posiciones del enemigo, hicieron prisioneros a muchos de sus efectivos».

Uno de los jóvenes oficiales dijo:

— Sr. Hadí, explíquenos por favor cómo llevó a cabo dicha operación, para que podamos tomar nota.

Ibrahim lo miró y le respondió:

— ¡No hermano, nosotros no hicimos gran cosa, todo lo que ocurrió fue obra de Dios!

El Sr. Maddah dijo:

«Lo que él y sus amigos nos enseñaron era que las armas y la cantidad de efectivos no son claves, sino que en una guerra lo que cuenta es la espiritualidad de las tropas. Esas tropas al decir al unísono *«¡Al.lahu Akbar!»*, infundían mucho temor en el corazón del enemigo lo cual tenía más efecto que cientos de tanques y armas.

Ellos tenían un amigo de baja estatura, pero con una gran fuerza y espíritu valiente, el cual lo hacía más grande que cualquier otro. Se llamaba Asghar Vesalí.

En los primeros días de la guerra enfrentó a las tropas del enemigo que penetraban nuestro territorio y logró detenerlas, pero fue martirizado.

Yo aprendí de estos combatientes *basīŷ* el verdadero significado de la aleya:

«*Si hubiera entre vosotros veinte hombres pacientes y contenidos, vencerán a doscientos*».[31]

[31] Corán 8:65.

Una hora después salimos de la reunión disculpándonos y despidiéndonos de todos. Partimos hacia a Teherán. En el camino pensaba sobre todo lo sucedido.

Ibrahim entregó la pistola, explicó lo sucedido. Nos incorporamos al Grupo Mártir Andarzgu y emprendimos la marcha hacia Juzestán, en el sur del país.

Nuestra estancia de casi 14 meses en Guilan-e Gharb había finalizado, llevábamos un bagaje de recuerdos agridulces.

Había sido un periodo en el que vivimos grandes hazañas, en el que tres brigadas mecanizadas del ejército iraquí no pudieron hacer nada contra nuestros pequeños grupos de combatientes *basīŷ*.

Fath al-Mobín

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Ya estando en Juzestán fuimos a la ciudad de Shush para visitar la tumba del Profeta Daniel (P).

Ahí nos enteramos de que todos los *basīŷ* se preparaban para llevar a cabo una gran operación y habían sido organizados en batallones y brigadas.

Mientras realizábamos la peregrinación nos encontramos al hach Alí Fazlí. Cuando nos vio nos saludó muy contento y fue él quien nos dio la noticia. Posteriormente nos llevó a la Brigada al-Mahdi (P), donde estaban algunos batallones de los *basīŷ* y del Ejército.

El hach Husein también dividió el Grupo Mártir Andarzgu en batallones, y muchos de sus efectivos estaban encargados

de recolectar y administrar la información sobre los diferentes batallones que participarían en la operación.

Reza Gudiní, Yavad Afrasiabí e Ibrahim estaban en distintos batallones. El trabajo de preparación de las fuerzas se realizó muy rápido, los responsables de inteligencia de los Guardianes de la Revolución habían trabajado durante muchos meses preparando esta operación.

Todas las regiones estaban bajo el control del enemigo. Se realizó un reconocimiento para ubicar los campamentos de los batallones y brigadas del ejército iraquí. El 1 de *farvardīn* de 1361 comenzó la Operación Fath al-Mobín con el código sagrado «¡Oh Zahra (P)!».

Por la tarde, los Guardianes de la Revolución llevaron a los comandantes a la zona de operaciones. Ahí explicaron detalles sobre la región y la manera en que se procedería. Una de las etapas más difíciles le fue asignada a los batallones de la Brigada al-Mahdi (P).

Cerca de la puesta del sol, se incrementó el ritmo de trabajo de las fuerzas; después de las oraciones del ocaso y de la noche se emprendió la marcha.

En ningún momento me separé de Ibrahim, finalmente nuestro batallón partió, pero él y yo nos atrasamos un poco. Era medianoche y aún no nos íbamos. Finalmente lo hicimos.

En la oscuridad llegamos al lugar donde los chicos del batallón se encontraban, para nuestra sorpresa estaban «descansando». Ibrahim les preguntó: «¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Por qué no estáis atacando al enemigo?».

Le dijeron que solo estaban siguiendo las órdenes del comandante, fuimos con Ibrahim a verlo e Ibrahim le preguntó:

— ¿Por qué ha hecho que los combatientes se detengan en este valle? Va a amanecer y no hay donde refugiarse ni tampoco trincheras, vamos a quedar expuestos y ser presa fácil para el enemigo.

— Estamos frente a un campo minado y no tenemos voluntarios para atravesarlo e intentar trazar la ubicación de las minas. — Explicó el comandante, y agregó: — Entonces nos comunicamos con el cuartel de operaciones y pedimos que viniese un experto en desminado. Nos dijeron que enviarían uno de inmediato, así que está en camino.

— ¡No podemos esperar! — Dijo Ibrahim, y fue hasta el lugar donde descansaban los combatientes y dijo en voz alta: — ¡Necesito algunos voluntarios! ¡Quienes de vosotros os sintáis listos para morir venid conmigo!

Varios combatientes lo siguieron, Ibrahim entró en el campo minado, pisaba firme con el pie derecho luego posaba el izquierdo en otro lugar de modo que avanzaba, el resto de voluntarios hacía lo mismo.

Mirábamos asombrados a Ibrahim y los demás. Yo sentía que en cualquier momento explotaría una mina, la aflicción no me dejaba respirar.

Yo estaba pálido, sabía que mi amigo Ibrahim de un momento a otro caería martirizado. ¡Eran momentos muy difíciles para todos! Pero, gracias a Dios lograron pasar, y se comprobó que ese camino estaba libre de minas.

Esa noche después de pasar ese campo, atacamos las trincheras y posiciones del enemigo, tomando control de la zona, sin embargo no avanzamos más allá.

Cerca del amanecer Ibrahim fue herido en su costado y unos combatientes lo llevaron rápidamente hacia la retaguardia.

A la mañana querían trasladarlo en avión a una de las ciudades, pero él insistió en quedarse y se bajó del avión. Finalmente vendaron y suturaron su herida y volvió de inmediato al frente de guerra.

En la primera noche de la ofensiva fueron heridos el comandante del batallón y varios de sus asesores. Alí Movahhed fue elegido como nuevo comandante.

Ese día se realizó una reunión en la que participaron varios comandantes —entre ellos Mohsen Vezvayí— para discutir los planes de la siguiente operación cuyo objetivo principal era apoderarse de la artillería pesada del enemigo y cruzar el puente Refayeh. Hace mucho tiempo que el personal de inteligencia del Ejército trabajaba en esta operación; la victoria final dependía del éxito de las etapas posteriores.

A la noche siguiente se reanudó el desplazamiento de las tropas, El grupo para remover y destruir minas iba en la vanguardia con otras fuerzas. Atrás de ellos venían Alí Movahhed, Ibrahim y el resto de tropas.

¡No importaba cuánto avanzásemos, no llegábamos a los terraplenes y posiciones de artillería del enemigo! Después de seis kilómetros nos detuvimos en una zona del valle, estábamos muy cansados.

Alí Movahhed e Ibrahim fueron de un lado a otro tratando de localizar el lugar donde se encontraba la artillería del enemigo, pero no hallaron señales de ella. ¡Estábamos perdidos en el valle entre las posiciones del enemigo!

Pese a ello, reinaba entre los combatientes una tranquilidad sorprendente, de modo que casi todos se quedaron dormidos durante media hora.

Después de mucho tiempo, en una entrevista con la revista «Mensaje del Islam», edición *farvardīn* de 1361, Ibrahim

declaró: «Aquella noche en el valle, dondequiera que fuésemos no encontramos nada más que desierto. Por eso, en ese lugar nos prosternamos y nos quedamos así durante un buen tiempo. Le juramos a Dios en nombre de hazrat Fátima az-Zahra y los Imames infalibles. Estábamos en aquel desierto y solo llamábamos al Imam Mahdi (que Dios apresure su llegada), le pedíamos ayuda. Especialmente, porque no sabíamos qué hacer, así que lo único que se nos ocurría era pedir la intercesión del Imam Mahdi (P)».

***

Nadie entendió lo qué sucedió esa noche con aquella prosternación prolongada, ¿qué le decían los combatientes a Dios? Pero después de algunos minutos, Ibrahim fue al flanco derecho de las tropas que descansaban en medio del valle.

Después de caminar alrededor de un kilómetro llegó a un gran terraplén. Cuando miró detrás del terraplén, vio muchos cañones y armas pesadas.

Las fuerzas iraquíes estaban descansando tranquilamente, solo se veían unos cuantos guardias alrededor. Ibrahim volvió rápidamente.

Le contó a Alí Movahhed lo que había visto. Trajeron las fuerzas a la parte posterior del terraplén. En el trayecto se les dijo a los combatientes que mientras no se diese la orden nadie fuese a disparar y que durante el combate era importante la toma de prisioneros.

El Batallón Habib bajo el mando de Mohsen Vezvayí emprendió el ataque.

Esa noche nuestros combatientes se apoderaron de la artillería iraquí, no por la intensidad del ataque, sino por la

gran cantidad veces que gritaron *«¡Al.lahu Akbar!»* y «¡Oh Fátima az-Zahra!».

Asimismo, pudieron tomar muchos prisioneros. Esta operación fue un golpe mortal para el ejército de Irak en Juzestán. Después de este triunfo los chicos inmediatamente viraron los cañones hacia Irak, pero como no había ya nadie no los utilizaron.

Así se tomó la artillería, luego comenzamos a limpiar de minas los alrededores. Unos minutos después vi que Ibrahim traía a un oficial iraquí como prisionero.

Se lo entregó a los chicos del batallón. Le pregunté:

— Ibrahim, ¿quién es el prisionero?

— Andaba caminando por los alrededores de la base y de repente se me acercó. ¡Pobrecito, no sabía que toda esta zona ya estaba bajo nuestro control! — Me respondió y luego continuó: — Le dije que lo tomaría como prisionero, así que aunque no tenía armas me atacó, por ende luché con él hasta derribarlo y neutralizarlo. Le até las manos y lo traje.

Todos hicimos la oración del alba alrededor de la artillería. Con la llegada de los refuerzos continuamos nuestra marcha en el desierto, pues todavía quedaban algunas posiciones del enemigo.

De súbito aparecieron dos tanques iraquíes que venían en nuestra dirección, pero al divisarnos cambiaron el rumbo y huyeron. Ibrahim empezó a perseguirlos, corría a gran velocidad, saltó y se subió a uno de ellos, abrió la escotilla de la torreta y dijo algo en árabe. El tanque se detuvo y sus tripulantes se bajaron y entregaron.

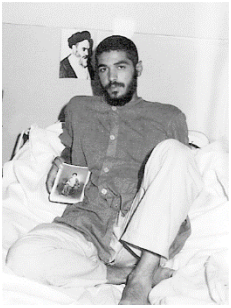
Todavía no había amanecido, las tropas se formaron nuevamente y marchamos hacia el frente. Mientras caminábamos le dije a Ibrahim:

— Te fijaste que atacamos desde atrás la artillería del enemigo.

— ¿Cómo? — Preguntó sorprendido.

— El enemigo estaba esperando que nosotros los atacásemos por el frente, pero Dios hizo que nos perdiésemos y viniésemos por la parte de atrás de la base de la artillería. ¡Por eso fue que tuvimos tanto éxito, tomamos prisioneros y nos apoderamos del armamento! — Hice una pausa, y continué: — Una parte de las tropas del enemigo estaba totalmente preparada, por lo que descansaban tranquilamente. ¡Fue en ese momento que atacamos!

Reunimos a los prisioneros iraquíes y los enviamos a la retaguardia junto con algunos combatientes. Después avanzamos con el resto de las tropas para terminar la última etapa de la ofensiva.



Herido

Narrado por Morteza Parsayán y Alí Moqaddam

Todos los batallones avanzaron, nosotros debíamos atravesar los obstáculos y trincheras que encontrábamos, pero a medida que aclaraba nuestro trabajo se volvía más difícil.

Una parte era sobre todo muy complicada, era la zona cercana al puente Refayeh en la que había una trinchera desde donde un iraquí disparaba con una ametralladora muy potente, impidiéndonos avanzar. Nuestros intentos por neutralizarlo, resultaban inútiles.

Llamé a Ibrahim y le mostré el punto donde estaba instalado el tirador. Observó detenidamente y me dijo que la solución era acercarse y arrojar una granada a la trinchera. Después, me pidió dos granadas, se lanzó al suelo y empezó a avanzar arrastrándose hacia la trinchera.

Yo me fui detrás de él, me refugié en una de las trincheras; Ibrahim siguió avanzando. Lo observaba con nerviosismo, llegó a una trinchera desde donde podía ver muy bien al tirador, pero sucedió algo inesperado. En esa trinchera había un combatiente bastante joven de los *basīŷ,* muy afectado por el estrés de la guerra. Apuntó su rifle Kalashnikov contra el pecho de Ibrahim y le gritaba: ¡Te voy a matar iraquí!

Ibrahim levantó sus manos, no decía nada. A todos los que mirábamos la escena desde lejos se nos cortó la respiración. ¡No sabíamos qué hacer! Mientras tanto, el iraquí no dejaba de disparar.

Llegué arrastrándome —muy despacio— hasta la trinchera. Le rogaba a Dios que nos ayudase; le decía que en la noche no habíamos tenido mayores problemas pero que ahora no sabíamos qué hacer.

De repente Ibrahim le dio una bofetada al jovencito, le quitó el arma y lo abrazó. El joven reaccionó y se dio cuenta que Ibrahim no era un iraquí. Empezó a llorar. Ibrahim me llamó y me entregó al joven combatiente, diciéndome: «Es la primera vez que abofeteo a alguien; era necesario».

Después avanzó hacia su objetivo, y cuando estuvo en una buena posición arrojó la primera granada, pero no consiguió neutralizar al tirador. Entonces, salió de la trinchera y empezó a correr hacia donde estaba el iraquí y sin detenerse lanzó la segunda, y logró su cometido. Todos nuestros combatientes que seguían contemplando la escena gritaron *«¡Al.lahu Akbar!»*. Se levantaron y vinieron hacia donde estábamos. ¡Yo estaba feliz y me les quedé viendo a todos!

De repente uno de los combatientes me hizo una señal, me di la vuelta y miré… ¡Me puse muy pálido y mi felicidad se esfumó!

Vi a Ibrahim en el suelo ensangrentado, dejé caer mi arma y corrí hacia él.

En el mismo momento de la explosión de la segunda granada, recibió un disparo en la mejilla que le atravesó la boca y otro en la parte trasera de su pie. Ya casi perdía el conocimiento, grité: ¡Ibrahim!

Con la colaboración de uno de los combatientes llevé a Ibrahim y a otros heridos a la unidad de atención médica militar en Dezful.

Ibrahim había participado en la última etapa de la operación, y en el momento de apoderarnos de las últimas trincheras del enemigo, había sido herido.

En el trayecto, yo no podía contener el llanto, no me sentía bien. Le pedía a Dios que no le fuese a pasar nada a Ibrahim. Estaba preocupado porque en la primera noche de la operación ya había perdido mucha sangre, y no sabía si resistiría a esta herida.

El médico de Dezful dijo que la bala que impactó el rostro de Ibrahim había atravesado de forma milagrosa su cuello sin causarle un daño grave, sin embargo la que hirió su pie «trituró» su talón, lo que le impedirá moverse como antes. Además tenía otra herida que le había abierto un costado del cuerpo —a la altura de las costillas— y sangraba mucho. Debido a eso Ibrahim debía ser trasladado cuanto antes a Teherán.

Ibrahim estuvo durante un mes completo en el Hospital Naymieh de Teherán, le realizaron varias cirugías, y le extrajeron algunas esquirlas de bala.

En una entrevista que le hicieron en el hospital, Ibrahim le dijo al periodista: «Aunque los combatientes padecieron durante varios meses en la preparación de la Operación Fath al-Mobín realizando diversas actividades como investigaciones, reconocimientos, etc., realmente debido a la ayuda de Dios no llegamos a hacer propiamente una operación sino apenas una marcha o manifestación en la cual nuestra consigna fue "¡Oh Fátima az-Zahra!". Entonces todo lo que obtuvimos fue por medio de ella.

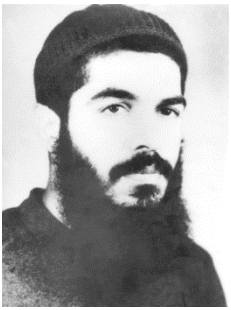
Mientras íbamos de un lado al otro en el desierto todos estaban fatigados, yo me prosterné en el suelo y pedí la intercesión del Imam Mahdi, el Imam de la Época (que Dios apresure su aparición). Le imploré que nos mostrase el

camino, cuando me levanté los chicos tenían una tranquilidad asombrosa. La mayoría había dormido, disfrutado de la brisa fresca.

Caminé sintiendo esa brisa, no había avanzado tanto cuando llegué a las trincheras que estaban alrededor de la base de la artillería».

Al final cuando el periodista le preguntó si quería enviarle un mensaje a la gente, Ibrahim manifestó: «Nosotros estamos avergonzados ante este pueblo que se priva de parte de sus alimentos para enviarlos al frente de guerra, para nosotros los combatientes. Mi cuerpo debe ser despedazado hasta saldar esa deuda que tengo con la gente!».

Debido a que la bala le había deshecho el hueso del pie, Ibrahim no podía moverse como antes, al salir del hospital fue trasladado a su casa y estuvo alrededor de 6 meses lejos del frente de guerra. Pero durante ese tiempo no desatendió las actividades sociales ni religiosas con los jóvenes de la mezquita y de su barrio.



Entonando himnos sobre Ahl ul-Bayt (P)

Narrado por Amir Monyer y Yavad Shirazí

Durante la secundaria, Ibrahim y sus compañeros fundaron la Hey'at de Jóvenes de la Unidad Islámica, esto propició una más estrecha amistad y buenas obras entre ellos.

Muchas veces aconsejaba a sus amigos que para cuidar el espíritu religioso era necesario organizar *hey'at* que llevasen las enseñanzas islámicas a la práctica, y no sirviesen solo para pasar el rato.

Uno de sus amigos contaba: «Años después del martirio de Ibrahim yo estaba a cargo del área cultural de una mezquita de Teherán; un día me puse a reflexionar de qué forma poder llevar a cabo mi trabajo de la mejor manera.

Esa noche vi en sueños a Ibrahim, me dijo que reuniese a todos los chicos de la mezquita y que organizase una *hey'at* para involucrar a los chicos de las mezquitas en las actividades culturales y religiosas. Posteriormente, Ibrahim me explicó incluso la manera de llevar a cabo todo eso.

Hice lo que me aconsejó. Al principio no estaba seguro si tendría éxito, pero con el paso de los años aún continuo el trabajo de las reuniones semanales de las *hey'at* con los chicos».

Ibrahim primero atraía a los jóvenes a las instalaciones deportivas, después los llevaba a las mezquitas y *hey'at*. ¡Ese era el método que utilizaba! Él solía decir: «Cuando dejas a

los chicos en manos del Imam Husein (P), ya no hay que preocuparse por nada, pues el mismo Imam (P) les ayudará y nos ayudará».

Ibrahim empezó a entonar himnos sobre Ahl ul-Bayt (P) en la época de secundaria. Cada semana lo hacía en la Hey'at de Jóvenes de la Unidad Islámica, acompañando al mártir Abdallah Mesgar.

Fue algo más que una simple *hey'at* porque tuvo una gran influencia doctrinal e incluso política en aquellos jóvenes.

Las actividades de esta *hey'at* incluían la invitación a grandes sabios religiosos como al.lamah Muhammad Taqí Ya'farí, el clérigo hach Nayafí y personalidades de la política, para que hablasen sobre diversos tópicos.

Es por ello que los agentes de la SAVAK tenían en la mira a esta *hey'at*, impidiendo algunas veces sus reuniones.

En esta misma *hey'at* fue que Ibrahim comenzó a entonar himnos sobre Ahl ul-Bayt (P).

En la época en que practicaba el deporte antiguo —antes y después de la Revolución— ya había desarrollado este talento. Él siempre decía: «Yo no entono himnos sobre Ahl ul-Bayt (P) para mostrarme ante los demás. ¡Lo hago solo por Dios!».

***

Un día, Ibrahim estaba sentado en la motocicleta cuando empezó —de manera muy hermosa y fervorosa— a entonar himnos sobre hazrat Fátima az-Zahra (P).

Le dije que me gustaría que entonase de la misma manera esos himnos en la *hey'at*, pero no aceptó, y me respondió: «Hay otros que pueden hacerlo, además mi voz no es mejor que la de ellos».

Yo aprendí de él que cualquier cosa que se haga por otro motivo que no sea el de agradar a Dios, no dura mucho. Ibrahim no necesitaba micrófono, altavoces ni efectos de sonido para entonar himnos sobre Ahl ul-Bayt (P), solo su voz.

Cuando participaba en las reuniones de golpes de pecho ceremoniales, lo hacía muy fervientemente, y solía decir: «Los miembros de Ahl ul-Bayt (P) dieron sus vidas por el Islam, nosotros debemos realizar muy bien esta ceremonia».

Siempre entonaba himnos sobre Ahl ul-Bayt (P), no importando si estaba en una boda o en una ceremonia de luto, es decir, en cualquier lugar donde sentía que era su obligación. Sin embargo, cuando veía que había otras personas que podían hacerlo, les pedía que ellas mismas lo hiciesen. Siempre intentaba aprender de los demás.

Ibrahim era la manifestación de estas palabras del Imam Rida (P):

«Quienquiera que llore por nuestros infortunios y haga que otros lloren, aunque sea una sola persona, obtendrá la recompensa de Dios; y si los ojos de una persona se llenan de lágrimas llorando por nuestros infortunios, Dios la levantará con nosotros».[32]

En las ceremonias del Imam Husein (P) alcanzaba un estado espiritual asombroso, que contagiaba a los demás que lo veían.

¡Para Ibrahim todo lugar en el que estaba era Kerbala y lo hacía sentir así! Su llanto y lamentaciones emocionaban mucho a los demás. Por ejemplo, una vez en el arbaín de 1361, Ibrahim estaba entonando himnos sobre hazrat Zainab

[32] *Mustadrak al-Wasā'il,* t. 1, pág. 386.

(P) en la Hey'at de Amadores del Imam Husein (P), cuando de repente entró un estado asombroso y terminó desmayándose.

Sus amigos y compañeros no olvidamos ese día. Nunca hemos vuelto a ver algo así. Esa reunión sufrió una transformación gracias a Ibrahim. Él, también tenía opiniones interesantes sobre los himnos, decía: «La persona que se dedica a entonar himnos religiosos debe tener mucho cuidado de mantenerse dentro de los cánones porque no se puede decir cualquier cosa, pues hay que conservar el respeto a Ahl ul-Bayt (P). Así que quien no está preparado, es mejor que se abstenga de ello».

Ibrahim nunca se consideró a sí mismo como un «profesional de los himnos religiosos», pero cuando se dedicaba a ello, lograba tener un efecto extraño en su audiencia.

Otra de sus características era que siempre recordaba a los mártires y les dedicaba algunos de los himnos religiosos que preparaba especialmente para ellos, entre estos se destacaban dos en honor a los mártires Asghar Vesalí y Alí Qorbaní.

***

Era la noche de Tasu'a, en la mezquita se realizó una ceremonia esplendorosa de luto. Al inicio, Ibrahim se daba golpes fuertes en el pecho, después de un rato lo perdí de vista. Cuando lo volví a ver, estaba parado en un rincón muy oscuro dándose golpes suaves en el pecho.

La ceremonia se prolongó hasta la medianoche. En el momento de cenar todos querían sentarse cerca de Ibrahim. Le expresé mi complacencia por todos los detalles de la ceremonia. Ibrahim me miró atentamente, y después se les quedó viendo a los chicos, y dijo: «¡Conservad vuestro amor…, por vosotros mismos!».

Cuando vio nuestros gestos de sorpresa, continuó: «La gente ha venido a esta ceremonia en honor a hazrat Abul-Fazl Abbás para ahuyentar las desgracias por un año. Cuando las ceremonias se prolongan, la gente se cansa. Debéis hacerlas más breves, entregar la cena y después que hayáis comido si queréis continuar podéis quedaros todo el tiempo que queráis mostrando vuestro amor. No dejéis que la gente se canse en las ceremonias de Ahl ul-Bayt».

Reuniones para hazrat az-Zahra (P)

Narrado por algunos amigos del mártir

Había ido a una reunión del Grupo Maŷma' al-Zakerín en la Mezquita Hach Abolfath, donde se había reunido una gran cantidad de personas que se dedicaban a entonar himnos sobre Ahl ul-Bayt (P). En el transcurso de la reunión, estos hicieron gala de su talento y sus composiciones ensalzaban las virtudes de hazrat az-Zahra (P).

Ibrahim escuchaba encantado y trataba de copiar en un cuaderno aquellas hermosas palabras sobre la hija del Profeta (PB). Ya casi al final, hach Alí Ensaní comenzó a pronunciar un sermón.

Al escucharlo, Ibrahim se ensimismó, casi involuntariamente cerró su cuaderno y comenzó a llorar en voz alta. Al verlo, me sorprendí.

Cuando terminó la ceremonia, salimos y en el camino me dijo: «Cuando se asiste a una ceremonia en honor a hazrat az-Zahra (P), hay que sentir su presencia, pues la reunión es de ella».

***

Una noche fuimos por insistencia mía a una conmemoración del natalicio de Fátima az-Zahra (P), pensé que Ibrahim se alegraría mucho porque es muy devoto de ella.

La persona que entonaba himnos sobre hazrat az-Zahra (P) decía frases inadecuadas, a la mitad de la reunión Ibrahim me hizo una señal y los dos salimos de la reunión. En el trayecto le dije: «Creo que estás molesto, ¿verdad?

Ibrahim se me quedó viendo y gesticulando nerviosamente me dijo: «En ceremonias como esa no encuentras a Dios. Siempre debes ir a lugares donde se hable adecuadamente de Dios y de Ahl ul-Bayt (P)».

¡Me lo repitió varias veces! Después cuando leí la opinión de los sabios religiosos sobre estas reuniones y la necesidad de la unidad de los musulmanes, comprobé que tan acertado estaba Ibrahim al respecto.

Cuando Ibrahim fue herido en la Operación Fath al-Mobín, lo llevamos rápidamente a la unidad de atención médica militar en Dezful, nos dijeron a qué sala debíamos llevarlo.

Cuando llegamos el lugar estaba lleno, había muchísimos heridos que se quejaban fuertemente por los dolores, nadie podía estar tranquilo, finalmente encontramos un rincón y lo acostamos en el suelo.

Los enfermeros le vendaron el cuello y el pie a Ibrahim, todos estábamos muy nerviosos pues los gritos de los heridos eran muchos y tan fuertes.

De repente, Ibrahim comenzó a entonar himnos sobre hazrat az-Zahra (P), cuyo nombre era también el código sagrado de la operación. Por algunos minutos un silencio asombroso envolvió aquella sala. ¡Ningún herido se lamentaba, parece que todo estaba finalmente en orden!

Adondequiera que dirigiese mi mirada solo encontraba paz y calma, los ojos de los heridos y de los enfermeros estaban llenos de lágrimas, todos estaban tranquilos.

Cuando Ibrahim se calló, la más vieja de las médicas —que no usaba la indumentaria islámica de forma adecuada— se acercó, se había emocionado mucho por los himnos religiosos. Le dijo en voz baja a Ibrahim: «Tú eres como un hijo para mí, yo doy mi vida por vosotros los jóvenes combatientes».

Después se sentó y besó la cabeza de Ibrahim. La expresión del rostro de Ibrahim fue tan graciosa, incluso las orejas se le pusieron rojas. Luego, de lo avergonzado que se sentía se cubrió el rostro con una sábana.

Ibrahim después de encomendarse a Dios, siempre decía: «La intercesión de los infalibles, especialmente la de Fátima az-Zahra (P) resuelve cualquier problema».

***

Habíamos ido a visitar a Ibrahim en el Hospital Naymieh. Estábamos todos sentados. Ibrahim pidió permiso para entonar himnos sobre hazrat az-Zahra (P), cuando empezó a hacerlo, dos médicos lo observaban a cierta distancia. Me preocupé y les pregunté si sucedía algo, me respondieron: «No es nada… Nosotros veníamos en el avión con él… continuamente se desmayaba y luego recuperaba el conocimiento y con una voz hermosa entonaba himnos sobre hazrat az-Zahra (P)».

Verano del '61

Narrado por Morteza Parsayán

En el verano de 1361 Ibrahim estaba en Teherán debido a sus heridas, y por ello se ocupaba de asuntos educativos.

Además, participó en diversos cursos complementarios del Ejército y realizó varias actividades culturales en ese corto periodo.

***

Caminaba usando una muleta; subía y bajaba los escalones del Departamento de Educación. Se acercó a mí, lo saludé cordialmente. Le dije:

— ¿Qué sucede Ibrahim? Si necesitas algo solo dime que yo te ayudo, primero Dios.

— Necesito algo, pero yo mismo debo hacerlo. — Me respondió, luego entró a otra oficina, y cuándo salió, le pregunté:

— ¿Qué formulario es este? ¿Por qué estás molesto?

— Hay una persona que se ha desempeñado dos años como maestro, pero todavía no ha sido formalmente contratada, entonces he venido a ver si puedo hacerle los trámites.

— ¿Es alguno de los combatientes?

— ¡No! Pero me pidió que le ayudase, y he venido para ver qué puedo hacer por él. — Hizo una pausa y luego continuó: — Uno siempre debe ayudar en lo que pueda a la gente,

especialmente a estas buenas personas que son verdaderos siervos de Dios. Cualquier cosa que uno pueda hacer por ellos, hay que hacerla. ¿Acaso no has escuchado que el imam Jomeini dijo: «La gente es protectora de nuestras mercedes»?

***

Toda la gente del barrio sabía quién era Ibrahim Hadí. Todos quedaban encantados con él cuando lo conocían.

Su casa siempre estaba llena de amigos. Cuando los combatientes venían desde el frente de guerra a Teherán, antes de ir a sus propias casas visitaban a Ibrahim.

Una mañana, el guía de la oración colectiva de la Mezquita Mohammadiyeh (Shohadá) no pudo llegar. La gente le insistió a Ibrahim que dirigiese la oración. Él aceptó.

Cuando el guía de la oración colectiva de la mezquita supo lo acontecido se puso muy contento, y dijo: «Si yo hubiese estado ahí en ese momento, habría también rezado orgulloso detrás del Sr. Hadí»

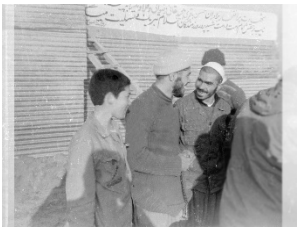
***

Vi a Ibrahim en la calle, caminaba usando una muleta. Vi que un par de veces levantó su vista hacia el cielo, y luego bajó la cabeza. Me pareció extraño, así que me acerqué y le pregunté:

— ¿Sucede algo?

No me respondió, entonces insistí, y me dijo:

— Todos los días hasta esta hora por lo menos una persona ha venido a verme y pedido que le ayude a resolver algún problema, pero hoy nadie me ha buscado, tengo miedo que haya cometido algún error y que Dios me quite la bendición de servirle a los demás.



Su manera de enseñar

Narrado por Yavad Maylesirad y Mahdi Hasan Qomí

Nuestra casa estaba cerca de la de don Ibrahim, en esa época yo tenía 16 años. Los chicos del vecindario jugábamos voleibol todos los días en la calle. Al terminar subía a la terraza y me entretenía con las palomas.

En esa época tenía 170 palomas, cuando llegaba el momento de la oración y se escuchaba el *adhan*, mi hermano iba a la mezquita pero yo no tenía ese hábito.

Era de tarde y estábamos jugando voleibol, don Ibrahim estaba parado afuera de su casa, usaba muletas, nos miraba. En una de esas, el balón cayó cerca de él. Yo fui a traerlo, él lo tomó y lo hizo girar sobre un dedo y me dijo: «Aquí lo tienes, Yavad».

Me sorprendí de que supiese mi nombre, durante el resto del juego estuve pendiente de los movimientos de don Ibrahim. Me preguntaba cómo es que sabía mi nombre.

Unos días después estábamos jugando y nos preguntó:

—Compañeros, ¿me dejan jugar?

— Si usted así lo desea, adelante. — Le dijimos, y luego le preguntamos: ¿Conoce las reglas del juego?

— Si no las conozco bien, las aprenderé de vosotros.

Hizo la muleta a un lado, cojeaba, pero no le importó y empezó a jugar.

¡No tenía la menor idea de que jugase tan bien!

Aún estaba herido y se movía con mucha dificultad pero golpeaba con destreza el balón y sus saques eran muy buenos.

En la noche le dije a mi hermano:

— ¿Conoces a don Ibrahim? …oye, ¡juega voleibol muy bien!

Mi hermano empezó a reír y me dijo:

— Aún no lo conoces… Ibrahim fue campeón de voleibol en la secundaria, y también fue campeón de lucha.

— ¿Lo dices en serio? Entonces, ¿por qué no nos dijo nada?

— No tengo idea, pero quiero que sepas que es una gran persona.

Un par de días después estábamos jugando cuando don Ibrahim apareció, los dos equipos se lo disputaban. ¡Empezamos a jugar y fue impresionante!

Estábamos casi terminando el partido cuando se escuchó la llamada a la oración del mediodía. Don Ibrahim se detuvo, y nos dijo: «¡Vamos todos a la mezquita!».

Lo acompañamos e hicimos la oración en forma colectiva.

Pasaron algunos días y yo le había cogido un gran cariño a don Ibrahim, y empecé a ir asiduamente a la mezquita. Una vez nos invitó a almorzar y conversamos mucho con él. Desde ese día siempre lo buscaba.

Si lo dejaba de ver un día, me parecía mucho tiempo, me sentía intranquilo. Una vez fuimos con él a un *zurjaneh* para ver un espectáculo de deporte antiguo. Me encantó su forma de ser, su educación, atención hacia los demás. Posteriormente, nos llevó a la mezquita e hicimos la oración.

En los últimos días de su «reposo» para la cicatrización de sus heridas, no se aguantaba las ganas de volver al frente. Una noche, estábamos sentados afuera de la casa y me contó sobre la Operación Fath al-Mobín, me dijo que algunos de los combatientes eran chicos de trece y catorce años.

Así continuó hasta que llegó al quid de la cuestión, me dijo: «Estos chicos aunque eran menores y menos fuertes que tú, encomendándose a Dios han protagonizado grandes hazañas… Tú estás sentado aquí pero tus ojos están en otra parte, estás más pendiente de lo que hacen tus palomas...».

A la mañana siguiente, dejé todas las palomas y decidí ir al frente.

Han pasado tantos años. Ahora que tengo una especialización en ciencias de la educación, entiendo la manera —precisa y correcta— en qué don Ibrahim se autoeducaba y educaba a los demás.

Don Ibrahim ordenaba el bien y rechazaba el mal de forma hermosa, era un modelo para todos aquellos que querían ser especialistas en asuntos educacionales. Especialmente en aquel tiempo en que nadie teorizaba al respecto.

***

Era la tarde del 15 de *sha'bán*, venía con Ibrahim cuando llegamos al callejón de mi casa; estaba muy adornado por la fiesta. Los chicos de la zona se habían reunido, cuando nos acercamos vimos que estaban jugando a las cartas con dinero.

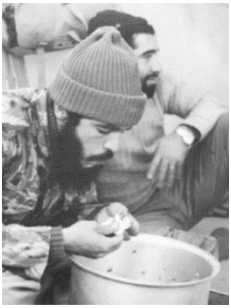
Al ver esto, Ibrahim se puso muy nervioso pero no dijo nada; por mi parte, les presenté a Ibrahim, y les dije: «Este es uno de mis amigos, es campeón de voleibol y lucha».

Los chicos lo saludaron y comenzaron a conversar con él, después de unos minutos se dio la vuelta y me entregó un

poco de dinero sin que los demás lo notasen y me mandó a comprar diez helados.

Esa noche entre charlas, helados y bromas, Ibrahim se hizo amigo de los chicos de mi barrio.

Al final de la reunión les dijo que jugar a las cartas era ilícito. Cuando salíamos del callejón, los chicos habían cambiado tanto que hasta rompieron las cartas y las arrojaron a la basura.



La actitud correcta

Narrado por algunos amigos del mártir

Pasábamos en motocicleta por el bulevar 17 de Shahrivar, Ibrahim conducía, yo iba atrás. De repente, otra motocicleta entró a gran velocidad y se nos atravesó, Ibrahim alcanzó a frenar, casi chocamos.

El joven motociclista que no tenía un aspecto muy ordenado dijo a gritos: «¿Qué os sucede?»

Se detuvo y se nos quedó viendo con furia. Todos los testigos sabían que él había sido el culpable. Yo quería que Ibrahim se bajase de la motocicleta y le diese su merecido, después de todo con la constitución física que tenía no le sería nada difícil.

Pero Ibrahim, hizo todo lo contrario, le sonrió y le dijo: «*¡As-salamu 'alaykum!*, ¿cómo está?».

El motociclista se quedó mudo por unos segundos, parece que no se esperaba una reacción como esa. Respondió: «*¡As-*

salamu 'alaykum!», y agregó: «Le pido disculpas, ¡qué vergüenza!».

Se marchó y nosotros también continuamos nuestro camino. En el trayecto Ibrahim respondió a todo lo que se me ocurrió preguntarle.

Me dijo: «¿Viste lo que sucedió? Un saludo fue suficiente para detener la cólera de este señor, además se disculpó. Ahora si yo hubiese gritado, discutido o peleado, lo único que hubiese conseguido era enojarme, perder el juicio y dañar mi moral.

La forma en que Ibrahim ordenaba el bien y prohibía el mal era muy interesante. Si quería decirle a alguien que no hiciese algo, trataba de hacerlo de manera indirecta.

Por ejemplo, cuando quería que alguien no realizase algo considerado inmoral o pecado por la religión, Ibrahim señalaba los motivos sociales, económicos, etc. por los que no era bueno llevar a cabo dicha acción, después de que le exponía detalladamente sus argumentos, la misma persona entendía las consecuencias de llevar a cabo la acción, y se abstenía…

Uno de mis amigos tenía el problema de que se les quedaba viendo a las mujeres, y solía incurrir en actos inmorales. Algunos de sus amigos ya habían discutido con él al respecto, pero ninguno había logrado cambiar su comportamiento.

Debido a eso, la mayoría de sus conocidos no le guardaban respeto, pero Ibrahim era muy cordial con él e incluso lo llevaba al *zurjaneh*, y lo trataba con mucho respeto frente a los demás.

Un tiempo después, Ibrahim habló con él. Al principio lo hizo sentirse «protector», diciéndole:

— Si alguien anduviese detrás de tu madre y tu hermana y las incomodase, ¿qué harías?

— ¡Le sacaría los ojos! — Manifestó el joven con un tono de enojo. Entonces Ibrahim con mucha tranquilidad, expresó su conformidad con aquellas palabras:

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — Y luego con un tono más serio, dijo: — Si tú tienes tanto celo y respeto por tu madre y hermana, ¿por qué andas detrás de las mujeres y las incomodas?

Ibrahim hizo una pausa, y manifestó de forma contundente:

— ¡Oye!, cualquiera que le falta el respeto a otra persona, está atentando contra toda la sociedad, y esta sociedad podría desmoronarse. — Después señaló que quedársele viendo a las mujeres que no forman parte de nuestro círculo familiar íntimo, era ilícito y citó este hadiz del Profeta del Islam (P):

«Cerrad los ojos ante las mujeres que no forman parte de vuestro círculo familiar íntimo y veréis maravillas».[33]

Ibrahim continuó exponiendo más argumentos ante el joven, que seguía escuchándolo, y finalmente le dijo:

— ¡Decide!, pues si quieres ser nuestro amigo, debes dejar de hacer esa clase de cosas.

El tratar de forma adecuada y exponerle argumentos correctos a aquel joven, hizo que cambiase totalmente su conducta y se transformase en una de las grandes personas de su barrio. Dejó de hacer todo aquello que es considerado ilícito e inmoral. Se convirtió en un ejemplo del efecto que tiene tratar bien a los demás y hablar oportunamente con ellos cuando se quiere aconsejar el bien y prohibir el mal.

---

[33] *Mizan al-Hikmah,* t. 10, pág. 72.

Una de las calles de Teherán hoy lleva el nombre de ese joven.

***

Era el otoño de 1361, estábamos yendo en motocicleta hacia la plaza Azadí. Iba a dejar a Ibrahim a la Terminal de Occidente, desde donde partiría hacia el frente de guerra.

Un auto de lujo pasó a nuestro lado, junto al conductor iba una señora que no llevaba bien puesto su hiyab, se le quedó viendo a Ibrahim y dijo una grosería.

Ibrahim me dijo que me apresurase y siguiese el automóvil. Así que aceleré, le hicimos una señal para que se detuviese. Estaba seguro que Ibrahim pelearía con esa gente.

El conductor paró el auto, y nosotros nos detuvimos a su lado.

Estaba esperando el encuentro de Ibrahim con esta gente. Sin bajarse de la motocicleta, Ibrahim los saludó y se dirigió a ellos cordialmente.

El conductor nos miró de pies a cabeza, y se le quedó viendo a su esposa, no esperaba ese trato.

Después de que respondió su saludo, Ibrahim le dijo:

— Le pido muchas disculpas pero su esposa me ha insultado, me ha dicho una grosería dirigida no solo a mí sino a todo el que usa barba. Quería saber por qué… — El conductor interrumpió a Ibrahim, diciendo:

— Mi esposa ha cometido un error.

— ¡No señor! Yo solo quería saber si ella tiene algún derecho sobre mí para hablarme así, pues yo no he hecho ni dicho nada para que me trate de esa forma.

El conductor que no se imaginaba que Ibrahim fuese a reaccionar así, bajó del automóvil, besó la mejilla de Ibrahim, y le dijo:

— No querido amigo, usted no ha hecho nada. El error ha sido nuestro, estamos muy avergonzados. Después de pedir muchas disculpas se despidió y se marcharon.

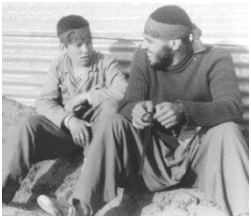
Estas reacciones de Ibrahim, siempre nos sorprendían. Era así como él nos enseñaba la forma correcta de tratar a la gente. Siempre nos decía: «Quien es paciente cuando se enfrenta a la ira de otras personas tiene más éxito en la vida».

Una persona no debe hacer nada que no esté basado en la lógica; y, esta fue su clave para el éxito cuando trataba con los demás.

La forma en que Ibrahim trataba a la gente me hizo recordar la aleya que dice:

«Y los siervos del Clementísimo son quienes van por la Tierra con humildad y si los ignorantes se dirigen a ellos, les dicen: ¡Paz!».[34]

[34] Corán 25:63.



La historia de la serpiente

Narrado por Mahdi Amuzadeh

Eran las 10 p.m., estábamos jugando fútbol en la calle. Había escuchado a los chicos hablar sobre don Ibrahim, pero no lo conocía en persona.

Vi a alguien con muletas, usaba barba larga y tenía vendado uno de los pies, entendí que ese era «don Ibrahim» sobre el que tanto hablaban.

Se paró a un lado del callejón y nos miraba jugar. Uno de los chicos le preguntó:

— Don Ibrahim, ¿quiere jugar con nosotros?

— No puedo jugar por la herida, pero si quieres intento defender la portería. — Respondió.

Yo jugaba muy bien, pero por más que traté no logré anotarle un gol. ¡Él jugaba como un portero profesional!

Media hora después, cuando la pelota llegó a él, la retuvo, y nos dijo: «Chicos, ¿no creen que es muy tarde y que debemos hacer silencio porque la gente quiere dormir?»

Recogimos las porterías, la pelota, y nos sentamos en derredor de don Ibrahim, los chicos le pidieron que contase algunas de sus anécdotas en el frente de guerra.

Esa noche nos contó una historia asombrosa, imposible de olvidar. Don Ibrahim nos relató:

«En el occidente del país, Yavad Afrasiabí y yo habíamos ido para hacer un reconocimiento de las posiciones del enemigo en esa región. Era medianoche y estábamos escondidos cerca de las trincheras iraquíes.

El cielo estaba aclarando, nosotros aún realizábamos nuestro trabajo cuando vi una gran serpiente que venía directamente hacia donde estábamos escondidos.

No había visto nunca una serpiente tan larga, se me cortó la respiración, no podíamos hacer absolutamente nada. Si le disparábamos los iraquíes nos descubrirían, si huíamos de la serpiente, también nos verían.

La serpiente avanzaba rápidamente, ya no había tiempo para decidir.

Tragué saliva, cerré mis ojos, dije: "En el nombre de Dios" y luego le pedí a Fátima az-Zahra (P) que intercediese por mí ante Dios.

Los segundos pasaron, los minutos se me hicieron eternos. Yavad tocó mi mano, abrí los ojos y me quedé admirado al ver que la serpiente había cambiado de rumbo alejándose de nosotros».

Aquella noche, don Ibrahim nos contó también algunas anécdotas graciosas que nos hicieron reír mucho.

Después nos dijo: «Tratad de no jugar en la noche porque es el momento en que la gente quiere descansar».

Desde esa vez, todos los días buscaba a don Ibrahim, incluso cuando me enteré que él hacía la oración del alba en la mezquita, yo también empecé a hacerla ahí.

La influencia de don Ibrahim en mí y en los chicos del barrio era tanta que incluso hizo que tratásemos de hacer nuestra oración como él la hacía, es decir, despacio y con solemnidad.

Después de un tiempo, cuando él regresó a las zonas de combate, no pudimos soportar la lejanía. Así que nosotros nos alistamos y nos marchamos también al frente de guerra.

Para la complacencia de Dios

Narrado por Abbás Hadí

Una de las características de Ibrahim era que normalmente nadie sabía de su trabajo excepto las personas que lo acompañaban, pues —lógicamente— estas veían lo que él hacía. Ibrahim, no hablaba de sus actividades a no ser que fuese necesario, y siempre manifestaba que: «Aquello que se hace para complacer a Dios, no se necesita andarlo contando a los demás. El problema es que usualmente hacemos las cosas para complacer a cualquiera menos a Dios».

Al respecto, dijo el Imam Alí (P):

«Quien purifique su corazón y sus obras de todo lo que no sea Dios, estará bajo la atención de Dios».[35]

Los grandes místicos han tratado este tema, diciendo: «Si se realiza algo para la complacencia de Dios, esto tendrá valor. Y cualquier cosa que se haga para la complacencia de otro que no sea Dios, eso lo perjudicará en el otro mundo».

En la época en que Ibrahim estaba herido, fuimos con él a un *zurjaneh* de Teherán. Nos sentamos en un rincón. Cuando cada uno de los miembros mayores del grupo entraba, sonaba la campana del entrenador y el ejercicio se detenía por unos segundos. El recién llegado agitaba su mano a los atletas desde lejos y se sentaba en una esquina con una sonrisa en sus labios.

---

[35] *Ghurar al-Hikam,* pág. 538.

Ibrahim miraba con mucha atención a la gente, después me dijo en voz baja: «Mira como se ponen contentos cuando escuchan el sonido de la campana».

Hizo una pausa, y después continuó: «Algunas personas aman el sonido de la campana del *zurjaneh*. Si amasen a Dios tanto como a esta campana, ya no estarían en la tierra. Estarían caminando en los cielos.

¡Así es el mundo, y mientras el ser humano continúe apegado a este mundo, continuará siendo así!

Pero si el ser humano levanta su vista hacia el cielo y hace las cosas para complacer a Dios, ten la seguridad de que su vida cambiará y empezará a entender el verdadero significado de "vida"».

Ibrahim guardó silencio, pero unos minutos después me dijo: «Aquí muchos quieren ver si son más fuertes que los demás, sin son más hábiles, si tienen mayor resistencia, etc. Si un día te encuentras en el centro de la arena del *zurjaneh*, cambia el ejercicio rápidamente para la complacencia de Dios cuando veas que alguien se ha cansado. Cuando yo estaba en el centro de la arena, no hacía eso. Por supuesto que no tenía malas intenciones. Me volví famoso entre los amigos sin ninguna razón. ¡Pero tú no hagas eso!»

Ibrahim solía decir: «Todo lo que hagamos debe ser hecho para la complacencia de Dios, incluso nuestros asuntos personales.

Sé consciente de que el mundo está hecho para ti, pero si deseas algo que no sea Dios, fracasarás».

***

Era casi el alba del día viernes. Ibrahim llegó a casa, tenía la ropa ensangrentada.

Se cambió despacio, después de hacer la oración, me dijo: «Abbás, dormiré un poco en el piso de arriba».

Cerca del mediodía llamaron a la puerta. Alguien estaba tocando la puerta insistentemente. Mi madre abrió, era la vecina. Después de saludar, enojada dijo: «¿Acaso vuestro Ibrahim es de la misma edad de mi hijo? Anoche salió con él en la motocicleta y han tenido un accidente. ¡Mi hijo se ha roto la pierna!»

Después enfatizó: «¡Oiga señora, mi hijo ha asistido a las mejores escuelas y no quiero que tenga amistad con su hijo, pero andan todo el tiempo juntos!»

Nuestra madre no sabía nada al respecto y se molestó mucho, le pidió disculpas a la vecina, y le dijo: «Yo no sé de que está usted hablando pero tenga por seguro que voy a conversar con Ibrahim. Usted perdone».

Yo solo escuchaba, después subí rápido y desperté a Ibrahim, le dije:

— Hermano, ¿qué es lo que has hecho?

— ¿De qué?

— ¿Tuvisteis algún accidente?

Se levantó apresuradamente, y sorprendido me preguntó:

— ¿Accidente? ¿De qué hablas?

— ¿No escuchaste? La madre de Muhammad acaba de estar gritando en la puerta, estaba muy enojada.

Ibrahim pensó un poco, y me dijo:

— ¡Ah, está bien! ¡Gracias a Dios, no es nada importante!

En la tarde, nos visitaron la madre y el padre de Muhammad. Traían un ramo de flores y repostería, querían ver a Ibrahim. La vecina pedía disculpas continuamente. Nuestra madre

también evidentemente sorprendida, le decía: «¡No hay de qué!». Sin embargo, la mujer insistía y repetía: «¡Por Dios, qué vergüenza, no sé qué decir, Muhammad nos ha contado bien lo sucedido!».

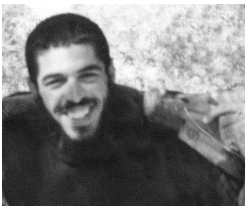
Entonces, comenzó a relatar: «Muhammad nos contó que si no hubiese llegado don Ibrahim, no sabe lo que habría sido de él. El problema fue que los chicos del barrio nos habían dicho que Ibrahim y Muhammad estaban juntos en el momento del accidente. Nos dijeron eso para que no nos molestásemos con nuestro hijo».

Después se le quedó viendo directamente a nuestra madre, y le dijo: «Señora, estoy muy avergonzada porque he juzgado muy rápido a su hijo, ¡por favor, perdóneme! Entonces, le dije a mi esposo, que incluso es muy feo que don Ibrahim esté herido desde hace algunos meses y nosotros no lo hayamos visitado. ¡Por eso también nos tiene hoy aquí!

En ese momento, mi madre le dijo: «¡Yo sigo sin entender qué es lo que le ha pasado a su hijo Muhammad?»

La señora explicó: «El viernes a la medianoche, los *basīŷ* de la mezquita tenían un puesto de control y mi hijo estaba ahí en la calle con sus amigos. De repente puso el dedo en el gatillo de su arma por error, y esta se disparó hiriéndole el pie. Cayó al suelo inmediatamente, y perdía mucha sangre. En ese momento llegó don Ibrahim en su motocicleta y con la ayuda de otros amigos vendó rápidamente la herida de Muhammad y lo llevó al hospital».

La vecina guardó silencio, yo me le quedé viendo a Ibrahim que estaba sentado en la habitación contigua. Él sabía bien que «aquello que se hace para complacer a Dios, no se necesita andarlo contando a los demás».



Sinceridad

Narrado por Abbás Hadí

Estábamos hablando con Ibrahim sobre deporte, me decía:

— Cuando practicaba la lucha o el deporte antiguo, antes de todo hacía la ablución y antes de comenzar una pelea siempre rezaba dos ciclos de oración.

— ¿Qué oración? — Le pregunté.

— ¡Dos ciclos de oración preferible! Después, le pedía a Dios que en la pelea no fuese a dañar a mi contrincante.

Ibrahim nunca buscaba el pecado, por eso era un modelo para todos sus amigos. Cuando alguien hablaba de algo pecaminoso o ilícito, él rápidamente cambiaba el tema de la conversación, cuando veía que los chicos incurrían en la maledicencia, con el propósito de interrumpir les pedía que dijesen un *salawat*.

Nunca le hablaba severamente a nadie, a no ser para hacerlo reflexionar y que cambiase algún mal comportamiento.

Nunca usaba ropa apretada ni mangas cortas. Muchas veces realizaba trabajos difíciles, y cuando le preguntábamos la razón, solo nos decía: «Esto es algo necesario para combatir el ego».

El mártir Ya'far Yangraví nos contó una vez: «Al terminar la reunión de la *hey'at*, nos sentamos a charlar un poco. Ibrahim estaba solo en la habitación contigua.

Cuando los chicos se fueron, yo fui a ver a Ibrahim pero no notó mi presencia, estaba ensimismado.

Me quedé boquiabierto cuando vi que se estaba poniendo agujas en la cara, incluso cerca de los párpados. Le dije rápidamente:

— ¿Qué estás haciendo hermano Ibrahim?

Hasta ese momento se dio cuenta de que yo estaba ahí. Se levantó rápidamente, y después de unos segundos me dijo:

— ¡Nada! ¡No es nada!

— Querido Ibrahim, tienes que decirme por qué te has metido esas agujas en la cara.

Hizo una breve pausa y despacio, como si hubiese estado discutiendo me dijo:

— Es lo que se merece el ojo que ha mirado a quien no tenía que ver.

En aquella época no entendía por qué había hecho eso, ni el significado de sus palabras, pero cuando leí las historias de los grandes hombres, vi que algunos de ellos para apartarse del pecado refrenaban su voluntad.

Otra de las características destacadas de Ibrahim era que guardaba cierta distancia hacia las mujeres que no pertenecían a su círculo familiar íntimo. Cuando hablaba con una mujer que no hacía parte de esa intimidad aunque fuese su pariente lo hacía manteniendo la cabeza baja, por lo que sus amigos decían: «Ibrahim tiene alergia a las mujeres que no forman parte de su círculo familiar íntimo».

Y qué bello es el hadiz del Imam Muhammad Baqir (P), que dice:

«Hablar con mujeres que no pertenecen al círculo familiar íntimo de uno, es una de las flechas de Satanás».

***

Ibrahim también le daba importancia al alimentar a los demás, por eso solía invitar a comer a sus amigos a la casa.

Cuando estuvo herido, cocinaba todos los días y cuando la gente venía a visitarlo les ofrecía comida. ¡Esta era una acción muy hermosa y deliciosa!

Le decía a sus amigos: «Uno es solo un medio de Dios y este sustento os pertenece. El sustento de los creyentes está colmado de bendiciones».

En las *hey'at* y reuniones religiosas sucedía lo mismo. Cuando veía que los anfitriones estaban limitados de recursos, él mismo preparaba comida para los invitados y ni hablar de las ceremonias de luto, pues Ibrahim decía: «Las ceremonias en honor del Imam Husein (P) deben ser perfectas en todos los sentidos».

Las noches de viernes después de las actividades de los *basīŷ,* preparaba comida para los chicos.

Después de comer, íbamos todos a visitar el santuario de hazrat Abdul Azim y el cementerio de Behesht-e Zahra (P).

Los jóvenes *basīŷ* de la *hey'at* nunca olvidan aquella bella época, que por cierto fue breve.

Una vez le dije a Ibrahim:

— Hermano, ¿cuánto dinero traes contigo? Tu sueldo mensual como maestro es de 2000 tomanes, pero tú estás gastando muchísimo más que eso.

— En esta clase de actividades, yo soy apenas un medio y quien manda el sustento es Dios. Le he pedido a Dios que no permita que mis bolsillos estén vacíos. Y Dios me provee para estas actividades de lugares que ni siquiera me hubiese imaginado.

Las necesidades de la gente y las bendiciones de Dios

Narrado por un grupo de amigos del mártir

Venía con Ibrahim en la motocicleta, volvíamos a casa, habíamos visitado un lugar muy retirado. En el camino vimos a un hombre viejo parado con su familia en la orilla de la calle, me hizo una señal y me detuve.

Nos preguntó una dirección, lo orienté, y después me empezó a contar sus problemas personales.

No tenía aspecto de ser indigente ni de vicioso. Ibrahim se bajó de la motocicleta y buscó dinero en sus bolsillos, pero no tenía ni un céntimo para dárselo al viejo.

Me dijo:

— Amir, si tienes algún dinero, préstamelo.

Busqué por todas partes, pero yo tampoco tenía. Me dijo preocupado:

— ¡Por Dios, busca de nuevo en tus bolsillos!

Volví a buscar, pero realmente no tenía nada.

Nos despedimos del viejo y su familia, le pedimos disculpas, continuamos nuestro camino. Después de un par de minutos, miré por el espejo retrovisor y noté que Ibrahim estaba llorando.

No hacía frío para considerar que era agua o hielo lo que veía sobre sus mejillas, por tanto, me detuve y le pregunté:

— Querido Ibrahim, ¿por qué lloras?

Se enjugó las lágrimas, y dijo:

— No pudimos ayudar a un hombre necesitado.

— Porque no teníamos dinero, entonces, no hemos cometido ningún pecado.

— ¡Lo sé! — Me dijo inconforme, y agregó: — Pero el hecho de que no tuvimos oportunidad de ayudarlo, me ha destrozado el corazón.

Hice una pausa y no pronuncié palabra, después arranqué la motocicleta y nos marchamos. Sentí mucha envidia de la pureza de corazón que tenía Ibrahim.

En la mañana del día siguiente vi nuevamente a Ibrahim, y me dijo:

— No volveré a salir de casa con los bolsillos vacíos para evitar que se repita lo de ayer.

La manera en que Ibrahim se preocupaba por los demás, me hizo recordar el hermoso hadiz del Imam Husein, el señor de los mártires (P), que dice:

«Las necesidades de la gente son bendiciones de Dios para vosotros. No seáis negligentes ante estas necesidades, pues las bendiciones se echarían a perder».[36]

***

En los últimos días de su «reposo» para la cicatrización de sus heridas me llamó; después de saludarnos me preguntó:

— ¿Utilizarás tu auto este día?

[36] *Bihar al-Anwār*, t. 78, pág. 121.

— ¡No! Lo tengo estacionado frente a la casa. — Le respondí. Después vino a mi casa y me pidió prestado el coche, diciéndome que me lo devolvería pronto.

En la tarde lo trajo, le pregunté:

— ¿Adónde fuiste?

— ¡No! A ningún lugar en particular. He andado transportando pasajeros, la he hecho de taxista.

— ¿Estás bromeando?

— ¡No! — Me dijo muy tranquilamente, y después me propuso: — Si estás libre en este momento, ven conmigo porque tengo algunas cosas que hacer y me gustaría que me acompañases.

Mientras entraba a mi casa para prepararme, me dijo:

— Si tienes en la casa víveres que no necesites, tráelos contigo.

Entré, me preparé, salí y traje algo de arroz y aceite. Nos fuimos. Ibrahim se estacionó frente a un supermercado, compró algo de carne y pollo.

Cuando pagaba con monedas y billetes de muy baja denominación, pude comprender que se trataba del dinero que había obtenido trabajando con el auto.

Después fuimos al sur de la ciudad, donde visitamos a algunas familias que no conozco. Ibrahim llamaba a la puerta, y cuando le abrían decía: «Venimos de parte de los combatientes que están en el frente de guerra y aquí le envían esto».

Lo decía de tal forma que la persona no sintiese vergüenza de recibir aquellos víveres.

Después de un tiempo, supe que a las casas donde fuimos con Ibrahim eran las de unos efectivos que se encontraban justamente en el frente de guerra, por eso Ibrahim los conocía y ayudaba. Esas acciones de Ibrahim me hicieron recordar este dicho del Imam Sadiq (P):

«Tratar de atender las necesidades de un musulmán es mejor que circunvalar setenta veces la Kaaba; y, hace que uno esté a salvo en el Día de la Resurrección».[37]

Este hadiz era el faro que alumbraba el camino de Ibrahim. Él hacía toda clase de esfuerzos para resolver los problemas de la gente.

***

Era la época de secundaria, Ibrahim trabajaba en el bazar por las tardes y así ganaba un poco de dinero. Un día se enteró que una de las familias de la vecindad tenía muchos problemas económicos, pues había perdido la casa, y no podía sufragar sus gastos básicos.

Ibrahim no nos había contado que cada mes al recibir su sueldo, lo utilizaba para pagar la mayoría de los gastos de esta familia. Cuando en casa se cocinaba abundante comida, también le enviaba una parte a esta familia. Esto continuó así durante varios años hasta el martirio de Ibrahim, y nadie sabía de ello excepto su madre.

***

Vino un hombre a buscar a Ibrahim, lo conocía, antes preparaba y servía el té en una oficina, pero ahora estaba desempleado, y necesitaba dinero.

Ibrahim en vez de ayudarlo económicamente habló con algunos de sus amigos para encontrarle un trabajo. Ibrahim

---

[37] *Bihar al-Anwār*, t. 74, pág. 318.

hacía todo lo que estaba en sus manos para resolver los problemas de la gente. Si él mismo no podía hacerlo buscaba a sus amigos y les pedía ayuda. Pero siempre tenía en consideración que la ayuda que se le proporcionase a una persona no fuese a servir de medio para que esta se convirtiese en mendiga. Ibrahim siempre les decía a sus amigos: «Vosotros debéis de resolver los problemas de un necesitado antes de que este venga a pediros algo».

A cualquiera de sus conocidos que tuviese problemas, le ayudaba, pero en secreto y antes que la misma persona se lo pidiese, diciéndole: «En este momento no necesito este dinero, te lo presto y cuando puedas me lo devuelves».

A Ibrahim, por supuesto no le importaba que le fuesen o no a devolver su dinero, le ponía más atención a no dañar la dignidad de las personas y que estas no pasasen vergüenza al momento de recibir la ayuda.

***

Los eruditos religiosos dicen que resolviendo los problemas de la gente podemos resolver nuestros propios problemas.

Además dicen que hay que alimentar a los demás hasta donde nuestras posibilidades nos lo permitan, pues así resolveremos muchos de nuestros problemas.

Era el ocaso, estábamos en el mes de ramadán, llamaron a la puerta, era Ibrahim. Después de saludarme e intercambiar un par de palabras me pidió una cacerola mediana y que lo acompañase a un negocio en la misma vecindad donde preparaban *kaleh pacheh.* Elogié su buen gusto, y le dije que a mí también me encantaba ese platillo.

Me dijo: «¡Correcto, pero esto no es para mí!» Era una cabeza de oveja completa, además compró un poco de pan *sangak*. Cuando salió de la panadería, llegó nuestro amigo

Iraŷ en su motocicleta, Ibrahim se subió, ambos se despidieron de mí y se marcharon.

Pensé: «Parece que algunos amigos se han reunido y quieren romper el ayuno juntos». Como no había sido invitado me sentía molesto.

Al día siguiente, vi a Iraŷ y le pregunté:

— ¿Adónde se fueron ayer?

— Fuimos atrás del parque Chehel Tan, al final de la calle hay una pequeña casa, llamamos a la puerta, nos abrieron unos chicos y un hombre viejo, les entregamos la comida y el pan. Nos agradecieron mucho. Pude entender que conocían muy bien a Ibrahim... Es una familia muy necesitada. Fue rápido… después llevé a Ibrahim a su casa.

***

26 años habían pasado del martirio de Ibrahim cuando lo vi en sueños. Había venido a Teherán en un auto militar.

Yo estaba tan entusiasmado que no sabía qué hacer. El rostro de Ibrahim estaba luciente, me acerqué a él, lo abracé. Mi alegría era tanta que les decía en voz alta: «¡Venid chicos! ¡Ibrahim ha regresado!».

Ibrahim me dijo:

— Ven, súbete, tenemos mucho trabajo que hacer.

Nos fuimos en el vehículo, llegamos a un edificio de apartamentos muy alto. Los ingenieros y el dueño del edificio saludaron a Ibrahim, y le decían algo. Todos lo conocían.

Ibrahim —señalando a una persona que estaba parada un poco lejos de nosotros— le dijo al dueño:

— He venido a recomendaros a ese señor que es seyyed. Asignadle uno de estos apartamentos, debe estar a su nombre.

El dueño del edificio le enfatizó:

— Ese hombre no tiene dinero tampoco tiene crédito como para pedir un préstamo, ¿cómo podríamos entregarle un apartamento? ¡Es imposible!

Yo también asentí, e intervine:

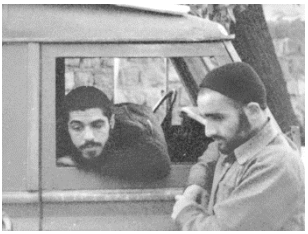
— ¡Querido Ibrahim, ya pasó el tiempo en que hacíamos estas cosas, ahora nadie hace nada si no es con dinero!

Ibrahim me miró expresivamente, y me dijo:

— Si yo he regresado ha sido para resolver los problemas de algunas personas como esta. Si no… no tiene ningún sentido que esté aquí.

Salió del edificio, yo lo seguí. Se subió al auto y se marchó…

¡Empezó a sonar mi celular, y eso me despertó!



El jums

Narrado por Mustafa Saffar Harandí

Uno de los sabios religiosos que quería mucho a Ibrahim era el difunto clérigo hach Harandí.

Cuando no era hora de hacer la oración, este noble sabio se dedicaba a la venta de telas.

A finales del verano de 1361, acompañé a Ibrahim a visitar al clérigo hach Harandí, le compramos tela suficiente para dos camisas.

Una semana después vi a Ibrahim que había venido a la mezquita para hacer la oración, y fue a hablar con el clérigo.

Yo me acerqué para ver qué pasaba. Ibrahim estaba calculando la cantidad de dinero que debía dar en concepto de *jums*.

¡Me empecé a reír porque él nunca guardaba nada para sí mismo, siempre se lo gastaba en los demás!

Entonces, ¿para qué quería calcular lo del *jums* si nunca tenía nada?

El clérigo hach Harandí le hizo el cálculo, y le dijo: «Usted debe pagar 400 tomanes en concepto de *jums*» — Después agregó: — «Yo con el permiso que me han dado las autoridades religiosas, se lo dispenso. ¡No es necesario que lo dé!»

Pero Ibrahim insistía en cumplir esta obligación religiosa, y terminó dándole el *jums*.

Eso me hizo recordar el hadiz del Imam Sadiq (P), que dice:

«Quien no paga el derecho de Dios gastará el doble en cosas vanas e infructuosas».[38]

Después de la oración, fuimos a la tienda del clérigo, Ibrahim le dijo:

— Necesito dos piezas de tela como la otra vez.

El religioso se sorprendió, y le dijo:

— ¡Hijo mío, recién me has comprado la misma cantidad de tela! — Después, le explicó: — Estas telas a bajo precio son del gobierno, y nosotros no tenemos autorización para vender a cada persona más de lo que ya te he vendido.

Ibrahim no dijo nada, pero yo sabía la historia. Entonces, le dije al clérigo:

— La primera tela que Ibrahim le compró no era para hacer camisas para él, sino para otras personas. Ibrahim suele regalarles camisas a los chicos del *zurjaneh* que vienen con mangas cortas, o a aquellos que son de escasos recursos económicos.

El religioso escuchaba —admirado— mis palabras. Se le quedó viendo a Ibrahim, y le dijo:

— Esta vez te daré tela para ti mismo, por tanto no tienes derecho de obsequiársela a nadie. Si ves que alguien necesita una camisa, mándalo para acá.

[38] *Azar al-Sadiqin,* t. 5, pág. 466.

Nosotros te amamos

Narrado por Yavad Maylesí

Era el otoño del año 1361, otra vez junto a Ibrahim estábamos en el frente de guerra. Todos hablaban sobre las reuniones religiosas de Ibrahim solicitando la intercesión de Fátima az-Zahra (P).

Muchos de los chicos hablaban de sus anécdotas y hazañas en la zona de operaciones, todas atribuidas a la intercesión de Fátima az-Zahra (P).

Nos dirigimos a la región de Sumar, a cada trinchera donde íbamos le pedían a Ibrahim que entonase himnos sobre hazrat Fátima az-Zahra (P).

En la noche, Ibrahim que acompañaba a los combatientes de un batallón, empezó a entonar himnos religiosos. ¡Se había quedado afónico debido al cansancio!

Al terminar la ceremonia, unos compañeros empezaron a imitar a Ibrahim burlándose de su voz, y dijeron algunas cosas que lo molestaron mucho.

Esa noche, Ibrahim estaba muy enojado, dijo: «No es por mí, lo que sucede es que ellos se burlaron de algo que era para hazrat Fátima az-Zahra (P), para evitarlo dejaré de entonar himnos religiosos».

Le dije muchas veces que lo olvidase, que no tomase en serio las palabras de los chicos. ¡Todo lo que le dije fue inútil!

Al final de la noche volvimos al cuartel y otra vez dijo que no volvería a entonar himnos religiosos. A eso de la 1:30 de la madrugada nos quedamos dormidos, estábamos muy cansados.

Antes de la llamada a la oración del alba sentí una mano sobre mi hombro que se movía suavemente. Abrí mis ojos con mucha dificultad y vi el rostro lúcido de Ibrahim, me dijo que me levantase, que era hora de hacer la oración.

Me levanté y me dije a mí mismo: «¡Parece que este señor no sabe lo que es estar cansado!» Pero yo sabía que no importaba a qué hora se fuese a dormir, él siempre se levantaba a la hora del *adhan* y hacía la oración.

Ibrahim despertó a otros chicos y después él mismo hizo el *adhan* y empezamos a hacer la oración colectiva.

Después del rezo, Ibrahim recitó una súplica, y después empezó a entonar himnos sobre hazrat Fátima az-Zahra (P).

Los hermosos himnos religiosos de Ibrahim conmovieron a todos los chicos cuyas lágrimas rodaban por sus mejillas, yo que en la noche había escuchado a Ibrahim jurar que ya no entonaría himnos me sorprendí más que todos, pero igual no dije nada. Después del desayuno, junto con otros combatientes volvimos a la región de Sumar. En el trayecto pensaba mucho sobre las cosas fascinantes que hacía Ibrahim.

Él me miró muy expresivamente, y me dijo:

— Quieres preguntarme por qué entoné himnos sobre hazrat Fátima az-Zahra (P), después de haber jurado que no lo volvería a hacer.

— ¡Es cierto! —Respondí, y agregué: — En la noche juraste que no lo harías más y…

— Te relataré algo que mientras yo viva no quiero que lo cuentes a nadie — Dijo interrumpiéndome, luego continuó: — Ayer en la noche no me podía dormir, pasaron las horas y seguía despierto. De repente vi que hazrat Fátima az-Zahra

(P) vino y me dijo: «No digas que no entonarás himnos, nosotros te amamos. Si alguien te pide hacerlo, hazlo».

Mientras me narraba lo sucedido el llanto apenas le daba oportunidad de hablar. Ibrahim siguió entonando himnos sobre Ahl ul-Bayt (P)».

Operación Zain al-'Abidín (P)

Narrado por Yavad Maylesí

Era el mes de *āzar* de 1361, dondequiera que fuese Ibrahim siempre era bien recibido. Muchos comandantes habían escuchado hablar sobre su valentía y altruismo.

Una vez también vino a nuestro batallón y conversamos prolongadamente. Los combatientes se prepararon para emprender la marcha. Cuando me uní a ellos, nuestro comandante me preguntó:

— ¿Dónde estaba?

— Estaba con uno de los compañeros que tenía un asunto a tratar con conmigo, pero ya se ha retirado.

— ¿Cómo se llama? — Me preguntó entre curioso e inquisitivo.

— Ibrahim Hadí.

— ¿Es el mismo Ibrahim sobre el que tanto hablan? — Me dijo sorprendido.

— ¿Cómo? ¡No entiendo!

Emprendimos la marcha, nos conducíamos en un vehículo militar, el comandante me volvió a decir:

— Ese Ibrahim tiene mucho tiempo de estar en el frente de guerra, ¿cómo es que ahora resulta ser tu compañero?

— ¡Es cierto! Lo que sucede es que es uno de los chicos de mi barrio. — Le respondí, orgulloso.

Después de un par de minutos, me dijo:

— Tráelo un día para que hable con los combatientes.

Le dije que lo haría, y dije un par de elogios para Ibrahim.

Al día siguiente, fui al Cuartel de Operaciones de Inteligencia para ver a Ibrahim. Después de conversar me dijo: «Espera un poco, yo te iré a dejar y hablaré con tu comandante».

Así lo hizo, me trajo en vehículo, en el camino pasamos por un río donde normalmente los vehículos se quedaban atascados, por lo que le dije:

— Ibrahim avanza un poco más porque aquí no se puede pasar, es peligroso.

— No tengo suficiente tiempo. ¡Pasemos por aquí mismo!

Nos bajamos por un momento del vehículo para analizar la situación, le dije:

— La verdad es que no necesitabas haberte molestado, yo me hubiese venido solo, si gustas me quedo aquí y continuo el resto del camino a solas.

— ¡Súbete y no te muevas de tu asiento! …además, quiero ver a tu comandante.

Nos subimos al vehículo, él arrancó y emprendió la marcha. Me dije a mí mismo: «¿Cómo quiere atravesar el río aquí? …es muy ancho y caudaloso». Empecé a reírme por dentro, y a preguntarme qué sucedería si nos quedábamos atascados.

Se atascó un poco, pero Ibrahim al grito de *«¡Al.lahu Akbar!»* y un *«¡bismil.lah!»*[39], en primera velocidad logró atravesar el río.

Cuando llegamos al otro lado del río, me dijo: «Nosotros aún no nos hemos dado cuenta del poder de decir *«¡Al.lahu Akbar!»*, si lo supiésemos resolveríamos muchos de nuestros problemas».

***

El batallón se había preparado para realizar una nueva operación, había llegado el momento de emprender la marcha hacia Sumar, yo fui al frente y me detuve en un lugar en donde se cruzaban tres caminos.

Ibrahim nos había dicho que a la hora del ocaso él y su grupo se nos unirían. Así que los esperaba, nuestro batallón continuó la marcha y me tuve que mover, pero veía hacia todas partes en busca de Ibrahim, hasta que logré divisar a lo lejos su rostro lúcido.

Siempre usaba pantalones kurdos y no era común verle portando armas, pero esta vez vestía pantalones camuflados, una cinta atada sobre la frente y un rifle Kalashnikov. Fui a su encuentro, y le dije:

— ¡Ibrahim estás armado!

— ¡Hay que obedecer a la comandancia! — Dijo sonriendo, y continuó: — Y como el comandante me lo ordenó he tenido que venir así.

— Si me lo permites me quedo con vosotros.

— ¡No! Tú ve con tu grupo y nosotros los seguimos. ¡Nos vemos!

[39] En el nombre de Dios.

Me despedí de él. Caminamos algunos kilómetros, en la oscuridad de la noche llegamos a las posiciones del enemigo. Mi misión consistía en realizar un ataque con RPG, por eso iba a la vanguardia con el comandante del batallón.

Estaba nervioso, intranquilo, había un silencio sepulcral en la zona. Nosotros avanzábamos —dentro de un canal estrecho un poco empinado— hacia la cima de la montaña desde donde se podían ver completamente las trincheras iraquíes. Apenas llegásemos, teníamos que comenzar el ataque.

Por un momento miré a mi alrededor, vi que a los dos lados de la montaña había trincheras iraquíes que conducían hasta la cima. Ellos sabían que nosotros pasaríamos por este canal. Tragué saliva. Caminábamos sigilosamente, apenas respirábamos por la tensión.

Todavía no llegábamos a la cima de la montaña cuando el enemigo lanzó una bengala, iluminó justo la zona donde estaba yo. Después desde tres flancos empezaron a dispararnos. Todos nos habíamos echado al suelo. ¡Estábamos literalmente bajo el fuego del enemigo! Lógicamente pronto empezarían a lanzarnos granadas y morteros. Los gritos de los combatientes heridos se escuchaban por doquier.

No podíamos hacer nada en esa oscuridad terrible, deseaba que la tierra se abriese para podernos esconder. Podía sentir la muerte, de repente miré por el rabillo del ojo que alguien venía arrastrándose y me tomó del pie.

Levanté un poco la cabeza y me volví, no lo podía creer, era Ibrahim, me preguntó: «¿Eres tú?»

Tomó mi RPG y avanzó un poco y al grito de *«¡Al.lahu Akbar!»*, empezó a disparar.

Ibrahim destruyó la trinchera de enfrente que era la más activa en el ataque, se desplazó un poco y gritó: «¡Musulmanes, chiitas del Imam Alí (P), el comandante de los creyentes, levantaos ya que su mano está con nosotros!».

Al escuchar a Ibrahim, todos nos sentimos muy motivados. Yo grité: *«¡Al.lahu Akbar! ¡Al.lahu Akbar!»* y todos se levantaron y dispararon. ¡Casi todos los iraquíes huyeron! De repente vi a Ibrahim, estaba de pie en la cima de la colina.

Logramos rápidamente tomar control de esta colina que era una posición estratégica del enemigo. Algunos efectivos del ejército iraquí fueron capturados. El resto de nuestros combatientes continuó avanzando.

Yo también fui hasta donde estaba el comandante, quien me dijo: «No es por gusto que todos quieren estar con Ibrahim en las operaciones. ¡Es muy valiente!».

A medianoche volví a ver a Ibrahim, me dijo: «¿Viste cómo el Imam (P) nos apoyó. ¡Bastaba que dijésemos *"¡Al.lahu Akbar!"* para que el enemigo escapase».

***

La operación terminó. Los chicos del batallón se retiraron, pero lamentablemente algunos de los batallones dejaron a sus mártires y heridos abandonados.

Vi a Ibrahim que le hablaba a gritos a uno de los comandantes, estaba muy enojado. ¡Hasta ahora no lo había visto así!

Le decía: «Vosotros queríais volver aún teniendo suficiente fuerza para traer a los heridos. ¿Por qué los abandonasteis?»

Unos días después, con uno de los responsables con el que tenía amistad coordinó para que junto con Yavad Afrasiabí y otros amigos fuesen hasta la zona donde aún tenía influencia el enemigo.

Lograron trasladar a algunos de los heridos y cadáveres de los mártires que habían sido abandonados, gracias a que el enemigo aún no había podido limpiar bien la zona.

Ibrahim y Yavad estuvieron ocupados en eso hasta la noche del 21 de *āzar* de 1391, consiguiendo rescatar un total de dieciocho heridos y nueve mártires.

Incluso lograron rescatar con gran dificultad el cadáver de un mártir que estaba apenas a diez metros de la trinchera de los iraquíes.

Después de esta operación, Ibrahim cayó enfermo. Vinimos juntos a Teherán donde se quedó algunas semanas, organizando durante ese periodo diversas actividades religiosas y culturales.

Los últimos días

Narrado por Alí Sadeqi y Alí Moqaddam

Eran los últimos días del mes de *āzar*, volvimos con Ibrahim a Teherán, aunque estaba muy cansado se le veía contento. Dijo:

— No ha quedado ningún mártir ni herido en la zona del enemigo. Logramos rescatarlos a todos. — Y luego, agregó: — Los ojos de aquellos que nos esperaban se llenaron de regocijo. Además, seremos recompensados cuando las madres visiten las tumbas de sus hijos mártires.

Yo aproveché la oportunidad para decirle:

— Ibrahim, ¿por qué no le suplicas a Dios para que te conceda la bendición de ser un mártir sin tumba, un soldado desconocido?

No se esperaba esta pregunta, se quedó en silencio por un momento y me dio una respuesta que tampoco yo me esperaba:

— Yo ya he preparado a mi madre y le he dicho que no me espere, incluso le he pedido que le suplique a Dios que me permita ser un mártir sin tumba, un soldado desconocido.

Ibrahim y yo nos quedamos algunas semanas en Teherán, todas las noches los chicos y yo nos reuníamos con él, todo lugar donde iba se llenaba de combatientes y gente de las *hey'at*.

***

Era el mes de *dey*, Ibrahim había cambiado mucho, ahora no lo veíamos bromear como antes.

La mayoría de los chicos lo llamaban «sheij Ibrahim».

Él se había recortado la barba pero el resplandor de su cara no había cambiado. El anhelo de todos de ser martirizados era diferente en Ibrahim.

Una noche mientras caminábamos, le pregunté:

— Ibrahim, ¿deseas ser un mártir, verdad?

Sonrió y no respondió, un poco después me dijo:

— El martirio es apenas un átomo de mis deseos, lo que quiero es que no quede nada de mi cuerpo tal como el *señor de los mártires*, Husein (P), …sin mortaja y que mi cuerpo sea despedazado, no quiero que mi cadáver regrese. No quiero tener tumba, quiero ser un mártir, por siempre un soldado desconocido.

No había escuchado antes algo así, continuó y me dio sus razones:

— …porque la madre de los descendientes del Profeta, Fátima az-Zahra (P), no tiene tumba, yo tampoco quiero tenerla.

Después nos fuimos al *zurjaneh*, y ahí invitó a todos los chicos a un almuerzo.

Así, al día siguiente fuimos a su casa, antes del almuerzo nos preparamos para la oración colectiva. Le pedimos a Ibrahim que la dirigiese. Durante la oración se le veía ensimismado, compenetrado, fuera de este mundo y dentro de un reino celestial.

Después de la oración, recitó con su hermosa voz la súplica *al-Farayî*. Uno de los chicos se volvió hacia mí y me dijo: ¡Es

fascinante la actitud de don Ibrahim, nunca lo había visto llorar de esta forma durante la oración».

En las reuniones de la *hey'at*, Ibrahim siempre pedía la intercesión de hazrat Fátima az-Zahra (P) y después decía: «En recuerdo de todos los soldados mártires desconocidos —que como la madre de los descendientes del Profeta— no tienen tumba». También solía pedir que suplicásemos por aquellos que estaban en el frente de guerra.

***

Estábamos a mediados del mes de *bahmán*, eran las 9 p.m., se oía la voz de alguien —afuera en el callejón— preguntando: «hach Alí, ¿está usted en casa?». Abrí la ventaba para ver mejor, era Ibrahim y Alí Nasrallah en motocicleta, me alegré al verlos y salí.

Abracé a Ibrahim y después a Alí, hacía mucho frío, los invité a pasar. Entramos a la casa, y después les pregunté si ya habían cenado.

Ibrahim me respondió:

— ¡No, no te molestes!

— Si no habéis comido puedo preparar unos huevos. — Les dije, y accedieron.

Preparé la cena y comieron. Les conté que mi familia no pasaría la noche en casa, así que si no tenían algo especial que hacer, podían quedarse conmigo y así aprovechábamos para charlar tranquilamente.

Aceptaron, entonces le pregunté a Ibrahim:

— ¿Cómo es que con este frío te has puesto unos pantalones kurdos sabiendo que son tan frescos?

— Lo que sucede es que no estoy usando solo uno sino cuatro. — Me dijo sonriendo.

Antes de dormir se quitó tres de los pantalones y durmió solo con uno. Yo me quedé charlando con Alí un poco más.

No sabía si Ibrahim se había quedado dormido, pero de repente sin mediar palabra, se levantó y empezó a reír. Me miró y después preguntó:

— ¡Por lo que más quieras Alí, dime la verdad! ¿Ves en mi rostro el martirio?

Ambos nos quedamos estupefactos. Observé fijamente el rostro de Ibrahim y le dije calmamente:

— Algunos combatientes en el momento de su martirio experimentan un estado asombroso de espiritualidad, pero tú siempre andas así.

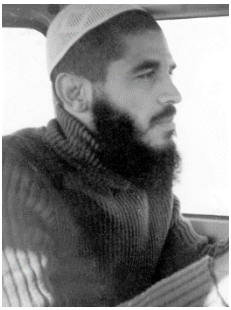
La habitación se quedó en silencio. Ibrahim se levantó y le dijo a Alí: «¡Levántate debemos irnos de inmediato!»

Oír eso me sorprendió aún más, y le pregunté:

— ¿Adónde vais?

— Debemos irnos rápido a la mezquita.

Se puso sus otros tres pantalones y se marchó junto con Alí.



Fakkeh, el último encuentro

Narrado por Alí Nasrallah

Era ya medianoche, estábamos en la mezquita. Ibrahim se despidió de los chicos, después se fue a su casa y se despidió de su madre y de su familia. Le pidió a su madre que suplicase para que él alcanzase el martirio. Muy temprano, a la mañana del día siguiente, partimos hacia la zona de combate.

En el camino Ibrahim habló poco, la mayor parte del tiempo estuvo haciendo alabanzas a Dios o leyendo el Corán.

Cuando llegamos al campamento del Ejército, en el norte de *Fakkeh* los batallones estaban realizando maniobras operativas. Al enterarse del regreso de Ibrahim, los combatientes se pusieron muy contentos. Todos venían a verlo, la tienda de campaña no se quedaba ni un solo momento vacía.

Hach Husein también llegó al campamento y se alegró al ver a Ibrahim entre los combatientes. Después de saludarse, Ibrahim le preguntó:

— Don Husein, los chicos están muy activos, ¿hay alguna noticia en especial?

— Mañana comenzamos una nueva operación, nos encantaría que nos acompañases. — Le respondió, y le explicó: — En esta operación debemos enviar a los chicos de inteligencia con diferentes batallones. ¡Cada batallón debe tener dos encargados de la inteligencia y de la operación!

Después le mostró una nómina de combatientes, y le pidió a Ibrahim su opinión. Ibrahim la miró detalladamente, emitió su opinión y después le preguntó:

— Hach Husein, ¿cómo han sido organizadas nuestras fuerzas?

— Las fuerzas se han dividido en varios cuerpos de ejército; y, varias divisiones forman un cuerpo. Hach Hemmat es responsable del 11º Cuerpo Qadr. La 27ª División está bajo el mando de este cuerpo. A nosotros se nos ha dado el trabajo de inteligencia del 11º Cuerpo Qadr.

Por la tarde Ibrahim se recortó el pelo y la barba, se tiñó el cabello con alheña. Su hermoso rostro se veía aún más celestial.

A la hora del ocaso fuimos a un lugar desde el que se podía ver toda la zona. Ibrahim usaba unos binoculares especiales, miraba y hacía anotaciones en una libreta.

Algunos combatientes venían y le decían:

— ¡Señor, apresúrese. Nosotros queremos ver también!

Ibrahim ante la insistencia se salió de sus casillas, y les dijo:

— ¿Acaso creéis que este es un cine? ¡Estamos recolectando información para la operación de mañana! ¡Debemos definir la ruta que seguiremos!

Después, así enojado dejó el lugar.

Ibrahim me dijo:

— ¡Estoy muy preocupado!

— ¡No es nada! ¡No te preocupes!

Fuimos a ver a uno de los comandantes del 11º Cuerpo Qadr. Ibrahim le dijo:

— ¡Esta zona es diferente! El suelo es arenoso y suave. Nuestras fuerzas tendrán muchas dificultades para desplazarse por este valle. Además, los iraquíes han puesto bastantes obstáculos con concertina en la zona. — Después le preguntó contundentemente: — ¿Cree usted que esta operación va a tener éxito?

— Querido Ibrahim, esta es una orden de la comandancia, y como dijo el imam Jomeini: «Nosotros solo cumplimos con nuestro deber, el resultado está en manos de Dios».

***

En la tarde del día siguiente los batallones se prepararon, once batallones recibieron los últimos pertrechos desde la 27ª División Militar Hazrat-e Rasul (PB).

Todos estaban preparados para emprender la marcha hacia Fakkeh.

Divisé a lo lejos a Ibrahim, mi corazón se estremeció al ver su rostro, parecía celestial, incluso se veía más blanco que de costumbre.

Usaba una chafiye árabe y abrigo, se acercó a nosotros, estrechó la mano de todos los combatientes. Le dije que me acompañase un momento, quería hablar con él:

—Hermano Ibrahim te ves muy bien, tu rostro está radiante.

Respiró profundamente, y me dijo: «El día en que fue martirizado el ayatolá Beheshtí yo estaba muy enojado, pero me dije: "¡Qué bueno que ha alcanzado el martirio, lamentable sería si hubiese muerto de muerte natural!"».

Asghar Vesalí, Alí Qorbaní, Qasem Tashakkorí y muchos de mis compañeros ya han partido, tanto así que puedo decir que la mayoría de mis compañeros están en el cementerio de Behesht-e Zahra (P)».

Hizo una pausa, y después continuó: «¡Jorramchar ha sido liberada! Yo tengo miedo de que termine la guerra y me pierda la oportunidad de alcanzar el martirio. ¡Por supuesto, tengo la confianza puesta en Dios!»

Suspiró y me dijo: «Me gustaría tanto ser mártir, pero quiero alcanzar el más bello de los martirios».

Yo lo escuchaba y miraba sorprendido, mientras hablaba sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

Ibrahim continuó hablando: «Si quedas en un lugar en el que nadie pueda alcanzarte, donde nadie te conoce, donde estés solo tú y el maestro. Él mismo, el Imam Mahdi (P) viene y te coge entre sus brazos. ¡Ese es el más bello de todos los martirios!».

Le dije:

— ¡Hermano Ibrahim por Dios no hables así! — Cambié el tema de la conversación, y le dije: — Ibrahim, ven con el grupo de los comandantes. ¡Vamos juntos en la vanguardia! Así es mucho mejor, y en cualquier momento que necesitemos nos ayudas.

Pero Ibrahim me respondió:

— ¡No! ¡Yo quiero estar con los *basīŷ*!

Y después nos fuimos hacia donde estaban los batallones que iban en la vanguardia, estaban haciendo los últimos preparativos. Le pregunté:

— Hermano Ibrahim, ¿qué pertrechos necesitas?

— Solo dame dos granadas, si necesito armas se las quito a los iraquíes.

Hach Husein Allahkaram observaba detenidamente a Ibrahim, fuimos hacia él, no apartaba sus ojos del rostro de Ibrahim.

Sin mediar palabra lo abrazó, estuvieron así por un momento, como si supiesen que ese era su último encuentro.

Después Ibrahim se quitó su reloj, y le dijo:

— Hach Husein este es un recuerdo para ti.

Los ojos de hach Husein se llenaron de lágrimas, le dijo:

— ¡Querido Ibrahim quédatelo, tú lo necesitarás!

Ibrahim con una tranquilidad sin igual, replicó:

— ¡No, no lo necesito más!

Hach Husein que se veía agitado, cambió el tema de la conversación:

— Querido Ibrahim, en esta operación hay dos rutas por las que podemos pasar, los chicos de los *basīŷ* van por una de ellas y yo con algunos comandantes y chicos de inteligencia vamos por la otra. ¡Tú ven con nosotros!

— Si no hay inconveniente, iré con los *basīŷ*.

— ¡No hay problema! ¡Como tú quieras!

Ibrahim se separó de sus últimas pertenencias materiales y después se unió con los combatientes de los batallones que iban en la vanguardia. Se sentó junto a ellos.

Valfayr Moqaddamatí

Narrado por Alí Nasrallah

Al Batallón Kumayl le correspondía romper las líneas del enemigo en el territorio del sur y hacia el punto de control. Uno de los comandantes del Ejército llegó y empezó a hablar con los combatientes del batallón. Dijo:

«¡Hermanos, esta noche emprendemos la marcha para dar inicio a la Operación Valfajr en la región de Fakkeh! El enemigo ha hecho tres grandes canales paralelos a la línea fronteriza y puesto diversos obstáculos con concertina para impedir vuestro avance, pero si Dios quiere la operación comenzará en el momento en que logréis pasar estos obstáculos y canales.

Cuando os establezcáis alrededor de los puntos de control fronterizos de Tavusieh y Roshidieh, se realizará la primera etapa de esta operación.

Después los combatientes de refuerzo de la División Militar Seyyed al-Shohadá (P) os alcanzarán y continuado con la operación marcharán hacia la ciudad de Amareh en Irak, y si Dios quiere, tendréis éxito».

Este comandante explicó detalladamente la manera en que había que proceder, y agregó:

«Deberéis atravesar un camino estrecho que está dentro del campo minado. Si Dios quiere todos vosotros lograréis romper las líneas del enemigo en el sur de Fakkeh. Si Dios quiere todos lograréis los objetivos trazados».

Nadie interrumpió al comandante; cuando hubo terminado de hablar, Ibrahim comenzó a entonar himnos sobre Ahl ul-Bayt (P), pero de forma diferente: ¡Esta vez lloraba y se le veía recogido en su intimidad, desentendido del mundo exterior!

Posteriormente, comenzó a golpearse el pecho en señal de dolor y fue la primera vez que escuchaba de él estas hermosas palabras:

¡Ay del corazón de Zainab (P)! ¡Qué corazón sangriento se volvió!

Los demás también se daban golpes de pecho ceremoniales en señal de dolor y repetían en coro dichas palabras. Ibrahim habló sobre la forma en que Zainab (P) fue hecha prisionera y acerca de los mártires de Kerbala. Al final, dijo: «Chicos, esta noche o os encontraréis con Dios o resistiréis

heroicamente la tristeza de ser prisioneros tal como lo hizo hazrat Zainab (P)».[40]

Después de los himnos fascinantes de Ibrahim, se pusieron de pie; sus ojos y rostros estaban inundados por las lágrimas. Realizamos la oración del ocaso y la noche. Desde que Ibrahim regresó, me convertí en su sombra: Lo seguía a todas partes. No me quería separar ni un momento de él.

Levantamos uno de los puentes portátiles y lo cargamos. Íbamos con el resto de las tropas.

Con los pertrechos que cada uno de nosotros llevaba, los cuales pesaban más de 20 quilos, el caminar sobre aquel suelo arenoso era una tarea ardua. Además Ibrahim y yo aparte de los pertrechos cargábamos el puente portátil. ¡Era como llevar nuestro propio ataúd a cuestas!

Todos formados en una sola columna, uno atrás del otro, atravesamos un pasillo que estaba en medio del campo minado.

Caminamos casi doce kilómetros para llegar al primer canal en el sur de Fakkeh, los combatientes estaban agotados, no podían continuar.

A las 9:30 p.m. del domingo 17 de *bahmán* logramos atravesar el ancho canal gracias a que instalamos los puentes portátiles y algunas escaleras. Reinaba el silencio en esta región, no oímos ni un tan solo disparo de los iraquíes.

Quince minutos después llegamos al segundo canal, también lo atravesamos; informamos por el transceptor de radio a la comandancia sobre nuestra posición.

---

[40] Resulta interesante saber que casi todos los soldados del Batallón Kumayl, que en esa ocasión escucharon los himnos sobre Ahl ul-Bayt (P) entonados por Ibrahim, fueron martirizados o capturados.

Algunos minutos después llegamos al tercer canal.

Ibrahim todavía estaba ocupado en el segundo canal, ayudaba a los chicos; él siempre estaba pendiente de los combatientes. En este caso, estaba atento debido a que en los alrededores había campos minados y otra clase de obstáculos.

El atravesar el tercer canal implicaba que se debían tomar posiciones al lado de los puestos de control fronterizos y empezar la operación.

Sin embargo, el comandante del batallón ordenó que nos detuviésemos, y dijo: «De acuerdo al mapa debíamos haber caminado mucho más, pero es muy extraño que llegamos rápido y no hay señales de las bases iraquíes».

Ya casi todos los combatientes habían pasado el segundo canal cuando de repente, el cielo de Fakkeh se iluminó tanto como si fuese de día.

Parecía que todas las tropas del enemigo nos estaban esperando. Empezaron a dispararnos desde todos los flancos con cañones, morteros, obuses y otras máquinas de guerra.

Nuestros combatientes no podían hacer nada porque estaban entre los alambrados y campos minados del enemigo, que les impedían realizar el mínimo movimiento.

Algunos combatientes lograron entrar en el tercer canal y muchos otros quedaron atrapados en aquel suelo arenoso. ¡Muchos corrían de un lado hacia otro!

Algunos intentaban pasar los obstáculos con concertina y entrar en el valle para hacer trincheras, pero rozaban las minas y alcanzaban el martirio.

Todos los alrededores estaban llenos de minas, Ibrahim estaba consciente por eso corrió hacia el tercer canal y les decía a gritos a los combatientes que no avanzasen.

Todos corrían en aquel terreno, no podía hacer nada, la artillería iraquí sabía perfectamente por donde habíamos llegado y atacaba esas rutas para impedir nuestra retirada.

Parecía que todo se había echado a perder y los combatientes seguían corriendo abatidos.

Todo estaba fuera de control, los lugares más seguros eran los canales. En la oscuridad y el ajetreo perdí a Ibrahim.

Llegué hasta el tercer canal, no encontraba a nadie. De repente vi a uno de los compañeros y le pregunté:

— ¿Has visto a Ibrahim?

— Hace algunos minutos pasó por aquí. —Me respondió.

¡Yo iba de un lado a otro! Vi a uno de los comandantes, me reconoció y me dijo:

— Vaya rápido a la ruta, dígale a los combatientes que encuentre ahí que se retiren, aquí en el canal tampoco hay seguridad. ¡Apresúrese!

Seguí sus órdenes, hice que los combatientes que estaban cerca del segundo canal y los que hallé en los alrededores de la ruta, me acompañasen. ¡Retrocedimos!

Incluso nos trajimos con nosotros a muchos de los heridos. Esto se prolongó por casi dos o tres horas. Quería volver, pero los chicos del batallón me dijeron que no podía hacer eso. Sorprendido, les pregunté la razón.

Me dijeron:

— Ya han ordenado la retirada definitiva. No sirve de nada que regreses porque todos los combatientes vienen hacia este lugar. Calculo que de aquí a la mañana, ya habrán regresado.

Una hora después hice la oración del alba, el cielo estaba casi claro. Me sentía fatigado y desahuciado. A cada uno de los

combatientes que iban llegando, le preguntaba acerca de Ibrahim, pero nadie tenía noticias de él.

Unos minutos después vi que también regresaba Moŷtaba, tenía el rostro polvoriento, cansado. Aún no llegaba hasta donde yo me encontraba cuando con desesperanza le pregunté:

— Moŷtaba, ¿has visto a Ibrahim?

— Hace una hora estuve con él.

Al oírlo, me causó alegría y me levanté, caminé hacia él, le pregunté:

— ¿Dónde está ahora?

— La verdad es que no tengo idea. Yo le dije a Ibrahim que ya se había dado la orden de que nos retirásemos, que mientras el cielo estuviese oscuro podríamos hacerlo porque al salir el sol sería imposible. Pero Ibrahim me dijo que había combatientes en los canales, y que iría donde ellos y los traería consigo.

Moŷtaba hizo de pronto un gesto como si recordase algo más, y me dijo:

— Cuando estaba hablando con Ibrahim llegó un batallón de la División Militar Ashura. Ibrahim habló rápidamente con el comandante y le dio la noticia de la retirada. Me dijo que me viniese con ellos y los guiase, porque yo conocía mejor el camino. Luego, Ibrahim cogió un RPG y municiones y partió hacia el canal. Después no he sabido nada más de él.

Una horas más tarde vi que Meysam Latifí estaba regresando en compañía de algunos heridos. Fui a ayudarlo, le pregunté cómo seguían las cosas. Me dijo:

— Estos chicos —que están heridos— y yo estábamos un poco más allá del canal. Nos habíamos arrojado al suelo para protegernos. Ibrahim vino hasta nosotros y nos auxilió.

De repente me puse de pie, y le pregunté:

— ¿El hermano Ibrahim hizo eso?

— Sí, Ibrahim.

— ¿Y qué pasó después?

— Ibrahim con mucho esfuerzo nos trajo. Antes de que aclarase el cielo llegamos a otro canal muy ancho, estaba lleno de lodo. Ibrahim trajo dos camillas y con ellas hizo una especie de puente a través del cual pudimos pasar. Él mismo nos acompañó parte del camino.

Eran ya las 10 a.m., en la base de la división en Fakkeh unos comandantes iban y otros venían, varios decían que algunos batallones estaban completamente rodeados por el enemigo.

Canal de Kumayl

Narrado por Alí Nasrallah

Vi a uno de los oficiales de inteligencia, le pregunté:

— ¿Qué quiere decir eso de que «algunos batallones están completamente rodeados»?, pues el ejército iraquí no ha avanzado y nuestros combatientes están entre el segundo y tercer canal.

— El tercer canal que nosotros habíamos visto cuando hicimos el reconocimiento, es diferente a los otros canales. Este y otros canales secundarios, fueron construidos en unos dos o tres días por los iraquíes, paralelamente a la línea fronteriza. Son canales más pequeños pero llenos de obstáculos… Los batallones que iban en la vanguardia tuvieron que resguardarse en el canal. Cuando el cielo se aclaró, los tanques iraquíes avanzaron y rodearon los canales. —Yo seguía escuchándolo, él hizo una pausa, y luego continuó: — Los iraquíes han puesto dieciséis tipos de

obstáculos en el camino, en un radio de aproximadamente cuatro kilómetros para que no avancemos. El grupo terrorista de los *monafiqiin* le proporcionó al enemigo toda la información sobre nuestra operación.

— ¿Qué debemos hacer ahora? — Le pregunté, indignado. ¡Me sentí muy mal!

— Si los combatientes resisten podríamos comenzar la segunda etapa de la operación y rescatarlos.

En eso estábamos cuando el operador de radio dijo:

— ¡Hemos recibido una noticia de los batallones que están rodeados!

Todos nos quedamos en silencio, a la expectativa. Él continuó y dijo:

— ¡El hermano Zabetnia se ha dado las manos con el hermano Afshordí!

Esa breve frase significaba que el comandante del Batallón Kumayl había sido martirizado.

Por la tarde, recibimos la noticia de que el hach Huseiní, —subcomandante del Batallón Kumayl— también había sido martirizado, y que el Sr. Bonakdar —otro subcomandante— estaba gravemente herido. Todos los combatientes estaban muy tristes. ¡Una extraña atmósfera invadió el lugar!

***

El 20 de *bahmán*, los combatientes se prepararon para otra ofensiva en la región de Fakkeh. Vi a uno de los compañeros que venía de la base. Le pregunté si tenía nuevas noticias.

Me dijo: «Se acaba de comunicar el operador de radio del Batallón Kumayl, habló con el comandante hach Hemmat y dijo que la batería del transceptor de radio está a punto de acabarse, y que muchos de los compañeros han sido

martirizados. Asimismo, pidió que rogásemos a Dios por ellos, envió saludos al imam Jomeini y que quería que todos supiésemos que resistirían hasta el último momento».

Con el corazón destrozado, le pregunté:

— ¿Qué debemos hacer?

— Encomendarnos a Dios, ve a prepararte porque esta noche comienza la nueva etapa de la operación.

A la hora del ocaso, nuestros artilleros empezaron el ataque contra las posiciones del enemigo.

El Batallón Hanzaleh y otros batallones emprendieron la marcha. Llegaron hasta las inmediaciones del Canal de Kumayl. Incluso superando todos los obstáculos pudieron llegar hasta el tercer canal. Pero debido al fuego intenso del enemigo solo un pequeño grupo de los combatientes acorralados pudieron salir del canal en la oscuridad de la noche.

Este ataque tampoco tuvo éxito y antes del alba volvimos a nuestras posiciones. Pero la mayoría de los efectivos del Batallón Hanzaleh se quedaron en ese mismo canal fronterizo.

En esta fase de la operación, logramos destruir muchos pertrechos del enemigo.

***

El 21 de *bahmán* de 1361, todavía se escuchaba el sonido de los disparos dispersos en la zona del canal.

Eso significaba que nuestros combatientes aún resistían dentro del canal, pero me preguntaba cómo y con qué pertrechos continuaban haciéndolo.

A la hora del ocaso, se nos avisó que se daban por terminadas estas operaciones y se emprendió la retirada.

Vi a uno de los combatientes que en la noche anterior había salido del canal, me dijo: «No te imaginas lo que hemos pasado, no había agua ni comida, nuestros pertrechos eran muy pocos y los alrededores del canal están minados. Cada cierto tiempo hacíamos un disparo para que los iraquíes supiesen que estábamos vivos y resistíamos, pero los iraquíes nos gritaban a cada momento que nos rindiésemos».

¡Todo era muy triste! Un momento después subí a una colina, con binoculares miraba hacia el canal, todavía había explosiones esporádicas en sus alrededores.

¡Ibrahim, mi mejor amigo, estaba allá, en algún lugar, y yo no podía hacer nada!

Esa noche descansé un poco. A la mañana siguiente volví a la línea de fuego.

***

Los iraquíes estaban muy sensibles porque era 22 de *bahmán*.[41] La intensidad de sus disparos aumentó, nuestros combatientes retrocedieron abandonando los terraplenes que estaban más al frente.

Pensé que quizás el ejército iraquí venía hacia nosotros para realizar un gran ataque, pero no, pues sus mismos obstáculos les impedían avanzar.

Por la tarde disminuyó la intensidad del fuego, subí de nuevo a una colina para observar mejor con los binoculares. ¡Lo que veía era increíble: ¡Salía un humo espeso del canal! Además, podía escuchar el sonido de las explosiones.

Fui a hablar de inmediato con los chicos de inteligencia y les dije que los iraquíes estaban tratando de acabar con los

[41] Fecha en que se conmemora el aniversario de la victoria de la Revolución Islámica de Irán.

combatientes que aún estaban en el canal. Ellos también vinieron y usaron los binoculares, solo se podía ver el humo.

Sin embargo, yo aún no perdía las esperanzas. Me puse a pensar que Ibrahim había vivido realmente momentos muy duros, y soportado las peores condiciones en el campo de batalla, por lo que sin duda también saldría avante de esta caótica situación. Empero, cuando recordé sus palabras antes de comenzar la operación mi cuerpo empezó a temblar.

Ocaso sangriento

Narrado por Alí Nasrallah

La tarde del viernes 22 de *bahmán* de 1361, para mí fue mucho más triste, los chicos de inteligencia se fueron a sus trincheras.

Yo volví a usar mis binoculares; cerca del ocaso tuve la sensación de que algo o alguien se movía a lo lejos.

Miré con más cuidado y pude divisar a tres hombres corriendo en nuestra dirección, en el camino continuamente caían y volvían a levantarse. Estaban heridos y cansados. ¡Era obvio que venían del canal!

Grité y llamé a los chicos, fuimos hasta lo más alto de una colina, y les dije a todos que no fuesen a disparar.

Bajo las nubes rojizas del ocaso lograron llegar a nuestra base. Los tres estaban, en efecto, muy heridos.

Corrimos hacia ellos, les preguntamos de dónde venían. No podían ni hablar, uno de ellos me hizo una señal para que le diese agua, le pasé una cantimplora.

Otro temblaba mucho de la debilidad y el hambre. ¡Estaban empapados de sangre! Recuperaron el aliento un poco y nos dijeron que pertenecían al Batallón Kumayl.

Muy nerviosamente, le pregunté:

— ¿Dónde están los otros combatientes del Batallón Kumayl?

Mientras trataba de levantar la cabeza, me dijo:

— No creo que haya sobrevivido nadie más.

Me derrumbé, y le pregunté:

— ¿Cómo habéis hecho para resistir estos cinco días?

No podía hablar, estaba demasiado decaído, pero al final dijo:

— Hemos estado escondidos bajo los cadáveres, pero hubo un combatiente que estos cinco días resistió combatiendo en el canal. — Hizo una pausa, y luego continuó hablando despacio: — ¡Qué hombre más increíble! A veces atacaba con un RPG, a veces con un rifle. ¡Tenía muchas fuerzas!

Otro de ellos, lo interrumpió y dijo:

— Él puso los cadáveres de todos los mártires en un extremo del canal, uno al lado del otro, dividía los pertrechos y el agua, ayudaba a los heridos, parecía no cansarse.

Le pregunté:

— ¿Quién era él? No podía ser uno de los comandantes, pues estos fueron martirizados.

Respondió:

— Era un joven que nosotros no conocíamos. Tenía el cabello corto, usaba pantalones kurdos...

Otro agregó:

— También usaba un pañuelo tradicional árabe alrededor de su cuello, y con una hermosa voz entonaba himnos sobre Ahl ul-Bayt (P), para alentarnos.

Mientras lo oía sentía que mi alma se escapaba de mi cuerpo, todo giraba a mi alrededor, tragué saliva. ¡Ellos estaban describiendo a Ibrahim!

Me senté, estaba muy preocupado, me apretaba las manos, mis ojos se agrandaron, pregunté:

— ¿Estás hablando de Ibrahim, verdad? ¿Dónde está él ahora?

— ¡Es cierto! Parece que los combatientes que lo conocían, lo llamaban «Ibrahim».

Alzando la voz volví a preguntarle:

— ¿Dónde está él ahora?

Otro de ellos, dijo:

— Estaba vivo hasta el último momento, los iraquíes seguían disparándonos. Después nos dijo: «Los iraquíes han retrocedido, seguro se preparan para atacarnos con armas más pesadas. Aprovechad que todavía podéis moveros para salir y regresad». Después vimos que fue a ayudar a los heridos. Nosotros salimos y corrimos hasta aquí.

Otro dijo:

— ¡Yo alcancé a ver que lo atacaron, a la primera explosión lo vi caer!

Cuando escuché eso, todos mis músculos se contrajeron de forma involuntaria, empecé a llorar, mis ojos no tenían sosiego.

No podía controlarme, puse mi cabeza sobre la tierra. Todos los recuerdos que tenía de Ibrahim pasaban por mi mente, desde el *zurjaneh* hasta Guilan-e Gharb donde combatimos hombro a hombro.

El fuerte olor de la pólvora y el ruido de las explosiones se mezclaban. Me acerqué a los terraplenes, quería llegar al canal.

Uno de los combatientes se paró frente a mí, y me dijo:

— ¿Qué está haciendo? ¡Que no ve que es inútil todo lo que usted haga, Ibrahim no volverá! ¡Mire la intensidad del fuego iraquí!

Esa noche nuestras tropas se retiraron de Fakkeh, todos los combatientes estaban igual que yo.

Muchos de los compañeros se habían quedado atrás, cuando entramos a Dokuheh, escuchamos la voz del hach Sadiq Ahangarán, que entonaba un himno que decía:

Oh vosotros que regresáis de vuestro viaje:

¿Dónde están vuestros mártires?

¿Dónde están vuestros mártires?

Al oírlo el llanto de los combatientes se intensificó. La noticia del martirio y desaparición de Ibrahim, se había propagado muy rápido entre todos los combatientes. Uno de ellos que estaba acompañando a su hijo en el frente, se me acercó, y angustiado me dijo:

— Todos estamos destrozados por la desaparición de Ibrahim. ¡Por Dios que si se tratase de mi hijo, me dolería menos, pero todos sabemos lo que significa la pérdida de Ibrahim! ¡Un gran hombre!

Al día siguiente nos dieron licencia a todos los combatientes y vinimos a Teherán. Ninguno de nosotros tenía valor de contar lo que le había pasado a Ibrahim, pero algunos días después, en todas partes se oía hablar sobre su desaparición.

La cumbre de la inocencia

Narrado por Mahdi Ramezaní

Aunque estaba muy joven, Dios me otorgó la bendición de ponerme como compañero de uno de Sus mejores siervos en el Batallón Kumayl. La noche en que llegamos al tercer canal, el cual era pequeño y tenía apenas un metro de altura, al contrario del segundo que era grande y estaba lleno de obstáculos.

Esa noche todos los combatientes volvieron hacia el segundo canal, el cual después denominaron canal de Kumayl y así siguió siendo conocido. Yo junto con otros combatientes pasé cinco días ahí.

Desde la mañana del día siguiente, los francotiradores iraquíes le disparaban a todo lo que se moviese. ¡Nosotros

vivimos algo asombroso esos días en que estuvimos acorralados!

Recuerdo que Ibrahim Hadí con su fuerza descomunal y paciencia, estaba pendiente de todo lo que sucedía y por supuesto de todos nosotros.

Nuestro comandante y subcomandante habían sido martirizados, por eso, la única persona que nos dirigía y nos organizaba era Ibrahim.

Él dividía los pertrechos entre los combatientes, hizo grupos de tres personas y puso a cada grupo en puntos estratégicos del canal.

En cuanto a los grupos, un combatiente estaba al borde del canal y observaba bien la situación, y otros dos estaban a su lado, adentro.

El canal terminaba en curva en uno de sus extremos, Ibrahim y otros combatientes trasladaron a los mártires a ese lugar para que no estuviesen al alcance de nuestra vista. Llevó a los heridos a otro extremo para resguardarlos del fuego.

A pesar del duro momento que estábamos atravesando, cuando era hora de rezar Ibrahim hacía el *adhan*, y efectuábamos la oración colectiva. Eso nos alentaba, nos daba fuerzas y esperanzas.

Dos días después de haber comenzado la operación y al finalizar la segunda operación sin éxito, los esfuerzos de los combatientes aumentaron. Queríamos encontrar la forma de escapar de ese callejón sin salida. La última vez que conseguimos comunicarnos con el cuartel de la división, el comandante en jefe (mártir) Hayipur nos dijo angustiado: «¡No podemos hacer nada, tratad de regresar a toda costa!».

El jueves 21 de *bahmán* escuchábamos por todas partes la llegada de tanques y camiones. Los combatientes escarbaron la pared del canal, hasta hacer una escalera.

Algunos pensaron que habían llegado refuerzos y nos rescatarían, pero había sucedido todo lo contrario: ¡Habíamos sido acorralados aún más!

Los comandos iraquíes se habían acercado escudándose en los tanques, ellos sabían que en todo ese desierto no había más tropas iraníes, a no ser los combatientes atrapados en el canal.

Recuerdo que había un jovencito que se llamaba Seyyed Ya'far Taherí —que al final fue martirizado— tomó un RPG y subió por la escalera, y de un disparo exacto destruyó uno de los tanques del enemigo, esto hizo que retrocediesen un poco.

Nuestros combatientes lograron matar a varios comandos iraquíes e incluso tomaron como prisioneros a varios de sus efectivos que se habían acercado demasiado al canal. ¡Aquello era realmente difícil porque ahora teníamos 5 prisioneros en el canal!

La falta de agua y comida nos agobiaba.

Para ese entonces, ya la mayoría de los combatientes estaban agotados, tirados en el suelo a los lados del canal.

Los tanques que se habían alejado un poco de canal encendieron sus altavoces. Una persona —que entendimos era del grupo terrorista de los *monafiqiin*— empezó a hablar, nos decía: «¡Iraníes, salid! ¡Rendíos! ¡No os haremos nada! ¡Os estamos esperando con agua fresca y comida! ¡Daos por vencidos!».

La sed y el hambre nos estaba matando, algunos combatientes propusieron que nos entregásemos. Uno de

ellos dijo: «Ya cumplimos con nuestra obligación y no hay esperanzas de que nos vayan a rescatar».

Uno de estos mismos jóvenes de los *basīŷ*, dijo: «Si nos toman como prisioneros y la televisión iraquí nos exhibe y el imam Jomeini nos ve, ¿qué vamos a hacer? Nosotros no queremos que el imam se entristezca».

Después de oír eso, nadie volvió a insistir en el asunto. Ibrahim entendió que los combatientes nos habíamos animado un poco, y nos dijo: «¡Entonces, dividamos las provisiones entre todos!»

Le entregamos lo poco que nos quedaba de comida y agua. Entregó una cantimplora y un poco de comida para cada cinco personas. Pero dio una cantimplora a cada uno de los cinco prisioneros iraquíes.

Esto hizo que algunos combatientes se molestasen con él, y le reclamasen. Él solo les dijo: «¡Ellos son nuestros huéspedes!»

Juntamos las municiones y las repartimos entre aquellos que no estaban heridos.

Al alba del día siguiente —el 22 de *bahmán*— los tanques del enemigo retrocedieron un poco más.

Algunos combatientes aprovecharon la oportunidad para salir, pero varios de ellos pisaron las minas, alcanzando de inmediato el martirio.

Una hora después la intensidad del fuego del enemigo se incrementó, ninguno de nosotros podía hacer nada.

La tarde del 22 de *bahmán*, los comandos del enemigo después de su intenso ataque se acercaron al canal. De repente vimos los cañones de las armas iraquíes apuntándonos.

Un oficial iraquí bajó por la escalera que los combatientes habían hecho en la pared del canal. Un soldado lo siguió.

Cuando llegó donde el primero de nuestros combatientes le lanzó un fuerte puntapié al entender que no estaba muerto sino que solo herido, y le ordenó al soldado que le disparase.

El soldado le dio un tiro, nuestro combatiente alcanzó el martirio en el instante.

El segundo herido que encontró era un muchacho muy joven, a este le dio un puntapié en la cara y también le ordenó al soldado que le disparase.

El soldado se rehusó y no disparó. Entonces, el oficial iraquí se molestó mucho y le ordenó nuevamente a gritos que le disparase, pero el soldado no le obedeció y dio un paso hacia atrás.

El oficial iraquí sacó su pistola y le pegó un tiro en la cabeza. El soldado cayó al lado de nuestros mártires. El oficial iraquí salió apresuradamente del canal, y ordenó que nos atacasen.

Un tiempo después, ellos pensaron que ya todos los que estábamos en el canal habíamos muerto, así que regresaron. No se escuchaba ni un disparo, cuando se puso el sol había un extraño silencio.

Algunos chicos y yo que habíamos logrado sobrevivir estábamos entre los cadáveres de los mártires, nos levantamos, miramos los alrededores, no había nadie. La mayoría de sobrevivientes estábamos heridos. El cielo estaba completamente oscuro y emprendimos el retorno, así logramos llegar hasta nuestro cuartel y...[42]

[42] Para saber más acerca de esta epopeya de la resistencia de cinco días de Ibrahim en Fakkeh, consulte el libro *«El secreto del canal de Kumayl»*, publicado por el Grupo Cultural Mártir Ibrahim Hadí.

Prisionero

Narrado por Amir Monyer

Había pasado una semana desde la noticia de la desaparición de Ibrahim. Aún no era mediodía, estaba frente a la mezquita, ahí había encontrado a Ya'far Yangraví, estaba muy nervioso y confundido. ¡Nadie podía creer que Ibrahim hubiese desaparecido!

Unos minutos después llegó el hermano Mustafa y los tres empezamos a hablar sobre Ibrahim. De repente don Muhammad, tornero del barrio, se nos acercó y nos preguntó:

— Chicos, ¿conocéis por acaso a un tal Ibrahim Hadí?

Nos quedamos perplejos, nos miramos unos a otros, le preguntamos:

— ¿Qué sucede? ¿Por qué lo pregunta?

Él se asustó con nuestra reacción, y dijo:

— ¡Nada! Mi cuñado, el hermano de mi esposa, estuvo combatiendo en uno de los frentes, pero hace ya varios meses que no sabemos de él. ¡Está desaparecido! Por eso es que todos los días a las 12 de la noche escucho Radio Bagdad, porque a esa hora leen los nombres de los prisioneros. — Hizo una pausa y continuó: — Anoche estaba escuchando esta radio, de repente el locutor puso una pista musical, y después con mucho entusiasmo anunció que durante la

última operación el ejército iraquí había logrado capturar a uno de los comandantes iraníes, que se llama Ibrahim Hadí.

¡Nos pusimos muy felices. Entendimos que Ibrahim estaba vivo!

No sabíamos qué hacer, la alegría casi nos hizo desfallecer. Fuimos rápidamente a ver a otros amigos, el hermano hach Alí Sadeqi escribió una carta que fue enviada a través de la Cruz Roja.

Reza Huryar se dirigió a la casa de Ibrahim y le dio la noticia a su hermano y le dijo que todos nosotros estábamos felices al saber que Ibrahim estaba vivo.

***

Un tiempo después, la Cruz Roja nos comunicó que había llegado la respuesta a nuestra carta, decía:

«Soy Ibrahim Hadí, tengo 15 años de edad, del domicilio de Nejad Abad, Isfahán.

Creo que tanto vosotros como los mismos iraquíes me estáis confundiendo con uno de los comandantes de la zona oeste…».

A pesar de la respuesta, muchos de los amigos de Ibrahim seguían esperando su regreso hasta el día de la liberación definitiva de los prisioneros.

Los chicos de la *hey'at* siempre que escuchaban mencionar el nombre de Fátima az-Zahra (P), lloraban incontrolablemente en voz alta, pues les hacía recordar a Ibrahim Hadí.

Separación

Narrado por Abbás Hadí

Había pasado un mes desde la desaparición de Ibrahim, todos sus amigos seguían desconsolados.

Fui al hospital a visitar a uno de los combatientes, ahí encontré a Reza Gudiní, apenas me vio empezó a llorar en voz alta. ¡Se emocionó mucho!

Después dijo: «¡Chicos, el mundo sin Ibrahim no es un buen lugar para vivir! Podéis estar seguros que en la próxima operación yo también seré martirizado».

Otro de los chicos que estaba en la misma sala, dijo: «Nosotros nunca comprendimos quién era realmente Ibrahim. ¡Él era un siervo puro de Dios! Estuvo entre nosotros, vivió un tiempo entre nosotros para que entendiésemos qué significa ser «siervo de Dios».

Y otro más dijo: «¡Ibrahim era realmente un campeón, pero un campeón del misticismo!»

***

Cinco meses después del martirio de Ibrahim, aún no le dábamos la noticia a mi madre. Ella me preguntaba constantemente:

— ¿Por qué no viene Ibrahim? Hace mucho tiempo que no le dan licencia.

Nosotros le dábamos diferentes excusas, le decíamos «ahora está participando en una operación importante» o «por ahora no puede venir», u otra cosa, y cambiábamos el tema de conversación.

Hasta que una vez mi madre vino a mi habitación.

Cuando entré, la hallé sentada frente a la foto de Ibrahim, estaba llorando. Me le acerqué y le pregunté:

— Madre, ¿qué te sucede?

— ¡Siento el olor de Ibrahim! ¡Él está aquí en estos momentos! — Me respondió, y tras calmarse un poco, me dijo: — ¡Estoy segura de que Ibrahim ha sido martirizado!

Mi madre continuó:

— La última vez que lo vi había cambiado mucho. Yo le dije: «¡Vamos a pedir la mano de una chica! Quiero que te cases». Él me respondió: «¡No madre! ¡Yo estoy seguro que no volveré y no quiero a nadie esperándome en un rincón de la casa llorando por mí!».

Unos días después volví a ver a mi madre de pie frente a la fotografía de Ibrahim. ¡Lloraba!

Entonces nos vimos obligados a traer a mi tío, su hermano, para que le dijese lo que en realidad había pasado.

Aquel día mi madre se puso peor, los dolores de corazón que desde hace un tiempo venía sintiendo se incrementaron, y tuvimos que internarla en el Hospital de Cardiología.

Años después, cuando llevábamos a mi madre al cementerio de Behesht-e Zahra (P), siempre pedía visitar la Sección 44 y se sentaba al lado de las tumbas de los mártires desconocidos para recordar a Ibrahim.

Aunque llorar le hacía mal por su delicado estado de salud, en ese lugar lograba desatar el nudo de su corazón, y todo aquello que guardaba en lo más íntimo de su pecho se lo decía a los mártires desconocidos.

Búsqueda

Narrado por Sa'id Qasemí y la hermana del mártir

En el año 1369, los combatientes iraníes que estaban cautivos en Irak, regresaron a la patria. Algunas personas todavía estaban esperando que Ibrahim viniese en ese grupo. Entre los liberados había dos personas que se llamaban Ibrahim Hadí, pero ninguno de ellos era nuestro Ibrahim.

Un año después, algunos de los compañeros de Ibrahim, visitaron las zonas de operación en Fakkeh.

Durante el viaje, el grupo encontró varios cuerpos de mártires que luego fueron trasladados a Teherán.

Algunos días después, fuimos a la casa de un mártir; su madre nos dijo:

— ¿Vosotros sabéis donde fue martirizado mi hijo?

— ¡Sí, yo sé! Yo estaba con él. — Le respondí.

— Ahora que la guerra ha terminado, ¿no podéis encontrar su cuerpo y devolvérmelo?

Sus palabras me hicieron reflexionar mucho. Al día siguiente me reuní con algunos de los más notables comandantes. Acordamos ir en busca de los cadáveres de nuestros compañeros, y así lo hicimos.

Después de un tiempo fuimos con algunos compañeros a Fakkeh, comenzamos una nueva búsqueda. Pudimos encontrar 300 cadáveres de mártires, entre ellos el hijo de la señora que había inspirado la búsqueda.

Posteriormente, llegó a ser conocido como Grupo de Búsqueda de los Mártires, y operaba en diferentes zonas fronterizas.

El amor a los mártires oprimidos de Fakkeh hizo que sus operaciones se intensificasen a gran escala, a pesar de lo difícil que resultaba. La mayoría de los miembros del grupo habían conocido a Ibrahim y solían decir que Ibrahim mismo era el fundador del grupo, porque después de las operaciones solía emprender la búsqueda de los cuerpos de los mártires.

Cinco años después de haber finalizado la guerra, aun con todas las dificultades, se inició el trabajo en el Canal de Kumayl, donde uno tras otro íbamos encontrando los cuerpos de los mártires, pero no había noticias de Ibrahim.

Alí Mahmudvand era el jefe del grupo de búsqueda de la división. En la Operación Valfayr Moqaddamatí estuvo cinco días acorralado por el enemigo ahí mismo, en el Canal de Kumayl.

El decía que su vida le pertenecía a Ibrahim, y agregaba: «Nadie sabe acerca de la soledad de Fakkeh, cuantos chicos oprimidos fueron martirizados en este canal. Aquí se siente el olor de la soledad y la tristeza de Kerbala.

Un día encontramos un cadáver de un mártir que entre sus pertrechos tenía una libreta de notas, que después de tanto tiempo podía volver a ser leída. En la última página estaba escrito:

«Hoy cumplimos cinco días de estar acorralados. Hemos estado racionando el agua y la comida. Los mártires duermen uno al lado del otro al final del canal. Los mártires ya no tienen sed. ¡Oh, hijo de Fátima, me sacrifico por tus labios sedientos!».

Al leer esta nota, los compañeros se angustiaron mucho y reanudaron la búsqueda. Pero después de encontrar la mayoría de los cadáveres de los mártires, no hubo noticias de Ibrahim.

Un tiempo después, uno de los compañeros de Ibrahim vino a Fakkeh.

Él comenzó a contar sus memorias sobre los mártires, y nos dijo: «No busquéis tanto el cadáver de Ibrahim. Él quería ser un mártir sin tumba, un soldado desconocido. Por lo tanto, es muy difícil encontrarlo. Ibrahim ha quedado en Fakkeh como un sol para los pasajeros de la luz.

***

A finales de los 70, se reinició la búsqueda en la región de Fakkeh. Encontramos los cadáveres de algunos mártires en los canales pero la mayoría eran desconocidos.

En el mismo contexto de la búsqueda fue que Alí Mahmudvand y —después de un tiempo— Mayid Pazokí se unieron al grupo de los mártires.

Enviamos los cadáveres de los mártires desconocidos a las instalaciones de nuestro grupo de búsqueda. Se planeó que durante los días en que se conmemora el aniversario del martirio de Fátima az-Zahra (P) y después de una larga

procesión fúnebre por todo el país, con la participación masiva del pueblo iraní, cada uno de los cinco mártires fuese sepultado en un punto del territorio del país.

La noche que llevamos los cuerpos de los mártires desconocidos a Teherán, vi en sueños a Ibrahim. Estaba en su moto frente a la casa y entusiasmado decía: «¡Nosotros también hemos regresado!». Después me dijo adiós con la mano.

De nuevo vi en sueños el cortejo fúnebre de los mártires; sus ataúdes iban sobre la cama de un camión, uno de ellos se movía, Ibrahim salió de él, tenía el rostro lúcido de siempre y nos miró sonriente, de la misma forma en que solía hacerlo.

En la mañana, la gente responsable de las ceremonias acogió de forma esplendorosa a los mártires, el cortejo fúnebre fue glorioso. Posteriormente los mártires fueron enviados a distintas partes del país para su respectiva sepultura, tal como se había acordado.

Yo creo que Ibrahim realmente volvió en ese grupo de mártires desconocidos que se trajeron a Teherán el día en que se conmemoraba el martirio de Fátima az-Zahra (P), para quitarnos el polvo de la negligencia de nuestras caras. Por eso, cuando voy a los cementerios, siempre visito las tumbas de los mártires desconocidos, así recuerdo a Ibrahim y a todos los Ibrahimes de esta nación, y recito la *sura Al-Fatiha* en su memoria.

Presencia

En el año 1376, una de las cosas más importantes que se hizo en el barrio fue dibujar el retrato de Ibrahim en un muro bajo el puente de la autopista Shahid Mahalatí. En los últimos días en que estaba recopilando estas anécdotas fui a visitar a un seyyed, le dije:

— Me han dicho que ha sido usted quien ha hecho el retrato de Ibrahim Hadí, ¿correcto?

— ¡Sí! ¿Por qué lo pregunta?

— ¡Nada en especial! Solo quería agradecerle pues debido a su trabajo Ibrahim aún está presente en el barrio.

— Yo no conocía a Ibrahim. Se había acordado que en ese muro bajo el puente de la autopista Shahid Mahalatí se hiciese el retrato de un general en ocasión del Congreso de los Mártires, pero uno de mis amigos trajo la fotografía de don Ibrahim y me dijo: «Este es un mártir sin tumba, un

soldado desconocido. Si te es posible, trata de hacer su retrato». Al escuchar sus anécdotas, acepté. Fue un trabajo difícil, pero intenté hacerlo de la mejor manera. A causa de que se nos había encomendado hacer otro retrato no me pagaron nada, pero después de terminar el mural Dios me bendijo tanto que hasta me sobró. ¡Además vi muchas cosas producto de ese retrato!

— ¿Qué ha visto? — Le pregunté sorprendido.

— Cuando estaba dibujando el retrato, se realizó una exposición en honor a los mártires. Un viernes por la noche vino una señora a verme y me dijo:

«Señor, estos dulces los hemos preparado para este mártir. Me gustaría que fuesen distribuidos en este mismo lugar».

Pensé que era pariente del mártir, y quise confirmarlo, por lo que le pregunté:

«Conoció usted al mártir Hadí?».

Me dijo que no, y al ver mi gesto de sorpresa, continuó:

«Vivo cerca... yo tenía un gran problema… Hace unos días pasé por aquí, usted estaba pintando el retrato y en ese momento dije: "Dios mío, si en verdad aprecias a estos mártires, resuelve mi problema". Después me le quedé viendo al retrato, y continué diciendo: "¡Oh Dios, resuelve mi problema; Te prometo que desde hoy voy a hacer mis oraciones justo cuando se llegue su hora". Después recité la *sura Al-Fatiha* en memoria del mártir del cual ni siquiera sabía su nombre, y créame que mi problema se resolvió de inmediato. Entonces, hoy vengo a agradecerle al mártir».

El seyyed continuó:

— El año pasado tuve nuevamente un problema en mi trabajo. ¡Estaba atravesando una situación difícil! Pasaba casualmente por el lugar en que pinté el mural de don

Ibrahim, y vi que con el paso del tiempo el retrato lucía descolorido. Entonces, al poco tiempo llevé pinturas, armé mi andamio, y retoqué el retrato del mártir hasta dejarlo como nuevo… ¡Fue increíble! Al mismo tiempo que terminé de repintarlo me propusieron un proyecto grande, lo que resolvió mis problemas. — El seyyed hizo una pausa, y luego continuó: — Señor, estos mártires son muy apreciados por Dios, nosotros todavía no hemos conocido bien su valor. Lo mínimo que usted haga por ellos, se lo devolverán con creces.

***

Una persona había llegado a la mezquita, me preguntó quiénes de los presentes habían sido amigos de don Ibrahim. ¡Quería hablar sobre el mártir con la gente de la mezquita!

— ¿A qué se dedica? ¿En qué puedo servirle? — Le pregunté.

— Solo quiero saber sobre el mártir Ibrahim Hadí. ¿Quién fue? ¿Dónde está su tumba?

Pensé un poco, no sabía cómo comenzar, le dije:

— Ibrahim Hadí es un mártir desconocido, y al igual que todos ellos, no tiene tumba. — Luego, le pregunté: — Pero, ¿cuál es su interés al respecto?

— Nuestra casa está cerca de donde han pintado el retrato del mártir Hadí. Tengo una hija pequeña que todos los días cuando va al colegio pasa por ahí, frente al mural.

Noté que a medida que el hombre hablaba, iba emocionándose, agregó:

— Una vez mi hija me preguntó quién era la persona del retrato. Le dije que era uno de los combatientes que se enfrentaron al enemigo, y evitaron que fuésemos atacados, y después murieron como mártires. Desde ese día, cada vez

que pasa frente al mural, saluda al mártir. Hace unas noches mi hija vio en sueños al mártir del retrato, al mártir Ibrahim Hadí y este le dijo: «¡Señorita, cuando usted me saluda, yo le respondo. Además le ruego a Dios por usted, pues aunque es apenas una niñita siempre está muy pendiente de ponerse bien el hiyab».

En este punto del relato el hombre estaba ya muy emocionado, y continuó:

— Ahora mi hija me hace preguntas sobre él, quiere saber quién es Ibrahim Hadí, dónde está su tumba.

Al escucharlo, no lo pude evitar y yo también me emocioné mucho, no podía hablar y apenas le dije:

— Dígale a su hija que si quiere que don Ibrahim siempre haga súplicas por ella que debe realizar puntualmente sus oraciones y seguir usando tan cuidadosamente su hiyab.

Después le conté algunas de las anécdotas de Ibrahim.

***

Recordé haber visto en un cuadro la frase: *«La comunicación y amistad con los mártires es recíproca, si usted está con ellos, ellos estarán con usted».*

¡Eso tiene un gran significado!

Llegó el año nuevo, 1388. Para completar la información que se necesitaba para el libro fuimos a Guilan-e Gharb. Llegamos a la ciudad de Eyván cuando se estaba poniendo el sol. Yo estaba muy cansado, había conducido prácticamente todo el día, y no había podido encontrar ningún hotel ni hospedería. Así es que dije: «Don Ibrahim, estamos haciendo algo para usted, ahora haga usted algo por nosotros».

En el mismo momento escuché la llamada a la oración del ocaso, y pensé: «Si Ibrahim estuviese aquí seguro que iba de

inmediato a la mezquita para hacer la oración». Entonces, nos dirigimos a la mezquita; ahí hicimos la oración colectiva. Después un hombre de unos 50 años se nos acercó y nos saludó educadamente. Nos preguntó:

— ¿Habéis venido de Teherán?

— ¡Sí! — Le dije sorprendido, y quise saber: — ¿Cómo lo supo?

— Por la placa de su auto. — Respondió, y agregó: — Vivo cerca de aquí. ¿Me acompañáis? ¿Sería un honor para mí?

— ¡Muchas gracias por su gentileza, pero debemos irnos!

— Descansad esta noche en mi casa y en la mañana podéis partir.

No quería aceptar pero uno de los voluntarios de la mezquita se me acercó y me dijo:

— Este es el Sr. Muhammadí, es una de las autoridades de la alcaldía de la ciudad. ¡Acepte su invitación!

Estaba tan cansado que no insistí más, y acepté.

Nos acogió amablemente, y nos ofreció una cena abundante y exquisita. En la mañana también nos ofreció desayuno. Posteriormente, le dijimos cuan agradecidos estábamos con él, y nos disponíamos a despedirnos cuando nos dijo:

— Puedo preguntar, ¿cuál es el motivo de vuestra visita a nuestra ciudad?

— Estamos recopilando memorias de un mártir para completar un libro sobre él. En realidad nuestro destino es Guilan-e Gharb.

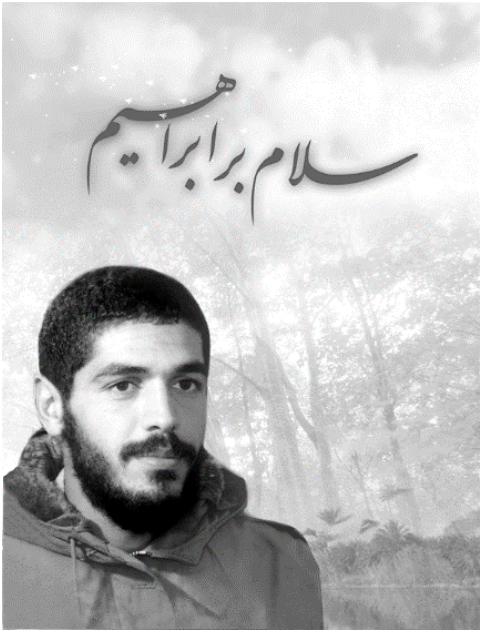
— ¡Yo nací en Guilan-e Gharb! — Nos dijo sorprendido, y nos preguntó: — ¿De qué mártir se trata?

— Usted no lo conoce. Él era de Teherán. — Le dije, y luego saqué de mi portafolio una foto de Ibrahim. Se la mostré. Me miró asombrado y me dijo:

— ¡Pero si es Ibrahim Hadí! ¡Mi padre y yo fuimos miembros del grupo de este mártir! Lo acompañamos en las diversas operaciones de reconocimiento en el primer año de la guerra.

Yo me quedé aún más asombrado, no sabía qué decir, tenía literalmente un nudo en la garganta. Desde la noche se nos había atendido de la mejor manera, y ahora resultaba que el anfitrión era amigo de Ibrahim.

Dije: «Gracias don Ibrahim. Al acordarnos de ti fuimos a hacer la oración justo después de escuchar el *adhan*, y tú…»



La paz sea con Ibrahim

Cuando decidimos escribir este libro en memoria de don Ibrahim, pusimos todo nuestro empeño para obtener —con la ayuda de Dios— un producto que fuese digno de él, a pesar de que sabemos que esta

recopilación de anécdotas es apenas un gota en el océano de lo que hay para contar sobre este noble mártir.

Para comenzar agradezco a Dios por haberme permitido conocer a este Su siervo puro y sincero, y por haberme elegido para llevar a cabo esta tarea. Durante todo el proceso he sido testigo de cosas fascinantes.

Pasé durante casi dos años haciendo esfuerzos para realizar sesenta entrevistas, diversos viajes, reordenando y editando varias veces los textos. Quería encontrar un título adecuado que fuese afín a la forma de ser de Ibrahim y a su espíritu.

Un día me reuní con el hach Husein y le pregunté:

— ¿Qué título le ponemos a este libro?

— «La llamada a la Oración». — Me respondió, y luego explicó: — Es que, muchos de los chicos conocían a Ibrahim por hacer el *adhan* de manera muy hermosa.

Otro de sus amigos me contó que el mártir Ibrahim Hesamí solía decir *«el héroe místico»* cuando se refería a Ibrahim Hadí, por lo que me propuso ese título para el libro.

Pero, yo mismo había decidido ponerle «El Milagro de la llamada a la oración».

Llegó la noche, no podía dejar de pensar en la cuestión del título del libro.

Había un Corán al lado de mi escritorio, llamó mi atención, lo tomé, y dije:

«¡Dios mío! Esta obra es para Tu siervo benevolente y desconocido, quiero saber que nombre debo ponerle al libro, quiero saber cuál es la opinión del Sagrado Corán al respecto».

Posteriormente, dije:

«¡Dios mío! Hasta ahora todo lo que hemos conseguido es gracias a Ti, porque yo no conocí a Ibrahim y debido a que estaba muy pequeño tampoco participé en la guerra. Sin embargo, Tú hiciste todo para que se concretase este proyecto.

¡Dios mío! Yo no sé hacer la *istijara* con el Corán, tampoco sé el significado correcto de sus aleyas».

Después dije «*En el nombre de Dios»*, recité la sura *Al-Fatiha*, abrí el Corán.

Dirigí mi mirada rápidamente a las primeras aleyas de la página que me había salido al abrirlo, y me puse pálido.

Me quedé aturdido, y empecé a llorar sin poder evitarlo. Se trataba de la aleya 109 en delante de la sura 37 *(As-Safat)*:

«¡La paz sea con Ibrahim!

Así es como recompensamos a quienes hacen el bien.

En verdad, él era uno de Nuestros siervos creyentes».

Los mártires están vivos

Narrado por Mustafa Saffar Harandí y otros amigos del mártir

Esta no es una frase personal, lo dice el Corán.[43] Los mártires ven y saben lo que sucede, mejor que en el tiempo en que estaban físicamente entre nosotros.

Cuando me encontraba realizando la recopilación de estas anécdotas, muchas veces fuimos testigos de la ayuda de Dios, y el apoyo de Ibrahim. ¡Muchas veces era él mismo el que nos indicaba a quien debíamos entrevistar!

Pero tanto su presencia como la de otros mártires la atestiguamos de una manera más intensa en momentos decisivos y difíciles.

Esa presencia fue evidente en el mes de *tīr* del año 1378, durante la división y discordia que fue objeto de disfrute de los enemigos de la República Islámica. Sin embargo, Dios quiso que aquellos que ocasionaron esta sedición tuviesen un final ominoso.

En la primera noche de esos sucesos aciagos, todavía no se sabía de los disturbios, yo vi en sueños al general mártir Muhammad Boruyerdí.

Él había reunido a todos los jóvenes de la mezquita, y los había llevado a una de las encrucijadas de Teherán.

---

[43] Corán, 2: 154.

La escena era parecida al día en que el imam regresó a Irán. Boruyerdí estuvo a cargo de la seguridad ese 12 de *bahmán*.

Yo también acompañaba a los chicos de la mezquita. De repente vi que Ibrahim Hadí, Yavad Afrasiabí, Reza y otros de nuestros mártires estaban con el general Boruyerdí.

Me puse muy contento cuando los vi, quería acercármeles pero vi que el mártir Boruyerdí tenía un papel en sus manos y al igual que hacía cuando íbamos a realizar una operación, organizaba a los combatientes y los enviaba a diferentes zonas, esta vez de Teherán.

Al grupo que acompañaba a Ibrahim lo mandó a diversos puntos, en los alrededores de la Universidad de Teherán.

Al día siguiente me puse a reflexionar sobre este sueño, tratando de entender su significado. Hasta que mis compañeros me llamaron y me dieron la noticia de que había disturbios en los alrededores de la Universidad, y me dieron detalles de lo que pasaba.

Cuando escuché la noticia, lo primero que se me vino a la mente fue el sueño y entonces pude entender su significado. Gracias a Dios los disturbios del año 78, acabaron rápidamente. El 23 de *tīr*, la gente realizó una manifestación masiva, reprobando a todos aquellos que promovieron la discordia.

Ese día vi a Alí Nasrallah; aunque no se sentía muy bien de salud, participó en la manifestación.

Le dije:

— Hach Alí, los mártires derrotaron esta discordia de los enemigos.

— ¿Acaso podía haber sido de otra forma? ¡No dudes, que esto ha sido obra de los mártires!

¿Adónde vais?

Narrado por la hermana Rasulí y otras personas.

En la época de la Defensa Sagrada mi marido y yo estuvimos en el frente de guerra. Él era miembro del Grupo Mártir Andarzgu y yo socorrista en el Hospital de Guilan-e Gharb. Ahí fue donde vi por primera vez al Sr. Hadí.

Una vez que trajeron algunos cadáveres de mártires al hospital, el hermano Hadí se nos acercó y dijo: «Vosotras quedaos aquí porque los cadáveres están en muy mal estado y nosotros debemos hacer el reconocimiento».

Asimismo, tuve la oportunidad de oírlo varias veces entonando himnos sobre Ahl ul-Bayt (P); tenía una voz celestial. Cuando recitaba súplicas lograba que todos los que lo escuchábamos nos sintiésemos mejor.

Yo veía que los chicos *basīŷ* querían mucho a don Ibrahim y dondequiera que fuese, ahí estaban con él.

A finales de 1360 ellos partieron para el sur y yo regresé a Teherán.

Unos años después, pasaba por el bulevar 17 de Shahrivar cuando casualmente vi el retrato del hermano Ibrahim en una pared, yo no sabía de su martirio ni de que su cuerpo no había sido encontrado.

Desde entonces todas las noches de viernes, hago dos ciclos de oración en memoria de don Ibrahim y otros mártires.

Una noche, en la época de los disturbios del año 1388, sucedió algo asombroso. Vi en sueños al hermano Ibrahim, tenía el rostro lúcido y estaba parado sobre una colina verde a la sombra de unos árboles hermosos.

Después percibí que dos de sus amigos, a los cuales yo conocía, estaban al pie de la colina, dentro de un pantano.

Ellos trataban de salir pero al moverse se hundían más. Ibrahim se volvió hacia ellos, les gritó y les recitó esta aleya: *«Entonces, ¿adónde vais?»*[44] Pero ellos lo desoyeron.

Al día siguiente pensé mucho en el sueño, en cómo debía interpretarlo.

Llegó mi hijo, venía de la Universidad, se me acercó contento, y me dijo: «¡Madre, tengo un presente para ti!

Mientras me lo daba me dijo: «Este es el libro sobre el mártir Ibrahim Hadí…»

¡Apenas vi la tapa, palidecí!

Mi hijo se asustó, y me dijo: «¿Qué te sucede? Pensé que te ibas a alegrar».

Le ordené que me dejase verlo bien.

¡Yo en la noche había visto la misma escena en el sueño, es decir, vi a Ibrahim exactamente de la misma forma que aparecía en la tapa del libro!

Cuando entendí que mi sueño tenía significado empecé a leer el libro. Mi esposo telefoneó a uno de los *basīŷ* de aquellos años. Le preguntó si tenía noticias de las dos personas que yo le había dicho haber visto en sueños.

Después de las indagaciones entendí que estas dos personas, a pesar de todo lo vivido en la guerra, apoyaban a los cabecillas de quienes promovían la discordia, oponiéndose al líder de la Revolución Islámica.

---

[44] Corán 81:26.

Aunque el sueño no es un argumento legal de la jurisprudencia islámica, tenía la obligación de llamar a esas dos personas y contarles mi sueño.

Gracias a Dios este sueño surtió efecto: El hermano Ibrahim una vez más guió[45] a sus amigos…

Tumba conmemorativa

Narrado por la hermana del mártir

Después de lo que le pasó a Ibrahim no sabía qué hacer, estaba totalmente desolada porque él era todo para mí, estaba tan apegada a él, para nosotros no era solo un hermano sino un maestro.

Muchas veces hablaba conmigo sobre el hiyab y me decía que el vestuario islámico es una forma de recordar a hazrat az-Zahra (P), y

[45] Juego de palabras imperceptible en español. En la lengua persa *hadí* significa guía, pero al mismo tiempo es el apellido del mártir.

repetía: «La fe de una mujer se perfecciona cuando usa adecuadamente su hiyab».

Cuando quería salir o ir a un lugar al que nos habían invitado, nos orientaba y enseñaba la manera de tratar con aquellas personas que no formaban parte de nuestro círculo familiar íntimo.

Pero lo importante era que nunca nos ordenaba el bien ni nos prohibía el mal de forma directa sin más ni más, sino que nos explicaba las razones, nos exponía argumentos. Conocía a fondo los principios pedagógicos.

Respecto al rezo, muchas veces nos levantaba de manera jocosa y con una enorme sonrisa para que hiciésemos la oración del alba, y nos decía: «La oración debe hacerse justo después de escuchar el *adhan* y en forma colectiva».

Siempre exhortaba a sus amigos a hacer el *adhan* y les decía, no importa el lugar donde os encontréis, si escucháis la llamada a la oración, incluso si vais en vuestra motocicleta o automóvil, ¡deteneos y en voz alta llamad a vuestro Señor, y haced la llamada a la oración».

Cuando Ibrahim estuvo en casa debido a sus heridas, por una parte estábamos tristes y por otra felices: Tristes por sus heridas y felices por su compañía.

Recuerdo bien una vez que sus amigos vinieron a visitarlo, Ibrahim comenzó a entonar este himno sobre Ahl ul-Bayt (P), que pienso que él mismo había escrito:

«Si todo el mundo estuviese luchando en contra nuestra;
si derramasen mi sangre a cuchilladas.
Si empapasen mi cuerpo con dicha sangre
y separasen mi cabeza de él
y me tocase estar entre el fuego y la sangre,
aun así no le daría la espalda a las órdenes de mi líder».

Muchas veces habíamos escuchado que a Ibrahim le disgustaba que algunas personas dijesen: «Nosotros estamos yendo al frente de guerra para ser mártires».

Aconsejaba a sus amigos: «Decid: "Serviremos al Islam y a la Revolución hasta el último momento, y si Dios quiere y tenemos éxito, seremos mártires". Pues debemos luchar por el Islam mientras podamos, hasta el último momento».

Además solía decir: «Debemos trabajar mucho, esforzarnos lo necesario en el camino de Dios, y si aprobamos nuestro examen, Dios mismo nos entregará el título de mártires».

Pero también es posible que debido a nuestras malas acciones y comportamiento inadecuado, perdamos la oportunidad de ser mártires.

***

Muchos años han pasado ya desde el martirio de Ibrahim, nadie puede imaginar lo que su pérdida significó para nosotros, su familia. A nuestra madre le hizo tanta falta que su salud se quebrantó y enfermó.

En el año 1390 oí que habían decidido poner una lápida en recuerdo de Ibrahim sobre una de las tumbas de un soldado desconocido del cementerio de Behesht-e Zahra (P).

Ibrahim quería ser un soldado desconocido, un mártir así. Ahora la gente honra su memoria cuando visita esa tumba de alguien que alcanzó el martirio y nadie sabe quién es.

En realidad uno de los mártires desconocidos recibe las honras por mediación de Ibrahim. Y así pasó el tiempo hasta que un día decidí visitar dicha tumba.

La primera vez que vi la lápida en memoria de Ibrahim, mi cuerpo comenzó a temblar, palidecí, y miraba admirada los detalles y los alrededores.

Algunos familiares que me acompañaban estaban igual que yo. ¡Recordamos algo que había sucedido ahí mismo, hace 30 años!

Después de la operación de Jorramchar, un primo de mi madre fue martirizado, se llamaba Hasan Serayián.

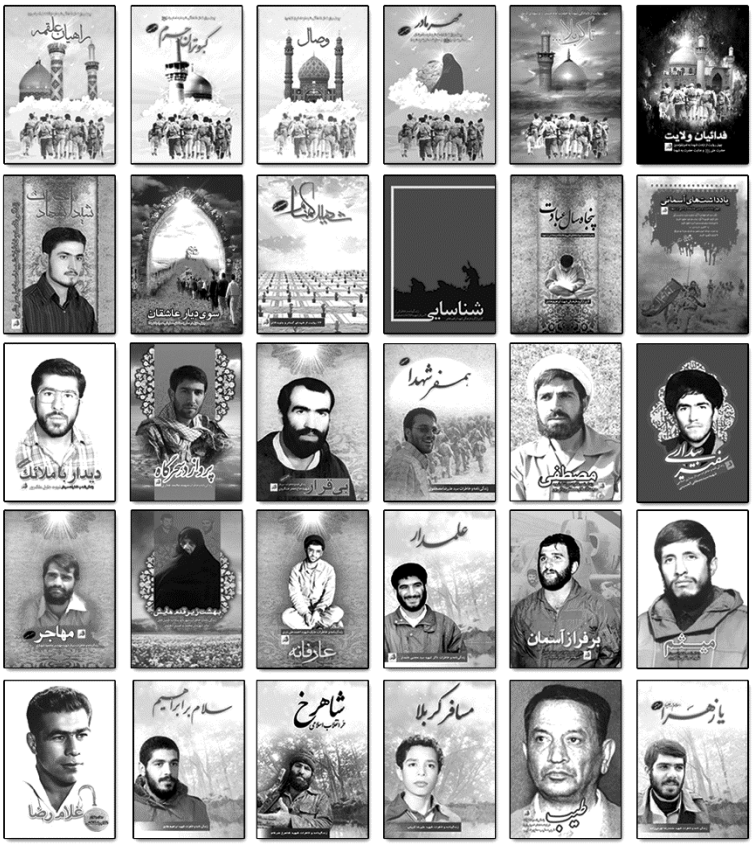
En ese tiempo Ibrahim estaba herido, y caminaba con muletas, pero aun así vino al cementerio de Behesht-e Zahra (P) para participar en el funeral.

Después del entierro, Ibrahim se acercó a la tumba y le dijo: «¡Qué bien estás Hasan! ¡Qué buen lugar en el que has sido sepultado: En la sección 26 y al lado de la senda principal! Toda persona que pase por aquí recitará la sura *Al-Fatiha* en tu memoria! Yo debo venir a este lugar y estar cerca de ti. ¡Suplícale a Dios para que yo también esté aquí».

Acto seguido golpeó la tierra de la tumba aún sin lápida de Hasan con su muleta y señaló algunas otras sepulturas que estaban un poco más allá.

Algunos años después, ahí mismo donde Ibrahim había señalado enterraron a un mártir desconocido.

Posteriormente, de forma milagrosa colocaron la lápida justo donde Ibrahim había deseado estar.



Últimas palabras

Con la ayuda de Dios pasaron cuatro años desde la publicación del libro de Ibrahim. De 1389 a 1396, *«La paz sea con Ibrahim»* llevaba ya más de 120 reimpresiones.

Tal vez nosotros mismos nunca nos imaginamos que sin ningún apoyo de los medios de comunicación ni del gobierno —sino solo con la ayuda de Dios— se hubiesen vendido más de 700 000 ejemplares. ¡Sobre todo en un mercado tan competitivo como lo es el de los libros en Irán!

En todo este tiempo, muchos de los «nuevos amigos» de Ibrahim se han comunicado conmigo a través de llamadas telefónicas, mensajes de texto y correos electrónicos.

Todo ello gracias a Dios y por mediación de este querido mártir. Desde la curación de un paciente con cáncer con la intercesión del mártir Ibrahim Hadí, hasta el caso de un estudiante irresponsable que por casualidad conoció al mártir a través del libro y dio un gran cambio de timón en su vida.

Desde aquel joven que después de varios intentos de casarse era siempre rechazado hasta que le rogó a Dios por el aprecio que le tiene al mártir Hadí, y cuando fue a pedir la mano de una joven, al entrar a su casa vio una fotografía del mártir Hadí adornando la sala; y a su vez, la familia de dicha joven le había pedido al mártir que intercediese por ellos para…

Hasta los jóvenes que por amor a Ibrahim empezaron a practicar el deporte antiguo, y todas sus acciones las hacen para la complacencia de Dios.

En estos años no ha habido un día en que no le recordemos, toda nuestra vida ha estado vinculada a él. Ibrahim con la ayuda de Dios abrió la senda para que más de sesenta libros sobre otros mártires fuesen escritos y publicados.

Con el camino que él nos trazó, se le presentaron a la sociedad islámica decenas de mártires de los cuales no tenía mayores noticias.

Libros que en su mayoría han sido reimpresos muchas veces.

Quizás, el primer día nunca imaginamos lo que iba a suceder, pero nuestro querido Ibrahim no solamente ha sido un modelo de sinceridad y entrega, para nosotros sino también un modelo de moral práctica para otros pueblos y países.

Vinieron de Cachemira y pidieron autorización para traducir el libro y publicarlo en Pakistán y la India. Dijeron que iba a ser «el mejor modelo práctico para los musulmanes de aquella región». Y así fue hecho durante la Década del Alba de 1392.

Posteriormente otras personas, desde el extranjero me solicitaron autorización para ser traducido y publicado en alemán y árabe.

Ellos me expresaron que Ibrahim es un ejemplo de moral para todos los seres humanos. Gracias a Dios, en el año 1394 pudieron terminar su trabajo. La traducción en árabe fue publicada en muchos países. Luego, empezó la traducción en inglés y ruso.

Sí, el primer día fuimos en búsqueda de anécdotas para tratar de entender qué significaban las palabras del difunto sheij Husein Zahed, y con la ayuda de Dios pudimos comprobar el sentido y veracidad de esas palabras.

Ibrahim es un modelo de moral práctica para todas las personas que quieren aprender la manera correcta de vivir en este mundo.

El libro continúa siendo traducido y publicado en muchos otros idiomas, incluyendo el español.

Glosario[46]

(P): abreviatura de las construcciones «la paz sea con él», «la paz sea con ella» y sus plurales.

(PB): abreviatura de las construcción «la paz y las bendiciones [de Dios] sean con él y con su descendencia purificada»

¡Al.lahu Akbar! [en árabe, أكبر الله, «Dios es el más grande»]: frase conocida como *takbir,* es una expresión muy utilizada en el mundo islámico como exclamación informal y expresión formal de fe.

¡as-salamu 'alaykum! [en árabe, السلام عليكم]: significa literalmente «que la paz [de Dios] sea con vosotros». Fórmula de salutación de los musulmanes.

¡barak Al.lah! [en árabe: بارك الله]: significa literalmente «las bendiciones de Dios [sean contigo, con ustedes, etc.]»; es una de las muchas frases utilizadas por los musulmanes para expresar agradecimiento; también se emplea con el sentido de *«¡bien hecho!»,* cuando se quiere animar a alguien.

¡mashā Al.lah! [en árabe: ما شاء الله]: frase que se traduce frecuentemente como «Dios lo ha querido», «Dios lo quiere» o «Dios quiso»; es usada por los musulmanes para expresar aprecio, alegría, elogio o agradecimiento por un evento o persona que se acaba de mencionar.

15 de sha'bán: fecha del natalicio del Imam Mahdi (P), por lo que los musulmanes chiitas generalmente permanecen despiertos durante esta noche y se dedican a orar y a otras prácticas religiosas.

adhan [en árabe: أَذَان] o **llamada a la oración**: fórmula usada en el Islam para convocar a los fieles a la oración obligatoria.

Ahl ul-Bayt [en árabe: أهلُ الْبَيت]: término que hace referencia a la familia del Profeta Muhammad y su descendencia

[46] Definiciones del Prof. Mustafa Al-Salvadori.

purificada, es decir el Imam Alí, Fátima, el Imam Hasan, el Imam Husein y los nueve Imames infalibles de la descendencia del Imam Husein (la paz sea con todos ellos).

al.lamah [en árabe: عَلاَّمة] también transliterado *allamah*: título honorífico dado a los grandes maestros de la filosofía y la jurisprudencia islámicas.

arbaín [en árabe, الأربعين]: cuadragésimo día después del aniversario del martirio del Imam Husein (P).

ashura [en árabe: عاشورا] o el **día de ashura**: décimo día del mes de muharram, en cuya fecha se conmemora el aniversario del martirio del Imam Husein (P).

baazismo: ideología nacionalista y socialista árabe.

baazista: partidario del *baazismo*. En este libro hace referencia a los militares o funcionarios del régimen del dictador Sadam Husein quien era miembro de la facción iraquí del Partido Baaz Árabe Socialista.

Basīŷ [en persa بسيج]: literalmente «movilización»; es una fuerza de resistencia auxiliar formada por voluntarios, y fundada por el imam Jomeini. Se ocupa de diversas actividades, como: la imposición del orden y la ley, la administración de emergencias, el aprovisionamiento de servicios sociales, la organización de ceremonias religiosas públicas, etc. Su participación en la Defensa Sagrada fue trascendental.

calendario de la hégira solar: es el calendario oficial en Irán y Afganistán, comienza en el equinoccio de marzo (aproximadamente el 21 de marzo de cada año gregoriano) según lo determinado por el cálculo astronómico para el meridiano de la hora estándar de Irán (52.5 ° E, UTC + 03: 30) y termina aproximadamente el 20 de marzo del próximo año. Los años tienen 365 o 366 días. Para convertir el año de la hégira solar en su año gregoriano equivalente, se deben agregar 621 o 622 años al año de la hégira solar dependiendo de si este ha comenzado o no. En Irán sus meses son:

	Nombre[47]	En persa	Día de inicio	Duración (días)
1	*farvardín*	فروردین	21 de marzo	31
2	*ordibehesht*	اردیبهشت	21 de abril	31
3	*jordād*	خرداد	22 de mayo	31
4	*tīr*	تیر	22 de junio	31
5	*mordād*	مرداد	23 de julio	31
6	*shahrivar*	شهریور	23 de agosto	31
7	*mehr*	مهر	23 de septiembre	30
8	*abān*	آبان	23 de octubre	30
9	*āzar*	آذر	22 de noviembre	30
10	*dey*	دی	22 de diciembre	30
11	*bahmán*	بهمن	21 de enero	30
12	*esfand*	اسفند	20 de febrero	29/30

chafiye [en persa: چفیه]: pañuelo sobre todo para el cuello usado por los soldados iraníes, especialmente por los *basīŷ*.

Década del Alba [en persa: دهه فجر]: celebración de diez días, desde el aniversario del regreso del imam Jomeini a Irán —después de años de exilio— hasta el del día de la victoria de la Revolución Islámica.

Defensa Sagrada o **Guerra Impuesta**: denominaciones dadas por los iraníes a la guerra Irán-Irak que comenzó el 22 de septiembre de 1980 y se prolongó hasta el 20 de agosto de 1988.

deporte antiguo [en persa: ورزش باستانی] o **deporte de los héroes** [en persa: ورزش پهلوانی]: es el deporte nacional de Irán; consiste en una serie de técnicas de culturismo y gimnasia, así como de lucha acompañada por el ritmo de un instrumento de percusión llamado *tombak*.

[47] En Afganistán los meses tienen otro nombre.

fuente de Kauzar: inmenso depósito de agua refrescante en el Paraíso. De acuerdo a los hadices los merecedores del Paraíso entrarán a esta fuente y saciarán su sed, experimentando un goce inefable.

hach [en árabe: حَاج]: título dado a las personas que han realizado la peregrinación a La Meca.

hazrat [en persa: حضرت]: literalmente significa «Gran Presencia», es un título honorífico islámico usado para honrar la condición espiritual de una persona.

hey'at [en persa: هیئت]: un tipo de fundación que celebra reuniones religiosas, destacándose entre estas las ceremonias de luto por el Profeta Muhammad (PB) y su Ahl ul-Bayt (P).

istijara (en árabe: الاستخاره): significa «pedirle el bien a Dios»; es un procedimiento a través del cual se pretende eliminar un estado de indecisión mediante la consulta del glorioso Corán o el *tasbih*. Se recurre a la *istijara* si tras reflexionar y consultar a personas de confianza y experiencia no se logra eliminar el estado de indecisión.

joven *hezbol.lahí*: miembro del movimiento iraní *Hezbollah* que se formó en el momento de la Revolución Islámica de Irán para contribuir a su causa. No se debe confundir con su homónima libanesa.

jums [en árabe: الخمس]: impuesto islámico que deben dar los musulmanes. Consiste en el pago de una quinta parte de algunos bienes y propiedades bajo ciertas condiciones y normas.

Kaaba [en árabe: الكعبة]: construcción en forma de cubo ubicado dentro de la Masyid al-Haram, en La Meca. Es el más importante lugar sagrado y de peregrinación religiosa del Islam, siendo también la alquibla de los musulmanes.

kaleh pacheh [en persa كله پاچه]: caldo iraní preparado con cabezas, patas de cordero, especias, etc., en el que se desmenuza pan.

muharram [en árabe: محرم]: primer mes del calendario islámico, en el cual se celebran importantes ceremonias religiosas de luto en memoria de los mártires de Kerbala.

ramadán [en árabe: رَمَضَان]: noveno mes del calendario islámico en el que los musulmanes practican el ayuno diario

obligatorio desde la llamada a la oración del alba hasta la de la oración del ocaso.

rayab [en árabe: رجب]: séptimo mes del calendario islámico.

salawat [árabe: صلوات]: súplica especial, donde se le pide a Dios bendecir al Profeta Muhammad (PB) y a su Ahl ul-Bayt (P), pronunciada por los musulmanes especialmente en el testimonio de la oración, y cuando escuchan el nombre del Profeta Muhammad (PB).

sangak [en persa سنگک]: es el pan tradicional por excelencia de Irán, de masa madre plana, rectangular o triangular.

SAVAK [en persa: ساواک, abreviatura de سازمان اطلاعات و امنیت کشور *Sazeman-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar*, Organización de Inteligencia y Seguridad Nacional]: servicio de inteligencia iraní durante el régimen de Muhammad Reza Pahleví, que ejercía además como policía secreta represora.

Seyyed o **Sayyid** [en árabe: السَيِّد]: título dado a los descendientes del Profeta Muhammad (PB). Su femenino es **sayyidah** [en árabe: سيدة].

sha'bán [en árabe, شعبان]: octavo mes del calendario islámico.

sheij [en árabe: شيخ]: título aplicado a líderes religiosos o políticos. En el ámbito académico se refiere a la persona que se ha graduado de un seminario o centro teológico donde ha cursado estudios islámicos superiores.

tasbih [en árabe, تسبيح] o **masbaha**: sarta de cuentas de uso tradicional entre los musulmanes para practicar el *dhikr* o invocación repetida dirigida a Dios. Se le llama **tasbih de Fátima** a la práctica dirigida a recordar a Dios repitiendo 34 veces la frase *«Al.lahu Akbar»* (Dios es el más grande), 33 veces *«Alhamdulil.lah»* (Alabado sea Dios) y 33 Veces *«Subhan'Al.lah»* (Gloria a Dios).

tasu'a: noveno día del mes de muharram, día anterior al suceso de *ashura*.

tomán [plural: **tomanes**, en persa: تومان]: antigua moneda iraní, a la que sustituyó el rial en 1932. A pesar de ello, la mayoría de iraníes continúan usando el término en las transacciones diarias.

turbah [en árabe: تربة]: pequeño trozo de tierra o arcilla, a menudo una tableta de arcilla, utilizada para la postración durante la oración.

wilāyah [en árabe: الولاية]: término árabe polisémico y complejo que aparece en diversos pasajes del Corán, significando autoridad, alianza, liderazgo, jefatura, amistad y guía [divina], etc. Los miembros de Ahl ul-Bayt (P) ostentan la *wilāyah* y el liderazgo de la comunidad islámica, y son una referencia auténtica para los musulmanes.

Wilāyat ul-Faqīh [en árabe: ولاية الفقيه]: tutela que ejerce sobre la comunidad un jurista-teólogo que es líder supremo de un gobierno islámico legítimamente establecido en la época de ocultación del Imam Mahdi (P).

ziyarah [en árabe: الزيارة]: literalmente «visita», «peregrinación»; se refiere al acto de visitar las tumbas o santuarios de las santidades del Islam, especialmente del Profeta Muhammad (PB) y su descendencia (P). El término también se utiliza para referirse a la súplica que se recita para saludar a dichas santidades, especialmente cuando se peregrina a sus santuarios.

zurjaneh: gimnasio persa tradicional donde los atletas practican el deporte antiguo.